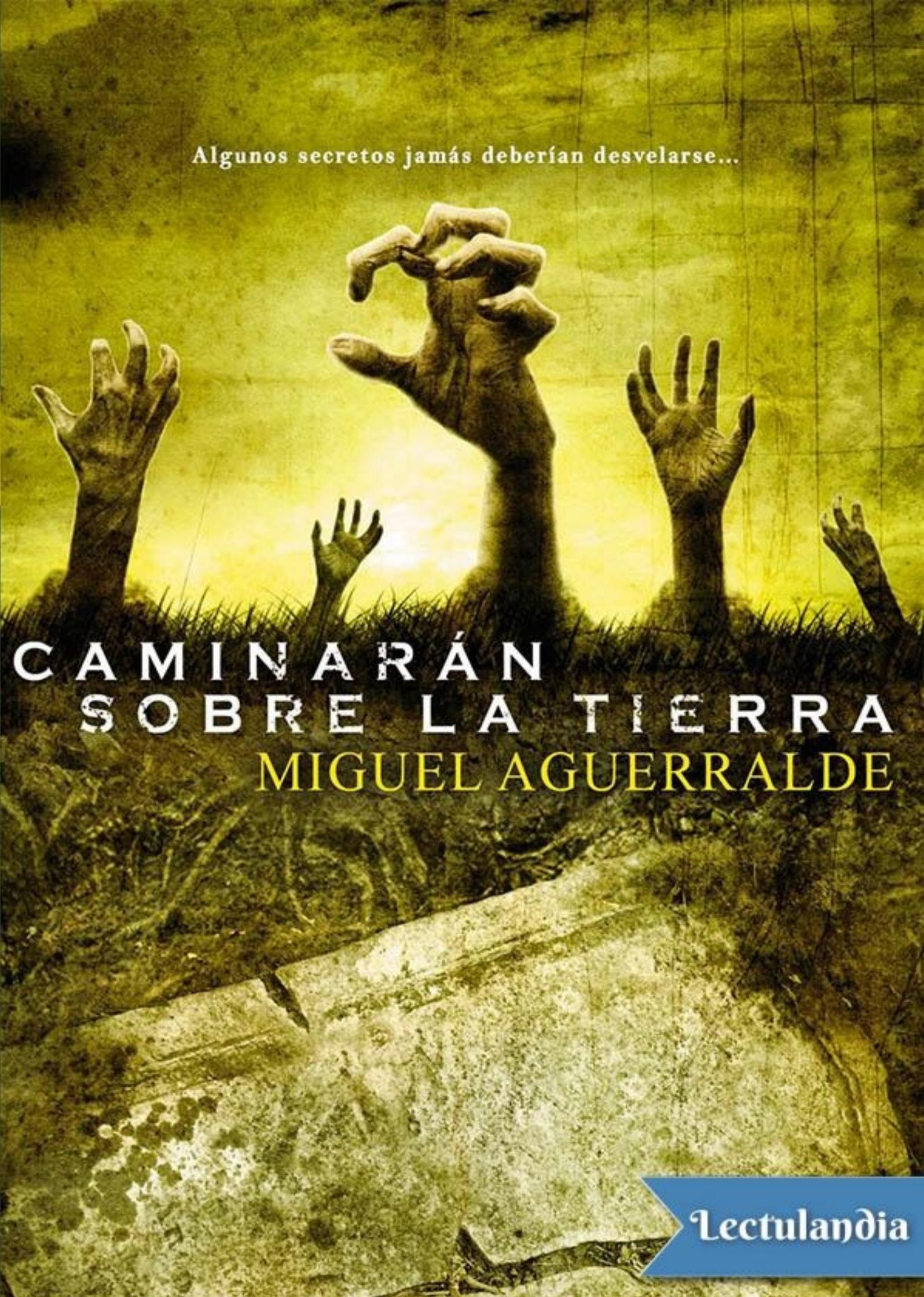


Algunos secretos jamás deberían desvelarse...



**CAMINARÁN
SOBRE LA TIERRA**
MIGUEL AGUERRALDE

Lectulandia

En 1655 unas controvertidas reliquias fueron robadas de la Catedral Primada de Santo Domingo y llevadas a un lugar oculto en la selva haitiana para realizar con ellas un rito vudú. El ritual no salió como se esperaba.

350 años después un buscador de tesoros ha encontrado un pecio hundido frente a las costas de Gran Canaria con un misterioso cofre abandonado en su bodega. Un avaricioso francés, un profesor de Historia y una joven sin pasado comienzan la búsqueda de una explicación a un enigma oculto durante siglos, una maldición que ha viajado por los mares del tiempo para despertar a los muertos y desatar un infierno en la tierra.

Ahora es tarde para volver atrás, las tumbas acaban de abrirse.

Lectulandia

Miguel Agueralde

Caminarán sobre la Tierra

ePub r1.1
Zombie 24.01.15

Título original: *Caminarán sobre la Tierra*
Miguel Aguerralde, 2013
Diseño de cubierta: Daniel Expósito

Editor digital: Zombie
Corrección de erratas: bufalino
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Eli, que me levanta cuando caigo, y para Hugo, quien me presta las mejores ideas para escribir cuentos de monstruos.
Y para mis lectores, amigos, sin vosotros esto deja de ser divertido.

PRIMERA PARTE

1 — Jaime

Las caricias eran agradables. Las delicadas uñas se deslizaban por su espalda pellizcándole a veces, tirando levemente de los finos vellos que crecían aquí y allá desordenados. Algunos se desprendían con un ligero tirón. El tacto era hábil y Jaime sonrió. Despertó, giró la cabeza y paseó el brazo por el colchón vacío. Así descubrió que estaba solo. Que seguía solo.

Se incorporó despacio, algo, un hilo, un cabello anclado entre las sábanas o quizá un soplo de aire le había rozado la espalda y su ensoñación lo había transmutado en los dedos de Amelia. Paseó desde la habitación a través del pasillo, hacía tiempo que no necesitaba contar los pasos, y sin encender la luz se refrescó la cara en el cuarto de baño. En el espejo, jamás los vería, sus ojos vacíos se llenaban de lágrimas.

La bruma ocultaba la llegada del galeón. Eso era bueno, sin duda. Lo que ya no lo era tanto eran los llantos de los jesuitas. El capitán se acercó y descerrajó un disparo en el pecho a dos de ellos. John Henry no se había ganado su reputación contemplando miramientos. Un solo cura sería suficiente, y efectivamente el padre Guzmán calló al instante. Ya en silencio, la tripulación continuó preparando los botes que los iban a llevar a tierra firme.

A pesar de la neblina, la bahía pronto tomó forma ante los ocupantes de las tres chalupas. El silencio resultaba fundamental, y es que todavía resonaban los ecos de cómo la población de Santo Domingo había repelido, sólo unos meses atrás, la acometida de Penn y Venables, los frustrados enviados de Cromwell. En aquella ocasión, el ansia conquistadora había acarreado consigo ruido y fuego pero esta vez iba a ser distinto. La disimulada avanzadilla perseguía únicamente un objetivo muy concreto.

El bote de John Henry fue el primero en tocar arena, como era de esperar, por otro lado. El capitán saltó a tierra y avanzó unos metros observando el mapa. La luna, que teñía de plata las olas del mar, también refulgía en su melena negra y en los puños de sus pistolas. Su cuadrilla de bucaneros, no más de veinte hombres experimentados en el pillaje, descendió tras él y aseguró las embarcaciones en la playa. El joven Aaron Tate pisó tierra el último, no sabía hasta qué punto el capitán estaba conforme con que desobedeciera sus órdenes y les acompañara.

A la señal de John Henry, la expedición se puso en marcha hacia el norte. Apenas erguidos, evitando el tintineo de las pistolas y los sables, los piratas no tardaron en desaparecer bajo el manto tupido de hojas y ramas de la selva dominicana. Las millas a recorrer a pie no eran en absoluto el problema, lo importante era no llamar la atención de los centinelas de la ciudad fortificada. Casi una hora después la expedición encontró los destellos de las antorchas sobre las almenas. El capitán ordenó bordear la muralla hacia el río, avanzaba con paso firme sin dejar de observar su ajado mapa. Como si contara los pasos, se detuvo y señaló a sus hombres un lugar muy concreto de la muralla. Minutos después los piratas habían pasado al otro lado.

Hubiera sido más rápido abordar la ciudad, la primera del Nuevo Mundo, acumulando barcos y hombres en la desembocadura del Ozamas, tal y como Drake lo había hecho setenta años antes. Pero John Henry no confiaba demasiado ni en lo veloz, ni en lo fácil, y, en cambio, fiándose a aquel viejo plano, secreto de bucanero, él y sus hombres habían llegado a plantarse ante las puertas de la Catedral. La Catedral Primada de Santo Domingo, la más antigua de América, la que albergaba las reliquias por las que John Henry iba a cobrar una auténtica fortuna.

El capitán hizo pasar delante al hermano jesuita. Con la seguridad de que sus hombres vigilarían los accesos al templo y harían preso a quien pudiera denunciarles, siguió al fraile a lo largo de la nave principal en dirección al altar mayor. El ejercicio

debía ser, no rápido, fugaz, y, a su vez, tremendamente discreto. El padre Guzmán le guio hasta el venerado mausoleo instalado en la capilla mayor y cedido por el propio Carlos V, pero en su interior no encontró un único ataúd, sino, por lo menos, cinco enterramientos. Los ingleses ya le habían advertido de ello.

El sacerdote, pálido y sudoroso, posó su mano levemente sobre uno de los cofres.

—Este es —susurró con voz temblorosa. El lobo de mar le miró con gesto torcido.

—¿Está seguro? —gruñó en afectado castellano.

Cada ataúd tenía inscritas una serie de iniciales. Todas similares, todas confusas. Sin embargo el jesuita asintió.

—Ábralos todos —ordenó el capitán, igualmente.

El fraile abrió la boca para protestar, pero el cañón de una de las pistolas de Henry le animó a obedecer sin llegar a hacerlo. Abrió primero el sarcófago principal, el que estaban buscando, con la ayuda de dos de los esbirros de más confianza del capitán, y cuando había profanado dos más John Henry le detuvo. A una señal, sus hombres abandonaron el mausoleo y regresaron con un cofre de madera decorado en oro, que abrieron y depositaron en el suelo. Uno de ellos arrancó de la pared el paño rojo que mostraba el escudo de armas del Almirante y lo extendió junto al arcón.

Ante los ojos del jesuita se cometió entonces un acto execrable. Los piratas se apresuraron a sacar de su sepulcro y colocar sobre el tapiz los restos del celebrado navegante, después los envolvieron con la tela y los introdujeron en el cofre de madera. Sin embargo, lo peor sucedió a continuación, cuando entre los tres rellenaron el último reposo del gran marino con pedazos robados de las tumbas de su hijo y su sobrino. Una vez terminada de preparar la mentira y ya cerrados los ataúdes, John Henry desenvainó su sable y pasó por el acero a sus dos compinches. Arrastró el cofre sin dejar de apuntar al fraile, y lo dejó en el suelo junto a la entrada de la cripta.

—Absuélvame, padre —le dijo, retirándose el sombrero. Profanar tumbas y saquear reliquias no quedaba al margen del temor de Dios, ni siquiera de un viejo lobo de mar.

El sacerdote le miraba con una mezcla de repulsa y miedo. Había visto mucho en sus años como misionero, no era el primero de esos rufianes con el que se enfrentaba, malnacidos saqueadores que se amparaban en la impunidad de algún gobierno extranjero.

—Para poder absolverte, primero debes arrepentirte —le contestó, fingiendo entereza.

El capitán sonrió, indiferente.

—Entonces ya no le necesito, anciano.

John Henry cruzó el sable de lado a lado y abandonó el mausoleo más venerado de la Hispanidad dejando al padre Guzmán retorciéndose de dolor en el suelo. Sus gritos serían apagados por las paredes de mármol.

—En marcha —ordenó a sus huestes, que le esperaban velando el recinto.

Entregó el cofre a otra pareja de pillos antes de llamar al crío—. Señor Tate, venga aquí. Acaba de ser ascendido.

Aaron dio un respingo y se acercó a su capitán, que le cedió una de sus pistolas. Tu sable y este plomo contra cualquiera que se acerque a mí o al cofre, le dijo. Se alejaron de la catedral y deshicieron su camino hacia la selva, el nuevo hombre de confianza del capitán no contaba aún dieciséis años.

El jirón de luna no les permitía apreciar las casas blancas y menudas de la ciudad colonial, pero también les ocultaba de los ojos de los centinelas, por algo Henry había elegido esa noche y no otra para la escaramuza. Sin embargo, ahora, inmersos en el laberíntico caos esmeralda de la jungla, la falta de luz no era tan oportuna para encontrar el camino correcto hacia el montículo. El capitán manejaba mapa y brújula con una velocidad endiablada. Medir, girar, detenerse, sus hombres le siguieron durante más de una hora y con fe ciega a través de senderos inhóspitos que ascendían y se retorcían internándose en la cordillera en dirección a la frontera haitiana.

Llegado un momento Henry levantó la mano y ordenó parar a su gente.

—Esperemos.

El estrépito de la jungla se echó entonces encima de la pérvida comitiva. Gruñidos, crujidos de ramas y ecos invisibles crepitaban entre la espesura. No mucho después surgió de entre la maleza un hombre oscuro de edad imprecisa y pequeña estatura, un tipo vestido apenas con harapos blancos, que, sin pronunciar palabra, indicó al capitán que la expedición le siguiera. El haitiano les llevó hacia los pies de una formación rocosa a medio cubrir por las enredaderas y apenas distinguible bajo la cortina de hojas de palmera. No miró atrás ni un momento. Quien no estuviera atento no le vio desaparecer por una disimulada grieta.

El pasadizo era estrecho. Los hombres que portaban el cofre apenas podían avanzar sin tropezar con ambas paredes, los demás debían hacerlo de lado. El aire tan húmedo era casi irrespirable y las gotas de agua que se filtraban desde la cúpula cenital caían sobre charcos enfangados repicando por toda la galería. Cuando llegaron al otro lado, el hombre silente se detuvo junto a una caseta cochambrosa de paja y bambú, delante de la cual ardía un fuego rodeado por un círculo de piedras. Más allá se distinguía un cementerio de lápidas pobremente clavadas, y, junto a la hoguera, esperaban una serie de tambores de diferentes alturas decorados con pinturas tribales y situados frente a un altar adornado con velas, amuletos y flores.

Los piratas penetraron en el círculo y dejaron el cofre de reliquias junto al fuego. Siguiendo la indicación del haitiano, se alejaron de él y aguardaron expectantes a que comenzara la ceremonia. Al poco, del interior de la choza salió un grupo de hombres negros ataviados con ropas de un blanco cegador. Tomaron posiciones junto a los tambores y alrededor de las piedras mientras el más anciano de ellos, con el torso desnudo y collares de coral en torno al cuello, se acercaba al altar y colocaba el cofre de las reliquias sobre él.

Cuando alzó los ojos al cielo los demás empezaron a tocar y cantar.

3 — Aquella Noche en el Mar

Al menos el mar estaba en calma, se dijo. Era mucho peor realizar ese trabajo con mala mar o con tormenta, cuando los bandazos del yate con cada ola hacían casi imperceptibles los tirones del cable desde abajo. Ella lo sabía, había acompañado a Tony demasiadas veces como para no saberlo, y por eso se sentía un tanto aliviada. Sin embargo —pensó un segundo, fijando la mirada en la luz intermitente y lejana del faro de Agaete—, por Dios bendito, sal ya de ahí.

Entornaba los ojos como los de un gato. Verdes, de un brillo intenso, incluso bajo la débil mirada de la luna. Ella la prefería llena, con todo el mar inundado de acogedora claridad mortecina, como un tapiz azulado que reflejase mansamente el vibrar de las estrellas. Pero, circunstancias son circunstancias. Será mejor no llamar la atención, había dicho El Francés. Correcto, había apuntado Tony, ignorando la mirada desconfiada y reprobadora de ella.

Por eso todo estaba oscuro. Por eso la línea fina, como una risilla entre dientes, de la luna menguante no servía para tranquilizarla. Y por eso tenía que forzar la vista para descubrir con alivio, nunca a más de quince millas de distancia, los destellos dorados de las casitas blancas que poblaban la bahía. Ojalá no pase un ferry, se repetía. Ojalá este mamón encuentre de una vez por todas lo que demonios esté buscando.

No hacía demasiado de aquella conversación con El Francés. De hecho, apenas se cumplía una semana desde que aquel les invitara a un succulento almuerzo en El Bodegón, en pleno casco histórico, para explicarles los detalles de la operación. Yo os pongo todos los medios a mi alcance, por eso no os preocupéis, les había dicho con su estudiada sonrisa de perlas mientras daba cuenta, una tras otra, de media docena de lapas bañadas en mojo verde y acompañadas, sólo algunas veces, de algún mordisco de pan sancochado y un par de taquitos de queso fresco. El tinto caro y ostentoso no podía faltar en la mesa de un francés multimillonario. Nos pones todos los medios, había repetido ella en su mente, luego él se había lavado las manos y eran ella y Tony, con su yate y su pellejo en juego, quienes debían sortear las inclemencias del mar, la amenaza de los ferrys y la presencia incierta de las patrulleras de la Guardia Civil.

Sin embargo, esa noche la superficie del mar era una balsa de aceite. Apenas unas ráfagas de suave brisa punteaban de vez en cuando la mancha negra haciendo brotar leves crestas, ni siquiera olas enteras, que prácticamente se rompían antes de nacer. A veces, a lo lejos, creía escuchar, no sin asustarse, los chapoteos de delfines o cachalotes. Adoraba el mar, le encantaba observar embobada los juegos de los peces con la estela del yate, acompañándoles a través del Atlántico o del Mediterráneo. Era algo de lo mucho que había aprendido durante aquellos años junto a Tony, la belleza de lo no humano. Él decía que nuestra raza empeora lo que ya es bello, en lugar de admirarlo. Que destruimos lo que es hermoso hasta hacerlo parecerse a nosotros,

seres inútiles y aburridos que no sabemos apreciar, ni disfrutar el escaso tiempo del que disponemos. Tal vez tuviera razón.

Por eso Tony huía del mundo civilizado, por eso se perdía en su yate durante meses o desaparecía entre selvas y montes exóticos sin rumbo aparente. Por eso buscaba tesoros, por eso vivía con la luna y las estrellas, con el fuego y con la tormenta y, según ella, demasiado con el peligro. Vivir es breve, solía decir Tony, hagámoslo merecer la pena.

Ella adoraba el mar, sí. Había crecido a su vera, allá, en su tierra, y ahora, junto a Tony, había aprendido a amarlo. Pero aquella noche, de madrugada, sola en cubierta, tiritando y no precisamente de frío, maldita la gracia que le hacían los chapoteos de los delfines.

Ya no busco tesoros, ya te encontré a ti, le había susurrado Tony dos amaneceres atrás, minutos después de despertar desnudo a su lado en la pequeña habitación del apartamento alquilado del Puerto de las Nieves. Se lo había susurrado al oído, con su voz dulce y perezosa, paciente, a pesar de estar enredado en otra de esas desagradables conversaciones en las que ella le pedía, le rogaba, que dejase de mezclarse con según qué gente. Pero este francés nos va a pagar una pasta, lo sabes, y la necesitamos para nuestro sueño.

El sueño de Tony era, en realidad, el sueño de ella. Llevaba cinco años sin separarse de su lado, viajando, explorando, buscando por todos los confines del globo. Junto a él había recorrido varias veces el Mediterráneo comerciando, intercambiando productos y ejerciendo como transportista para vendedores anónimos que deslizaban, sin hacer demasiado ruido, mercancías más o menos legales para compradores sin nombre ni rostro. Travesías nocturnas bajo el manto estrellado y el viento traicionero del estrecho, viajes eternos por costas remotas, vendiendo su valor y experiencia a ricachones cobardes y avariciosos, que, como ahora, enviaban al cazador de recompensas a la búsqueda de templos escondidos, ciudades enterradas, arrecifes inaccesibles o tesoros ocultos en las tripas de galeones hundidos. Pero siempre, norma inequívoca del manual de estilo de los coleccionistas sin escrúpulos, poniendo en peligro sólo la vida del intermediario.

De su mano había viajado y conocido lugares que hasta entonces sólo creía posibles en su imaginación y en los escasos libros que había podido leer en su infancia. Si algún día los barcos pudieran surcar el firmamento —solía repetirle el marinero en susurros a la luz de la luna, con su yate a la deriva en algún punto indefinido del paralelo que separa Tasmania de Nueva Zelanda— yo seré el primero en llevarte a conocer las estrellas. Para el hambre de mar de Tony no había saciedad, y ella le amaba, amaba su compañía, su voz, el calor de sus labios y la pasión de su abrazo. Se estremecía cuando sus ojos la miraban enamorados al atardecer en alguna escondida bahía a la que sólo él tuviera el valor y el conocimiento para llegar. Porque Tony era el mejor, y, por desgracia para ella, todos lo sabían.

Y estaba cansada. Estaba harta de tener que jugársela a solas intuyendo el rugir de

los motores de las patrulleras, cansada de no saber dónde iba a despertar al día siguiente, de la incertidumbre del mañana, de si habría un mañana. Tenían dinero suficiente para llenar dos vidas, tenían experiencia, mundo y cultura, tenían recuerdos, buenos y malos, de los que no mucha gente podía presumir, y ella no necesitaba más. Lo que sí necesitaba era a su hombre, una casa en tierra firme, una puesta de sol que contemplar a su lado sin el vaivén de una cubierta. Ese era su sueño, el de ella.

No podía seguir así. Eso fue lo que decidió mientras le esperaba apoyada en la baranda de babor, asustada y a oscuras, sintiendo la brisa húmeda de la madrugada colarse por las mangas de su jersey. Sujetaba con ambas manos el cable plastificado, su misión consistía en mantener la presión con delicadeza, soltando algún metro más si era necesario pero sin dejar de sentir la tensión, atenta a los tirones que Tony, desde el otro lado, daría cuando hubiese encontrado aquello por lo que se había sumergido y que significarían que comenzase a subirle. Atenta también, aunque sin querer pensar en ello, a un difícil, pero nunca descartable, aumento repentino en el peso del cable, como un largo tirón continuado que no cesase, señal inequívoca de que la bombona de oxígeno había dicho basta. Entonces también tendría que subirlo, pero volvería a casa sola.

Sí, no podía seguir así. En cuanto terminasen el trabajo y saldasen su cuenta con El Francés le pediría que lo dejase, que se retirase. Él la miraría y sonreiría, con aquellos ojos azules tan tiernos como fríos a veces, que dirían sin palabras, pero sin dudar: claro cariño, eso está hecho. Lo haría.

Eso sería después. Ahora, bajo ese cielo estrellado y hermoso que le hacía recordar al de su tierra, tan poblado de luceros que parecía blanco más que negro, el hombre al que amaba se encontraba colgado de un cable, atado a una bombona de oxígeno, setenta metros por debajo de sus pies, haciendo equilibrios sobre tablones de madera podrida de trescientos años de antigüedad.

No era la primera vez que Tony lidiaba con viejos galeones. De hecho, casi se podía decir que era un experto. Sobre todo en el Caribe, donde había vivido muchos años dedicado a rescatar cualquier cosa que tuviera valor de los restos de navíos enterrados entre las algas y el fango del fondo del mar. Plata española, cofres de monedas acuñadas muchos siglos atrás y que hoy multiplican su valor, y, en especial, perlas caribeñas que las naves españolas transportaban a Sevilla antes de ser abordadas por corsarios o piratas, allá por el mil seiscientos y pico. Por eso le sorprendió tanto que aquella mañana, apoyado en la ventana mientras esperaba el desayuno, y observando pensativo el ajetreo de los marinos y pescadores en el puerto, Tony murmurara casi sin quererlo:

—Pero este es mucho más difícil.

—¿Por qué, cariño? —había respondido ella pasando los huevos fritos de la sartén a los platos.

—¿Eh? —dijo el marino, girándose sobresaltado, como regresando de un sueño

que la voz de ella hubiera interrumpido.

—Decías que este es mucho más difícil. Y te preguntó qué es tan difícil y por qué.

El marinero volvió a dejarse caer sobre el alféizar, con los codos apoyados en la madera y la barbilla entre las manos. El sol arrancaba destellos de sus ojos aún legañosos, ante los que los pescadores recogían aparejos tras una mañana no demasiado fructífera.

—Este barco —explicó con voz perdida—. Parece mucho más complicado de lo que pensaba.

—¿Pero vas a decirme por qué? —insistió ella a la vez que le plantaba un sonoro beso en la sien—. Ven, ya está el desayuno.

Tony Ventura se levantó todavía adormecido del taburete que había colocado ante la ventana para estudiar el trasiego y la rutina del puerto y se sentó a la mesa sin deshacerse de su actitud pensativa y, hasta cierto punto, preocupada. La noche anterior se había sumergido por primera vez y había buceado hasta el lugar que indicaban los mapas que le había proporcionado El Francés. Allí no había nada, como era habitual a la hora de buscar galeones hundidos. Pero sí que encontró una acumulación de algas y barro un cuarto de milla más al oeste y no tardó en descubrir bajo ella los restos desvencijados de un pecio encallado. Con gran parte de las cuadernas quebradas, el mascarón de proa a punto de deshacerse como láminas de hojaldré y la mitad de sus mástiles partidos, no, no iba a ser fácil sacarlo de allí.

El trabajo de la primera expedición, llamada de acercamiento, se limitaba a observar y tomar notas mentales sobre la manera más apropiada de abordarlo. Tony lo rodeó varias veces y sacó fotografías de sus estancos vencidos y de su equipamiento mohoso repartido por las salas, las cubiertas y también por el fondo del mar. No había restos humanos, lógicamente, pero sí una gran cantidad de peces jugueteando entre sus aberturas. Tuvo que extremar el cuidado para no tocar nada, de momento, por miedo a que la vieja estructura carcomida se viniera abajo junto a cualquier posible tesoro, mientras la chica tomaba notas desde el yate relativas a la profundidad, la fuerza y dirección de las corrientes o a la temperatura del agua. Y antes de regresar a la superficie el buceador descubrió, ocultas por una capa de herrumbre, las grandes letras en el casco que daban nombre y vida a aquel fantasma: Esperanza.

—Aguas heladas —enumeró el cazarrecompensas mientras daba cuenta de su café con leche y dos huevos fritos—, fuertes corrientes, maderas demasiado antiguas como para aguantar cualquier sacudida sin descomponerse como papel de fumar. Es un suicidio. Si al menos tuviera los planos originales del buque...

—¿De qué murió ese barco? —gruñó ella con la boca llena.

—Abordado y hundido por piratas. Ya sabes, a fuego y cañonazos.

—Ah, entiendo.

—Por eso el casco presenta esos boquetes y tiene la mayor parte de sus tablas quemadas y roídas. Es una visión muy triste.

—¿Qué harás entonces? —le preguntó, abrigando la esperanza de que, por primera vez, Tony Ventura abandonara un trabajo.

—Necesitaré bastante oxígeno, tal vez dos bombonas. Y tendré que apuntalarlo antes de poder entrar.

Tony llevaba casi dos horas allí abajo. El frío comenzaba a ser incómodo y esperar tanto rato a solas, a pesar de haberlo hecho mil veces, no dejaba de asustarla. La buena noticia era que el mar estaba tan manso y el agua tan clara que podía atisbar el fulgor de la linterna de Tony moverse de un lado para otro debajo del yate, al otro extremo del cable. No veía el momento de sentir los tres tirones convenidos y accionar el motor del rotor que devolvería al buzo a la superficie.

No era normal que en el silencio sepulcral que envolvía el barco escuchara, de pronto, aquel ronroneo, todavía lejano pero que sin duda se acercaba. Cuando por fin llegaron los tres tirones de cable que esperaba, no experimentó ninguna emoción, sino que activó el motor sin pensar en ello. Toda su atención estaba dedicada a la identificación de aquella sombra veloz que se deslizaba sobre el mar hacia ellos. Cada vez más cerca, intentaba recordar dónde había visto antes esas dos siluetas que pilotaban la embarcación.

El extremo del cable de acero plastificado llegó hasta la superficie y tuvo que subir a cubierta un pesado cofre de madera oscura con cerraduras y herrajes de oro. Instantes después vio emerger por fin la cabeza sonriente y satisfecha de Tony a diez metros del yate, justo cuando la inesperada embarcación se abarloaba a la suya y un hombre de rasgos confusos saltaba a cubierta y la apuntaba con una reluciente pistola cromada. No tuvo siquiera tiempo de gritar antes de escuchar el callado silbido del silenciador y de que una bala ardiente se clavara en su hombro. Salió despedida contra la barandilla de estribor y cayó al mar dejando escapar una estela de sangre.

Lo último que pudo ver mientras se dejaba arrastrar por la corriente al borde de la inconsciencia fue cómo el segundo hombre también saltaba a su barco y entre los dos sacaban a Tony del agua, le incrustaban dos balazos en el estómago y lo devolvían al mar, cómo prendían fuego al yate en el que había pasado los últimos años de su vida y se llevaban el cofre a su embarcación alejándose a toda velocidad hacia el este.

4 — Vudú

—Descríbeme lo que quieres —le pidió el hechicero a John Henry clavándole en sus ojos una mirada dilatada, de animal salvaje. Su inglés era rudo, afrancesado y despectivo.

—Lo quiero de vuelta —exclamó el capitán pirata por encima del estruendo de tambores. La secuencia rítmica repetida, cada vez más alto, cada vez más deprisa. Por qué, con qué derecho, gritó todavía más el mago. El bucanero, apretando los dientes y a punto de llevarse las manos a los oídos, llamó a uno de sus hombres, que se le acercó con un saco de tela y extrajo de él un gallo vivo de buen tamaño. El hechicero lo observó unos segundos antes de dar su aprobación y quitárselo de las manos para ponerlo al cuidado de uno de los suyos. Después volvió los ojos al cielo y el capitán y su secuaz pudieron retirarse.

El ritual había comenzado. Los tambores cambiaron de cadencia y el hechicero vertió algún tipo de polvo sobre la hoguera. Un espectro de ascuas y chispas se elevó hacia la noche prácticamente huérfana de luna. Mientras el viejo empezaba a danzar y dar vueltas el coro de haitianos arrancaba a cantar una canción que a los piratas les pareció compuesta por el diablo. El hechicero, inmerso en una especie de trance, se acercó al capitán y a cada uno de sus hombres y les abrió las camisas para marcarles el pecho con el polvo blanco que acumulaba en sus manos. Regresó al centro del círculo golpeándose con fuerza a sí mismo en los hombros, en las piernas, en la cabeza. Tomó del altar un extraño recipiente de madera y bebió de él antes de obligar a sus seguidores y a los piratas a hacer lo mismo. Fuera lo que fuese, aquel líquido ardía, la comezón se llevó las gargantas de los marineros y casi al instante les arrebató la razón.

Un extraño éxtasis enajenó a los asistentes a la ceremonia. Empezaron a cantar al ritmo enfermizo de los tambores, aporreándose el pecho, gritando y llorando entre ellos. El hechicero abrió entonces el cofre que contenía las reliquias, las desenvolvió del paño y derramó sobre ellas la cera de una de las velas, cierta cantidad del líquido del recipiente, pétalos de colores y las imágenes de dos santos cristianos. A continuación, tomó el gallo de los brazos de su compañero, lo levantó a modo de ofrenda, quizá hacia alguno de sus loas o al todopoderoso Bondye, y con un rápido tajo acabó con su vida. Lo apretó boca abajo para que su sangre cayera sobre las exequias mientras su cántico y su danza tomaban un cariz aterrador.

Los marineros se sentían fuera de su cuerpo, incapaces de recuperar su control más allá de los ritmos hipnóticos de la percusión. Un sutil humo gris empezó a brotar del interior del arcón y el hechicero elevó la mirada al cielo al tiempo que daba comienzo a una plegaria. El coro repetía a gritos sus palabras y el cofre empezó a sacudirse, a vibrar, mientras el brujo, con ojos en blanco, balbuceaba las oraciones como si alguien hablara por boca suya. Y entonces una flecha atravesó su cuello suspendiendo en el aire una vocal ahogada.

Inmediatamente cesaron los tambores y el silencio se apoderó de la hacienda. El hechicero sin vida cayó hacia delante volcando el altar con todo su contenido, incluido el arcón con las reliquias. Parte del líquido se derramó y se extendió por el montículo bajo esa neblina que brotaba de la caja y que oscurecía la tierra, esponja húmeda que parecía querer engullirlos. Antes de que ninguno de los asistentes al ritual pudiera recomponer el desastre irrumpió por el lado opuesto una avanzada de soldados españoles guiados por un grupo de jesuitas. El padre Guzmán, con un brazo en un desordenado cabestrillo y la sotana manchada de sangre, los dirigía.

—¡Ahí están! —gritó desde la loma del cementerio—. Recuperad el cofre y aniquilad a los sacrílegos.

Los soldados no eran demasiados, apenas una parte de la guarnición permanente en la ciudad colonial. Habían perdido muchos efectivos en la reciente batalla contra los ingleses de Cromwell, pero sin duda eran más numerosos que los piratas y los haitianos juntos. Profanaron sin miramientos el círculo de piedras y embistieron a los ritualistas con sus sables y sus mosquetes antes de que los bucaneros, atolondrados por el frenesí del ritual y la sorpresa, pudiesen empuñar los suyos. La neblina despedía un olor picante y la tierra parecía agitarse bajo ese tropel de botas militares.

Los haitianos cayeron como sacos de carne y hueso inanimados. El trance y los alucinógenos no les ayudaron a ponerse a salvo de los españoles. Algunos piratas, sin embargo, sí intentaron presentar batalla. El capitán Henry, experimentado y curado de espanto, fue de los primeros en desenvainar su sable y abatir a una pareja de atacantes. Aaron Tate empuñó su arcabuz y tuvo el honor de matar a su primer hombre. El arma tremoló entre sus manos. En todo caso la pelea resultaba desigual. Los piratas, drogados y torpes, hacían lo que podían contra unos soldados preparados y ciegos de venganza, mientras los jesuitas les jaleaban y remataban a los haitianos en una suerte de ajuste de cuentas dogmático. La tierra húmeda del montículo se cubrió de sangre y cadáveres abrazados por la bruma. Una neblina que se extendía rápida como el olor de la pólvora.

Entonces uno de esos cuerpos haitianos asesinado por soldados españoles volvió a moverse. Y volvió, de algún modo, a ponerse de pie. Y también volvió a andar.

El joven Aaron Tate apuntó con los ojos cerrados al militar español que corría hacia él blandiendo su bayoneta, estaba a punto de apretar el gatillo cuando escuchó el grito de su rival y un crujir de piel y carne. Volvió a mirar, asustado, y encontró a un ser que antes había sido un religioso haitiano devorando con ansia la cara del soldado. Otro más se unió al banquete. Cada uno de los hombres muertos que yacían en el suelo entre la bruma se levantó para atacar a los combatientes, daba igual el bando.

Aaron escuchó las maldiciones de su capitán. Una de esas criaturas había llegado hasta él y a pesar de que había conseguido ensartarle con su espada por segunda vez, aquel seguía moviéndose, intentando alcanzarle, casi rozándole con sus garras inquietas. John Henry era un capitán duro y curtido en cien batallas, pero ante la

rebelión de los muertos no tenía ninguna respuesta. Su expresión de espanto alarmó más a Tate que cualquier otra cosa.

—¡Aaron! ¡Dispara! —le gritó. Un segundo engendro se apoderó del brazo libre del corsario, antes de que el chico pudiera abrir fuego el temido John Henry había sucumbido ante cinco de esas criaturas.

La matanza era implacable. El número de engendros revividos se multiplicaba por momentos, cada vez que un soldado, jesuita o pirata era asesinado, segundos después regresaba de entre los muertos para reiniciar el ataque. Los supervivientes tuvieron que dejar de distinguir banderas y objetivos para luchar juntos contra aquella invasión infernal. El padre Guzmán, demasiado herido para pelear, observaba desde el cementerio, junto al anciano padre Felipe, aquel infierno en la tierra. No podían dar crédito a sus ojos y no encontraban la plegaria adecuada para lo que estaban presenciando. La bruma que manaba del cofre de madera les alcanzaba los tobillos, acariciaba las lápidas y continuaba extendiéndose por la selva. De pronto el suelo sagrado sobre el que pisaban empezó a estremecerse, y sus tumbas a abrirse.

El padre Guzmán y el padre Felipe ignoraron por un segundo el combate que se estaba llevando a cabo en torno a la hoguera porque, junto a ellos, decenas de cuerpos descompuestos, roídos, pútridos, estaban saliendo de sus enterramientos entre gemidos de dolor. Dedos de hueso arañaban la tierra, los cadáveres calludos y vestidos apenas por jirones de tela se alzaban desde sus tumbas hacia la noche oscura. Sus fauces deformes y sus calaveras peladas buscaban a los vivos con sus cuencas vacías. Y cuando los encontraron fueron a su encuentro.

—¡Debemos salir de aquí, Guzmán! —exclamó el padre Felipe. Su barba blanca temblaba tanto como las viejas manos que querían aferrarse al brazo de su compañero.

El padre Guzmán tuvo que obligarse a salir de su asombro y reaccionar. La horda de muertos vivientes llegó al círculo de piedras y se abalanzó contra los humanos, cada vez más superados en número y faltos de fuerzas y munición. Cada criatura que derribaban o conseguían abatir se levantaba de nuevo, una y otra vez, y cada combatiente que esas miserias mataban tardaba segundos en unirse a ellas. Entre el dolor, los gruñidos, el olor de la sangre, la bruma, la maldita y siseante bruma, el padre Guzmán creía desfallecer.

—¡Fraile, por aquí!

Aaron Tate, el joven que había conocido a bordo del Esperanza, había conseguido cruzar entre el tumulto de cuerpos vivos, muertos y revividos, para llegar hasta los dos curas. Tenía algún rasguño en la frente y considerables manchas de sangre, pero no parecía estar herido de gravedad. Empuñaba las dos pistolas de John Henry, que ahora se desenvolvía bastante bien atacando a sus propios compañeros con dentelladas y arañazos.

—¿Estás bien? —preguntó el sacerdote. Aaron le mostró las pistolas.

—Estas me han ayudado. Tenga —le puso en la mano sana un sable corto

ensangrentado—. No entiendo nada de lo que está pasando, padre. En cuestión de resurrecciones me pongo en sus manos, pero pienso salir de aquí y le ofrezco que me acompañe.

El padre Guzmán observó al chico, su decisión y fortaleza habían cambiado. Por detrás de él los resucitados se ensañaban con los todavía vivos, desperdigaban sus miembros y les arrancaban pedazos de carne. Con cada nueva muerte inmediatamente aumentaban su número.

—Iremos contigo, hijo —exclamó el jesuita por encima de la marabunta, se deshizo del cabestrillo con un gruñido incómodo de dolor—, pero primero debemos recuperar las reliquias.

Aaron Tate quedó boquiabierto mientras el cura pasaba casi por encima de él y trataba de correr hacia el altar volcado, a cuyos pies yacía la caja de huesos. El padre Felipe intentó seguirle pero a este el joven pirata sí que pudo detenerle.

—¡Está loco, padre, vuelva!

Los cadáveres andantes estaban demasiado ocupados para prestar atención al fraile. Guzmán se escabulló entre ellos y, semioculto por la neblina, se esforzó por devolver al arcón los restos esparcidos por el suelo. A esas alturas estaban sucios y desordenados, embadurnados de la sustancia líquida y vaporosa que el hechicero vudú les había vertido durante el ritual, los envolvió en la tela y se apresuró a rellenar el cofre con ellos. Sangre, plumas y arena se entremezclaron con las reliquias del Almirante. Cuando Guzmán lo cerró, el arcón apestaba y parecía temblar en sus manos. Escuchó cercano el estallido de una pistola y descubrió con horror que uno de los reanimados había estado a pocos centímetros de alcanzarle. Aaron Tate le ayudó a levantar el cofre todavía con su arma humante y esquivando las acometidas de esas criaturas consiguieron reunirse con el padre Felipe para alejarse de la hacienda a través de la selva.

Podían caminar deprisa pero no podían correr. Aunque la penumbra les dejase ver, aunque las ramas y las raíces les permitieran un paso accesible, todavía hubieran tenido que superar el peso del arcón y las limitaciones del padre Felipe. Lo que sucedía, en cambio, era que escuchaban los pasos de los muertos vivientes cada vez más cerca.

—Frailes, apresúrense —rogaba Aaron Tate, cargando la parte delantera del cofre. El padre Guzmán, apretando los dientes por el dolor, sostenía a la vez la trasera y al padre Felipe, al que le costaba demasiado seguirles el paso.

—¿A dónde nos llevas muchacho?

Estaban en lo alto de un risco, la maraña de hojas de palmera se recortaba contra el velo fúnebre de la noche y el rasgón de luna dejaba caer su reflejo contra la superficie del mar en calma.

—Allí, padre, allí —contestó Aaron señalando hacia la bahía—. Allí sigue nuestro barco, el Esperanza. Sólo tenemos que llegar a los botes que esperan en la playa y regresar a bordo.

Un gruñido aterrador destrozó el minuto de pausa. La bahía seguía lejana y los resucitados demasiado cerca. Uno de ellos, algo que antes había sido un pirata, surgió de entre la confusión de hojas y se arrojó sobre el chico con las garras crispadas y una mueca retorcida en su rostro ausente. El sable de Aaron fue más rápido, la criatura cayó por el precipicio rebotando con golpes secos hasta que su voz se apagó en la profundidad de la sima.

—Este sólo ha sido el primero, padre —dijo el pirata recuperando el aliento—. ¡En marcha!

Podían escuchar las hordas de carne muerta corriendo tras ellos, no habían llegado al fondo del valle cuando ya los vieron dejar atrás la maleza para perseguirles a campo abierto. Los piratas y españoles delante, los haitianos detrás y los despojos del cementerio todavía más lentos. La playa no terminaba de llegar nunca para Aaron Tate y los dos sacerdotes.

El cofre pesaba como una penitencia y el padre Felipe estaba por desfallecer. Aaron se detuvo entonces y se dio la vuelta echando rodilla en tierra. Una bala por cada arcabuz de John Henry se incrustó en el pecho de dos de los que hasta una hora atrás, cuando estaban vivos, eran sus compañeros. Nada. Uno apenas se frenó, al otro el impacto le tiró al suelo pero una vez más volvió a levantarse. Entre gruñidos y a trompicones reemprendió la cacería.

—¡Tate, deja eso! —exclamó el padre Guzmán intentando cargar sólo las reliquias. Para el viejo Felipe y para él los botes salvavidas empezaban a dibujarse en las tinieblas que gobernaban la playa—. ¡Corre!

El joven pirata regresó junto a ellos y ayudó a Guzmán con su carga. Los resucitados parecían no acusar el cansancio, no necesitaban parar ni recuperar el aliento. Al contrario, se les echaban encima.

Un zarpazo inoportuno castigó la espalda de Aaron Tate como un latigazo.

—¡A los botes, padre! —gritó Guzmán empujando a su compañero. Giró la cabeza y encontró al joven bucanero rodando por la arena—. ¡Chico!

El muchacho se revolcó entre gritos de dolor pero acertó a disparar contra el haitiano revivido que le atacaba. Sus fauces ensangrentadas y fuera de sus límites dejaron una estela de sucia saliva al caer hacia atrás. Aaron no tuvo mucho tiempo para recuperar el equilibrio y correr hacia Felipe y Guzmán antes de que la criatura se levantara de nuevo. Los sacerdotes acababan de meter el cofre en uno de los botes y cuando el pirata llegó junto ellos empujaron los tres para devolverlo al agua. El pánico les hizo atolondrarse con los remos. Guzmán y Aaron Tate, ambos heridos, emplearon sus últimas fuerzas en alejar el bote de la bahía, en conducirlo al Esperanza, donde el resto de los hombres de John Henry les esperaban observando desde la baranda de babor la tétrica escena.

Un ejército de seres grotescos corría hacia ellos hundiéndose en el agua. El mar les cubría hasta las rodillas, alguno avanzaba a contracorriente con el océano al cuello. Piratas y soldados deformes luchaban contra las olas incapaces de nadar, el

Mar Caribe se tragó a buena parte de ellos. Los hombres del bote respiraron y los que esperaban a bordo se prepararon para recibirles. Mientras veía alejarse la playa y crecer la silueta del Esperanza, el padre Felipe, sentado detrás de Aaron Tate, descubrió que la espalda del joven estaba perdiendo demasiada sangre.

5 — José Ventura, o lo que queda de él

Le daba lástima terminar un libro. Siempre le quedaba ese regusto amargo cuando cerraba la contraportada, como si dejase en el aire una relación íntima, casi familiar, con unos lugares y unos personajes en los que había estado sumergido durante toda una semana. Nunca tardaba más de esos siete días de rigor en leer una novela.

La primera vez que había experimentado ese vacío al despedirse de un libro había sido con *La Isla del Tesoro*, siendo todavía un crío, y desde entonces se había convertido en un fanático de las novelas de aventuras y, en especial, de las de piratas, de las que había leído más de un centenar. Estas habían dado paso a todas las que tuvieran al océano como elemento referido o personaje central, las de corsarios, las de naufragios, las de expedicionarios o las de conquistadores, pero siempre a bordo de un barco y atravesando el ancho mar.

Eso le unía en cierto modo a su hermano, aunque no le gustase pensar en ello. Con la diferencia de que él, José, se dedicaba a la teoría y su hermano, Tony, se arriesgaba mucho más con la práctica. Hacía años que no veía a ese bribón. Qué habría sido de él.

Aquella madrugada de octubre José Ventura cerró por fin y se despidió con pesar del Capitán Ahab, de Ismael y de su terrible ballena, justo cuando el reloj despertador indicaba las cuatro y media. Con suerte, aún podría descansar tres horas antes de tener que levantarse y regresar a la Universidad para pasear su cadáver entre la multitud de alumnos alborotadores y los demás profesores que, espantados por su aspecto, no dejarían de murmurar por los pasillos. La rutina. Estaba cansado de las advertencias del Decano en cuanto a cuidar su imagen y respetar los horarios. Si aquel viejo y estirado gruñón quería echarle, que lo hiciera, pero él no tenía la más mínima gana ni de cambiar, ni de siquiera pensar en ello.

Hacía ya muchos años que Daniela y el bebé habían muerto. Casi una década que a José se le había pasado como si fueran diez días. Ella no le hubiera permitido abandonarse de aquel modo, pero si en alguna de esas mañanas de irritante melancolía Ventura hubiera cogido un peine o una maquinilla de afeitar el recuerdo latente de Daniela y el niño hubiera azotado su mente de un modo casi irreparable. Sólo había sabido vivir para ella, y, sin su aliento y sus manos, José se encontraba perdido. Lo peor era no haber podido superar aún aquel accidente, la imagen del pequeño atrapado entre los hierros del Volkswagen, la de su mujer desangrándose entre gritos que repetían su nombre. Tampoco había vuelto a beber, y no porque su cuerpo no se lo pidiera, especialmente en las tardes de viento y lluvia que inevitablemente le devolvían a quince años atrás, sino por no traicionar el recuerdo de Daniela. La mitad de las noches no dormía, empapado en sudor con aroma de aceite y humo, sabor de hierros deformados, y un barullo de gritos y sirenas enloquecidas. En esas ocasiones la voz de la culpa repicaba en sus oídos. Gritos y voces de las que

jamás se desharía.

La alarma del despertador bramó implacable y casi le pareció no haber dormido. Ventura surgió de entre las sábanas y calzó su cuerpo flaco y simple en los mismos pantalones y la misma camisa del día anterior. Un café al vuelo, un cepillo de dientes desgastado y un remojón en la cara y después el ascensor le acercaba a la calle, a tres minutos de la parada de autobús que le llevaría a la Facultad. Otra de las cosas que se había jurado era no volver a conducir un coche.

Aunque hiciese calor, y en aquella ciudad isleña era lo habitual, nunca se deshacía de una gabardina gris que le acompañaba desde tiempos inmemoriales, era ya una veterana. Y mientras esperaba a su transporte se sentó en el banco de la parada para limpiarse las gafas con un pañuelo de tela que en su momento debió de ser blanco. A los ojos de los demás, José Ventura no podía dejar de pasar por un desastrado sin beneficio, alguien que se encogiera sobre sí mismo para esconderse del resto del universo. Un universo que le resultaba tan lejano y extraño como si nunca hubiera pertenecido a él.

Tal vez nunca había pertenecido a él.

No le era ajeno que los estudiantes se burlaban de su anómalo profesor, hacía mucho que habían dejado de hacerlo a escondidas, ni que sus propios compañeros docentes no valoraban su trabajo ni aprobaban su actitud. Tampoco ignoraba que el Decano se había convertido en su sombra, que sólo esperaba que le brindara la excusa para abrirle un fulgurante expediente y con poco trámite más apartárselo de delante para siempre. Esa era su vida y no podía hacer nada por cambiarlo. Bajó del autobús y se dirigió hacia el edificio universitario, sin embargo, antes de subir los tres tramos de escalera dio media vuelta sobre sus pasos y entró en la cafetería.

—Un zumo.

—¿De qué? —repuso el camarero. Su aspecto no resultaba mucho mejor que el de Ventura, esa camisa azul podía no haberse remojado nunca.

—Me da lo mismo.

—¿No prefiere un café?

—No, ya he tomado antes uno.

—Tiene cara de necesitar otro, profesor.

José ni siquiera levantó la mirada del mostrador metálico en el que las gotas de agua formaban un círculo donde antes había estado apoyada una lata. Sujetaba la cartera con su mano derecha y se disponía a pagar con la izquierda, antes de sentarse en su mesa de siempre y apurar los últimos minutos antes de entrar en clase.

—No, gracias. Sólo tomo uno al día. Si no, no duermo.

El camarero le sirvió su zumo y se abstuvo de más preguntas. El profesor Ventura tenía pinta de haber tomado todos sus cafés por adelantado, de tener tantas horas de sueño atrasado como para pasar dormido el resto de sus días. Le observó mientras se alejaba y hasta que se dejó caer en una de las sillas del lado opuesto del local, casi aislado del resto. El metal re chinó como un chillido al arrastrarse por el suelo y el

profesor comenzó a jugar con el vaso, más ausente que pensativo. Desde la barra le hizo un gesto con la mano pero él no pareció darse por enterado. El Decano entraba en la cafetería.

—¡Ventura! —exclamó, buscándole entre las mesas. Cuando dio con él casi le arrancó de la silla—. ¿Qué demonios hace usted aquí? ¿Acaso no tiene clase?

Sin mediar respuesta el aludido se limitó a recoger sus bártulos, apurar su zumo y caminar hacia la salida.

—Escuche, Ventura. Voy a pasar un informe a la Consejería, no puedo demorarlo más. ¡Esto es ya inadmisibile! Usted tiene unas responsabilidades como catedrático ¡y las está incumpliendo todas!

Ventura no sé dejó amilanar, tenía muy claro que le quedaba un suspiro como docente. Hacía semanas que olvidaba, al llegar, firmar en el libro de registro de secretaría; tampoco había acudido a las reuniones del departamento ni cumplía con las tutorías; no se acordaba de la última vez que había sido puntual y no tenía el más mínimo crédito entre la comunidad universitaria. Mientras atravesaba el patio, ya abarrotado de estudiantes, dedujo que sus días como profesor de Historia Moderna estaban contados.

El Decano le dejó a las puertas de su clase y se marchó por el pasillo refunfuñando y mejorándose el nudo de la corbata. Estaba harto de aquel desecho de hombre y esta vez no le temblaría el pulso a la hora de redactar el informe que diera con sus huesos en la cola del paro. Sin embargo, no dobló la esquina al final del corredor hasta que tuvo la certeza de que Ventura había entrado efectivamente en el aula.

—¿Por dónde lo dejamos ayer... el viernes? —el profesor se sentó detrás del escritorio y dejó sobre él su pesada carpeta cubierta de polvo, la abrió mientras se colocaba las gafas con algo más parecido a un tic nervioso que a una verdadera necesidad óptica. Cerca de cuarenta alumnos le observaban como si hubieran visto llegar un alien, acusada desorientación, calor y nervios, muchos nervios. No, ya no se sentía preparado para ese tipo de trabajo—. ¡Ah! Los viajes de Colón y la explotación de las Indias Orientales. Estupendo.

Esa era la única gran pasión de Ventura. La historia colombina. Si hubiera podido elegir, hubiera deseado ser uno de los grumetes del Almirante en sus viajes a las Indias. Descubrir, explorar, embarcarse en la aventura, aunque suponía que no hubiera durado demasiado con vida en semejante empeño. Esa era más bien la herencia genética que le había tocado a Tony, no la suya. La de José había sido acercarse a esas hazañas a través de los libros de texto y las horas de estudio. A su manera, había estado más cerca de los descubridores y los lobos de mar que su hermano, y además evitando las fiebres, tuberculosis y pestes de cualquier tipo.

Por otro lado, el mayor de los Ventura odiaba el agua.

La Casa de Colón, el Museo Canario, los archivos de la Casa de Contratación de Sevilla y hasta el Real Museo Nacional de Historia habían disfrutado de sus servicios,

había impartido conferencias y guiado investigaciones a ambos lados del Atlántico y ahora estaba a punto de perder un sencillo trabajo como acomodado profesor. Maldito accidente, en más de un sentido. Todo había cambiado tras la muerte de Daniela y el crío. Al terminar la clase, mientras los alumnos recogían, el Decano le llamó desde la puerta.

—Ventura, venga aquí.

Acompañó a su superior más allá del pasillo y subieron un par de tramos de escaleras. Una vez en su despacho el Decano le entregó un sobre lacrado de color crema.

—Ha llegado esto para usted.

José Ventura abrió la carta sin detenerse a leer el nombre del remitente. El mensaje era corto, casi telegráfico, adornado en la parte superior derecha por el membrete de la Autoridad Portuaria y en el izquierdo por el sello de la firma aseguradora de los yates de recreo que atracan en el muelle deportivo. En pocas palabras, y en menos líneas, informaban al profesor de la muerte de su hermano en accidente marítimo, tras sufrir un incendio a bordo que no dejó supervivientes. Lo lamentaban mucho y le acompañaban en el sentimiento.

—¿Y por qué me llega esto aquí? ¿Por qué no a mi casa? —musitó el profesor sin terminar de decidirse por cuánta credibilidad darle a la carta. Se la mostró al Decano para que este también la leyera.

—No lo sé —le contestó este—. Tal vez fuera la dirección que su hermano diera a la aseguradora. Eso mismo he preguntado yo al mensajero.

Ventura guardó la carta en su portafolio con gesto de autómatas, despacio, como si aún no alcanzara a entender todo lo que significaba aquel mensaje.

—Claro.

El Decano había cambiado su gesto, ya no era el vehemente arrebatado de cada mañana lo que desahogaba contra el profesor, sino que parecía esforzarse por tragar un nudo que tuviera atascado en la garganta.

—Escúcheme, José. Debo advertirle que ya se ha enviado un informe a la Consejería vía *e-mail*. No tardarán en leerlo, si no lo han hecho ya, y enviarán un inspector. Tómese unas vacaciones, pida una baja, yo mismo se la certificaré, y regrese cuando esté por lo menos aseado.

Ventura asintió sin apreciar el comentario. Abandonó el despacho y poco después hacía cola para subir al bus de regreso a casa. Sí, un descanso. No sabía de qué, si de las clases o de su propia vida. Necesitaba pensar y colocar esta pieza nueva en un lugar en el que encajase.

Su apartamento ocupaba una diminuta porción de la undécima planta de un antiguo edificio pegado al viejo estadio de fútbol. Esa altura perfecta en la que, tiempo atrás, los días de partido no había manera de pegar ojo. Nunca le había gustado el fútbol y mucho menos su bullicio, de manera que para él había sido una grata noticia que el equipo local decidiera trasladarse a un estadio mayor en la zona

alta de la ciudad. Ahora, si se asomaba al balcón, sólo veía a sus pies una ruina de cemento y malas hierbas.

Vivía en un estudio pequeño para una pareja pero suficiente para quien vive sólo y no tiene intención de dejar de hacerlo. Era oscuro y claustrofóbico, y tenía una distribución extraña, como diseñado con trampa. El salón era un habitáculo antigeométrico, con escalones enmoquetados que hacían las veces de sillones, pero el balcón bordeaba todo el lateral del edificio, obviamente diseñado para disfrutar de las vistas cenitales de la ciudad.

El bocadillo del almuerzo le supo igual que el de la cena posterior, y entre medias tuvo que dejar a un lado las páginas del recién comenzado Capitán de Mar y de Guerra para hacer un hueco a su hermano y analizar lo sucedido. No conocía demasiado de Tony y hacía muchos años que ni lo veía ni hablaba con él, pero sabía que al igual que el capitán Aubrey y el doctor Maturin su hermano era un marinero consumado. Que se dedicaba al comercio no siempre legal y a la caza de tesoros más o menos perdidos no era ningún secreto, como tampoco que había pasado dos tercios de su vida en alta mar como patrón de todo tipo de embarcaciones de las que no se hundían con un inesperado incendio. Nada de lo que ponía en la nota lacrada encajaba ni tenía sentido.

Pasadas las diez de la noche bajó al bar de Tere, El Pistón, cargado con su libro y muy pocas ganas de pensar en más accidentes familiares. Tomó dos copas de vino y dejó a Aubrey embarcado y con rumbo a Galápagos. Al regresar a casa la luz del chivato del contestador parpadeaba en rojo. Cuando José Ventura cruzó el salón y se dirigió al teléfono se dio cuenta de que estaba a punto de escuchar su primer y único mensaje desde hacía casi diez años.

6 — Travesía

El oleaje devoraba los remos de Aaron Tate y del padre Guzmán. Uno de los hombres de John Henry, el indiano Sebastián Titch, les preguntó a gritos desde la borda del Esperanza que dónde estaba el resto del grupo. Aaron le contestó que si no los veía correr hacia ellos desde la playa.

El mar pudo finalmente con la insistencia de los resucitados. El último de los que se atrevieron a enfrentarse a las olas desapareció bajo la pátina aceitosa del océano. Los demás, decenas de ellos, se limitaron a gritar desde la playa mientras su presa se les escapaba entre los dedos. El padre Guzmán se preguntó qué clase de brujería sería aquella. Había oído hablar de endemoniados, allá en su viejo continente, de rituales paganos como el que había interrumpido, de nigromancia, de magia negra, pero nunca había presenciado el resurgir de los fallecidos. No quiso imaginar qué sería de esas criaturas ahora, si se atacarían entre ellas o si fallecerían simplemente por no encontrar sustento, por no tener más carne viva con la que saciar su hambre. La población más cercana quedaba demasiado lejos como para aventurar que fueran capaces de encontrarla. Se preguntó cuánto durarían los efectos de esa... lo que fuese que había despertado el sacerdote vudú.

Cuando la pequeña embarcación llegó al Esperanza los marineros les alcanzaron la escala y les ayudaron a subir a bordo. John Henry se preciaba de ser un corsario tan vil como precavido, y solía mostrarse generoso a la hora de dejar en la nave un buen número de hombres encargados de cuidar que la embarcación y todo su contenido siguieran allí cuando el grueso de la expedición regresara tras desembarcar en alguna población para practicar el sano arte del saqueo. Acomodaron a Tate y a los dos jesuitas en uno de los salones y dejaron el cofre con las reliquias en la bodega, también les dieron de beber y de comer y curaron la herida del chico. El miedo y el sufrimiento traspasaban los rostros de los tres rescatados, de manera que sin más preguntas los marineros levaron el ancla y emprendieron la marcha. A España, pidió el sacerdote y Tate, nombrado segundo de a bordo por el propio John Henry antes de morir, o de no morir, dio la orden.

Pero las semanas de regreso a Europa pasaban más despacio que las de ida. Eso, todo marinero que se plantease emprender la ruta atlántica hacia las Indias Occidentales lo sabía. Había que seleccionar bien la estación del año, además del itinerario correcto para aprovechar las corrientes submarinas y el empuje de los Alisios. Pero en aquel viaje sin previo aviso el Esperanza no había tenido en cuenta nada de eso. Aaron Tate le había propuesto a los jesuitas llevar las reliquias a Cuba, territorio español, pero el padre Guzmán había desoído todas sus sugerencias. Quería llevar ese cofre a España por encima de toda razón y de las peores inclemencias del tiempo.

Las tentativas de la tripulación por averiguar qué les había pasado a sus compañeros habían sido vetadas casi desde el principio por el propio Titch, ahora

segundo del joven capitán Tate. El recio marinero tampoco ocultaba su angustia y su necesidad de conocer lo sucedido en la isla, pero había aprendido a vivir temeroso de los secretos que los demás no quieren contar y no iba a ser él quien rompiera su silencio. Por otra parte, fuera lo que fuese lo que Aaron y los dos frailes habían vivido en La Española, sus caras no le animaban a preguntar. Se dirigía a su nuevo capitán con respeto, temeroso por la maldición que parecía estarlo devorando. Porque a pesar de todos los cuidados y atenciones que recibía la herida del joven no había jornada de viaje en la que Tate no perdiera una buena cantidad de sangre.

El que sí mejoraba era el brazo del padre Guzmán, pero no fue hasta la segunda noche de travesía cuando consiguió conciliar el sueño. Las imágenes de los muertos resucitados, de los cuerpos decrepitos abandonando sus tumbas para volver a caminar sobre la tierra, evocaban todos los terribles pensamientos que le habían enseñado a temer en el seminario. No dejaba pasar muchas horas sin bajar a la bodega para comprobar que el cofre seguía en su sitio y que nadie se había atrevido a abrirlo. El padre Felipe no se separaba de su lado. Agotado, casi exhausto, a su edad no le iba a ser fácil recuperarse del espanto, estaba seguro de haber visto el infierno abrirse, la llegada del Juicio Final anunciado en las escrituras, y se negaba a salir del camarote si no era en compañía de su hermano ordenado. Una mañana, cuando el anciano aún dormía, Guzmán subió a la cubierta para buscar a Aaron Tate, le encontró asomado a la borda con el semblante descolorido.

—¿Cómo vas, hijo? —le preguntó. A pesar de las vendas que le cambiaban cada pocas horas, la gruesa camisa de Tate aparecía siempre ensangrentada. No habían dado con la manera de detener la hemorragia. Hacía días que el chico tosía y sudaba abundantemente, se negaba a comer, y en alguna ocasión había vomitado su propia sangre.

—Buenos días, padre —respondió. La brisa del alba despejaba un ápice su debilidad, pero se mostraba cada día un poco más apagado, más enfermo—. Lo cierto es que no sé si llegaré a ver el continente.

—No digas eso, Aaron. En Sevilla podrán tratarte.

—Sevilla está lejos, padre —murmuró el joven, perdiendo la mirada más allá del horizonte—. Está muy lejos, y yo demasiado cansado.

Un acceso de tos hizo que el chico cayera doblado sobre la barandilla. El padre Guzmán se acercó a socorrerle y su túnica acabó salpicada de rojo.

—¡Titch! ¡Venga aquí!

Los dos hombres sujetaron al muchacho y lo tendieron en el camastro del capitán. Le dieron la vuelta y el pirata ayudó al monje a despegarle la camisa y los vendajes de la piel de la espalda. Al descubrir la herida se miraron, el grueso trazo granate de carne rota que cruzaba el espinazo del chico se había convertido en un amasijo palpitante de pústulas febriles. La infección resultaba incontenible y en alta mar no disponían de los medios para curarle.

—¿A qué distancia estamos de tocar tierra? —preguntó el cura.

—A mucha, padre —musitó Titch, apenas sin voz—. El archipiélago más cercano...

El jesuita bajó la mirada y colocó un paño húmedo sobre la herida del joven capitán. El chico gimió y se estremeció apretando los dientes. El viejo bucanero puso su mano sobre la del sacerdote.

—¿Padre?

Guzmán le clavó una mirada.

—Ayúdeme a bajarlo.

Levantaron el cuerpo de Tate, que rompió a toser entre quejidos de dolor, y lo llevaron a la bodega, donde prepararon un camastro con sacos y jergones para tenderle y desnudarlo. Lavaron su espalda con agua de mar mientras tres piratas sujetaban sus brazos y piernas, y volvieron a coser la herida con la única aguja, retorcida y mugrienta, de la que disponían en el barco. Muchas otras pieles rotas se habían suturado con ella. Después le administraron medio vaso de ron y lo dejaron dormir cubierto con mantas. Dieron la orden a los demás de no bajar a visitarle. Antes de retirarse, el jesuita sintió el peso de la mano del capitán sobre la suya.

—¿Cómo es? —le preguntó el muchacho con un hilo de voz.

—¿El qué?

—España.

El religioso tragó saliva.

—Es... Ya lo verás.

El joven Tate se durmió en el improvisado catre, su respiración, aunque lenta, animaba a Guzmán a pensar que lo vería mejor cuando hubiera descansado unas horas. Frente a él, la sórdida caja mortuoria seguía rezumando su extraña sustancia verdosa como un halo de humo pestilente.

Antes que los gritos, les alertaron los gruñidos. Llegaron antes incluso que el crujir de la madera y el portazo, porque los quejidos desde la bodega eran tan intensos que resonaban por todo el navío. Los hombres de guardia se acercaron a la puerta y los que dormían no tardaron en despertar y asomarse a ver qué sucedía. La madrugada caía sobre el Esperanza, con su manto de estrellas y el mar en calma, y de la oscuridad al final de la escalera surgían bufidos y golpes como si en el interior de la despensa estuviera teniendo lugar una contienda.

El incauto que se atrevió a abrir la puerta fue Jake Spall, pirata tan impetuoso como estúpido. Unas manos calludas y blanquecinas agarraron su cabeza y se lo llevaron consigo hacia la penumbra. Justo después, Aaron Tate, o algo que había tenido la forma de Tate en vida, terminó de subir a cubierta con pedazos del cadáver de Spall entre los dientes.

Decir que cundió la alarma entre la tripulación del Esperanza sería quedarse corto, porque de la sorpresa se pasó al pánico en un segundo. La histeria se desató cuando el cuerpo sin vida de Jake se unió al de Tate para perseguir al resto. Los somnolientos piratas desenvainaron sus sables y corrieron a buscar sus pistolas, pero

por más que acuchillaban y disparaban a los dos engendros estos seguían buscándolos con los dedos rígidos por delante, las mandíbulas batientes y un turbio vacío en la mirada. Nunca desfallecían. Uno de los marineros ensartó a Spall con su espada, le atravesó el estómago hasta la empuñadura, y, aún así, el recién resucitado lo levantó en vilo y engulló una porción de su clavícula como si no pesara. Tate arrancó la pierna de uno de sus compañeros y lanzó lo demás lejos de sí. La cabeza del pirata crujió al estrellarse contra uno de los cañones. Sin embargo, se incorporó sólo unos segundos después, con los ojos hundidos y la sangre tiñendo su cara, olfateando el aire en busca de carne mientras gateaba por la cubierta.

Observando la escena desde el castillo de proa, el padre Guzmán abrazó a su anciano compañero Felipe, Sebastián Titch acudió junto a ellos con su pistola en la mano y una terrible expresión de asombro.

—¿Qué demonios ocurre, fraile? —chilló por encima de la marabunta.

Tate y sus revividos aniquilaban uno tras otro a bucaneros armados con plomo y acero que tras fallecer volvían a levantarse. El Esperanza se había convertido en un campo de batalla entre piratas y cadáveres andantes.

—Demonios, Titch, usted lo ha dicho —respondió el jesuita—. ¡Demonios!

El caos se había apoderado de la nave. Los aguerridos marineros buscaban la manera de huir de aquella ratonera, lanzaban mandobles con la efectividad de un sople de aire, disparaban contra cuerpos que recibían sus balas como si no hicieran daño. Por el contrario, las deleznable criaturas les sujetaban, les clavaban los dientes y les mascaban como si no hubieran probado bocado en semanas. Aunque los sablazos desgarrasen su piel y cortasen su carne, no conseguían más que aturdirles, jamás detenerlos. La cubierta se llenó de pedazos, de tendones, de músculos palpitantes, y, de alguna manera, cada pirata que caía sin vida tardaba instantes en volver a ponerse en pie tambaleante.

—¡Es una maldición! —exclamó Titch—. Salgan de aquí, padres. Arriaremos un bote.

El bucanero y los dos jesuitas cruzaron la cubierta del Esperanza esquivando las dentelladas de los no muertos y las acometidas agónicas de los piratas. Titch cedió a Guzmán su pistola y empezó a desnudar el cabo que descendía uno de los botes, hasta que más manos de las que los frailes pudieron contar lo arrancaron de la baranda y sus propietarios se dieron un banquete con el cuerpo descuartizado del segundo oficial.

—¡Corra, Felipe! —chilló el padre Guzmán tirando de su compañero—. ¡A la bodega!

—¿Abajo? —preguntó el anciano, agotado.

—Nos encerraremos allí, protegeremos las reliquias.

Los dos sacerdotes tuvieron que volver a pasar entre la maraña de manos putrefactas. Cada vez quedaban menos hombres vivos, cada vez había más cadáveres de vuelta. Se toparon con la espalda descarnada de Aaron Tate y después con sus ojos

ausentes y sus fauces ensangrentadas pero fue otro de los supervivientes el que llamó la atención del capitán y acabó convertido en un guiñapo sanguinolento. Los curas alcanzaron la entrada de la despensa cuando un grupo de criaturas corría hacia ellos. La oscuridad de la bodega parecía el único refugio.

—¡Baje, padre!

Los estrechos escalones resbalaban, manchados por alguna sustancia grumosa y reblandecida. El padre Felipe descendió a trompicones y se agazapó en un rincón al fondo, con las manos en los oídos para no escuchar el barullo agónico de los resucitados. Se limitaba a murmurar un rezo y encomendar su alma a Dios de todas las maneras que le habían enseñado.

—Aguante, Felipe... —el padre Guzmán se las ingeniaba en la entrada para atrancar una puerta diseñada para abrirse desde fuera. Encontró un grupo de sogas, un cubo y una serie de botellas de ron bajo la escalera. Estrelló una de ellas a los pies de la masa deformada de cuerpos que comandaba Aaron Tate y abrió fuego contra el charco de alcohol con la pistola de Sebastián Titch. La llamarada duraría poco pero obligaría a las criaturas a detenerse por un momento, segundos que aprovechó para cerrar el portón y afianzarlo por dentro utilizando las sogas. No tenía ni idea de nudos, pero empezaba a saber de supervivencia. Observó el lío de cabos que había formado entre la puerta, la barandilla y la pared y se persignó rogando porque fuera suficiente. Después descendió la escalera y buscó en la oscuridad al padre Felipe.

La bodega del Esperanza apestaba a una amalgama de orín, sudor y carne pasada de fecha. Se mezclaba con ese aroma el alcohol, dulzón y cargante, y un nuevo olor picajoso, incómodo, que nacía del cofre dominicano. Una líquida luz azul se filtraba por la claraboya enrejada del techo, de donde procedían los lamentos y los murmullos lánguidos de los medio hombres que les esperaban arriba. Al principio los golpes en la puerta y los forcejeos habían sido constantes, pero con el paso de las horas los resucitados fueron cediendo en su ansia y cuando cayó la noche ya sólo se limitaban a pasear por cubierta quizá buscando otras opciones, quizá esperando pacientes a que la puerta que les separaba de Guzmán y Felipe se abriera por sí sola.

El aspecto del anciano fraile no era el mejor posible. Ojeroso y pálido como si llevara horas muerto, alarmó al padre Guzmán y le puso sobre aviso: si no le conseguía agua y comida en buen estado el viejo iba a morir. Por desgracia, sin patrón y a la deriva, el Esperanza podía tardar semanas en tocar tierra firme. La única alternativa del sacerdote era ser encontrado, o su propia vida también correría peligro. En el suelo frente a ellos la caja de las reliquias supuraba aquel débil hálito verduzco que el ritual haitiano había despertado, y, tras ella, engarzadas en la pared, pendían dos gruesas cadenas acabadas en grilletes. Guzmán llevó hasta allí al padre Felipe.

—Tranquilo, hermano mío —le susurró mientras le encadenaba—. Pronto saldremos de esta bodega.

El anciano no contestó, sus rodillas flaquearon, sus piernas perdieron la fuerza y se dejó caer sentado en el suelo. Sus brazos, escuálidos alambres de hueso y pellejo,

colgaban de los grilletes como un vulgar condenado a muerte. Guzmán se sentó a su lado y trató de respirar despacio, de relajarse. Intentó ignorar los gruñidos guturales que le llegaban desde cubierta. Necesitaba descansar, recuperarse, idear el modo de luchar contra la inanición antes de desfallecer y volver a despertar como uno de ellos.

7 — El francés de sonrisa plateada

El barrio antiguo de la ciudad bullía de gente que entraba y salía de los comercios como hormigas en su hormiguero. La ancha y alargada avenida peatonal de Triana rebosaba actividad aquella mañana en la que Ventura la atravesaba de punta a punta, esquivando a duras penas el torrente humano, hasta sentarse en el banco convenido del parque de San Telmo. Personas de todas las edades y nacionalidades pasaban por su lado, algunas hacia la estación de autobús, otras hacia la zona comercial o hacia la biblioteca. Era un sábado por la mañana reluciente, aunque a Ventura no le hiciera mucha gracia. Para acudir a esta cita a ciegas había tenido que dejar a medias un trepidante combate entre la Sophie de Aubrey y un anónimo navío francés y, a decir verdad, abandonar una emocionante batalla naval para perderse en el gentío capitalino no era su idea de un fin de semana atractivo.

Nunca le había gustado la gente, y, desde luego, tanta junta, mucho menos. Intentando vencer la sensación de agobio, decidió entretenerse observando a los transeúntes. Su cita, el hombre que le había dejado el mensaje en el contestador, llegaba tarde, y desde luego no parecía importarle. El dueño de esa voz segura e imponente y de ese acento extranjero no parecía de los que se preocupen por hacer esperar a alfeñiques como él. Pero lo cierto era que José odiaba las esperas, y ahora se maldecía por no haberse llevado el libro de O'Brian al parque. Los estudiantes, los músicos de prestado y los consumistas le aburrían a partes iguales, y, cuando pensaba que iba a asfixiarse en su propia impaciencia, le llamó la atención un tipo alto y muy delgado, vestido de manera exquisita y con larga melena blanca recogida en una coleta. Caminaba hacia él como si le conociera.

—¿Profesor Ventura? —le preguntó con un marcado acento galo.

José levantó la vista con un sobresalto, se puso de pie y le estrechó la mano, fue su primer contacto con esa sonrisa plateada de la que le costaría tanto olvidarse.

—Mi nombre es Gérard Dupont —se presentó el recién llegado. Cuando se retiró las gafas de sol de marca Ventura descubrió que hasta sus ojos tenían un extraño color pálido—, aunque en mis círculos suelen llamarme El Francés. Hablé con usted por teléfono.

—Así es —se atropelló el profesor, desconcertado. Se preguntaba cuáles serían esos círculos de los que hablaba. Con ese aspecto, desde luego, no repartiría octavillas de beneficencia—. Dijo que tenía información sobre mi hermano.

—Exacto —corroboró El Francés. Hablaba con un tono suave, casi meloso, que a José no terminaba de parecerle agradable ni cómodo—. Enseguida satisfaré su curiosidad. Pero antes tomemos una copa. Hace, como dicen por aquí, un sol que rasca las piedras.

—Que las raja, las piedras —corrigió el profesor. El Francés sólo sonrió.

Se sentaron en un café con forma de clásico quiosco en una de las aristas del

parque. Ventura pidió un refresco y Dupont un Martini seco, y durante algunos minutos guardaron silencio, simulando observar a los paseantes para no descubrir que cada uno estaba estudiando a su oponente. Entonces todavía no sabían el caos que estaban a punto de desatar ni cómo acabarían odiándose a muerte.

El Francés no debía rozar todavía los cincuenta, a pesar de su cabellera invadida por las canas. Dominaba el castellano al estilo del mejor vendedor de seguros, pero no podía evitar un sutil acento que le obligaba a suavizar las erres y marcar las tildes, no siempre en el lugar correcto. Y desde luego no era discreto: a sus gemelos y prendedor de corbata de oro les acompañaba un reluciente pedrusco en el anular de la mano derecha. Destilaba el olor del dinero por cada poro. Y tenía información sobre Tony. Cuál, y por qué.

—¿Qué relación tenía usted con mi hermano, señor Dupont?

El Francés miró al profesor y sonrió levemente, como si no le apeteciera entrar en materia todavía.

—Supongo que una mucho más distante que la suya —contestó, y fue entonces a José al que se le escapó una risa irónica.

—Yo no conocía a mi hermano.

La cara de Dupont mantenía la sonrisa pero sus ojos ya no lo hacían. Cruzó las manos sobre la mesa y se reclinó en la silla.

—¿Quiere decir que no hablaba habitualmente con él?

—Desde hacía años.

El Francés tomó una larga bocanada de aire que se convirtió en un bostezo. Se disculpó. Su actitud había cambiado, oteaba pensativo más allá de los tejados de los hoteles que rodeaban el parque.

—Entiendo... —dijo al fin.

—¿Algún problema?

—¡No! —el galo meneó la cabeza, como regresando de un lugar muy profundo y complicado de sus pensamientos. A Ventura le causó la impresión de ser de esas personas cuya mente funciona mucho más deprisa que las del resto. Desde luego, él mismo no era de esos—. En realidad tampoco importa... No demasiado.

Dupont se recolocó en su silla y se acarició la cabeza, palpando el pelo engominado como para asegurarse de que permanecía perfectamente pegado a su cráneo. Sus manos ágiles recorrieron la coleta y una vez comprobado el correcto estado del peinado dio un breve sorbo a su copa de Martini. El profesor le observaba en silencio, partida de ajedrez torpe y mal preparada.

—El caso es que me gustaría saber en qué andaba metido Tony. Me cuesta creer que se lo llevara un simple incendio.

—Sí —dijo El Francés—. Es muy extraño este tipo de accidentes en un marino experimentado. Y su hermano ciertamente lo era.

Si por un momento había dado la sensación de que Dupont perdía el interés en el desbaratado profesor, ahora en cambio le hablaba despacio y midiendo

prudentemente sus palabras. José se sentía estudiado y, por alguna razón, necesitado.

—Su hermano trabajaba para mí.

Ventura arqueó las cejas.

—¿Y a qué se dedica usted?

—Soy coleccionista. Colecciono obras de arte y objetos antiguos. Objetos que, en el peor de los casos, triplican en una subasta su valor inicial.

—Ya veo. No colecciona, revende.

Dupont sonrió ante la ingenua acusación.

—Es una manera de verlo.

Empezaba a gustarle ese astuto profesor que parecía ser más de lo que aparentaba. Se levantó de la mesa y volvió a mostrar su sonrisa plateada.

—Vamos —dijo—. Quiero enseñarle algo en casa.

En una suerte de hilo musical sonaba Bach. En el ambiente, un cuidado aroma de almizcle afrutado.

El apartamento de Dupont, en una zona privilegiada del Paseo Marítimo, en la cara más oriental de la ciudad, ocupaba el ático de un edificio colosal que daba por tres de sus costados al Atlántico. Ventura llegó a pensar al asomarse que con sólo un saltito acabaría zambulléndose en él. La decoración interior no tenía nada que envidiar al mejor museo y junto a diferentes obras de arte pictórico y esculturas abundaban los objetos históricos referidos a la navegación. Mapas, instrumental y cartas de guía abarrotaban vitrinas que llegaban a sumar un valor incalculable. Hasta el más mínimo artículo que adornaba las paredes de El Francés superaba con creces el dinero que Ventura podría llegara a ganar en una vida.

Tras dejar que el profesor se recrease la vista, Dupont le pidió que le siguiera a un salón al otro lado de una cortina carmesí, le acompañó con una bandeja de plata y dos copas de *brandy* que dejó sobre un escritorio junto a un grueso volumen que parecía tener más años de los que la encuadernación sería capaz de soportar sin los debidos cuidados. Les rodeaban otra serie de estanterías con instrumentos marinos, algunos de origen griego o fenicio, pero especialmente de época colombina y precolombina. Los cuadros de la pared representaban batallas navales y en un reservado relucían bajo una luz especial las maquetas de las tres naves que utilizó Cristóbal Colón en su primer viaje.

Aquella colección podía perfectamente no tener precio ni, pensó Ventura, legalidad. Artesanía indígena, imágenes religiosas, trozos de quillas y pedazos de velas, piezas de vajillas oxidadas, un escudo de Castilla tallado sobre madera, una brújula y un astrolabio enmohecidos o el mapa original de Europa y las Indias tal y como se establecieron en el siglo XVI.

—Ya veo a qué se dedicaba mi hermano —comentó el profesor—. ¿Sacó él todo esto para usted?

El Francés se echó a reír. Ventura estaba progresando a pasos mayores de lo que esperaba.

—Yo sólo trabajé una vez con su hermano. Casi la totalidad de lo que ve en esta colección pertenece a hallazgos anteriores. Pero sí, en cierto modo ha acertado, puesto que mi colaboración con él se debía a un objetivo similar. Venga, siéntese.

Debajo del libro colocado sobre la mesa José distinguió una carpeta roja. Dupont la tomó entre sus manos y desplegó un extenso mapa de Europa y América, repleto de anotaciones hechas a mano sobre el dibujo. Encima de él colocó un taquito de documentos, que dejó que el profesor hojease. Uno de ellos era una antiquísima instancia manuscrita firmada por la autoridad portuaria de la Habana y que parecía querer deshacerse entre sus dedos. También había informes plastificados cuya tinta difícilmente aguantaría mucho más sin esa protección y alguna que otra hoja de periódico. Por último, un buen número de fotocopias y páginas web impresas. El Francés puso especial atención en que Ventura observase la fotocopia de la noticia de un diario local, no de muchos años atrás, en cuyo titular se leía: Terrible Naufragio en Alta Mar.

—Lo que voy a contarle no debe salir de aquí —dijo Dupont, tajante—. Estoy seguro de que conoce parte de la historia pero existen pasajes, digamos... ocultos. Sí, esa sería la manera más adecuada de definirlos.

Ventura se inclinó hacia el conjunto de documentos sobre la mesa con miedo de tocarlos con las manos y trató de descifrar los. Letra confusa, tinta medio borrada, la portada del diario... Ninguno de ellos le decía nada, no encontraba la manera de conectarlos. El Francés empezó a hablar dejando al hombrecillo enfrascado en aquellas hojas ininteligibles.

—A finales del siglo pasado un estudio subacuático con intenciones de valorar la posible ampliación de uno de los puertos del norte, demostró la existencia de un navío hundido a ciertos kilómetros de nuestra costa. La falta de fondos y las características sedimentarias de la zona aplazaron de por vida unas labores de rescate que hubieran resultado muy interesantes. Lo único que pudieron hacer fue bajar a explorarlo y dataron su fabricación en torno a principios del siglo XVII.

El Francés hizo una pausa y observó cómo Ventura escrutaba los papeles. El profesor se giró hacia él con una mueca a la vez de interés y desconcierto.

—¿Me está diciendo que tenemos un galeón del diecisiete esperando bajo nuestras aguas y a nadie le ha urgido ir a rescatarlo?

—No, ninguna de las dos cosas —contestó Dupont con una sonrisa sarcástica—. No es cierto que nadie esté interesado en él, yo lo estoy, y de ahí mi conexión con su hermano. Ya sabe que los fondos públicos...

Ventura asintió con la cabeza, bastantes veces había tenido que lidiar él con las trabas presupuestarias cuando todavía dirigía equipos de investigación y necesitaba la colaboración de las instituciones. Suspiró. Aquello parecía haber tenido lugar en otra época, en otra vida.

—Qué me va a contar.

—Por otro lado —continuó el coleccionista—, tampoco fue un galeón lo que

encontraron allí, sino algo más pequeño: una fragata inglesa, un barco pirata del siglo XVII. El Esperanza.

8 — Tras las huellas del Almirante

La fragata Esperanza no era desconocida para los estudiosos del comercio en el Caribe en los siglos XVI y XVII. Construida en Bristol con el nombre de Southern Spirit, pasó por varias manos, entre ellas las españolas, que la rebautizaron, hasta que en 1654 fue recuperada por los ingleses y entregada al capitán John Henry para la toma de Jamaica. Era cierto que después de esa fecha el rastro se le perdía.

—La encontramos —insistió Dupont con orgullo.

Ventura alzó los hombros y dejó los documentos en la mesa.

—No veo qué tiene que ver conmigo, qué hago yo aquí, para qué me ha traído.

—Tranquilícese. No sólo le he hecho venir para mostrarle mi colección, quiero que entienda por qué falleció su hermano.

—Pues no lo entiendo —murmuró el profesor.

El Francés retomó el atillo de documentos y tras hojearlos seleccionó dos de ellos. Se los devolvió a su invitado.

—Observe —tiene en su mano el acta que certifica el traslado de Santo Domingo a La Habana de unas reliquias que, sin duda, a usted más que a nadie le serán conocidas. Observe la fecha.

José se apresuró a obedecer al coleccionista y no tardó en comprender a qué se refería.

—Son los documentos que atestiguan el cambio de enterramiento para los restos de Cristóbal Colón.

El Francés sonrió.

—Como bien sabe, el almirante más popular de todos los tiempos no sólo fue un incansable viajero en vida, sino también después de dejar este mundo.

—No lo jure... Valladolid, Sevilla, Santo Domingo, La Habana...

—Sevilla otra vez... Sus reliquias han hecho tantos kilómetros como los barcos que comandaba, pero finalmente se han detenido en la catedral sevillana —Dupont guiñó un ojo al profesor, a José le recordó a un turbio lobo que se supiera ganador de una apuesta trucada—. ¿Verdad?

—Bueno, los dominicanos tendrían muchísimo que opinar al respecto.

—¡Cierto! Aunque fueron trasladadas de Santo Domingo a La Habana tras la cesión a Francia de La Española, y de Cuba a Sevilla después de la guerra del noventa y ocho, hace unos años los dominicanos descubrieron en su catedral un sarcófago con las iniciales del Almirante inscritas y que contiene ciertas reliquias en su interior y, claro está, reclaman su autenticidad.

—En eso estamos todavía, esperando el ADN —apuntó Ventura, cansado.

—Así es —confirmó con pasión el gallo. Se puso de pie y marcó ambos lugares con sus dedos en un arcaico globo terráqueo—. Santo Domingo o Sevilla. ¿Usted qué opina?

—No creo tenerlo muy claro. Demasiados cuerpos en la misma tumba. Los

jesuitas fueron enterrando familiares de Colón en el mismo sepulcro según iban cayendo. Algunos incluso se llamaban igual o tenían el mismo título. Tumbas con las mismas iniciales... Dicen que pudo haber confusión en el traslado.

—Pues yo tengo motivos suficientes para decirle que las verdaderas reliquias de Colón no están en ninguno de los dos lugares.

El profesor miró a Dupont como quien está tan hastiado de una discusión que la sola mención de un nuevo dato supone una retirada inmediata.

—Pero qué dice, hombre...

El Francés rio.

—¿En qué situación están los restos exhumados en Sevilla, profesor?

Ventura resopló.

—Pues mal. Son escasos, parecen incompletos, demasiado deteriorados.

—Incompletos, usted lo ha dicho. Y apuesto lo que quiera a que cuando los dominicanos se decidan a exhumar los suyos para jugársela con el ADN no encontrarán más que otros pedazos sueltos.

—¿Qué insinúa?

—Que en algún momento, anterior al traslado de los restos de Santo Domingo a La Habana, alguien los sacó de allí y dejó en su lugar un señuelo.

José Ventura no supo si contener la risa.

—Claro, y los sacaron en el Esperanza.

El Francés se alejó del mapa a grandes zancadas y desapareció tras la puerta de una habitación. Cuando regresó empujaba una mesilla de ruedas sobre la que abultaba una especie de caja cubierta con una sábana.

—¿Qué es eso?

Dupont levantó la tela y le pidió al profesor que se acercara.

—Esto es lo que su hermano sacó del Esperanza antes de morir.

—¿Mi hermano trabajaba en el Esperanza?

—Observe.

José Ventura se acercó despacio y casi titubeante. Aquel objeto olía a mar, a secretos, y también a muerte. Un arcón de madera pesado, con herrajes de oro oxidados y una extraña inscripción que a pesar de la podredumbre todavía era legible y no podía ser más reveladora. El profesor dio dos pasos atrás y creyó perder el equilibrio. Sobre la tapa estaba grabada la hermética pero inconfundible firma del Almirante Cristóbal Colón.

.S.
.S.A.S.
X n y
:X₆₀ FERENS/

Ventura miró al coleccionista como si hubiera visto un fantasma. No podía ser cierto, no podía tener delante de sí las reliquias de uno de los personajes más relevantes de la Historia, también uno de los que más misterio y secretos acumulaba en torno a su figura.

—¿Me está diciendo...?

Dupont negó con la cabeza, conteniendo una carcajada. Estaba satisfecho, su preparación del encuentro, hasta llegar a ese punto, había surtido efecto. Tenía a Ventura en su bolsillo.

—No se agite, amigo. Está vacío.

9 — Esperanza en deriva

Las noches y los días se sucedían a través del cuadrado enrejado del techo de la bodega del Esperanza. Hacía varias jornadas que los gruñidos y el susurro de los pasos en cubierta se habían silenciado, pero aún así el padre Guzmán no se atrevía a subir esas escaleras y abrir la puerta. El padre Felipe dormía, dormía mucho, cada vez más. Su respiración se había vuelto débil e incluso algunas veces se detenía, para volver a arrancar al momento con un estremecedor suspiro.

Todavía no escuchaban el graznido de las gaviotas ni el romper de las olas, de modo que la tierra aún quedaba lejos, y aunque Guzmán intentó incorporarse para buscar más comida, estaba tan agotado que sólo podía gatear. Donde días atrás había carne pasada, ahora encontró una colonia de gusanos. El jesuita no recordaba cuándo fue la última vez que había probado bocado, así que limpiar esa carne y comerla de igual modo no le pareció la peor de las ideas. Entonces escuchó un gemido a su espalda, casi un estertor, que escapó de lo que quedaba del padre Felipe. Regresó a la luz y comprobó que su compañero había caído definitivamente.

El padre Guzmán dio un paso atrás. El sabor ácido y corrompido de la carne pútrida se diluía en su boca mientras observaba al fraile muerto que pendía de los grilletes como un cristo malnutrido. Le observaba, porque sabía que en cualquier momento le vería moverse.

El anciano tenía la barbilla caída y la boca abierta. De su interior brotaba un hilo de sangre. Sus párpados inferiores parecían dos bolsas de piel demasiado dadas de sí, Guzmán se acercó y examinó sus ojos. Habían perdido el brillo, no tenían expresión, estaban ausentes y súbitamente girados hacia arriba. Observó sus dedos de las manos, de los pies, escuchó el tintineo de las cadenas justo a tiempo para apartarse y evitar la dentellada. Las fauces de Felipe buscaron la cara de Guzmán con una voracidad inusitada en aquel cuerpo desgastado al que minutos atrás le costaba incluso respirar. El jesuita no pudo evitar que se le escapara un grito, incluso a él le sonó extraña su voz después de tantas horas en silencio. El padre Felipe se había incorporado y se debatía contra las cadenas con el anhelo febril de alcanzar a su compañero. Guzmán se alejó despacio, horrorizado, con el corazón galopándole en el pecho. Se sentó en el suelo del lado opuesto de la bodega y masticó la carne cruda sin quitar ojo a los anclajes de las cadenas en los tablones de madera. Cedían, cedían...

Fue un cañonazo, sí. El padre Guzmán despertó de un lento sueño y buscó el cielo a través de la abertura del techo de la despensa. Vio el humo, olió la pólvora, escuchó los silbidos de proyectiles que surcaban el cielo de mediodía y chapoteaban en el mar o impactaban en el Esperanza, sacudiéndolo de un lado a otro. Un número incierto de gargantas jaleaba el abordaje al tiempo que se acercaban a la nave. Frente al sacerdote, el resucitado padre Felipe gruñía aburrido de luchar contra las cadenas. Esperaba su momento, igual que las criaturas latentes que aguardaban en cubierta y

para los que la visita suponía una noticia tan feliz como inesperada. Guzmán se puso de pie con torpeza e interpuso su cuerpo entre la puerta de la bodega y las reliquias del Almirante. Sobre su cabeza las criaturas comenzaban a despertar. Iba a ser una masacre.

El bergantín se llamaba Calipso y su capitana, Anne The Red Morrisey, llevaba a gala considerarlo el más veloz del Atlántico. La Jolly Roger ondeaba en lo alto del mástil mayor con orgullo, y en su mascarón tantas muescas como navíos saqueados y hundidos. Se acercó a la fragata hasta la distancia convenida según el código de piratería y disparó las salvas acordadas para ofrecer la opción de rendirse. Al no obtener respuesta La Roja Morrisey ordenó el abordaje.

Abarloados al Esperanza, el asalto no parecía difícil. La capitana Morrisey vaticinó a su tripulación que sería rápido y sin excesivas bajas, es más, se atrevió a augurar que no habría combate. La dotación de la fragata parecía escasa y perezosa, un hatajo de marineros enfermos que apenas acertaban a ponerse de pie y que no levantaron la cabeza salvo cuando el Calipso ya les cortaba la brisa.

—Simples sacos de paja húmeda —gritó La Roja alentando a los suyos, se puso al frente de un grupo de sus mejores hombres y saltaron la borda del Esperanza blandiendo sus armas. Entonces descubrieron su error, cuando los sacos de paja húmeda empezaron a levantarse.

Las enmohecidas paredes de la bodega amplificaban los golpes, pero especialmente los gruñidos de los revividos, sus zancadas pesadas y artificialmente lentas, sus dentelladas, su masticar. El padre Guzmán deambulaba nervioso bajo las rejas de la claraboya intentando otear lo que sucedía sobre su cabeza. Veía retazos de piratas luchar contra muertos vivientes, les oía maldecir en su lengua materna, preguntarse los unos a los otros con qué clase de embrujo se habían encontrado. Escuchaba una voz de mujer rugir órdenes por encima del resto, pero no supo quién era hasta que la vio detenerse encima de la bodega. Su melena de fuego y su manera de luchar la delataba. A Guzmán el corazón le dio un brinco en el pecho, sin duda esa era su oportunidad, los hombres de Ana la Roja no abandonarían la lucha sin liquidar a sus enemigos. Por otra parte, se decía que siempre que la Morrisey atacaba, un navío terminaba hundido. Hasta entonces nunca había sido el suyo.

El padre Guzmán evitó las garras del viejo Felipe y se detuvo delante de la caja de las reliquias. Tenía que decidir, y cualquier decisión le parecía una locura.

La temible mujer pirata había pensado saltar la primera, como siempre hacía y como dictaba su reputación. Sin embargo algo la había detenido y decidió dejar que otros tomaran el Esperanza en primer lugar. Tal vez que no se fiaba de aquel navío a la deriva. Quizá, con mayor seguridad, la puso sobre aviso el hombre que pasó de yacer como muerto a caminar por cubierta con medio cráneo descubierto. Eso no le gustó, pero aún así acompañó a sus hombres al otro lado agitando su sable curvo y uniéndose al grito de abordaje.

Se arrepintió en cuanto pisó la fragata. Aquellos que consideraba enfermos se

levantaron con parsimonia pero de manera implacable. Los aceros y pistolas de los piratas no les causaban daño, las balas y los sables entraban y salían de sus cuerpos sin surtir el menor efecto. Morrisey exclamó una maldición, observó cómo un marinero decrepito caía con la espada de un bucanero atravesándole el cuello y al segundo se incorporaba de nuevo para arrancarle la mejilla de un sonoro mordisco. Los piratas fueron abordados en su abordaje, sorprendidos por esos demonios deformes traídos desde el otro mundo por algún ensalmo inexplicable. La capitana se preciaba de su puntería pero sus disparos parecían perder la fuerza en su recorrido por el aire. Las balas acertaban, el pecho de los engendros estallaba con los impactos, pero no había manera de derribarles. Los piratas del Calipso estaban sucumbiendo por más que superaran en número a los del Esperanza y en habilidad y en destreza a todos los del océano.

En cuestión de minutos la cubierta de la fragata quedó sembrada con cadáveres mutilados a medio devorar por esas bestias. Los pocos supervivientes, los más hábiles evitando los dedos y las dentelladas, acabaron rodeados contra el castillo de proa. Anne la Roja abrió fuego contra las criaturas desde más cerca, el resto de su guarnición la llamaba desde la borda del Calipso pero la Morrisey nunca aceptaba una derrota. Jaleó a los hombres que le quedaban en pie y les conminó a un último esfuerzo para devolver a aquellas alimañas a las entrañas del infierno. Parecía una quimera imposible. Cuando evaluaba si una retirada en inferioridad desmerecería su reputación de sanguinaria o si reforzaría su fama de juiciosa loba de mar, los piratas que alfombraban con sus despojos la cubierta del Esperanza también se pusieron en pie. La capitana perdió el habla y sus hombres el valor, la masa de falanges carcomidas y calaveras calvas se cerraba sobre los últimos estertores del Calipso.

Nunca antes se había escuchado una sinfonía similar en el mar. Gritos de hombres asesinados dos veces, gruñidos de bestias sin alma recién salidas del averno. El padre Guzmán subió por última vez las escaleras de la bodega y se esforzó por deshacer los nudos que él mismo se había encargado de convertir en impenetrables. Se asomó por una mínima abertura y vio los cuerpos mordisqueados que deambulaban por la cubierta dejándose atrás pedazos de carne. Los sonidos de la refriega todavía taladraban sus oídos, los chillidos, los llantos, pero debía salir y arriesgarse, tenía la obligación de escapar con vida y poner a salvo su preciada carga, el paquete envuelto en terciopelo que sostenía en brazos. Dedicó un último susurro al padre Felipe antes de abrir la puerta. Los ojos vacíos del anciano escrutaban la oscuridad mientras hociqueaba el aire. Después el jesuita irrumpió en la cubierta.

Una peste corrupta inundaba la madrugada, una mezcla de distintas inmundicias que confluía en la turba de carne muerta cuyas manos buscaban las de los acorralados bucaneros, que con sus armas inútiles sólo podían mantenerlos a distancia, durante un tiempo al menos. Entre los gritos de unos y los gemidos de otros el fraile recogió un sable corto abandonado en el suelo y se abrió paso hacia la baranda de estribor, donde todavía esperaba el bote que días atrás Titch había empezado a bajar. Dejó con

cuidado el paquete dentro y saltó al interior de la embarcación, levantó el arma para cortar los cabos que todavía le unían al Esperanza y sus ojos tropezaron con los de la capitana de fuego, una mirada desnuda, suplicante, que él sólo pudo devolverle con un timorato gesto de negación. Aquella súplica desesperada, antes de que la mujer más temida del Atlántico se apoyara la pistola en sien y abriera fuego contra sí misma, antes de que su cabellera roja estallara en una nube ruidosa de pelo, hueso y sangre, le perseguiría en sueños hasta el fin de sus días. Ahogado en culpabilidad, Guzmán segó los cabos del bote y se precipitó al océano con un chapoteo ensordecedor.

Los remos escapaban de las manos del fraile mientras se esforzaba por alejarse del Esperanza. Al cansancio, el hambre y la edad se unió el dolor por la herida causada por el sable de John Henry, que regresaba con toda la intención de frenarle. Cuando escuchó el cañonazo y miró hacia atrás descubrió al contraluz del cielo estrellado la llamarada y la columna de humo con las que la fragata se despedía de él con toda su guarnición de muerte a bordo. Más allá, lo que quedaba del Calipso navegaba hacia poniente al tiempo que en dirección sur se abría para él un océano incierto. Se dedicó a remar, maniobrar esas pesadas palas sin pensar en nada de lo sucedido. De cuando en cuando dedicaba una mirada furtiva al secreto que trasladaba entre pliegues de terciopelo.

10 — Un galeón, un tesoro

—¿Para esto mandó a mi hermano a la muerte? —preguntó José Ventura observando atónito la caja vacía que le había costado la vida a Tony.

El Francés rellenó los vasos y paseó de nuevo hacia el salón. José se sentó a su lado y Dupont le mostró una colección de fotografías que extrajo de una carpeta sin nombre. Eran imágenes submarinas de un pecio muy deteriorado.

—Enviamos a Tony a buscar el navío hundido, identificarlo y, si estaba en buenas condiciones, rescatar algún objeto de valor que pudiéramos subastar. Esto es negocio, ya sabe. No teníamos ni idea de lo que iba a encontrar, ni de la importancia del pecio. De hecho, nos hubiéramos conformado con alguna vasija, quizá un puñado de monedas. Trescientos cincuenta años bajo el mar estropean bastante los objetos, como imagina.

—No tenían ni idea de lo que había llevado a bordo.

Dupont encogió los hombros.

—El Esperanza no figura en ninguna parte como buque de interés, ni comercial ni estratégico. Por eso en estos años nadie movió un dedo por rescatarlo. Tenga esto en cuenta: recuperar un pecio es caro y peligroso. La idea era curiosear y dejar la fragata dormir en su lecho de arena y algas. O al menos eso pensábamos hasta que Tony desenterró este cofre.

—Este cofre lo cambia todo, ¿verdad?

El Francés se reclinó en el sofá y respiró profundamente.

—Cambia, desde luego, el hallazgo, y abre por encima de todo una vía de exploración.

—¿A qué se refiere?

—¿No lo ve? Esta caja es un relicario del siglo XVI, sellado con un anagrama que despeja toda duda. Las reliquias, Ventura, los restos más buscados del mundo moderno viajaron en ese navío.

—Vamos, la caja está vacía...

—¡Exacto! —exclamó Dupont— Pero si ha llegado hasta aquí sólo nos caben dos explicaciones.

—Usted dirá.

—Profesor, atiéndame. O esa caja subió vacía al Esperanza, y no me lo niegue, nadie se toma tantas molestias en trasladar un cofre vacío, o...

Le mostró una vez más las imágenes del pecio encallado. El arqueólogo encerrado, anquilosado, en el cuerpo de Ventura las examinó con atención.

—El Esperanza fue abordado... —musitó al fin, y un atisbo de emoción salpicaba su voz—. Mire los agujeros de bala en el casco, los destrozos de los... cañonazos.

—Así es —asintió complacido el coleccionista. Sabía que había captado la atención del historiador hasta tenerlo en la palma de la mano.

—Usted cree que fue saqueado antes de hundirlo.

—Premio, profesor, eso creo, aunque no exactamente. Yo estoy convencido de que el Esperanza fue abordado en algún lugar del Atlántico entre las Canarias y las Azores, y de que las reliquias fueron sacadas de este cofre antes de enviarlo al fondo del mar, pero en absoluto apostaría por un saqueo pirata, puesto que de ese modo hubiéramos tenido noticias de ellas.

—¿Noticias?

—Las reliquias hubieran sido vendidas, no lo dude, y bien le aseguro que no por un precio fácil de pagar. Ahora mismo reposarían sin mácula en algún museo europeo como joya de su colección colombina. No, Ventura, muy al contrario, estoy más que seguro de que otra persona se llevó esas reliquias del Esperanza, y esa opinión la comparte también mi colega.

—¿Quién es su colega?

—Después le hablaré de ella, seguro que la conoce. Ahora, venga conmigo.

José dejó el *brandy* en la mesa y siguió a Dupont por un largo pasillo hasta un despacho rectangular decorado sin reparar en gastos. Tenía su propio aire acondicionado y tras un ventanal tintado unas vistas de la ciudad impresionantes. El Francés ocupó su escritorio y le ofreció al profesor una silla de cuero. Sobre la mesa tenía un libro abierto, un legajo antiguo y apergaminado.

—Siéntese.

Dupont cerró con cuidado el volumen, las páginas crujieron como hojas de enebro secas, y le mostró a José el sello de la portada.

—Jesuitas —comentó el profesor.

—Yo también hago mis deberes. Desde el mismo momento en que su hermano encontró la caja nos pusimos manos a la obra para averiguar por qué estaba entre nosotros.

—Y por qué estaba vacía. No dudo que para ustedes este hallazgo sería de gran magnitud.

El coleccionista sonrió sin ganas.

—No sólo son motivos económicos lo que nos mueven. Parece mentira, viniendo de usted, un estudioso colombino. Pero ese punto lo aclararemos después. Ahora fíjese.

Dupont accionó un mando a distancia y se encendió un proyector digital en el techo. Sobre la pared contraria se formó al poco la imagen de un mapa mundi medieval, tenía sombreada en rojo la región de las islas caribeñas.

—Al relacionar el Esperanza con Cristóbal Colón pudimos también conectarlo con Santo Domingo —El Francés pulsó otro botón y en la pared se proyectó la fotografía de la capital dominicana. Una imagen tomada del satélite en la que se distinguían la ciudad colonial y la ciudad nueva, divididas por el río Ozamas. Pulsó de nuevo y la imagen volvió a cambiar—. Esta es la Catedral Primada, o la Catedral de Nuestra Señora de la Encarnación, como prefiera llamarla.

—La Catedral de Santo Domingo. Primera catedral construida en suelo americano.

—Exacto. Aquí descansaron los restos de Colón que su nuera trasladó allí desde Sevilla a la muerte de su hijo Diego. La historia dicta que estuvieron en la República Dominicana hasta 1795.

—Cuando se llevaron a La Habana.

—Bien, ya le he dicho que tanto mi colega como yo defendemos que en algún momento anterior las reliquias fueron robadas. Este archivo jesuita contiene un listado de los padres consagrados a su fe, un registro de jesuitas, si me permite la expresión. Quinientos años de historia de la orden.

El Francés giró el libro hacia José y este lo recibió con el cuidado debido a un objeto tan antiguo. Pasó algunas páginas con remordimiento de conciencia, parecían querer descomponerse en sus manos. Ordenados por países y congregaciones, la lista de frailes jesuitas podía ser eterna.

—Cómo ha conseguido...

Dupont sonrió con un suspiro de suficiencia.

—Cómo consiga o no consiga yo estos objetos no es asunto que, como comprenderá, le incumba ahora. Eche un vistazo a las páginas marcadas.

El grueso registro mostraba algunas páginas señaladas con tiras de papel de colores. La primera de ellas incluía una relación de monjes adscritos a la congregación de Santo Domingo, en La Española, hoy República Dominicana, fechada en 1650. La segunda era un acta de sacerdotes fallecidos, casi una década después, en España. Un nombre subrayado se repetía en ambas listas. Ante la expresión del profesor, El Francés tomó la palabra y puso sobre las hojas del libro un puñado de fotocopias.

—Padre Guzmán Placeres, nacido en 1604 en Sevilla. Misionero jesuita en La Española y custodio de la Catedral Primada de América hasta 1655, cuando deja de nombrársele como asistente a los oficios. Fallecido en 1656, ¿dónde?

—Aquí.

—¡Aquí, profesor Ventura! ¡En Gran Canaria! ¿No lo entiende?

—No sé a dónde quiere llegar con esto.

Dupont se levantó y comenzó a andar en círculo por su despacho agitando las manos en el aire.

—¿A dónde? ¡El custodio de la Catedral de Santo Domingo, guardián de las reliquias, sale de incógnito de La Española y viene a morir a nuestra isla en una época que perfectamente podría encajar con el naufragio del Esperanza!

José dejó los papeles en la mesa con media sonrisa, y se acercó al inmenso ventanal para observar la vista. La ciudad languidecía a sus pies bajo un tórrido sol de mediodía.

—Creo que está llevando esto demasiado lejos, Dupont. Demasiado suponer para una mente acostumbrada a lidiar con datos históricos. Ya sea la de usted o la de su

misteriosa colega, sea quien sea.

El Francés dio un golpe en la pared junto una reproducción del busto de Julio César. El profesor se giró.

—Hablamos del siglo xvii y de la Corona Española —dijo—. ¿Datos? Debería haberlos de todo y de todos. La Compañía de Indias no dejaba sin registro un solo movimiento en su amado Caribe y mucho menos con religiosos implicados. He revisado todos los informes, jesuitas o civiles, de barcos que zarparan de La Española con destino a España en torno a esas fechas y no, no hay una palabra acerca de una fragata llamada Esperanza ni de fraile alguno llamado Guzmán Placeres. Y sin embargo los dos están aquí ahora.

José Ventura resopló y regresó a la ventana. Los barcos, medio milenio más tarde y mucho más evolucionados, seguían entrando en la bahía de Las Palmas como cada día desde el siglo xv. Quizá el Esperanza hubiera llegado al mismo puerto de no haber sido abordado antes de tiempo.

—Y sí, Ventura, mi colega opina lo mismo. Su hermano también lo hacía.

El profesor se apartó del cristal y se giró hacia El Francés.

—Quién es su colega.

Dupont pulsó un botón simulado en el escritorio y una voz respondió con un metálico «perfecto». Segundos después escucharon la puerta del apartamento abrirse y el despacho se llenó con un caro perfume de mujer. Los tacones resonaron por el pasillo antes de que las caderas y el resto de la figura se aparecieran contra el marco de la puerta.

—Es la doctora Zoe Cabrera, de la Universidad de Sevilla.

Al profesor se le erizó el vello de la nuca. Por supuesto que sabía quién era.

—Hola otra vez, José.

11 — La misión del mal maestro

—Queremos que encuentre para nosotros los verdaderos restos de Cristóbal Colón.

Se habían sentado en la terraza del ático de Dupont. Él y Ventura degustaban su tercera copa de *brandy* y ella, Zoe Cabrera, con sus largas piernas cruzadas, mecía un Martini Rosso sin dejar de clavar sus pupilas negras en los ojos del profesor.

—Pon un precio, no será un problema.

—Tengo hambre —comentó José a modo de respuesta—. Creo que debería marcharme.

El Francés sonrió con sorna. Zoe no había dejado de hacerlo desde que llegara, el flequillo moreno le caía estudiadamente sobre el lado derecho de su cara.

—No tienes que contestar ahora, José. Tómate tu tiempo. Si finalmente aceptas te enviaremos la llave del apartamento de Tony en el Puerto de las Nieves. Tal vez la información que encuentres allí te sea útil.

Ventura la miró con una mueca que amenazaba volverse ofensiva, aunque a ella pareció no importarle.

—Te divierte todo esto —le dijo.

Zoe sonrió y bebió un trago de Martini.

—No tiene por qué hacerlo desagradable, Ventura —intervino El Francés.

—Mi hermano ha muerto. Ya es desagradable.

—Te dije que no funcionaría —añadió ella.

—La doctora Cabrera constituye una excelente colaboración para nuestro proyecto. Consumada experta en la América colombina, estudiosa de la figura del Almirante y de los entresijos del comercio y de la política en las Indias, de...

—Todo eso ya lo sé. Para qué me necesita entonces.

Zoe Cabrera dejó su vaso en una mesa de cristal y se inclinó hacia Ventura. Se retiró el flequillo hasta esconderlo detrás de la oreja y miró al profesor directamente a las pupilas. Mucho había cambiado esa mujer desde que trabajaran juntos, primero en Sevilla, después en Cuba. Y eso José lo había percibido al instante.

—Tu hermano tenía en su poder documentos que no pueden perderse. Después de su muerte fuimos a buscarlos, sí, no fue lo más atento, pero esas consideraciones no vienen al caso. Lo cierto es que no encontramos nada. Con ellos la búsqueda de las reliquias se convertiría en algo mucho más sencillo.

—¿Por qué tanto interés en recuperarlas?

—Los documentos de tu hermano te lo dirán.

—¿Cómo? No, amigos, díganme a qué viene este jaleo por los despojos de Colón o ahora mismo me bajo del barco.

—Un símil muy apropiado, profesor —concedió el coleccionista—. Pero no. Esto es todo cuando podemos decirle sin poner en peligro su vida. Encuentre los documentos del cazatesoros y conocerá el resto.

Ventura se levantó de la silla y paseó por la terraza. La ciudad se adormecía a sus

pies, una siesta lánguida que vaciaba las calles y convertía el asfalto de Rafael Cabrera en un río de tinta grisácea. A su izquierda la Catedral de Las Palmas gobernaba el barrio de Vegueta, allí por donde quinientos y pico años atrás había paseado el marino cuyos restos destartalados querían obligarle a buscar.

—No quiero hacerlo —dijo entonces el profesor—. Iré a Agaete, visitaré el lugar en el que vivió mi hermano y le daré la despedida que merece. Pero no rebuscaré entre sus ropas para satisfacerles.

—Me temo que eso no será posible —añadió El Francés, a José le hubiera encantado tener el ímpetu de Tony para romperle esa sonrisa.

—Si han perdido su juguete, bien que lo siento.

—No me entiende, José. No le daré esa información a cambio de nada. Si va al Puerto de las Nieves será para trabajar para nosotros, de lo contrario nunca sabrá dónde encontrar la última morada de su hermano.

Ventura bajó la cabeza y después miró a Zoe. Sonreía. No le costó recordar el dolor que le había causado casi dos décadas atrás. Este José fuera del mundo podía olvidar muchas cosas, pero no se había olvidado de odiarla. Ahora volvía a su vida convertida en la llave para saber qué había sido de su hermano.

—No puedo decirte más, José, si no vas a ayudarnos —dijo la doctora—. Lo que pudiéramos estar trabajando en colaboración con Tony, sus hallazgos, son demasiado confidenciales, sólo podemos compartirlos contigo si...

—Si decido formar parte de la partida. Ya. No pienso hacerlo. Ya jugaste demasiado conmigo.

La mujer sonrió. Su atractivo rompía más allá de las amplias gafas de sol que casi enmarcaban su cara.

—Sí, yo también lo recuerdo.

El Francés paseó la mirada entre ambos, divertido.

—Vaya, aquí se ha cocido más sopa de la que yo conocía, como dicen ustedes.

—¿Quién coño dice eso? —le espetó Ventura.

—Ups, profesor, parece que empieza usted a despertar. ¿Quiere reconsiderarlo?

—Vete a casa, José —le dijo Zoe—. Piensa en ello. Piensa en la cantidad de dinero que podrías ganar con esto.

—¿Dinero? ¿De eso va todo esto? ¿Piensas pagarme bien por husmear en el trabajo de mi hermano?

Dupont se sirvió la última copa de *brandy* y la alzó brindando a la salud del marino.

—No, José. Pensamos pagarle por ser partícipe del mayor descubrimiento desde 1506.

Ventura arqueó las cejas.

—¿De verdad cree que hoy en día vale tanto saber dónde acabaron los huesos del Almirante? —preguntó. El coleccionista se recostó en su silla y miró a Zoe Cabrera. Ella, perfecta arpía, sonrió y se llevó el vaso a los labios.

—Visite la morada del buscador de tesoros, Ventura —concluyó El Francés—. Los papeles de su hermano le dirán algo más sobre lo que estamos buscando.

—Ayúdanos a encontrarlo, José —añadió Zoe con media sonrisa. Sus piernas cruzadas apuntaban al profesor, su escote palabra de honor también.

—Yo no sirvo para buscar tesoros.

—Tiene los mejores genes —apuntó El Francés—. Escuche, le llamaré esta noche. Diga su última palabra entonces.

12 — El testamento del pirata

Sabía que todo había sido una estratagema para embaucarle, un truco vil para hacerle morder el anzuelo. Ventura entró en casa aturdido y todavía confuso, se dirigió directamente a la cocina, dejó caer su gabardina sobre una silla y abrió el congelador. Sólo había lasaña, así que la cambió de recipiente, la metió en el microondas y terminó de desvestirse de camino al salón.

No dejaba de pensar en la oferta de El Francés, en que si la hubiera recibido quince años atrás la hubiera aceptado enseguida. Con el apoyo de Daniela sí que lo veía posible, pero enfrentarse a ello solo era completamente distinto. Él, un ratón de biblioteca oxidado y sin ánimo, cómo iba a seguir la pista de un cadáver cuyo paradero había sido un misterio durante cinco siglos. Para eso se necesitaban unas condiciones especiales que Tony poseía, pero de las que él carecía en absoluto.

Salió al balcón de su apartamento para despejar sus pensamientos y fijó la vista en el horizonte, en la línea difusa que separaba el cielo del mar. Un océano Atlántico testigo mudo del paso del tiempo, de bergantines, naos y carabelas, de galeones y barcos de guerra parecía devolverle una sonrisa. Ventura pensó en una de esas naves, una que nunca llegó a tocar esa tierra pero que se había quedado a morir en ella.

Todo lo que podemos decirle sin poner en peligro su vida, repitió en su cabeza las palabras del coleccionista. El peligro no era para él, no para este hermano Ventura. Lo suyo eran los libros de historia y las novelas de aventuras, el riesgo y el mar eran cosa de Tony. Sí, el hábitat natural de Tony era el mar. En él había vivido y en él...

Sonó el pitido del microondas.

Después de almorzar y ventilarse una botella de vino que debía sumar al licor consumido con Zoe y Dupont, la cabeza le pesaba y la sentía dar vueltas como si girara en torno a su cuello. Se dejó caer como un peso muerto sobre el sofá y cerró los ojos un segundo. Las imágenes de veleros y cañonazos que le habían acompañado toda la tarde no se apartaban de su cabeza. No se veía a sí mismo rebuscando entre arrecifes y algas ni escarbando en fangos y lodo a setenta metros bajo el nivel del mar. No se imaginaba juntando piezas de un rompecabezas barroco que ya había costado la vida de un hombre. Él no era un buscador de tesoros, él estudiaba y transmitía las vidas de los que sí lo habían sido, como su hermano, y Tony había fracasado.

Intentó dormir pero resultaba imposible. Qué razones habían llevado a fletar un navío en secreto. Por qué no figuraba en los registros portuarios. Por qué sacar los restos de Colón sin la autorización de las autoridades españolas. Dónde encajaba el jesuita en todo aquello. Qué había sido del Esperanza. Por qué el cofre vacío. Cómo había muerto Tony.

El profesor se levantó de golpe y empapado en sudor. Después de mucho tiempo volvió a marcar un número en su aburrido teléfono, estaba decidido a averiguar qué le

había pasado a su hermano.

—Acepto —sentenció en cuanto obtuvo respuesta al otro lado de la línea. Pudo imaginar la sonrisa plateada de El Francés en su opulento despacho.

El lunes por la mañana José Ventura se encontraba frente a la puerta de un modesto apartamento a pocos minutos del Puerto de las Nieves. Casas blancas, ventanas azules, una bahía por la que no cesaban de transitar pequeños yates y barcos pesqueros. El sencillo bungalow se freía al sol a dos pasos del Paseo de los Poetas, por el que se llegaba en pocos minutos al muelle y todavía en menos a la playa. La brisa marina regaba de sal el olor de jazmines y violetas, pero también el del pescado y el alquitrán. El profesor introdujo en la cerradura la llave dorada que le había proporcionado El Francés y agradeció el frescor a la sombra del interior del apartamento. Un solo vistazo le bastó para saber que su hermano no hubiera ganado ningún concurso de orden ni de limpieza. Resultaba evidente que se acomodaba mucho mejor a la vida en la mar que en tierra.

El profesor se sirvió un vaso de agua de una botella de plástico que todavía no olía demasiado fuerte y comprobó lo lamentable del interior del frigorífico. Tony no debía pasar mucho tiempo en casa. Recorrió el apartamento intentando encontrar en sus detalles, en sus matices, el recuerdo de un hermano tan desconocido para él como todo en aquella casa. Una cama de matrimonio deshecha y con las sábanas por el suelo, la mesa de la cocina llena de restos de un desayuno sin recoger y la del comedor repleta de libros, mapas y fotografías. Cuáles serían los documentos que Dupont y Zoe buscaban, si no estaban entre esos.

El yate de Tony se había calcinado en el incendio, poco habían podido rescatar de su estructura antes de que se hundiera, por lo que todo lo que quedaba del intrépido marino se resumía en aquellas habitaciones. José revisó los armarios, los cajones, los objetos y revistas dejados por cualquier parte sin ningún orden. Si él fuera su hermano, dónde escondería papeles destinados a no ser encontrados por nadie. Cómo saberlo. El armario empotrado del dormitorio era el más grande. Tenía dos cajones, uno de ellos guardaba ropa masculina a medio arrugar, el otro estaba abierto y vacío, bailando sobre su filo a punto de caer al suelo. Sin nada que hacer allí, el profesor regresó al salón y se sentó a la mesa entre brújulas, compases, transportadores y reglas, todos dispuestos sobre un detallado mapa de la costa cercana. Debajo de él encontró las mismas fotocopias que le había entregado El Francés, las fotografías del barco hundido y un bloc repleto de notas sobre la posición, profundidad y detalles técnicos del pecio. Ver la letra de Tony después de tanto tiempo le causó un escalofrío.

Qué cantidad de información, pensó Ventura. Su hermano no era tipo de tomarse las cosas a la ligera ni de actuar por impulsos. Sonrió, aunque eso también alejaba un poco más la teoría del incendio fortuito como causa de la muerte. Construcción, dimensiones y navegación de una fragata del XVII, analizados antes de lanzarse una sola vez al agua. Tony había estudiado cada cuaderna del pecio, cada hilo de su

velamen y cada roca del lecho marino en el que descansaba. Según había anotado, tras el abordaje las corrientes lo habían arrastrado hacia el sur hasta encallar a pocas millas de la costa de Agaete. José cerró los ojos y trató de imaginar, tal y como había leído tantas veces en los libros de aventuras, a la tripulación del navío esforzándose por apagar el fuego, intentando reparar los boquetes y achicar agua. Todavía no podía imaginar lo lejos que se quedaba.

Salió para almorzar y se sentó en una terraza del paseo que olía a pescado fresco y marisco desde lejos. Observó el ir y venir de marinos y barcazas como, seguro, su hermano había hecho, y se concedió un segundo para pensar en él. Tony no era un buscador de tesoros usual, había encontrado el pecio muchos metros más al sur de donde indicaban los mapas, era un tipo metódico, paciente y experimentado, capaz de aprender y de adaptarse, y sin embargo había fallado. Había encontrado la caja vacía y encima había perecido en su intento. El tesoro oculto, las reliquias de Colón, volvían a dar esquinazo a los que querían atribuirse su propiedad. Pero quiénes eran quienes las querían tanto y por qué.

De regreso al apartamento no le sorprendió sentirse observado, era de cajón pensar que El Francés no dejaría su inversión al cuidado de cualquiera. Entró en el bungalow y cerró rápidamente la puerta. Miró por la ventana, por todas las ventanas, y cuando se convenció de que estaba solo se recostó en el sofá con el bloc de anotaciones de Tony en las manos. Se fue adormeciendo lentamente. Empezaba a considerar una siesta corta como una buena opción cuando un filo cálido se posó en su garganta. Una voz joven y siseante le arrancó de la modorra.

—¿Y tú quién coño eres?

Ventura se incorporó con un respingo y dejó caer los papeles al suelo. Instintivamente hizo ademán de inclinarse a recogerlos pero la chica le detuvo aumentando la presión del cuchillo sobre su piel.

—Déjalos —le ordenó—. Esos no valen nada.

El profesor torció el gesto y dejó escapar un quejido, intentó mirar a la mujer pero esta volvió a advertirle con un pinchazo. Su frase evidenciaba dos cosas: la existencia de otros documentos ocultos, y que ella sabía de su existencia.

—La pregunta es quién eres tú —protestó José.

La chica le clavó en la mejilla la punta de su cuchillo. Ventura sintió cómo el líquido caliente brotaba de la herida y discurría lento hasta el cuello de su camisa.

—No, amigo. La que tiene el pincho soy yo. Así que habla tú primero.

Su voz, apenas un susurro, mostraba tintes árabes y un peculiar acento mestizo. Sus manos, todo lo que podía ver el profesor, eran del color de la aceituna y recorría sus dedos un tatuaje característico. Ella le apremió arañando su carne.

—Me llamo José Ventura, soy profesor. Era hermano de Tony.

La chica aflojó un poco la presión como si lo pensara, entonces volvió a hincar la cuchilla.

—Tony no tenía hermanos, mentiroso —susurró.

—¡Claro que sí! No me toques las narices. Y una marca de nacimiento en el codo, y en la cartera la foto de un perro que se nos murió de pequeños. Bueno, eso puede haberlo cambiado.

—Vale, vale, vale. No sigas —dijo la chica retirando la navaja y recogiendo la hoja dentro de la empuñadura—. Sí que la tiene. La tenía.

Se sentó frente a José con los brazos escondidos en el bolsillo delantero de una sudadera demasiado grande para ser suya. Le pidió perdón con la mirada, ojazos grandes y verdes que destacaban sobre su piel morena. Llevaba el pelo largo ondulado y suelto en una larga melena oscura, y unos labios pálidos torcidos en una mueca que nunca terminaba de ser sonrisa.

Ventura carraspeó y se llevó la mano al cuello. Tras mirarse las gotas de sangre que quedaron impresas en sus yemas señaló el escudo grabado en la sudadera y las pequeñas letras azules bordadas en el pecho.

—Jersey de la universidad, las iniciales de mi hermano... ¿Quién eres?

La chica le miró, fría.

—Me llamo Jaira. Era la... Bueno, trabajaba con Tony.

El profesor asintió frunciendo el ceño. La mirada de Jaira decía mucho más que sus palabras.

—Pues si trabajabas con él sabrás lo que le ha pasado. Lo del accidente...

—No hubo ningún accidente —la mujer bufó indignada.

—Qué me estás diciendo.

—Yo estaba con él la noche que murió. Buceaba cerca del pecio cuando nos atacaron. Maldigo el día en que encontró esa maldita caja.

—Espera, espera. ¿Os atacaron?

—Sí, no sé quién. No vi más que siluetas. Dos hombres, pero...

—Entiendo.

Ventura se levantó y se asomó a la ventana. El atardecer empezaba a teñir de rosado el horizonte hacia el este. Al verlo así, en esa postura, Jaira no pudo evitar el recuerdo de la última conversación que había tenido con Tony en aquel mismo lugar. Los dos hermanos no se parecían a primera vista, tan diferentes en tantos aspectos, pero había algo en José que inevitablemente le traía la imagen de su pirata.

—Qué buscaba mi hermano en ese barco.

La joven suspiró. Tenía a sus pies una mochila y la abrió para sacar dos latas de cerveza. El profesor declinó la suya.

—Le contrataron para inspeccionar el Esperanza, aunque eso evidentemente ya lo sabes. Querían al mejor, en principio sólo para echar un vistazo y, si acaso, encontrar algo de valor que sacar de él.

—¿Por qué un explorador? ¿Por qué no rescatar el barco entero?

Jaira le miró y enarcó una ceja.

—¿Estás loco? ¿No has visto las fotos? Sólo con moverlo el viejo cascarón se hubiera desmoronado como un cuenco de barro.

—No entiendo mucho de eso —apuntó Ventura—. Sin embargo tú pareces saber mucho de barcos. De barcos hundidos.

—He seguido a Tony durante seis años. Y tu hermano no era precisamente de los que se quedan en casa.

José guardó silencio un momento. Parecía pensativo.

—¿Qué sucedió? ¿Por qué querían matarlo?

—Porque encontró esa caja o, mejor dicho, la inscripción que hay sobre ella.

El profesor asintió.

—Sabes que está vacía, ¿verdad?

Jaira le miró como si esperara la confirmación de que se trataba de un chiste. Cuando vio que esta no llegaba estalló en una sonora carcajada.

—No te rías, mi hermano murió por esa caja.

—Tienes razón —dijo ella secándose las lágrimas—. Me río porque al menos esos cabrones nunca tendrán lo que buscan.

—Bueno —puntualizó Ventura—. Para eso me han enviado aquí. Debo encontrar ciertos papeles.

—Yo los destruí —sentenció ella—. Supuse que vendrían a por ellos. Así que el día que Tony murió regresé al apartamento para recoger mis cosas y me los llevé conmigo. Podrás encontrar sus cenizas, con suerte, esparcidas por la bahía.

José se sentó en una silla con el semblante lívido.

—Y ahora qué —murmuró.

—No podía dejar que cayeran en sus manos.

Ventura sacudió la cabeza.

—Me dan absolutamente igual sus manos. Según Zoe y El Francés en esos papeles está la clave de por qué son importantes las reliquias del Almirante, de por qué arriesgar la vida para robarlas... o para protegerlas.

—¿Quién es Zoe?

El profesor negó con un gesto.

—Es una larga historia.

—Sabes que sólo los quieren para dar con las reliquias.

—No me importa. Lo que yo necesito es saber porque murió mi hermano, y si fue un asesinato a sangre fría esos papeles me llevarán hasta quien lo hizo.

La joven se rascó la barbilla y observó al estudioso. Sólo un poco mayor que Tony, muchos años más cansado.

—Tú no crees en el accidente.

El profesor le clavó la mirada. Era la primera vez que Jaira no veía timidez en sus ojos.

—Por supuesto que no. Es una patraña deleznable.

—Deleznable...

La chica levantó la mochila hasta apoyarla en sus rodillas y rebuscó en el bolsillo pequeño. Sacó un minúsculo objeto de plástico.

—Entonces tengo algo mejor que esos papeles —anunció, mostrándole a José una memoria USB.

La Biblioteca de la Facultad de Humanidades todavía estaba vacía a las ocho y cuarto de la mañana. Acababan de abrir, y junto con Ventura y Jaira entraron tan sólo algunas estudiantes que ocuparon los primeros bancos de la sala con sus libros y carpetas para acto seguido desvalijar las estanterías con los diccionarios de inglés. El profesor saludó con un gesto al bibliotecario y se dirigió a uno de los ordenadores.

—¿Por qué no vamos a tu despacho?

—No quiero que el Decano me vea.

Una vez cargada la web principal e introducida la clave de acceso, José insertó en la computadora el *pendrive* de su hermano y esperó impaciente a que sucediera algo. La memoria extraíble no tenía clave, así que José marcó con el ratón las veces necesarias hasta que se abrió una carpeta con más de una docena de imágenes y documentos de texto. Jaira desayunaba un zumo de frutas a escondidas. Entrar líquido en la biblioteca estaba completamente prohibido.

—Tony pasó muchas noches recopilando esta información sobre el Almirante. Según me dijo, detalles poco conocidos que contradecían la historia oficial. Con ellos elaboró este dossier y trató de ponerlo en conocimiento de Dupont. Sin embargo, una colaboradora de El Francés, alguien de la universidad de Sevilla, le animó a dejarse de teorías absurdas y concentrarse en recuperar la caja hundida.

—Me hago una idea de qué colaboradora fue. ¿Teorías absurdas?

—Eso dijo.

—Veamos.

No había barcos ni piratas entre esos documentos, sólo representaciones y estudios sobre un único personaje. Los archivos que Tony había recopilado con tanto esmero incluían biografías de Colón, escritas en diferentes épocas y en distintos idiomas, artículos más o menos documentados sobre sus años anteriores al Descubrimiento, esos de los que la historia oficial no dejaba constancia, y un sinfín de capturas y enlaces de páginas web en los que autores reconocidos abordaban unos indicios que a José no le eran del todo desconocidos, pero que pocas veces nadie se había molestado en demostrar, o en escuchar a los que sí lo intentaron.

El profesor abrió en primer lugar una biografía contrastada del Almirante. Definía a Colón como un hombre audaz y decidido, con ojos de un azul intenso, penetrantes y seguros, un tipo extremadamente inteligente y muy observador, pero también muy supersticioso. Un profundo religioso influenciado hasta la médula por las lecturas de la Biblia y de los clásicos, alguien soberbio y desconfiado, tremendamente codicioso. Según el biógrafo la desmedida pasión de Colón por el oro le convertía casi en un paranoico, de ahí su entrega y su insistencia en emprender un viaje tan inverosímil con el único fin de encontrar lo que él llamaba el oro de las Indias. Los investigadores no se ponían de acuerdo sobre su origen, si genovés, catalán o mallorquín, pero sí en su temprana obsesión con el mar y, por encima de todo, con la fama y el

reconocimiento. El Colón orgulloso, enfadado con su origen humilde, soñaba con ser grande, más grande de lo que lo había sido ninguno en su familia, quería formar parte de la Historia.

—No pintan al descubridor demasiado bien —apuntó Jaira.

—Es un personaje demasiado controvertido, poco o nada se sabe realmente de él. ¿Te dijo Tony por qué le investigaba tan exhaustivamente?

La chica negó con la cabeza.

—Me explicó que necesitaba documentarse a fondo para asaltar el pecio, no que le preocupase tanto el por qué o por quién lo hacía.

—Al parecer quería saber más sobre el contenido de esa caja.

—Quizá por qué alguien le pagaba tanto para recuperarla.

José abrió varias imágenes, grabados de diferentes momentos históricos de la vida pública del Almirante. Después leyó algún texto más. Muchos los conocía, y esperaba pocas sorpresas al respecto. Apoyaban la teoría de que Colón podría haber abandonado su país natal en vistas de que en Italia no conseguiría el apoyo que necesitaba para su empeño, y que emigró a la península a sabiendas de que los españoles o los portugueses, por entonces dominadores del comercio marítimo atlántico, serían más receptivos a sus ideas. Tras sobrevivir a un naufragio vivió en Portugal durante una temporada, y según algunos, allí pudo tener contacto con una figura incierta, pero tal vez decisiva en el devenir de la Historia, un personaje a quien se le ha dado el nombre de Protodescubridor, tal vez un náufrago proveniente de alguna de las expediciones nórdicas o irlandesas a Terranova.

—Nada de esto es nuevo —apuntó el experto colombino—. Desde hace décadas se apunta que Colón pudo tener la certeza de que merecía la pena embarcarse en semejante locura. Algo así como un chivatazo.

Ventura sonrió, por primera vez se sentía en su ambiente. Los documentos pretendían demostrar el por qué de que el Almirante se dejara la salud intentando convencer a unos y a otros de que tenía razón y de que le dieran la oportunidad de demostrarlo, y por qué tenía tan claras las rutas que debía utilizar tanto de ida como de vuelta.

—Aún hay más.

El profesor abrió una carpeta con el críptico nombre de ColTmpl.

—Si Tony hizo un master en la vida de Colón no me lo dijo —murmuró Jaira—. Siempre creí que confiaba en mí.

—Tal vez te protegía. Lee esto.

La carpeta contenía media docena documentos y tres enlaces a Internet. Los autores firmantes de los textos eran investigadores conocidos, biógrafos de prestigio y afamados conferenciantes, se trataba de estudiosos de la historia medieval, no precisamente aventureros de los ciberblogs sin contrastar que debilitaran sus conclusiones. Sin embargo las teorías que exponían parecían peregrinas. Jaira se llevó la mano a la boca.

—No es verdad. No puedo creerlo.

13 — Desde la oscuridad

Adoraba el olor del tartán. Quizá no fuera un aroma reconocible para los demás, para los atletas videntes, pero el tartán, ese producto sintético que alfombraba la pista, tenía un olor especial para Jaime. El olor de la libertad y de la superación de las dificultades. A menudo deseaba que las dificultades del corazón pudieran salvarse también con zapatillas de tacos y un guía al otro extremo del cordón.

La segunda sesión de entrenamiento del día era más relajada. Después de una mañana de series y ejercicios intensos, tras el almuerzo Jaime volvía a la pista para pasear y asimilar sensaciones, antes de que su hermano saliera del trabajo y le acompañara en una sesión de trote suave. A esa hora las instalaciones del centro deportivo Martín Freyre, la Ciudad Deportiva de Gran Canaria, estaban desiertas, sólo transitadas por el sol de mediodía, lentamente menos molesto, y por el joven invidente que paseaba cabizbajo por la calle exterior del óvalo. El perfume de hierba cortada y la brisa del mar cercano le ayudaban a pensar, aunque con los giros y rectas del próximo campeonato se mezclaban los recuerdos hirientes de la marcha de Amelia. A veces Jaime no sabía si acudía allí por entrenamiento o por exorcismo.

Una hora después de su llegada, mientras daba por finalizado su paseo y se detenía junto a la barandilla exterior de la curva norte para efectuar sus estiramientos, escuchó los pasos huecos que resonaban por la galería de la escalera. El pantalón reglamentario de Sergio repetía su sonido característico con cada zancada, ni siquiera se había quitado su cinturón oficial y la porra golpeaba su muslo al trotar por la pista hacia su hermano.

—Casi no llego, chico —le dijo—. Un servicio en la sede de la Delegación de Gobierno. Manifestantes, tráfico cortado...

—Se están poniendo las cosas difíciles —comentó Jaime.

—Así es, chaval, pero bueno, empecemos.

El policía dejó caer una bolsa de deporte al suelo y la abrió con un tirón de la cremallera. Dejó en su interior la gorra y el pesado cinturón y sacó una camiseta de algodón y unos pantalones cortos. Empezó a desabrocharse los botones de la camisa.

—Ey, Sergio, aquí no puedes cambiarte —protestó su hermano.

—Qué listo eres, cuatro ojos. Cállate, no hay nadie que pueda verme.

Jaime bufó mientras cambiaba de postura para estirar los abductores. Subió una pierna a la barandilla y se dejó caer sobre la otra.

—Menudo policía, saltándose las normas. Además, si yo fuera un cuatro ojos de verdad al menos vería.

—Bueno, llevas gafas. Y ya sabes por dónde me paso las normas. Vamos, arriba, ya me he puesto las playeras.

El cordón que unía al atleta con su guía estaba en la mochila de Jaime, Sergio lo cogió y le tendió un extremo a su hermano. Le condujo hasta el centro de la pista.

—¿No vas a calentar? —le preguntó este.

—¿No te he contado lo de la manifestación? Ya vengo caliente.

Empezaron a trotar con ritmo lento, la primera vuelta, como de costumbre, sólo sería para tomar referencias de las distancias, los pasos, la duración de las curvas. Sergio acomodaba su respiración a la de Jaime corriendo a la derecha de su hermano, manteniéndose con cuidado medio paso por detrás.

—¿Detenidos?

—Unos cuantos.

Jaime continuó trotando en silencio durante unos metros.

—¿Golpeados?

Sergio tardó en contestar. Habían empezado a acelerar la carrera y tenía que adaptarse al ritmo de su hermano.

—Probablemente más.

Terminada la segunda vuelta Jaime había alcanzado la cadencia de zancada que quería utilizar para mantener el fondo y destensar los músculos tras la carga de la mañana. Guillén, su guía, estaba de acuerdo con él en empezar a exigir más a esas piernas si quería aumentar sus desafíos. Sergio aguantaba bien a su lado, sin embargo, con el devenir de los giros, su fatiga empezaba a evidenciarse.

—¿Quieres que paremos? —le preguntó Jaime.

—Pues no me vendría mal.

Se dejaron ir unos pocos metros más y regresaron paseando al lugar donde habían dejado sus mochilas. Sergio no podía evitar llevarse una mano al costado.

—Estás... Estás dándole fuerte, ¿no?

Jaime asintió, su hermano se dio cuenta de lo difícil que era verle sonreír.

—Intento pasar a los cuatrocientos.

Sergio alzó las cejas.

—Vaya, es un salto —le sacudió el pelo, fino y castaño, de la coronilla—. ¡Mi hermanito el velocista!

El chico protestó, zafándose de la carantoña.

—Bueno, de momento seguiré con los ochocientos. Sólo es una idea. Pero si quieres puedo aflojar el ritmo cuando entrenes conmigo.

El policía se echó a reír. Se apoyó en la barandilla y sacó de su bolsa una botella de agua.

—No, no. Por mí no te preocupes. Es sólo hoy, no tuve una buena noche.

Jaime también bebió de su propia botella, azulada, con los electrolitos necesarios para recuperar sales y reducir la sed rápidamente.

—Anoche no tenías servicio. ¿Qué hiciste esta vez?

Sergio le miró y se acercó todavía más a su hermano. Le habló en voz baja.

—Una camarera, Jaime, una mujer increíble.

El atleta se quitó las gafas de sol y se secó el sudor de la frente y el pelo con una toalla. Sus ojos brillaban como perlas al reflejo del atardecer.

—Otra más, Sergio... ¿Y Marta? ¿Y los niños?

El policía protestó.

—No me jodas, Jaime. Era una mujer de otro mundo. Morena, fogosa, no recuerdo su nombre, pero pienso volver.

—¿Volver?

—Nos enteramos de que uno de los locales de Aguadulce está ofreciendo servicios sexuales de menores.

—¿Y era cierto?

—Lo era.

Jaime protestó con una mueca de asco y recogió su mochila. Empezó a caminar hacia los vestuarios siguiendo con la mano la barandilla.

—Eres un cerdo, Sergio.

Su hermano se incorporó y echó a andar detrás de él apurando su botella.

—Vamos, chaval, no seas niño. Ven, no vayas a tropezar y abrirte la cabeza.

El muchacho se detuvo y se giró apuntando a Sergio con un dedo. Al policía le sorprendió una vez más la capacidad que tenía el invidente para orientarse y saber dónde estaba cada cosa en cada momento.

—Imbécil —le espetó—. Un día te vas a meter en un verdadero lío, te delatarán, y harás daño a tu familia.

Sergio se acercó un paso más y se enfrentó al chico.

—Por eso no te preocupes, niñato. Me la follé dándole tu nombre —Jaime le miró con ira—. Además, los golpes le harán pensarse dos veces abrir la boca.

Jaime estalló en cólera, quiso agarrar los hombros de su hermano pero este se apartó.

—Cómo puedes ser tan... —gruñó entre dientes—. Si papá pudiera...

Una mano cruzó el aire y el policía abofeteó a su hermano. Le sujetó del brazo antes de que cayera al suelo y le puso el puño en la cara.

—No vuelvas meter a papá...

Jaime consiguió liberarse y recomponer su equilibrio, empujó a Sergio pero no podía estar seguro de si había dejado de tenerlo encima.

—¿Por qué? —exclamó al borde del llanto— ¿Desde cuándo te importa? Hace semanas que no vas al hospital a verle.

—Qué sabrás tú, mierdero. ¿Sabes? Por lo que a mí respecta tú estás tan muerto como él.

El corredor ahogó un quejido.

—Nuestro padre no está muerto...

—¿Ah, no? Eso te gusta fingir —Jaime escuchó cómo su hermano escupía al suelo—. Me voy a casa, niño. Sigue bien.

La sensación de soledad volvió a sacudir al atleta. Sin Amelia, su familia era todo cuanto le quedaba, y su familia se desmoronaba. Encontró a tientas de nuevo la barandilla y bajó las escaleras hacia el vestuario. Se aplicó hielo en la cara y sintió frías las lágrimas que rodaban por su piel.

14 — Su Alteza Real, Don Cristóbal Colón, Virrey de las Indias.

—Explícamelo, porque no consigo verlo claro.

Empezaba a caer la tarde, Jaira regresó desde el balcón y encontró al profesor enfrascado en un rompecabezas de documentos y acumulando notas en un cuadernillo de cuadros. La punta del bolígrafo volaba entre nombres, fechas y anotaciones subrayadas, cuando no directamente tachadas. Había decidido imprimir los archivos de Tony porque se sentía más cómodo manejando papeles que documentos de texto digitales. Después de horas de estudio, de darles vueltas a unos y otros y de revisar mil veces sus propias fuentes de entre los cientos de libros de historia que almacenaba en casa, por último había escogido una página en blanco y trazaba una línea temporal que iba rellenando poco a poco.

—No es nada sencillo —dijo—. La investigación de mi hermano mezcla documentos oficiales y bien conocidos con datos jamás comprobados, aunque admitidos como posibles, pero añade otros muchos cuando menos... desconcertantes. No termino de decidirme a darles veracidad absoluta.

La joven echó un vistazo al galimatías que Ventura tenía organizado sobre la mesa.

—No puedo creer que no tengas ordenador en casa —apuntó meneando la cabeza.

El profesor se recreó en un trago de zumo de frutas ya caldeado. El esquema estaba terminado.

—Y yo no puedo creer que tú no tengas casa —contestó.

La muchacha resopló y se sentó al lado de José, en el brazo del sofá. Él ordenó sus papeles de una manera concreta, dejando su guión en el centro, y comenzó a explicarle.

—En realidad es bastante más complicado de lo que pensábamos, pero de entrada puedo decirte que es mucho más que un puñado de huesos lo que Dupont buscaba en esa caja.

—¿Crees que él lo sabe?

Ventura encogió los hombros.

—Es difícil. Según me dijo, encontraron el Esperanza por casualidad, ni siquiera conocían la existencia de ese cofre. Aunque supongo que una vez descubierta la inscripción sobre la tapa investigarían con más ahínco.

Jaira se mordía el labio, pensativa.

—Sigue.

El historiador carraspeó.

—Para explicarte la importancia de esas reliquias debo saltar al comienzo de esta historia, al confuso y hermético origen de Cristóbal Colón.

—Ese sobre el que nadie se pone de acuerdo.

—Cierto. Aunque no es exactamente así. Digamos que, independientemente de dónde tuviera su cuna el posterior Almirante, es sobre su extracción social sobre la que gira el énfasis del misterio. Atiende: si nos situamos en la Edad Media, primeros años del siglo xv, comprenderás lo difícil que debía resultar el acceso a la cultura para el pueblo llano, no digamos la posibilidad de ser recibido por reyes o casarse con princesas, cosas todas ellas que sabemos que hizo Colón.

—Qué insinúas, no te compliques. Me parece bien el rollo profesor pero...

—Escucha. He separado este grupo de documentos en los que reconocidos investigadores y estudiosos reniegan del tradicional origen humilde del Cristofono Colombo genovés y abogan por dar una explicación muy curiosa al secretismo con el que el propio marino y quienes le rodearon envolvieron los datos relativos a su familia. Pretenden demostrar que Colón procedía de una cuna honorable pero prohibida, le vinculan con el Papa Inocencio VIII, también genovés, por cierto.

—¿Hijo ilegítimo de un cura?

—Qué quieres que te diga. En aquella época no era raro, y lo cierto es que en los retratos que se conservan ambos parecen dos gotas de agua. Por otro lado, es conocido que el descubridor intercambió correspondencia con el Pontífice por motivo de sus viajes en los que el marinero, ferviente religioso, se sentía en la obligación y se enorgullecía con el deber de extender en su nombre la palabra de Dios. El caso es que ese origen distinguido, conocido quizá por muy pocos y necesariamente oculto para la Historia, explicaría algunos misterios relativos a la educación del joven Colón y a su matrimonio en Portugal.

—No me estás explicando por qué mataron a tu hermano.

—Sigue observando estos papeles. Los acontecimientos que dan lugar al Descubrimiento, así como la figura de su autor, llevan cinco siglos enterrados entre enigmas y, lo más curioso, las investigaciones derivan una y otra vez hacia la Orden del Temple.

—¿Caballeros Templarios? Creí que los habían exterminado.

—Mira aquí, en realidad la disolución de la Orden en el siglo xiv con la ejecución de su maestre Jacques de Molay no significó ni mucho menos una desaparición definitiva. Bien al contrario la perseguida flota templaria se dividió en tres frentes de los cuales uno se refugió en Escocia, otro en Portugal y el último en el Mediterráneo, dedicándose a la piratería. Se sabe de expediciones templarias hacia el oeste, quizá para buscar tierras en las que ponerse a salvo, y son cientos de indicios los que atestiguan su llegada a Norteamérica.

—Si lo que dices es cierto, Colón no fue el primero en llegar.

—Bueno, eso está más que descontado. Desde la época fenicia, y probablemente egipcia, el continente americano ha recibido visitas. Cada vez son más, aquí los tienes, los estudiosos que afirman que Colón tenía muy claro a dónde ir cuando decidió emprender su viaje.

—Eso había oído, ¿pero cómo?

El profesor se levantó y fue a la cocina a servirse más zumo. Se sentía excitado, vivo como nunca desde aquel accidente. Tenía entre sus manos investigaciones de Hatcher Childress, de Arrollo Durán, de Sierra, de Ruggero Marino, de Cruz, de tantos y tan relevantes que parecía que por una vez Tony Ventura había suplantado la personalidad de su hermano. Todo estaba en esos papeles, el secreto místico más importante de la Cristiandad podía haber acabado rebotado en sus manos.

—Cristóbal Colón era templario —dijo, solemne, cuando regresó al salón—. No ordenado como tal, puesto que en su época la Orden ya no existía, pero no son pocos los que afirman que el Almirante tenía una íntima relación con la masonería, heredera del Temple y, más aún, con los esquivos Illuminati. Los investigadores se aferran, para afirmarlo, a su hermética firma, salpicada de simbología ocultista, o al hecho de que los Reyes Católicos le entregaran a un desconocido y sin ninguna garantía tres valiosas naves, identificadas además con cruces templarias en su velamen.

—¿Y por qué se las dieron?

José carraspeó, bebió, y colocó sobre los demás una serie de artículos impresos de Internet. El titular de uno de ellos se preguntaba si Colón podía ser realmente un miembro secreto de los Illuminati.

—A finales del siglo xv los Reyes Católicos estaban arruinados por su empeño en consumir la Reconquista. Sin embargo, durante su estancia en Portugal Colón llegó a poseer una carta de navegación que sólo él conocía, una de una precisión envidiable que le habría indicado con exactitud hacia dónde debía dirigirse y lo que encontraría cuando llegara. Los investigadores apuntados por Tony hablan de que él mismo pudo haber realizado un viaje fortuito poco antes del descubrimiento, o de que los propios templarios le confiaron esa carta, por no hablar del famoso protodescubridor naufragado cerca de su casa en Madeira. Todo hipótesis. Lo cierto es que muchos coinciden en que ese conocimiento previo le sirvió para convencer a los Reyes hasta el punto de, como ves en este documento, conseguir que le concedieran en las Capitulaciones de Santa Fe, antes incluso de partir, el título de Almirante y Virrey de toda tierra que descubriera. ¿Pero por qué pensaban que iba a descubrir nada?

—Entonces estos documentos afirman que el Temple indicó a Colón hacia dónde ir.

Ventura asintió.

—El hombre que surcó el océano en 1492 era un aventurero, un místico obsesionado con la simbología, un idealista de gran coraje e intuición. Hay quien dice que no era una sino varias personas, y lo justifican advirtiendo sobre sus muchos retratos, tan diferentes entre sí. Otros insisten en su obsesión enfermiza porque nada de su pasado ni de su origen trascendiese. Algunos historiadores afirman su relación con las sociedades secretas de Génova e Italia del Norte, de Centroeuropa y hasta de la secta masónica del Reptil, supuesta fundadora de los Estados Unidos y a la que aún hoy pertenece una clase selecta y hermética de líderes y personalidades mundiales.

—Qué locura.

—¿Lo es? —inquirió el estudioso— El propio Papa Inocencio VIII tenía relación con la proscrita Orden del Temple. Según esta biografía encontrada por Tony, el Pontífice soñaba con relanzar las cruzadas, pero eso requería un poder económico que la orden ya no tenía. Si asumimos que los templarios conocían la existencia del Nuevo Mundo, sabrían que sus tesoros podrían devolverles ese poder —le mostró un puñado de papeles, el profesor se expresaba con la vehemencia y el atropello de un colegial—. Todos estos investigadores, desde Bradley hasta Wiesenthal coinciden en que Colón pudo ser un enviado, un elegido con la misión de reverdecer el Temple, de proporcionar a la Iglesia las riquezas de ese continente por explorar.

—Eso no puede demostrarse.

Ventura le tendió una de las fotocopias.

—Observa la fotografía. Es la tumba de Inocencio VIII, en Roma. Te traduciré la frase en latín sobre la lápida: «Suya es la gloria del descubrimiento del Nuevo Mundo».

—¿Y qué? Según dices tuvo mucho que ver con poner a Colón en el camino.

—Nada, salvo que Inocencio VIII murió en julio de 1492, varias semanas antes de que el bueno de Cristóbal si quiera pisara la Santa María.

Jaira se mordió el labio y paseó por el diminuto estudio y de regreso al ventanal.

—Me parece rizar mucho el rizo, profesor. Y aunque Colón fuera templario, illuminati, genovés o gallego, nada aclara por qué hacía falta matar por sus reliquias.

José Ventura le enseñó su esquema. Terminaba en un nombre muy particular.

—Los documentos de mi hermano apuntan que una vez disuelta la Orden Templaria su retirada se realizó de una manera sospechosamente bien organizada. Perdieron su poder en Europa y quedaron proscritos, pero nunca se supo de la devolución de su riqueza.

—¿Riqueza?

—Caballeros templarios, banqueros de reyes y coronas. Custodios de tesoros de la cristiandad, de fortunas incalculables. Varios de estos investigadores apuntan que el camino de Colón pudo ser de ida y vuelta, con la aparente misión de descubrir y traer riquezas, pero con el encargo encubierto de esconder y poner a buen recaudo el patrimonio del Temple, con todo un continente como caja fuerte.

La joven guardó silencio.

—¿Y este nombre? ¿Por qué crees que él...?

Ventura torció el gesto. Estaba llegando al final de su explicación.

—Tras analizar los textos sólo se me ocurre que la sepultura del Almirante pudiera guardar junto a sus restos las indicaciones para acceder a ese tesoro sin igual.

—Suena a novela barata.

—No me sorprendería de un hombre capaz de ocultar su origen y hasta su nombre en una firma hermética. Quizá esa sea la explicación de por qué los restos de Colón han sido tan codiciados durante todo este tiempo.

—Dupont cree que las reliquias fueron robadas de la Catedral Primada.

—Y se me ocurre quién pudo hacerlo.

Jaira le miró con expectación.

—Atendiendo a la fecha en la que suponemos la partida del Esperanza y a la situación europea, convulsa para no variar, sólo veo un hombre capaz de hacer cualquier cosa con tal de adueñarse de los fondos que le permitieran recuperar su trono.

—Este hombre.

La joven señaló con el dedo el nombre escrito al final de la línea del tiempo pintada por el profesor.

—Carlos II de Inglaterra. Desterrado por el golpista Cromwell, arruinado, y conocedor de los secretos del Temple como protector de la francmasonería escocesa.

—¿Él sabría que Colón...?

Ventura asintió.

—Sí. Y no dudo que enviara a alguien no una, sino las veces que hiciera falta para recuperarlo.

15 — Demasiado torcido

El apartamento de Jaime Perea era todo lo pequeño que un invidente como él podía necesitar, sin embargo tenía todas las comodidades imaginables y más, como la ridícula televisión de plasma que su hermano le regalara una Navidad. Terminado el entrenamiento prefería dedicarse a otras actividades antes que ha escuchar los galimatías de voces y menudencias que encontraba inevitablemente entre los canales televisivos. Era un fanático de los videojuegos, y disfrutaba mucho más pasando las horas ante su ordenador equipado con los últimos programas de lectura de pantalla y sintetizadores de voz, jugando a aventuras conversacionales y juegos de lógica adaptados. Además, dos veces por semana le visitaba un profesor de guitarra. Sin embargo esa tarde el timbre de su apartamento sonó por un motivo muy diferente.

Jaime reconoció el perfume y el olor característico de su cuñada casi antes de abrir la puerta.

—¡Marta! —saludó extrañado— No has venido con los niños.

A la mujer le costaba explicarse sin que su voz vacilara. El chico la tocó con las yemas de los dedos, Marta era casi de su misma altura, llevaba gafas de sol, el cabello recogido, una camiseta de cuello alto y la chaqueta húmeda por la lluvia. Bajo el cristal de las gafas Jaime descubrió el bulto rugoso del pómulo hinchado, y más abajo la costra de sangre seca en la comisura del labio. Marta protestó porque el simple roce le había hecho daño, él se apartó dando un paso hacia atrás.

—No puedo seguir así, Jaime —dijo ella.

La taza de té se enfriaba en sus manos sin que probara un sólo sorbo. Afuera seguía lloviendo, Jaime había conectado el equipo de música con un compacto remezclado. De los Stones a nuestros días, baladas a medio gas que le recordaban a Amelia.

—Lamento que sea de sobre —dijo—. Pero está bueno, es de frutas, Pruébalo.

Su cuñada negó con una mueca, vagueaba la mirada en el reflejo de la lámpara sobre sus gafas, ahora dejadas encima de la mesa.

—¿No te gusta? —insistió él.

—No es por eso.

Jaime imaginó que las heridas en la boca le molestaban al beber. También que en una situación así, un té no solucionaba nada.

—¿Qué ha sucedido? —se atrevió a preguntar al fin—. Los niños...

—A ellos no los ha tocado —respondió presta ella. Después bajó la voz—. Que ni se le ocurra. Llegó a casa borracho, al menos olía a alcohol. Yo perdí la paciencia, le pregunté de dónde venía a esas horas y me contestó que de un servicio. Entonces chillé que si de servicio le dejaban bañarse en vodka y me cruzó la cara.

La mujer se estremeció con el recuerdo y rompió a llorar. Jaime intentaba calmarla, pero él sentía el mismo sollozo golpeándole en la garganta y ansiando escapar.

—Los niños lo vieron todo, Jaime. Lo oyeron todo. Nos llamamos... No sé ni lo que nos dijimos. Le acusé de putero, de ver a otras mujeres, me contestó cosas tan horribles que creo que mi cerebro las ha olvidado. Después se marchó de casa y no he vuelto a hablar con él, quizá tú sepas algo.

—Hace días que tampoco le veo.

Marta sorbió lágrimas y mocos a un tiempo, apretó entre las suyas las manos de su cuñado.

—Quiero pedirte un favor, Jaime. Sé que no debería implicarte, pero nos conocemos hace más de diez años y sabes que no recurriría a ti en un caso como este de no ser mi última alternativa. Necesito que nos dejes quedarnos en tu casa unos días.

Jaime tragó saliva. Entendía la situación pero no estaba seguro de querer ponerse en contra de Sergio.

—No sé, Marta, yo no debería tomar partido.

La mujer asintió.

—Lo sé. Mira esto.

Marta se retiró unos centímetros el cuello de la camiseta y posó sobre su piel la mano del chico. Dejó que Jaime rozara el recorrido curvo de las marcas de estrangulamiento.

—Tengo miedo de que vuelva y la tome con los niños.

El invidente se apartó horrorizado, casi dejó caer la taza de té contra el suelo.

—De acuerdo, claro —titubeó—. Ve a por los críos, podéis quedaros. Yo voy al hospital a ver a papá, suelo pasar las noches con él, por la mañana vendré a ducharme e iré a entrenar, tendréis toda la casa para vosotros.

—No te preocupes, los niños mañana estarán en el colegio.

—Claro, es cierto. Escucha, por la tarde intentaré hablar con Sergio.

Marta asintió, aunque no confiaba en que eso sirviera de mucho más que para empeorar las cosas. Recuperó su abrigo y se marchó a casa para preparar a sus hijos. No había tocado el té. Jaime apagó la música y dejó que el silencio y el rumor de la lluvia acompañaran su cena. Todo se estaba torciendo. Todo se estaba torciendo demasiado rápidamente. Y ya no podía más.

No se acostumbraba a verlo así. Delicado, consumido, postrado en una cama de hospital y conectado a media docena de tubos que le acompañarían hasta que su corazón dijera basta. Pronto se cumpliría un mes de sus últimas palabras, de la última vez que consiguiera mirar fijamente a alguien. Jaime se sentó una noche más junto a él, en la incómoda silla dedicada a las visitas. Sacó de su mochila una almohada de viaje, una botella de agua y un ejemplar en braille de los cuentos de Poe, que dejó sobre la mesilla. Tomó el mando a distancia y bajó el volumen del noticiero. Necesitaba escuchar la respiración de su padre.

Seguía allí.

Se inclinó sobre la cama y delicadamente se sentó a su lado, por un segundo

imaginó que su padre moviera la mano para tocar la suya, pero sabía que era imposible. Fue él, entonces, quien deslizó los dedos por la sábana, palpando sin quererlo ese cuerpo extenuado, hasta rozar la piel cálida y frágil. Quiso tocarle la cara, comprobar si tenía los ojos cerrados o, si acaso, quizá, sonreía, pero le aterraba la idea de quitar sin querer de su sitio alguna de las vías, desplazar algún tubo o simplemente hacerle daño.

—Papá —dijo, y fue todo lo que pudo pronunciar antes de que el llanto obstruyera las sílabas en su garganta. Se dio la vuelta y regresó a la silla, subió dos puntos el volumen y cambió de canal hasta reconocer las voces de una de las series de éxito. Guardó silencio mientras escuchaba, pensativo, triste. Deseaba disponer de una máquina del tiempo para volver atrás y borrar tantas cosas.

No fue un ruido lo que le despertó de madrugada, fue, por extraño que parezca, la sensación de la falta de este, como si el vacío en la planta del hospital tomara la forma de un chillido horrible. Despertó y observó que la tele había sido apagada, y no por él, desde luego, y forzando el oído comprobó que la respiración de su padre continuaba a su lado. Sin embargo la planta del hospital estaba completamente en silencio.

Jaime se levantó y contó los pasos hasta la puerta de la habitación, se asomó al pasillo sin soltarse del quicio e hizo el esfuerzo de escuchar. Nada. No había voces ni pitidos de máquinas médicas en marcha. Nadie tosía ni televisión alguna emitía ningún sonido. Sin tecleos, ni pasos, si había alguna luz en el pasillo, él no podía saberlo.

Empezó a caminar despacio. Prestando atención al silencio. La respiración de su padre seguía resonando en sus oídos, lo demás, vacío. La pared del corredor desapareció bajo sus dedos, había llegado a una intersección, y palpó un mostrador, un monitor y una lámpara flexo. El ordenador no producía ningún zumbido y la bombilla del flexo estaba fría. Se atrevió a avanzar y recuperó la pared enseguida, pero tropezó con un carro de catering que se volcó sobre la moqueta con un estruendo metálico. Una mano entonces tocó su espalda.

—¡Oiga! ¿A dónde va?

El atleta perdió el control de sus rodillas y cayó al suelo, acurrucado contra la pared, buscando con las manos en su oscuridad la voz que le había hablado. No podía respirar y el corazón quería salirse del pecho.

Por la mañana Marta y los niños le dejaron cuando todavía estaba en la ducha, no tuvo que verlos ni explicarles el por qué de esa turbación en su rostro. Era como si de algún modo su cuerpo no hubiera vuelto a la calma tras el sobresalto. En la pista, Guillén le esperaba realizando sus estiramientos. Para Jaime no había habido noticia mejor en las últimas quince horas que esos minutos de concentración en los que no cabía ningún otro pensamiento. Sin embargo a media sesión de series de velocidad en distancia corta escuchó la voz de su hermano llamándole desde la grada. Le pidió a Guillén un descanso y Sergio bajó al tartán para hablar con él.

—Menuda armaste anoche en el hospital, chico —dijo a modo de saludo.

—No fue para tanto.

El policía sonrió. No llevaba su uniforme reglamentario sino una camiseta clara y una chaqueta deportiva.

—Según dicen te llevaste un buen susto. Ten cuidado con esas cosas, chaval.

—Ya, el pobre ciego. ¿Y tú qué haces aquí, no deberías estar trabajando?

—No, hoy no. Me he tomado unos días para encontrar algo. Por eso fui al hospital. Y creo que lo he encontrado.

—No tengo ni idea de a qué te refieres. ¿A qué has venido, Sergio?

El policía se detuvo junto a su hermano, tan cerca que Jaime pudo oler su aliento tiznado de vodka.

—Devuélveme a mi familia.

El atleta retrocedió, sintió cómo Sergio daba pasos hacia él. No podía verlo pero sabía que debía tener miedo.

—Escúchame, Sergio...

—Es inútil negarlo, niño. Dame las llaves de tu casa o yo te daré a ti una buena tunda. Las sacaré de tu mochila yo mismo.

Jaime estuvo a punto de tropezar pero le detuvo la barandilla que bordeaba la pista. Escuchó cómo en la grada Guillén se ponía de pie y corría hacia ellos.

—Marta vino preocupada, asustada, me mostró lo que le hiciste.

El policía seguía presionando.

—Me robó a mis hijos, Jaime. Te haré a ti lo mismo que le hice a ella si no les ordenas volver a casa.

—No lo harán, Sergio, les asustaste...

—¿Les asusté? Eso no fue nada. Vendrán a casa o iré yo a buscarles.

—Necesitas ayuda...

El empujón lanzó a Jaime contra la barandilla, le hizo pasar por encima de ella y el chico rebotó contra el primer escalón de cemento del graderío. En su oscuridad, el mundo dio vueltas haciéndole perder la orientación y el sentido.

—¿Te ayudo, ciego? No puedes ni levantarte.

—¡Ey! ¿Qué pasa aquí?

Guillén se interpuso entre los dos hermanos y separó a Sergio del muchacho. El policía se retiró refunfuñando, mientras el atleta se tendía en el suelo boca arriba para recuperar el aliento. Todo se estaba torciendo, sí. Demasiado.

—¡Diles que vuelvan! —le gritaba su hermano desde lo alto de la grada, de camino a la salida— O tendré que ir yo a por ellos.

—¡Lárguese! ¡Llamaré a la policía! —le contestó Guillén, pero Sergio ya había desaparecido. Lo último que quedó de su visita fue la estela de su risa al marcharse y la brecha sangrante en la coronilla de Jaime.

—¿Estás bien, hijo? —le preguntó el guía. Después el atleta perdió el conocimiento.

16 — El padre retirado

—¿A dónde vamos? —preguntó Jaira. El autobús les había dejado junto a la vieja biblioteca municipal y ya a pie habían cruzado hacia el barrio antiguo de Vegueta.

—Vamos al archivo jesuita.

Dejaron a su derecha el teatro y subieron una calle empinada con un retorcido empedrado. Frente a ellos una puerta arqueada de madera entreabierta daba paso a un patio interior de estilo clásico canario. José se detuvo a la entrada y saludó a los dos recepcionistas que le devolvieron el gesto.

—Yo trabajé aquí varios años —dijo.

—¿Este es el colegio jesuita?

—No, es la casa museo de Cristóbal Colón —se giró para señalar un modestísimo edificio de arquitectura sobria y paredes pintadas en salmón—. Y esa que ves ahí es la pequeña capilla de San Antonio Abad, donde el Almirante se detuvo a orar en la primera parada de su viaje de regreso a las Américas.

—¿Colón vivió aquí?

—Se dice que se hospedó en esta casa mientras la Niña era reparada en el Puerto de la Luz.

—¿Vamos a entrar?

—No. Dudo mucho de que encontremos en la tradición oficialista nada que confirme los descubrimientos de mi hermano. Sígueme.

El profesor guio a Jaira por las callejas enredadas hacia la Plaza de Santa Ana, y se detuvieron frente a un edificio alto y gris, tan afeado que desentonaba con el resto.

—Esta es la iglesia de San Francisco de Borja. No te dejes engañar por su fealdad exterior, por dentro es una verdadera joya y casi un museo de arte. Esta fue la primera escuela de Las Palmas, operada por los jesuitas hasta su expulsión de las islas en 1766 por orden de Carlos III.

—No sabía que los jesuitas hubieran sido expulsados.

—Sí. Pero parte de su archivo sigue en este edificio.

El profesor pasó una pierna por encima del borde inferior del marco de la puerta abierta y le indicó a Jaira que tuviera cuidado. Después se dirigió a un mostrador de información. Estaba vacío, así que esperaron.

—Voy a consultar su archivo por si tuvieran constancia de la llegada de algún sacerdote de su orden en circunstancias peculiares en 1655.

—¿Por qué jesuita?

—En el siglo XVII la Catedral Primada de América estaba custodiada por la Orden jesuita. Eran sus protectores.

—Entiendo —musitó Jaira—. ¿Pero qué te hace pensar que si existiera un registro histórico donde quedase anotado el naufragio de algún jesuita en esa fecha, Dupont no lo habría investigado ya?

—Estoy convencido de que lo ha hecho. Sólo quiero saber si le ha llevado a algo.

El recepcionista apareció y una vez Ventura le mostró su credencial como catedrático de la Universidad de Las Palmas les permitió el paso a la biblioteca eclesiástica. El historiador deslizó la mirada por la inmensidad de volúmenes y legajos, algunos de encuadernación más que dudosa y al poco se sentó en una de las mesas con un grupo de cartapacios cosidos con cuero de cabra.

—Parecen antiquísimos.

—Los jesuitas llegaron a Canarias en a finales del siglo XVI. Si hay algo aquí que refleje la llegada del Esperanza en 1655, lo veremos.

Pasados unos minutos el profesor sonrió. No lo había.

—No veo la buena noticia en que el archivo jesuita no diga nada de la llegada del tal padre Guzmán a Canarias —comentó Jaira, contrariada, mientras esquivaba transeúntes por la calle Triana. Tras salir de la iglesia, Ventura había decidido paserar de regreso y se le había antojado un granizado. La chica nunca le había visto tan jovial—. Eso sólo demuestra que las tesis de Dupont son conjeturas absurdas.

El profesor negó con la cabeza y dio un largo sorbo a su bebida.

—Esto demuestra que a El Francés le falta una pieza, la más importante, la que puede sujetar, o no, su, la verdad, frágil castillo de naipes.

Llegaron al final de Triana y atravesaron el Parque San Telmo. Subieron unos metros por Bravo Murillo y Ventura se detuvo ante una tienda de alquiler de coches.

—Y tú la tienes. La pieza que le falta.

—Yo la tengo. ¿Sabes conducir?

Se había jurado que jamás volvería a coger un coche, pero Jaira no conducía. Sentía el volante vibrar entre sus manos y las imágenes del accidente golpeaban a veces como fogonazos en sus sienes. Se esforzaba por apartarlas y concentrarse en la conducción, lo que tenía entre manos podía ser algo muy grande y la clave para saber por fin cuánto tenía de real y cuánto de locura estaba al alcance de su mano.

—Perdona mi insistencia —intervino Jaira—, pero ¿a dónde vamos?

José le contestó sin desviar la cabeza de la carretera que ascendía hacia los pueblos de la cumbre.

—Ya te lo he dicho, al archivo jesuita.

La chica se mordió un labio.

—Creí que de ahí veníamos.

El profesor dejó escapar una risilla. En este intercambio de vidas en el que Tony Ventura investigaba y su hermano buscaba tesoros, nunca pensó que acabaría disfrutando.

—He aquí la lacra de nuestra juventud —dijo—. Creéis que todo se puede encontrar en Google, en Wikipedia o en Youtube.

—Acabamos de visitar una biblioteca, y ahí tampoco.

—En los libros se escribe lo que el escritor quiere dejar por escrito. Los datos van y vienen, algunos pueden, despistadamente, extraviarse. La verdadera sabiduría hoy y

siempre sigue estando en las personas.

—Lo que tú llamas archivo jesuita es una persona.

—Si sigue vivo, sí.

A pocos metros de la Cruz de Tejada el profesor desvió el coche de alquiler por una carretera estrecha y pedregosa que bordeaba la ladera. El Parador Nacional se recortaba sobre ellos contra un cielo azul desnudo y, más adelante, empezaba a vislumbrarse la silueta de una modesta finca que albergaba árboles frutales, una colección de cultivos en terraza y un coche antiguo beige con el capó levantado. Una delgada palmera bañaba de sombra la entrada de una casa de una sola planta de paredes de piedra y techo de teja. Cuando José detuvo el coche, un hombre de pelo cano y facciones entradas en años, se asomó a la ventana. Al reconocer al profesor mostró una amplia sonrisa y salió a recibirle.

—Ventura, Ventura, muchacho —dijo. Su voz tenía aún la profundidad y fuerza de quien ha pasado años orando hacia el público—. Qué se te ha perdido tan alto, como decimos aquí. Rieron.

—Es cierto, don Bartolomé. Pasando el mar de nubes parece que estemos en el Cielo —le presentó a Jaira y le contó los detalles mínimos de la muerte de su hermano.

—Bien que lo siento —contestó él—. Un accidente es algo de nunca desear a nadie, por muy bribón que haya sido en vida. Perdóname hija, pero como sabrás las actuaciones de Tony no siempre siguieron el camino más recto.

Ventura sintió la mirada de Jaira como una punzada de hielo, pero la chica mantuvo el tipo e ignoró la parte de ofensa que le correspondiera. A su espalda, un coche azul atravesó la carretera especialmente despacio, parecía querer cuidar los neumáticos, y desapareció por el otro lado.

—¿Conocía usted a Tony, don Bartolomé? —preguntó la chica.

Los hombres volvieron a reír. José tomó la palabra.

—Hubo un tiempo en que mi hermano también se formaba para ser historiador, y un tiempo en el que, como todos, debimos acudir a la formación católica que nos imponían.

—Yo fui uno de sus profesores en la Facultad y el encargado de amargarles las mañanas de domingo en el pueblo —rio el antiguo sacerdote—. Ahora decidme, ¿queréis tomar algo? ¿Un café, un té? —guiñó un ojo a Jaira y golpeó a José con el codo— ¿Un chupito de ron miel?

El profesor sonrió y fijó la vista en el suelo.

—En realidad, Bartolomé, venimos a verte por algo muy concreto —sus ojos buscaron los del párroco, que esperaba paciente con una sonrisa—. ¿Te dice algo un barco llamado Esperanza?

El cura retirado se echó a reír.

—Sobre la esperanza podría leerte un par de sermones, pero jamás escuché hablar de un barco con ese nombre.

Jaira frunció los labios, José golpeó una piedrilla con la punta de su zapato.

—Lo esperaba. En realidad por quien quería preguntarte es por un sacerdote jesuita naufragado en Agaete allá por 1655. Su nombre era padre Guzmán...

—Placeres.

Al religioso le cambió el gesto, como si una nube de tormenta oscureciera de pronto el cielo. Posó sus grandes manos en los hombros de sus visitantes.

—Vamos, entrad. Será mejor que tomemos dentro ese ron —hablaba mirando su alrededor, nervioso, y les obligó a pasar al interior de la casa—. Tendréis que contarme de qué va todo esto desde el principio.

17 — El aguijón del Alacrán

Caía la tarde cuando José Ventura, con la ayuda de varios folios y tres colores distintos de bolígrafo, terminaba el mapa conceptual que, entre flechas, tachones y datos históricos, situaba sobre la mesa el esquema que en cuanto a la odisea de las reliquias de Colón había formado en su mente. Don Bartolomé no había esperado visita, así que entre él y Jaira tuvieron que idear cómo multiplicar la cantidad de estofado de cabra que tenía preparado para uno solo. Un poco de agua y algunas verduras de su propio huerto obraron el milagro. Mientras almorzaban el profesor le fue explicando los pormenores de aquel crucigrama virtual a su antiguo maestro. Después de echarle un vistazo, el sacerdote se retiró las gafas y les habló gesticulando con las manos.

—Existe una leyenda, bueno, cómo llamarlo leyenda en este caso. Existen voces que sitúan a un hombre de origen incierto y palabras huecas en la costa norte de la isla a finales del xvii.

—1655.

El cura chasqueó la lengua.

—Finales, mediados... Una leyenda no deja de ser una leyenda. Pero se habla de un sacerdote recogido del mar, un náufrago que se decía hombre de fe pero del que nadie sabía quién era ni cómo había llegado hasta allí.

Jaira arqueó las cejas y miró a José. El profesor sacó de su gabardina una fotocopia doblada en cuatro partes.

—Creemos que podría ser este.

Don Bartolomé desplegó la hoja y observó las dos listas que le había mostrado a Ventura Dupont en su casa: una con monjes jesuitas en La Española, otra con curas fallecidos poco después en España.

—Guzmán Placeres podría encajar en la descripción y parece ser, en efecto, que también en las fechas.

—¿Cuenta la leyenda si se le encontró con algún cofre, algún paquete? —preguntó Jaira.

—Como os digo, no se sabe nada de él —observó con detenimiento el papel que tenía entre las manos—. ¿De dónde has sacado este documento, hijo?

El profesor guardó la fotocopia de nuevo en el bolsillo interior de su gabardina y negó con la cabeza.

—Tenemos que encontrarlo.

El antiguo cura le miró con el ceño fruncido.

—Ten mucho cuidado, José. Hay madrigueras en las que un ratón de ciudad no debe meter las narices. Al menos sin conocer el suelo por donde pisa. ¿Tú lo conoces?

—Intento conocerlo, y por eso he venido a buscarte. Creo que llevo ventaja a los

ratones de campo. Pero necesito saber dónde encontrar el rastro de este Guzmán Placeres.

—Rastro de él no encontrarás ninguno. Pero puedo decirte dónde está enterrado. Jaira abrió los ojos, José se inclinó sobre la mesa.

—Dónde.

Bartolomé sonrió.

—Vamos, tú también lo sabes. Por eso estás aquí. Tan mal no puedo haberte enseñado.

El historiador regresó al respaldo de su asiento.

—Lo más lógico sería pensar que quién lo recogió y escuchó su historia debió llevarlo ante los religiosos de entonces. Debieron tratar de curarle, quizá pasó todo ese año hasta su muerte bajo constantes cuidados.

—Sí, pero no en Agaete.

El profesor y la joven miraron al sacerdote. Ventura asintió.

—Si de veras trajera consigo un secreto lo llevarían lejos de las miradas. Ni Agaete, por pequeño e inestable, ni Las Palmas, por tumultuoso y expuesto.

—Entonces dónde —inquirió Jaira.

Don Bartolomé abrió las manos.

—Al principal y más hermético, místico y masónico, edificio religioso de esa época.

José Ventura se incorporó como si hubiera recibido una revelación.

—Al por entonces Templo de San Juan Bautista de Arucas.

El sol se ocultaba tras los picos de la cumbre grancanaria, Don Bartolomé salió a la terraza junto a sus invitados para darles la despedida.

—Ve con cuidado, hijo. Remover el pasado es jugar con cartas marcadas. Demasiadas trampas.

—Lo tendré. Y espero no haberte dado la tarde.

El sacerdote sonrió.

—Me has hecho pasar un rato diferente.

Jaira esperaba de espaldas a ellos, siempre taciturna, con las manos en los bolsillos de su sudadera y un hilo rizado de fleco ondulando al viento frente a su cara. Cuando Bartolomé la llamó se dio la vuelta como regresando de un sueño. Uno de barcos, corsarios e iglesias. Uno de marinos asesinados.

—Ha sido un placer...

Ninguno escuchó el coche acercarse pero sí oyeron la bala silbar e incrustarse en el cuello del cura, que cayó al suelo como un muñeco de paja.

—Corred... —acertó a balbucear entre burbujas de sangre.

El vehículo azul se había detenido al otro extremo de la carretera, por su ventana asomaba el cañón de un rifle, y tras él la mirada torcida de un tipo de piel oscura y cara cruzada de cicatrices.

—¡Es el hombre que me disparó en el barco! —exclamó Jaira— ¡Él mató a Tony!

Las balas volvieron a silbar.

—¡Al coche!

Profesor y aventurera corrieron a agazaparse tras su vehículo de alquiler. Los balazos se incrustaban en el lado del copiloto mientras José ocupaba su asiento y Jaira era obligada a sentarse en los de atrás.

—Me va a costar un ojo de la cara el seguro del renta car —masculló Ventura.

—¿Cómo puedes pensar en eso ahora? ¡Arranca!

El profesor sacó el coche del patio de la casa del sacerdote con un quejido del motor y un derrape en la tierra seca. Las ruedas chirriaron de regreso a la carretera y la salva de balazos cesó mientras el tipo del vehículo azul emprendía la persecución tras ellos.

—¿Quién demonios es? —preguntó José, las curvas de la carretera se le echaban encima una tras otra sin darle tiempo a enderezar su trayectoria— ¿Le conoces?

—No tengo ni idea —exclamó Jaira rebotando de un lado a otro del habitáculo—. Sólo le vi un segundo cuando nos atacó en el barco, no le había visto antes.

Una bala destrozó la ventanilla lateral trasera del coche del alquiler. Intentando ajustarse a su carril para evitar un bus que subía, Ventura se acercó tanto a la pared del barranco que arrancó de cuajo el retrovisor de ese lado. A su izquierda el acantilado caía sobre un valle de diferentes cultivos y fincas dispersas.

—¿Iba solo? —chilló Ventura, encogiéndose porque un disparo había rebotado en el techo—. ¿Trabaja para alguien o sólo nos tiene manía?

En el retrovisor interior el coche azul aumentaba o disminuía de tamaño según se acercara o alejara en cada frenada. El profesor tuvo que esquivar la raíz de un árbol cuando perdió un tanto el control al apresurar un giro a la izquierda.

—Eran dos en aquella lancha —respondió Jaira—. Pero no pude ver al otro.

—No hace falta que me lo describas —intervino José—. Apuesto a que era alto, delgado... —un balazo convirtió la luna trasera en un mosaico de fragmentos de cristal y la chica emitió un chillido—. Y tenía una ridícula coleta.

Una curva más, esta cerrada hacia la izquierda, la carretera bordeaba la montaña como un pelador de patatas, demasiado estrecha para que cupieran dos coches al mismo tiempo. Ventura se las ingeniaba para no despeñarse a cada giro y sólo conseguía algo de ventaja cuando alcanzaba una recta significativa.

—¿Tú crees? No me dio tiempo a distinguirlo en la penumbra.

Una bala acarició el retrovisor izquierdo y lo dejó girado hacia lo alto, otra se coló por la luna del piloto y se incrustó en el salpicadero. Por el espejo que le quedaba el profesor vio cómo su perseguidor dejaba caer la pistola a su lado y se concentraba en manejar su vehículo. Esta vez se acercaba en serio y casi podía tocarles.

—O se ha quedado sin balas o quiere tirarnos por el barranco —murmuró José— ¿Puedes verle la cara?

La muchacha se giró y oteó entre los pedazos de cristal enmarañados por el

impacto. Un rompecabezas de mil piezas no le permitía distinguir nada.

—¿Es muy importante?

—Quiero poder describírselo a su amo.

Jaira entonces sacó del bolsillo su móvil y asomando la mano por la ventanilla rota disparó hacia atrás una fotografía.

—Le tengo —exclamó pulsando el botón correspondiente para ver el resultado de su experimento—. Feo, muy feo.

La muchacha sonrió pero a Ventura no le hacía tanta gracia. Antes de que pudiera comentar la broma recibieron la embestida que les sacó de la carretera.

—¡Agárrate!

El coche de alquiler trastabilló por los primeros metros de ladera saltando entre las matas como si fuera de juguete, pero por fortuna para ellos José encontró a trompicones uno de los múltiples senderos que se internan en el monte hacia las fincas privadas que ocupan los barrancos de la cumbre. El profesor consiguió estabilizarlo y continuar el abrupto descenso hacia la siguiente carretera comarcal recibiendo la lluvia de balas frustradas desde arriba. Cuando minutos después encontraron la salida a la autovía no había ni rastro del coche azul, Ventura apretó el acelerador y prácticamente no lo soltó hasta detenerse a la salida de Las Palmas, junto al Mirador del Norte. Las olas rompían contra el acantilado de la Peña del Cura cuando bajó del coche, airado, mientras marcaba un número de teléfono en su móvil. Jaira se apeó tras él, se apartó unos metros y vomitó sobre el mar.

Los pitidos al otro lado de la línea se cortaron y sonó la voz del coleccionista.

—No me habló de esta sorpresa, Dupont —ladró Ventura al auricular. Su interlocutor soltó una risita.

—Veo que ha conocido a Alacrán.

El profesor maldijo.

—¿Alacrán?

—Es, digamos, mi ayudante.

—Pues su ayudante ha matado a un hombre y casi termina con nosotros.

—Se equivoca, Ventura, usted ha matado a don Bartolomé, lo mató cuando decidió hacerle partícipe de nuestros negocios.

—¡Estaba investigando!

—Sin informarme y sin mi consentimiento.

—Está usted loco...

—Véalo como quiera, profesor. Alacrán hizo cuanto le ordené, en una operación como esta no podemos dejar cabos sueltos.

El historiador paseaba nervioso por el mirador. Con gusto hubiera lanzado el móvil a ese océano embravecido que rugía a sus pies y hubiera acabado con todo.

—¿Y nosotros? ¿Somos nosotros también cabos sueltos, Dupont?

—Desconozco quién es la señorita que le acompaña, profesor, aunque puedo hacerme una idea. Sin duda ella lo es, un cabo suelto —pareció cavilar un momento

—. Alacrán tendrá que solucionar eso. Sin embargo usted sigue vivo, *¿nest pas?*

—¿Lo estoy? ¡Sólo porque conseguí esquivar a su perro en el acantilado!

—Se equivoca, José, o al menos se excede en su autoestima. Alacrán sólo ha cumplido cuanto le he ordenado. Y ahora, por favor, márchese a Arucas, encuentre lo convenido y tráigamelo si quiere seguir con vida. Si quiere que los dos sigan con vida.

—¿Cómo sabe...? —preguntó el profesor, pero la línea volvió a pitar al otro lado.

18 — Sí, demasiado torcido

La cafetería del hospital Doctor Negrín pasaba por ser un lugar frío y deprimente. Blanca, muy blanca, como la estación de autobús del purgatorio, a menudo vacía y con una televisión anclada en el canal de noticias las veinticuatro horas del día. Jaime escuchaba sin demasiado interés la información sobre el torneo de tenis en marcha mientras daba vueltas con la cucharilla al segundo café con leche de la tarde.

En algún momento la puerta chirrió y los pasos que se acercaron le resultaron familiares. El recién llegado ocupó el taburete a su lado y le habló con la voz de su hermano.

—Me dijeron que estarías aquí —explicó Sergio.

Jaime bebió un trago del café. No se sobresaltó, lo esperaba. Y dejó que el calor del líquido acariciara su lengua.

—No podía quedarme más tiempo arriba. Y tampoco quería ir a casa.

El policía pidió a la joven tras la barra un refresco de naranja. Asintió.

—He hablado con Marta —dijo.

—Estupendo.

Llegó la bebida y Sergio casi la apuró de un trago. Ordenó también un sándwich mixto.

—No he podido comer nada aún —explicó—. ¿Es buena esta cafetería?

Jaime bebió un sorbo y volvió a menear el café con la cucharilla.

—Supongo.

—Lo bueno es que si no lo es, te suben a planta en un momento, ¿eh? —el policía propinó un codazo a su hermano. Este no se inmutó así que Sergio se reacomodó en el taburete y recibió su cena—. Qué pasa, ¿está la cosa demasiado mal ahí arriba?

El atleta dejó el café sobre la barra y jugó entre los dedos con el asa de la taza. Apretó el puño y casi sin querer golpeó furioso el mostrador.

—Está muy mal, Sergio, y lo sabes. Y no entiendo a qué viene esta visita después de...

—He venido a pedirte perdón, hermano. No a soportar tus borderías. Ya es bastante difícil...

—Es difícil porque tú lo haces difícil.

Jaime descendió del taburete y palpó el lateral de la barra en busca de su bastón. Dejó un billete junto a la taza y emprendió el camino de salida. Sergio en un principio no hizo ademán de abandonar su sándwich, pero de pronto escupió una maldición y lo dejó en el plato para seguir a su hermano.

Atravesaron en silencio la sucesión de pasillos y subieron las dos plantas de ascensor. En la puerta de la habitación de su padre había un tumulto. No sé preocupen, les rogó atropellada una enfermera, sólo es una revisión, esperen en la salita. Tal salita era un espacio claustrofóbico de paredes de cristal, ventanales inmensos que miraban al mar y dos máquinas expendedoras de tentempiés y bebidas.

La televisión no tenía sonido, mostraba un concurso insulso de preguntas y respuestas, y un reloj de plástico en la pared se acercaba a las ocho de la tarde.

—Siéntate —murmuró Sergio, acompañando a su hermano hasta uno de los sillones. Jaime se mostraba inquieto y asustado.

—¿A quién has visto? ¿Había doctores, enfermeras?

El policía carraspeó, había visto mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—No sé, chaval, un montón de batas blancas. Ahora mismo nos dirán algo.

Jaime no encontraba acomodo en el sofá, Sergio fingía atender a la pantalla, comentando respuestas de cuando en cuando, pero realmente no dejaba de otear el pasillo.

—¿Crees que habrá pasado algo? —preguntó temeroso el atleta.

Sergio le quitó importancia.

—Nah, ya oíste lo que dijo la enfermera, una simple revisión.

El muchacho protestó.

—Eso no es cierto —dijo—. Paso horas aquí con él, no revisan por la tarde y menos aún un ejército de doctores.

Esta vez el hermano mayor no contestó. Bajó la cabeza y tomó entre las suyas las manos del pequeño.

El silencio del pasillo se comía los murmullos que parecían bullir en la habitación de su padre. Los dos hermanos dejaron pasar los minutos sin palabras, hasta que, llegado un momento Sergio vio que tras las gafas oscuras Jaime apretaba los párpados mientras no dejaba de tamborear con el bastón en la moqueta de la sala.

—Estás bien —le preguntó a medias. Jaime sonrió.

—No.

—Yo tampoco.

Ahora el chico dejó escapar una risilla.

—No te creo.

—¿Por qué? —el policía también reía.

—Porque tú siempre estás bien, cabronazo.

Sergio deslizó un suspiro. Aunque Jaime no lo viera, volvía a mirar hacia el pasillo.

—Ojalá eso fuera cierto.

Las agujas del reloj repicaban como aspas de molino en la pesada calma de la planta. Nadie fue a visitarles, y lo único que había cambiado en la sala era que ahora Jaime apretaba también la mano de su hermano.

—Qué hablaste con Marta.

Sergio alzó las cejas.

—Me ha hecho prometerle algunas cosas.

—¿Por los niños?

—Por los niños, por nosotros... Un poco de todo, supongo.

Sergio observó la tele, una sucesión de anuncios sin destino concreto. La promesa

de una vida mejor, más fácil.

—¿Piensas cumplir alguna? —preguntó a su hermano.

El policía torció la boca en una sonrisa a medias y acarició el pelo del chico.

—Alguna.

Jaime se recompuso en el sillón meneando la cabeza. Sergio se puso de pie y se asomó al pasillo, comprobó que no venía nadie y regresó junto a su hermano.

—¿Y tú qué? —le dijo—. Hace mucho que no me hablas de Amelia.

—Hace mucho que tampoco yo sé nada de Amelia.

Sergio bajó la mirada en una mueca de fastidio, Jaime tragó un nudo de saliva.

—Vaya. Lo siento.

—¿Hermanos Perea?

Los dos se giraron hacia la puerta. Les hablaba una enfermera de mediana edad, delgada. Como si la viera, Jaime le intuyó la mirada de pesar que su hermano sí veía. Su alarido de dolor se escuchó por toda la planta.

19 — El duende de Arucas

Más o menos a la misma hora que los hermanos Perea recibían la terrible noticia, el profesor Ventura y Jaira apuraban unos bocadillos en la Plaza de San Juan de Arucas esperando a que terminara la misa vespertina en la iglesia.

—¿Cómo que no es una catedral? Todo el mundo la llama así —protestaba la chica. José tragó un bocado antes de contestar.

—Lo sé, es un error muy frecuente. Pero la calificación de catedral no obedece al tamaño o a la belleza del templo, sino que se aplica a la sede del obispado. Y tratándose de nuestra provincia esa es la Catedral de Santa Ana, en Las Palmas. No hay más.

La reconocible iglesia de San Juan Bautista, con su altísima torre y su estilo neogótico bello y diferenciado, se erigía ante ellos al contraluz de un anochecer frío y de colores nada halagüeños. Jaira ya había terminado su cena, pero el profesor apenas avanzaba, absorto hasta el aislamiento en ideas que no compartía con ella.

—¿Cómo piensas dar con el jesuita?

Ventura juntó las manos y las frotó soplando entre medias. Empezaba a refrescar en serio en la cara norte de la isla.

—Por lo que hemos podido averiguar hasta ahora, entre documentos y testimonios, lo más probable es que el tal Guzmán falleciera al poco de llegar a las costas de Agaete.

—Eso está claro, pero no sé cómo llegas a deducir que esté aquí.

—En el siglo XVII Agaete, después de años como importante puerto comercial y vínculo con las tierras descubiertas, había caído en el estancamiento y en la depresión económica y demográfica. Sin embargo Arucas era ya un emplazamiento cristiano importante, uno de los primeros asentamientos de los españoles, y contaba con su propia parroquia y consideración de Villa. No es de extrañar que si los habitantes de Agaete recibieron semejante visita identificándose como fraile, lo pusieran sin demora en conocimiento de las autoridades del lugar y estas lo llevaran al centro religioso más relevante de la época, en este caso el Arciprestazgo de Arucas.

—¿Y qué buscamos exactamente?

Las puertas del templo se abrieron y varias decenas de feligreses salieron en silencio del interior de la iglesia. Tras ellos fue a despedirles un sacerdote alto y delgado, con escaso cabello pero joven aún, vestido con una túnica blanca.

—No tengo ni idea —comentó Ventura levantándose del banco—. Preguntemos.

El religioso tenía unas finas gafas sin montura y de cerca se le notaba mayor de lo que parecía. José fue hacia él y le saludó con una sonrisa.

—El tipo que peor vive de toda la diócesis —exclamó.

El sacerdote se dio la vuelta y le estrechó en un abrazo.

—La ciudad más hermosa, la iglesia más bella, las mejores visitas —respondió—. ¿Qué ha sido de ti, profesor?

—Lo que nunca creí, Matías, pero ven, quiero presentarte a alguien.

Ventura esperó a que llegara Jaira y realizó las presentaciones.

—Este muchacho tan apuesto es Matías Hidalgo, estudió conmigo —dijo—. Como ves el tiempo no pasa igual para todos.

El párroco de Arucas rio.

—No se trata de eso, José, si no de cómo decidas vivir ese tiempo —bajó el tono de voz—. ¿Cómo lo vas llevando?

Ventura aguantó con dificultad la sonrisa.

—Lo voy llevando —Matías hizo un gesto con los ojos hacia la chica—. Oh, no. Sólo trabaja conmigo.

El sacerdote carraspeó.

—Bueno, y qué os trae hasta aquí arriba.

—El clima no —protestó el historiador.

El cura se echó a reír y le propinó una palmada en la espalda.

—Desde luego, pasad, os invitaré a un café.

—Tenemos algo de prisa —explicó Jaira, acompañando a Matías al interior de la nave. La temperatura era mucho más cálida dentro. Al escucharla el sacerdote se detuvo y se sentó en uno de los bancos de madera. Miró a su amigo.

—¿Qué sucede, José?

El historiador bajó la cabeza.

—Necesitamos información sobre alguien, pero no podemos decirte más sin ponerte en peligro.

Hidalgo frunció el ceño y recorrió las miradas de sus visitantes con la suya.

—En qué os habéis metido —los dos clavaron sus ojos en él—. Vale, no me digáis nada. Al menos podré saber a quién buscáis, si no, ayudaros será muy difícil.

José Ventura le tendió la fotocopia del registro parroquial de enterramientos. El nombre de Guzmán Placeres estaba rodeado por una línea de rotulador rojo.

El párroco suspiró.

—Venid conmigo.

Matías Hidalgo les acompañó de regreso afuera y cerró tras de sí la puerta de la iglesia. Les condujo al otro lado de la calle, a su izquierda, y entraron en una vivienda blanca y antigua que albergaba en su interior un precioso patio canario.

—El archivo parroquial de la iglesia es rico en textos testimoniales de la evolución histórica de Arucas —indicó el cura mientras les indicaba el camino a través de la casa—. Sin embargo recorre especialmente los cien años de historia del templo nuevo.

—Lo que buscamos es anterior, me temo —apuntó el profesor.

—Lo sé, por eso os traigo aquí.

El sacerdote encendió la luz de una habitación dedicada en exclusiva a la conservación bibliográfica. Había cientos de viejos volúmenes atiborrando los estantes, algunos incluso a punto de desprenderse de sus cubiertas.

—Los ejemplares de más difícil catalogación, los de poca verosimilitud o los más complicados de recuperar, todavía no se han añadido al archivo general. Entre las páginas de algunos de ellos encontramos las pocas menciones al episodio del Ignotus Nauta.

—¿El marinero desconocido?

—Así se le llamaba, amigo, hasta que a principios del siglo pasado el historiador Pedro Marcelino Quintana, en su Cuaderno de Notas Referente al Pueblo y a la Parroquia de Arucas, y citando, según apunta en su escrito, la fuente del Libro de Memorias Parroquial de la época, nos dejó boquiabiertos con esto.

Matías puso sobre un escritorio un documento impreso y encuadernado recientemente. Era la recopilación digitalizada de los trabajos del famoso historiador, actualizados y puestos a disposición de todos por el ayuntamiento de la Villa.

—Los cuadernos de Quintana no son más que una sucesión de notas desordenadas y a menudo inconclusas, quizá apuntes para una obra de recreación histórica que jamás pudo terminar. Quiero que os fijéis, a ver, en esta.

Bajo el dedo del párroco comenzaba una cita titulada en letras rojas: Guzmán Placeres. José Ventura leyó en voz alta.

«Reproduzco lo escrito por Don Lorenzo Finollo, párroco de esta, en el libro de memorias al respecto de la visita que de ultramar recibió nuestra tierra hermana de Agaete.

Y llegando al final del día, luego de la humareda, cuentan que el hombre cansado y famélico que arribó a Puerto de las Nieves en una desgastada chalupa reconociese como padre jesuita. Quiera que los vecinos de Agaete llevarónlo a visión del cura de la ermita, que por no poder atenderlo tuvo a bien remitirlo a esta parroquia donde se procedió a sus cuidados y se le tomó en confesión.

Decir debo que no hubo mejora y que al cabo sucedió el fallecimiento, enterrándose como hermano en la Fe en el camposanto parroquial de San Juan Bautista».

—Es... él —murmuró Jaira.

—Pero no menciona nada de que trajera algo consigo —añadió José.

El sacerdote les miró con el ceño fruncido.

—¿Qué buscáis exactamente? —José le hizo un gesto inequívoco— De acuerdo, no debo saberlo. Sin embargo, cabe la posibilidad de que Pedro Quintana reprodujera sólo una parte, que el original fuera incompleto, o difícil de recuperar.

—¿El original? —saltó Ventura— ¿El libro del cura? ¿Podríamos verlo?

Hidalgo negó con la cabeza.

—El original no existe, José. Lo hemos buscado, más de mil veces, pero el primer libro parroquial que poseemos es el de 1671. Finollo murió en 1660.

El historiador dio un puñetazo en la mesa.

—Tan cerca... —intervino Jaira.

—Al menos ahora sabemos a ciencia cierta que está aquí.

—¿Y de qué nos sirve eso? Lo que necesitamos es... —la chica miró al cura.

El profesor se irguió y tomó de los brazos a su amigo.

—Ahora lo sabemos —dijo—. ¡Déjanos ver su tumba!

Hidalgo sonrió en una mueca casi burlona.

—¿Su tumba? No puedo dejarte hacer eso.

Jaira saltó.

—No le necesitamos —dijo—. Podemos buscarla en el cementerio.

Sin embargo José negó con un gesto.

—Ojalá fuera tan sencillo. El cementerio de Arucas se construyó en el siglo XIX. Apuesto a que un cura de 1656 estaría enterrado en los terrenos de la propia parroquia. ¿Verdad?

Matías Hidalgo no tuvo más que asentir.

—Sí, supongo que el camposanto al que se refiere Finollo es el cementerio original construido junto a la iglesia del XVII. Sin embargo esos terrenos quedaron sepultados por la construcción de la nueva iglesia en 1909.

—Casi tienes razón —intervino Ventura—. Pero no están sepultados, ¿verdad? Sólo debajo de ella.

Los dos estudiosos se miraron.

—Qué quieres decir.

—Lo sabes perfectamente.

—No pienso dejarte bajar a las catacumbas.

Ventura sonrió, era la primera vez que Jaira podía adivinarle un deje de su hermano, el aventurero que José nunca fue.

—Claro que sí, amigo. Porque tienes la misma curiosidad que nosotros por encontrarlo.

Hidalgo sonrió.

—Cuéntame lo que buscáis.

—Si lo hago alguien vendrá a matarte.

—Si te muestro el camino a los túneles vendrán a hacerlo igualmente.

Jaira se mordía un quicio de la uña con nerviosismo, veía la solución del enigma tan cerca como tan lejos.

—Un momento, ¿qué túneles?

El profesor se giró hacia ella.

—Como muchas ciudades antiguas, Arucas está recorrida por una red de conductos subterráneos inutilizados desde hace años.

—Tal y como lo dices suena a la catacumba romana —intervino el párroco—. No son tantos.

—Son pocos pero escapan de la ciudad de modo radial desde el subsuelo de la catedral, lo que resulta bastante interesante. Las diferentes administraciones llevan varias legislaturas jugando al ratón y al gato con la posibilidad de investigarlos y abrirlos al público.

—Eso no sucederá —añadió Matías.

—¿Por qué? —preguntó la chica.

El sacerdote tragó saliva y miró hacia otro lado.

—Hay enterramientos, osarios, tumbas sin nombre.

—Fosas comunes —apuntó Ventura en un susurro—. Hasta aquí llega la ignominia de la Guerra Civil.

Hidalgo le sostuvo la mirada.

—Hay órdenes de que sigan allí por mucho tiempo.

Jaira entonces intervino.

—Bien, y entre todas esas tumbas, cómo podríamos dar con la de nuestro jesuita. No hace falta destapar nada.

El párroco les animó a regresar al patio y apagó la luz de la biblioteca.

—Si lo que apunta Finollo es cierto, Placeres estaría enterrado junto al resto de hermanos de la Fe, en una parcela específica del antiguo cementerio. No sería demasiado difícil dar con él.

—¿Tendrá la tumba alguna inscripción? —preguntó la chica. Ventura miró a su amigo.

—Sólo hay un modo de saberlo.

20— Una tumba sin nombre

Entre el altar mayor y el presbiterio se disponía en el suelo una alfombra cuadrada de motivos rojos y dorados. El padre Hidalgo la retiró y después levantó la plancha de madera que había debajo.

—Me despedirán por esto —dijo.

José estaba atento a los ruidos en la puerta, en el atrio, en las ventanas.

—Que te despidan es tu menor problema.

El sacerdote bajó una pareja de escalones de piedra y se detuvo ante una puerta de metal cerrada. Escogió una llave concreta de un manajo de una decena y la cerradura crujió al girar hacia la derecha. Antes de entrar miró a su amigo.

—Tranquilo —le dijo este.

—Nunca. A nadie.

Ventura asintió, Jaira hizo lo propio.

El padre Hidalgo tanteó la pared hasta dar con un interruptor más bien burdo clavado en el muro y forrado de plástico que iluminó una serie de luces de obra, más sucias que blancas, conectadas entre sí por un rudo cable grapado a la piedra.

—Hace frío —murmuró Jaira, frotándose los brazos.

—Seguidme.

El túnel no era estrecho pero sí húmedo y primitivo.

—Pensé que estaría en peor estado —murmuró Ventura.

—Supongo que otros de los túneles que se han encontrado bajo la ciudad estarán peor cuidados —explicó el cura—. Este en concreto se deriva de la construcción de la nueva iglesia, cuando los restos del templo anterior quedaron ocultos y se tuvo la precaución de habilitar este conducto para poder visitar las tumbas.

—Tiene aspecto de haber sido adecentado no hace tanto.

Hidalgo resopló.

—Durante la guerra civil se ocultaron aquí un grupo de perseguidos por el régimen.

—Vía de escape.

—Probablemente. Mirad, ya estamos.

El curso del túnel les había llevado hacia el norte, justo bajo los cimientos de la primitiva ermita de San Juan, construida hacia 1515 y ahora sepultada por el majestuoso templo neogótico de tres naves. Tras girar un recodo al oeste y avanzar otro puñado de metros el conducto terminaba en una sala rectangular en cuyas paredes anidaban no pocos nichos y sepulturas de piedra. Las inscripciones cinceladas en muchas de ellas habían quedado irreconocibles por el paso del tiempo.

—Aquí están enterrados párrocos y sacerdotes, sacristanes y religiosos de toda índole desde hace centurias. No creo que todos estén identificados —comentó el cura.

José y Jaira revisaron los incontables nichos que se apelotonaban entre las paredes de la caverna. En algunos podían leer el año de defunción y hasta el nombre

del finado, en otros, apenas letras sueltas y siglas confusas.

—Apuesto a que en muchos de estos enterramientos hay más de una persona —aventuró el historiador.

—Eso dalo por seguro —contestó Matías.

—¿Entonces? —se asustó Jaira.

—Tendremos que tener suerte.

Todas las tumbas parecían iguales. Algunas lápidas señalaban enterramientos en el suelo del arcaico camposanto, sin duda pertenecientes a personajes relevantes en la parroquia o en la antigua Villa recién fundada. Los de las paredes mostraban mucho peor aspecto, debían albergar cuerpos de menor alcurnia.

—Esto es un rompecabezas.

—¿Qué buscáis exactamente? —intervino Matías— ¿No tenéis una pista?

—Me temo que no —resopló Ventura.

Jaira se había cercado al fondo de la estancia.

—Esta tumba es rara —dijo. Los dos hombres se giraron.

—¿A qué te refieres?

Todos los enterramientos en el suelo estaban alineados como en un tablero de ajedrez. Ante el que se había detenido Jaira, en cambio, se salía de esa distribución y parecía encajado entre dos hileras paralelas, incrustado contra el muro final de la nave.

—Es más grande y está como en relieve.

Cuando párroco e historiador se acercaron a verlo comprendieron a qué se refería. La lápida no estaba en relieve sino que había sido desplazada.

—Es como si hubieran intentado abrirlo —observó Ventura.

Hidalgo se acercó y palpó la piedra agrietada.

—Desde dentro.

Los tres se miraron.

—¿Pone algo en la lápida?

El profesor se acuclilló y sacó un pañuelo de su gabardina. Limpió con esmero la superficie pulida y descubrió las letras cinceladas cubiertas de polvo. No todas resultaban legibles pero podía adivinarse el conjunto.

—Ignotus Nauta —leyó Ventura. Los tres se miraron— MDCLXXVII.

—Bueno, parece que ya tenéis lo que queríais.

—Ahora tengo que abrirlo —exclamó el historiador. Los laterales de la lápida habían sido sacudidos y casi arrancados de la masilla que hacía las veces de cemento. A pesar de ello ni con las dos manos el profesor fue capaz de moverla un ápice.

—Matías ayúdame. Jaira...

—¿Por qué pone *Da mo* debajo? —preguntó la chica—. ¿Es una fecha?

Los hombres se apartaron y José terminó de limpiar la lápida. Dos letras más aparecieron debajo.

—Daemon —leyó.

El sacerdote tradujo.

—Demonio.

Jaira les observaba con ceño fruncido, no entendía nada.

—¿Por qué escribirían esto en la lápida del cura?

—Ayuda.

José había regresado a la losa y ahora empujaba con más ganas. Matías y Jaira se unieron a él, consiguieron forzar algo más la piedra pero pesaba demasiado. El padre se disculpó y al poco regresó con un par de palas y una maza. Minutos después la lápida había sido apartada y el interior del sarcófago se mostraba para ellos. El aliento de los tres se contuvo al unísono.

—¿Qué narices es esto? —murmuró el párroco.

El hombre, meros huesos, enterrado debajo había intentado revolverse en la tumba. Sus manos agarrotadas y su expresión de sufrimiento mostraban que la lucha contra la plancha de piedra que le retenía había sido terrible.

—¿Creéis que fuera enterrado en vida? —preguntó la chica. José negó con la cabeza.

—Lo dudo mucho —contestó—. Creo que fue enterrado muerto y bien rematado. Mira esto.

El cadáver del cura tenía incrustada una barra de hierro en el pecho, una estaca mortal que clavaba sus restos al fondo del sarcófago.

—Es un enterramiento ritual —comentó Hidalgo con asombro—. En la superstición medieval sepultaban así a aquellos que creían...

—Que podrían levantarse de su tumba —finalizó Ventura.

Jaira ahogó un suspiro.

—No es posible.

El sacerdote se acercó un poco más al sepulcro, un destello había llamado su atención debajo del cadáver.

—Aquí hay algo... —dijo.

En el instante en que el padre Matías se inclinaba sobre la abertura en el suelo y estiraba el brazo para mover el cadáver, los huesos ocultos durante siglos se estremecieron y las manos descarnadas se cerraron sobre la cabeza del cura. Las fauces decrepitas se esforzaron por alcanzar la carne humana pero la barra de hierro se lo impedía. La criatura gruñía con un quejido ahogado y luchaba por incorporarse, cuando José Ventura consiguió apartar de ella a su amigo Jaira la destrozó con un palazo que terminó con su cráneo y algunos huesos rebotados contra la pared de la cripta. Los restos del engendro cayeron como pedazos de corcho seco sobre el fondo del ataúd.

—Qué demonios... —jadeó el cura.

—No tengo ni idea, qué susto —añadió Ventura. Jaira dejó caer la pala y se llevó la mano al pecho.

—Decidme que hay una explicación médica para esto...

Les llevó un minuto más reaccionar. Justo lo que el profesor tardó en recordar que todo había empezado porque Matías había encontrado algo bajo el cadáver. Se incorporó de un salto y regresó al ataúd, entre el polvo y los pedazos óseos se disimulaba un cofre de plomo oscurecido por el tiempo, casi oculto a los pies del muerto.

—Tiene que ser esto... —musitó. No necesitó mucho esfuerzo para extraerlo.

—¿Pero qué es? —preguntó el cura, analizando el pequeño arcón azulado en brazos de su amigo— ¿Pesa?

José negó meneando la cabeza, no podía apartar la mirada de aquel objeto.

—Es lo que hemos venido a buscar —añadió Jaira—. Lo que buscaba Tony.

El párroco se dirigió a ella.

—¿Tony? Vaya, veo que no me lo terminaréis de contar.

—Es mejor así, amigo.

El padre Matías rio.

—¿Así? No creo que puedas decir que estoy al margen de esto. He violado una tumba centenaria, esa cosa me ha atacado... Me parece que estoy bien pringado me cuentas la historia completa o no.

Ventura se alejó del sarcófago y se colocó debajo de una luz. Dejó el cofre en el suelo. Podía medir medio metro por cada lado, no era demasiado alto, y tenía una cerradura oval en la parte delantera. Estaba tan bien sellado que resultaba imposible forzar ni un ápice su abertura. Jaira se acercó a él y acarició la superficie de la caja.

—¿Crees que contiene...?

—Cómo saberlo. Este baúl no tiene inscripción, ni fecha, ni modo de abrirse. Quizá estemos equivocados y sólo contenga los objetos personales del muerto.

Jaira se echó a reír.

—Estaría bien que El Francés lo abriera y se tuviera que conformar con anillos, collares y camafeos.

José Ventura estaba muy serio.

—Eso si se lo damos.

Jaira le observó. Matías se frotaba las partes de la cabeza donde los dedos huesudos de la criatura le habían herido.

—Qué debería contener.

El profesor se puso de pie y posó la mano sobre el hombro de su amigo.

—El último hombre al que se lo conté está muerto.

Hidalgo arqueó una ceja.

—Qué contiene.

—Las verdaderas reliquias de Don Cristóbal Colón.

Un reconocible perfume acarició la estancia. Y entonces la luz de los túneles se apagó.

SEGUNDA PARTE

21 — Daños colaterales

La alarma del reloj despertador sonó a las seis cuarenta y cinco como cada mañana. Flavio Correa estiró el brazo sano y apretó el botón silenciador como quien mata una mosca, apagando a mitad de palabra la voz del cantante de turno que se desgañitaba en la radio. Se incorporó en la cama a medio deshacer y se frotó con la mano el cabello que ya empezaba a canear, se golpeó la cara y se dirigió al lavabo.

Se cruzó con Sofía por el pasillo.

—Qué madrugadora, señorita —le dijo, todavía desperezándose. Se giró hasta quedar de lado para proteger su brazo herido y ceder el paso a la niña.

—Todavía no he terminado la maleta.

Flavio no protestó. Si algo había enseñado a sus hijas era el valor de la responsabilidad, estaba seguro que de un modo u otro el equipaje estaría listo a tiempo. Salió del baño todavía restregándose los ojos y se asomó al cuarto de la niña.

—Tampoco tienes que llevarte demasiado —le dijo—. La abuela tiene de todo allí.

Sofía le miró con esa mirada de suficiencia del niño que empieza a dejar de serlo.

—Olvidas que la última vez que fui a Turín tenía solamente seis.

Flavio sonrió y se alejó de la puerta. Solamente seis, y acabas de cumplir los siete. Se cambió el calzón de dormir por ropa interior limpia y vaqueros, intercalando cada movimiento con una expresión de dolor, aquel brazo no tenía intención de curarse, y se dirigió a la cocina para desayunar. Su hija mayor, Martina, había dispuesto sobre la mesa tostadas recién hechas, varios botes de diferentes mermeladas y una tarrina de mantequilla.

—Vaya manjar... —comentó Flavio.

La chica sonrió.

—¿Quieres un café?

Sin esperar el asentimiento de su padre Martina introdujo una segunda cápsula en la cafetera y le entregó la taza que acababa de preparar.

—Gracias —dijo él, terminando de abrocharse la camisa y colocándose con cuidado la pistolera de hombro a hombro. Con una sola mano resultaba lento y doloroso pero no quería pedirles a sus hijas ayuda para eso.

—¿De verdad tienes que llevarla puesta en casa? —le reprendió Martina. Él dejó la taza sobre la mesa y cogió una tostada.

—Sabes que no —sonrió—, y que no me gusta hacerlo. Pero hoy tengo algo de prisa.

—¿Vas de caza?

Martina guiñó los ojos en señal de burla. Mientras, Sofía había acabado de hacer su maleta y se sentó a la mesa con ellos. Se sirvió un poco de leche en una taza y casi no tiró nada de cacao en polvo sobre el mantel.

—¿Terminaste? —le preguntó su hermana. Ella asintió y tomó del plato una

tostada.

—Muy simpática —respondió Flavio tras otro trago de café—. Tenemos que visitar un edificio en Zárate. Un informador. Podría ser una pista.

El caso en el que Flavio y su compañero Edgar estaban trabajando había resultado del tipo que pinta sencillo pero acaba embrollándose a cada paso. Los indicios llevaban al norte y las evidencias al sur, y en algún lugar entre un punto y otro debía estar la llave maestra que se les escapaba. Para colmo el accidente había mermado la capacidad del equipo, cuando en una persecución que ya nació torcida y acabó mal parada el codo del detective se luxó en una postura terrible. Por culpa de eso ahora no atinaba ni a untar la mantequilla en el pan sin que la rebanada saliera disparada.

—Deja que te ayude —le dijo Martina.

—Sabes que no me gusta.

—La otra opción es que te la comas en el suelo, papá.

La chica le quitó el pan y el cuchillo aunque él protestó a regañadientes.

—Bueno, y a qué se debe este festín mañanero —le preguntó.

Martina sonrió.

—Vamos a dejar solo al viejito dos semanas. Impedido, además. Qué menos que dedicarle un desayuno como Dios manda.

Las chicas rieron. Flavio apuró su tostada y su café y enseguida escuchó la llamada perdida en su móvil.

—No estoy impedido —contestó, sus hijas le miraron arqueando las cejas—. Bueno, sólo un poco. En fin, cocineras, tengo que irme. Estad listas, como acordamos, para cuando venga a buscaros tirar para el aeropuerto.

El detective se limpió los labios con la servilleta y se lavó los dientes a toda prisa. Arrancó su chaqueta del perchero y besó a sus hijas antes de marcharse. A la mayor le acarició el pelo con una sonrisa.

—Muchas gracias por todo.

Afuera el claxon de un SEAT León repicó dos veces. En su interior, Edgar, detective tan corpulento como desastrado, se impacientaba escuchando una emisora de música latina.

—A ver cuándo te quitan esa mierda de yeso —le dijo a Flavio mientras este subía a su coche y se abrochaba el cinturón de seguridad con las dificultades de poder usar sólo la mano derecha—. Estoy harto de tener que venir a buscarte.

—Qué más quisiera yo, gruñón. Aunque sólo fuera por no tener que escuchar tu música.

—Pues ponte de baja, coño.

El policía encendió el motor y lo calentó con un rugido. Tiró algo por la ventanilla.

—¿Es un cigarro eso que he visto en tu mano?

—Déjame en paz.

Los neumáticos chirriaron a la vez que el vehículo se sumaba al tráfico, copioso

ya a tan temprana hora de la mañana. Flavio, instintivamente, se agarró al apoyabrazos de su puerta.

—Cogeré la baja seguro cuando nos estampemos por tu culpa.

Edgar Ramírez chasqueó la lengua.

—La última vez conducías tú y mira tu brazo. Déjame a mí la oportunidad de intentarlo.

El vehículo de los dos detectives zigzagueó entre calles y semáforos hacia el centro de la ciudad. Tras una serie de desvíos Edgar tomó la vieja carretera de San José hacia el Hospital Materno y el barrio de Hoya de la Plata, y con un giro cerrado hacia la derecha empezaron a subir el barranco de Zárate, encajado entre mazacotes grises de edificios de protección oficial. Muy poca gente en la calle y ropa multicolor tendida en las ventanas, la carretera serpenteaba entre fósiles de chasis quemados y electrodomésticos comidos por el óxido.

—¿Estás seguro de la dirección? —le preguntó Flavio.

—Es uno de los últimos bloques.

—Todos aquí me parecen iguales.

—El tipo se llama Ladilla —apuntó Edgar. Flavio le miró.

—Estás bromeando.

El policía protestó.

—¿Qué esperabas, un nombre compuesto y dos apellidos? Es un puto informador, un chivato.

—Vale, vale. Sólo me imaginaba cómo iba a dirigirme a él. Disculpe, señor Ladilla...

—Yo tengo muy claro cómo dirigirme a él, sobre todo si no colabora.

El policía apretó un puño grande como un ladrillo y parte de sus nudillos crujieron con un ruido desagradable pero locuaz. Poco después detuvo el León en un descampado frente al último edificio antes de coronar la loma, un monolito cerúleo con más ventanas rotas que en buen estado. Un grupo de jóvenes charlaba en la escalera de acceso al portal llenando los escalones de colillas y ceniza y la papelera más cercana de latas de cerveza. Las luces difusas del alba tiznaban su piel con un matiz oscuro.

Los dos policías bajaron del coche mostrando las placas.

—No salimos de esta, compadre —murmuró Flavio—. Como decía mi madre, *asino vecchio non prende lezioni*.

—Déjate de mierdas italianas ahora, espagueti. Y saca la pistola.

—Yo no, mi madre. Y hazme el favor de dejar la pistola en su sitio o te aseguro que tendremos fiesta.

Cruzaron la calle y llegaron ante el portal. Los chicos, no menos de seis y no precisamente los más aseados, detuvieron la charla y observaron a sus visitantes. Uno alto y fornido como un roble, el otro más estilizado y con un brazo en cabestrillo. Ambos les mostraban una placa de policía secreta.

—Maderos —dijo uno de ellos—. Sólo han venido tres veces esta semana.

—Estamos a martes —replicó Edgar—. Danos tiempo.

Alguno de los chicos soltó una risilla. Flavio se notaba tenso y expectante.

—De todos modos ustedes son nuevos —continuó el mismo chico—. Qué quieren.

Edgar Ramírez miró a su compañero.

—Díselo.

—Joder, me da vergüenza —susurró Flavio. Edgar le clavó una mirada impaciente.

—Tú hablas y yo arreo, siempre ha sido así. Habla.

El detective de origen italiano observó a la media docena de elementos que le observaba y pensó en sus hijas. Suspiró.

—Buscamos a un tipo llamado Ladilla —dijo.

—Ladilla está limpio —replicó el otro.

—Eso lo decidiremos nosotros —le espetó Edgar—. Para empezar tú dinos dónde está.

Durante un segundo la tensión en el portal fue equivalente al minuto previo de un duelo al sol. De pronto el chico tiró al suelo un pitillo gastado y lo pisó con la zapatilla.

—Piso seis —dijo—. Puerta cuatro.

22 — El camino de la fama

La caravana de la tele autonómica estaba detenida frente a la puerta del hotel desde la noche anterior. Había que coger sitio. El edificio del AC, como una torre de Pisa de color gris feo y sin inclinar, se asomaba a la playa de Las Canteras por encima de la primera línea de casas viejas y apartamentos de medio pelo, gobernando desde las alturas La Isleta como un faro de referencia. Cuando Rebeca llamó a la puerta de la unidad móvil Lucho ya estaba trastocando cables y probando las conexiones.

—Todavía no ha llegado nadie —le dijo el técnico, con su característico acento mejicano. Le mostró una taza de café, ella asintió y él le sirvió en otra el líquido caliente de un termo.

—Bastante que he llegado yo —replicó la reportera—. Por Dios, qué horas son estas.

El muchacho, tan voluminoso como bonachón, rio con un ruidillo desproporcionado para el tamaño de su cuerpo. Tenía el pelo rizado y no precisamente limpio, recogido en una coleta destartalada. No recordaba la última vez que había rozado su cara una maquinilla de afeitar.

—Después te alegrarás, cuando empiece la convención y estés la primera.

Rebeca bebió un sorbo de café y sostuvo la taza con ambas manos, sintiendo el calor. Llevaba un gorro de lana de tonos fucsias y una bufanda malva, el chaquetón turquesa la convertía en todo un muestrario de colores pastel. Aunque se cuidaba, sabía que no tenía el típico cuerpazo que lucir en pantalla, sin embargo sus ojos claros y su sonrisa podían cautivar a la cámara mejor que muchas mujeres florero que apenas servían para leer las tarjetas entregadas por los guionistas.

—Sí. La primera y dormida. O resfriada, que es peor.

—Anda, pasa y siéntate.

—Iré ensayando las entradas.

Tienes tiempo. En una hora empezamos.

La corresponsal se acomodó en el sillón esquinero al final de la caravana, en el único rincón de todo el vehículo libre de aparatos electrónicos, botones y monitores, y sacó de su bolso una libreta de apuntes con colores chillones en la portada.

—¿Y ese boli? —le preguntó Lucho, ella había colocado junto al cuaderno un bolígrafo naranja con corazones en rojo achiclado.

Rebeca protestó.

—Es un regalo —dijo—. Y calla, que es precioso. Sigue a lo tuyo.

El técnico mejicano rio y regresó a sus mediciones y pruebas de objetivo y foco. Le encantaba ese trabajo, y más aún poder compartirlo con una estrella de la televisión como Rebeca Ruano. Estrella a su manera, claro, inconformista y huraña, pero estrella al fin y al cabo. La observó mientras ella releía las notas que debería recitar a cámara cuando entraran en directo. La contempló con ternura y seguro de que algún día la vería brillar en lo más alto.

A través de la luna lateral tintada de la furgoneta Rebeca pudo observar cómo los aledaños del AC se iban poblando poco a poco de otras unidades móviles como la suya, de reporteros grabadora en mano y de cámaras de video con logotipos multicolores. Algunos corresponsales con micrófonos recubiertos de espumón se preparaban frente al hotel para las pruebas de cámara.

—Cómo lo llevas —le preguntó Lucho—. Deberíamos ir ensayando.

Rebeca frunció el ceño y terminó el segundo café.

—Te lo leeré en voz alta.

—¿Leer? Pensé que ya lo habrías memorizado.

—Calla.

La futura estrella de la televisión se aclaró la voz con un carraspeo y comenzó a leer con desgana.

—Buenos días desde el hotel AC de Las Palmas de Gran Canaria. Hoy Las Canteras amanece vestida de etiqueta ya que a pocos metros de nuestra emblemática playa está a punto de tener lugar la trigésimo novena conferencia de jefes de estado por el medio ambiente.

—¿Quién te lo ha escrito? —la interrumpió Lucho.

—¿Cómo que quién? ¡Yo!

El técnico azteca se echó a reír.

—Te atascas en el trigésimo.

—Vete a la mierda —gruñó la periodista. Volvió a acomodarse el sillón y se sirvió un último café repitiendo la dichosa palabreja en voz baja.

Unos minutos después la luz del intercomunicador del salpicadero se iluminó en rojo y Lucho se colocó los cascos.

—Sí —asintió—. Estaremos preparados. Gracias.

Dejó los auriculares y se giró hacia su compañera.

—Más te vale sabértelo de memoria. Tenemos siete minutos.

La reportera protestó y recitó una vez más la información sin mirar al texto. Después se puso de pie, se deshizo del gorro y del chaquetón.

—Vamos.

Lucho tomó la cámara de video y el trípode y salió de la caravana para prepararlo todo mientras la reportera se atusaba el pelo y retocaba el maquillaje dentro.

—Cuando estés lista, Rebeca —le dijo él al cabo de unos minutos. Ella salió de la unidad móvil y se colocó sobre la marca estipulada. Todavía musitaba las palabras cuando su técnico le hizo una seña.

—¿Sin prueba?

—No hay prueba. Entrás en directo en tres, dos...

—¡Caray! Buenos días, Mari Carmen, como dices, estamos a las puertas del hotel AC de Las Palmas de Gran Canaria donde está a punto de comenzar la trigésima... sí, la trigésimo novena conferencia de jefes de estado por el medio ambiente. Como puedes ver a mi espalda la expectación es máxima, nuestra playa de Las Canteras se

viste de gala, no sólo por las personalidades que van a ir llegando a este emblemático hotel, sino por los importantísimos temas sobre los que van a debatir. De momento no tenemos declaraciones al respecto pero desde que vayan llegándonos volveremos a contactar con todos ustedes.

Dejaron pasar unos segundos de sonrisa a cámara.

—Corto —anunció Lucho.

—¿Cómo lo hice?

—Bien. Casi igual que en el ensayo.

La sonrisa de Rebeca decayó al instante.

—Vamos. Necesito otro café. ¿Cuándo será la siguiente conexión?

—Dentro de otra hora.

—Genial.

Lucho regresó el equipo al interior de la caravana seguido por la reportera cabizbaja. La joven se dejó caer en el sillón y aceptó esa segunda taza, empezó a quitarse el maquillaje con una toallita y fijó la mirada más allá de la ventana.

—¿Qué te sucede, pues? —preguntó él.

Rebeca suspiró y regaló una sonrisa triste a Lucho.

—Es este trabajo —dijo—. No veo que me lleve a ningún sitio.

El técnico dejó la mesa de mandos y se sentó junto a la periodista.

—Esa no es la actitud, lo haces mejor de lo que piensas.

Ella dejó escapar una bocanada de aire. Tiró un pañuelo manchado de tres colores diferentes sobre la mesa.

—Llevo meses estancada, lo sabes.

—Bobadas —replicó él. Quería tomar su mano, sin embargo no se atrevía—. Eres reportera, antes eras redactora. Figuras a diario entre las cámaras, pronto se abrirá una puerta mayor.

Rebeca Ruano se echó a reír y acarició la barba desarreglada de su compañero.

—Eres un amigo. Sabes como yo que todas las puertas y ventanas están cerradas, u ocupadas, que es peor —se levantó y paseó por la caravana. Al otro lado de la ventana el día despuntaba arrancando reflejos de los coches oficiales, invariablemente oscuros, que aparcaban uno tras otro a la puerta del hotel entre fogonazos de los flashes fotográficos—. Necesito una noticia, una gran noticia.

—Llegará, tarde o temprano.

La reportera sonrió.

—Claro. Sólo espero estar ahí cuando lo haga.

Lucho se acercó a ella junto a la ventana. Su pelo olía a jazmín, jazmín y almendra, y su mirada triste le llenaba de ternura. Tenía una frase preparada, pero decidió cambiarla.

—Voy a grabar la llegada de los vehículos —dijo, y recuperó la cámara de camino al exterior.

—De acuerdo. Yo preparé el siguiente texto.

23 — La caja de Pandora

Apenas se perfilaba el amanecer cuando le retiraron la capucha. El estallido le había despertado. Un ruido seco, contundente, pero que, sin embargo, dejó en el aire un olor a pólvora y permaneció en sus oídos durante algunos segundos. Después, el silencio, roto sólo por los pasos serenos y confiados que hollaban un suelo de gravilla y tierra. Antes de que sus ojos se acostumbraran a la escasa luz, descubrió el cadáver tumbado a su derecha. A la izquierda escuchó los jadeos de la joven amordazada. Les acompañaban dos hombres más a los que desconocía, iban vestidos con uniformes negros y armados con rifles.

Estaban en un descampado sobre la loma de San Lázaro, alejados de las miradas curiosas de la ciudad todavía dormida. Dupont no había querido demorar el encuentro y desde luego no pensaba celebrarlo cerca de su casa. No quería que nadie pudiera reclamarle la caja sin antes conocer su contenido. Allí arriba estaban solos, eran invisibles, a pesar del frío y del viento de los que ni siquiera los muros del cementerio les protegían. Ventura tardó en orientarse, demasiado drogado o demasiado aturdido por los golpes recibidos en la oscuridad de la cripta. Quiso girar la cabeza y recibió un puñetazo, Alacrán, a su espalda, le apuntaba con una pistola, y a una señal de El Francés le retiró el pañuelo amarrado en torno a la boca.

—Te estás especializando en asesinar curas, hijo de puta —masculló José, estirando los músculos faciales, atenazados por la mordaza.

Recibió otro golpe, esta vez un culatazo que le obligó a caer hacia delante. Con las manos atadas a la espalda, su frente recibió la dureza del suelo. Se incorporó con piedritas pegadas a la piel y encontró la mirada de El Francés frente a la suya. A su lado Zoe Cabrera se retiraba unos guantes de cuero, hasta enfundada en un mono negro resultaba atractiva.

—Se me olvidaba que vuestro bruto no piensa ni habla, sólo obedece —masculló el profesor—. Sabía que eras tú, Zoe. Te olí.

La historiadora sonrió.

—Vaya, espero que sea un halago. No suelo mancharme las manos por nada.

—Se me da bien oler la mierda —escupió Ventura, y se llevó una patada en la sien de propina.

A su izquierda Jaira empezaba a despertar. Alacrán le quitó la capucha y la joven recibió la luz con un quejido. Tenía un pómulo hinchado y una herida en la frente, el profesor pensó que su propio aspecto no debía ser muy diferente al de ella. Cuando le clavó sus ojos verdes sintió una punzada de culpabilidad.

—¿A ella también vas a matarla? —preguntó con rabia.

El Francés se acercó a la chica y tomó con tres dedos su barbilla. Hizo amago de retirar su mordaza, pero después lo pensó mejor, sólo le secó las lágrimas de sus mejillas.

—¿Por qué...? —murmuró con acento sedoso— Una pieza tan linda, siempre embellece una colección.

Alacrán emitió lo más parecido a una carcajada de lo que era capaz y la doctora Cabrera bajó la mirada con una sonrisa agrisada. Dupont abofeteó a la muchacha y regresó junto a su colega.

—La verdad es que todavía preciso de vuestros servicios —dijo—. Por si algo falla. Alacrán trae el cofre.

El diligente secuaz se abrió paso entre sus propios hombres y se dirigió al maletero del coche azul que José y Jaira ya conocían. Sin necesidad de ayuda levantó el arcón y lo llevó en brazos hasta posarlo a los pies del coleccionista. La suave luz arrancaba destellos verdosos de las pocas zonas de metal libres de herrumbre, Dupont juntó las manos y se las llevó a la boca como si diera las gracias al Cielo por ese regalo, Zoe Cabrera reprimió un grito.

—Aquí está... —dijo ella.

—Tenemos que abrirlo. ¡Alacrán, herramientas!

El profesor Ventura se estremeció en sus rodillas como si quisiera incorporarse, pero uno de los escoltas de Dupont le devolvió al suelo a empujones.

—Escuche, Francés —masculló—. No tenga tanta prisa, deje que le expliquemos...

Alacrán regresó por segunda vez del coche, ahora con un juego de herramientas envuelto en un plástico negro, y se las tendió a su jefe. Este se arrodilló frente al baúl y buscó entre todas la que mejor sirviera para forzar la cerradura. Jaira protestaba al otro lado de su mordaza, sus ojos tan abiertos demostraban el miedo que tenía.

—Cállese, Ventura —gruñó El Francés—. Ya han dado bastantes problemas usted y su amiguita. Ahora veremos...

El coleccionista se levantó con un pequeño martillo y una gruesa broca de taladrar en la mano, los observó a la luz del nuevo sol.

—¿Servirán?

Antes de que volviera a agacharse y atacara con ellos la cerradura del cofre Zoe Cabrera detuvo su mano.

—Déjame a mí... —rogó.

El Francés le cedió las herramientas y recibió el beso de la historiadora. Después la mujer se recolocó los guantes y se acercó al filo de la caja. Acertó a anclar la broca entre el cuerpo del arcón y la cerradura y golpeó el metal con fuerza. Martillazo aquí, otro allá, al poco el pedazo de hierro saltó deslavazado al suelo. Jaira y José miraban horrorizados.

—No puedo abrirla —maldijo Zoe—. La humedad y el moho han sellado de algún modo las juntas.

—Espera —intervino El Francés. Se arrodilló junto a ella y tomando otra broca la acompañó en la limpieza de la unión entre la tapa y el cuerpo del cofre.

—¡Frótalo, raspa más fuerte! —le decía.

De pronto se escuchó un fuerte siseo como si un gas escapara del interior de la caja.

—¿A qué huele? —preguntó la doctora.

—No lo sé. ¡Sigue!

Llegado un momento las juntas quedaron libres de herrumbre y la abertura volvía a ser útil. Historiadora y coleccionista se miraron, era sin duda el momento más importante de sus vidas. José Ventura insistió una vez más en que no lo hicieran, Jaira apretó los párpados, le costaba respirar. Cuando los dedos de Zoe y Dupont empezaron a levantar la tapa, una suerte de vaho oscurecido brotó de su interior, una bruma retenida durante siglos, sometida a la terrible presión de un espacio diminuto y que ansiaba liberarse.

—¿Qué demonios es esto? —gruñó Zoe Cabrera, llevándose el brazo a la nariz—
¡Apesta!

—Les advertí que no lo hicieran —contestó José.

Dupont le mandó cerrar la boca con un gesto.

—Sólo es el aire condensado, atrapado demasiado tiempo, corrompido por la humedad.

—¿Crees que los huesos se habrán dañado? —le preguntó la historiadora.

—Es posible. Pero primero debe despejarse la humareda para poder verlos.

El viento agitaba su coleta plateada, meneaba el flequillo negro de Zoe y la melena rebelde de Jaira, dispersaba la bruma como una suerte de neblina que poco a poco se desplegara sobre la ciudad.

—¿Por qué no para? —protestó la historiadora.

—¡No lo sé! —gritó El Francés— ¡Estoy harto!

El coleccionista hundió los brazos en el cofre a pesar de que la nube oscura le impedía ver su contenido, los sacó al momento mojados y chorreando alguna sustancia verduzca y olorosa que, sin embargo, resultaba cálida al tacto.

—¡Los he tocado, están ahí! —exclamó.

—¿Qué tienes en las manos?

—Un líquido los cubre, ¡espera!

Dupont se incorporó y propinó un puntapié a la caja, el cofre se volcó derramando su contenido, esparciendo esa sustancia acuosa que al instante se deslizó por la tierra como una mancha de aceite que descendía la loma hacia el cementerio. La bruma se había adueñado del cielo, lo oscurecía, continuaba extendiéndose hacia el norte y el sur, hacia el este y oeste. La isla entera parecía vibrar.

—¿Qué sucede? —exclamó la historiadora poniéndose de pie. El aire se sentía más denso, rezumaba un olor añejo a madera y sangre. Dupont palpaba el suelo bajo el charco sinuoso, sus ojos, como cáscaras de huevo, habían perdido toda razón.

—¡Aquí están!

El coleccionista se levantó con un paquete aplanado envuelto en terciopelo entre las manos, lo apoyó sobre el capó del coche y desplegó la tela. Descubrió apenas un

puñado de huesos podridos y sucios mezclados con arena y hojas secas, empapados de la misma sopa grumosa que se extendía por la loma de San Lázaro, se filtraba por la tierra y se volcaba al alcantarillado.

—Pero, ¿esta mierda? —exclamó furioso— ¿No hay más?

La doctora Cabrera se acercó a él, el estado de los restos, fueran de Colón o no, era deplorable. Tenía que ser un error.

—Tanto esfuerzo, mi trabajo...

—¡No! —estalló El Francés, lanzando el atillo fuera de su vista. El espesor de la neblina casi impedía distinguir donde había caído. Entonces se hizo el silencio en la loma, lo que les permitió escuchar los verdaderos quejidos.

—¿Lo han oído? —preguntó Ventura. Notó cómo los demás aguzaban el oído.

—Sí... —murmuró Zoe.

El Francés había dejado a un lado su frustración y también escuchaba.

—¿Pero qué es?

Ventura buscó a Jaira con la mirada, la bruma a menudo la hacía estornudar y se asfixiaba con la mordaza. Ella le miraba horrorizada, sin duda también había recordado al hombre enterrado en la cripta de Arucas. La doctora Cabrera tomó la mano de El Francés, miraba a un lugar muy concreto.

—Creo que viene de allí —dijo, y el coleccionista siguió su dedo con la mirada. Podía tener razón.

—Alacrán, ve a ver.

Muy poco convencido, el matón se dirigió a la verja de entrada del cementerio, lo que vio hizo que la pistola zozobrara en su mano.

24 — Cuando no quede sitio en el infierno

Lo primero que llamó la atención de Alacrán fueron los golpes. Aldabonazos que parecían sacudir desde dentro los nichos como si alguien quisiera salir de ellos. Entre las hileras de sepulcros verticales vibraba el suelo de tumbas antiguas, huerto de cruces custodiadas por ángeles de mármol y esculturas de yeso. La tierra se estremecía como si palpitase, como si obedeciera el impulso de despertar.

Alacrán sintió cómo su vello se erizaba en un escalofrío de pánico que aflojaba su estómago. Miró atrás, hacia su jefe, y la súplica de sus ojos no tardó en ser respondida. Gérard Dupont y Zoe descendieron los pocos metros de loma hasta la entrada del cementerio, llegaron a tiempo de ver la primera de las manos que conseguía escarbar su recubrimiento de tierra y buscaba el cielo abierto. A esta la siguió otra, y a ellas otras muchas, brazos enteros se abrían paso desde las profundidades y encontraban apoyos para sacar de las tumbas el resto de sus cuerpos. Calaveras roídas de cabellos hirsutos, cadáveres decrepitos que apenas conservaban jirones de sus ropas, pieles morenas tiznadas por la podredumbre y vísceras consumidas que descolgaban corrompidas desde sus cavidades invadidas por los insectos, los muertos salían de sus sepulturas y volvían a caminar sobre la tierra.

—No es posible —murmuró Dupont. A su lado Zoe había empezado a chillar histérica.

—¡Vámonos de aquí! —gritaba, incapaz de controlar sus nervios— ¡Esto es una locura!

Desde la parte alta de la loma Ventura se esforzaba por otear lo que sucedía tras las puertas del camposanto. Los ruidos que oyera se habían convertido en gritos, en voces, en gruñidos que no podían de ninguna manera proceder de este mundo.

—¡Dupont! ¿Qué hay ahí? —llamó.

Antes de recibir respuesta distinguió cómo el trío saltaba hacia atrás y escuchó el golpetazo metálico de la verja al ser sacudida.

—¡Han llegado a la puerta! —gritó entonces El Francés.

—Me temo que ya sé... —murmuró el profesor. Los ojos de Jaira se abrieron de par en par y le buscó con la mirada. Ninguno de los dos había olvidado lo sucedido en la cripta—. Hay que salir de aquí.

El profesor se levantó y trató de ayudar a la muchacha, pero uno de los escoltas armados le detuvo empujándole con su rifle de regreso al suelo.

—¿A dónde crees que vas?

El segundo matón apuntó a la cabeza de Jaira.

—¿Qué ha sido eso?

—¿A qué te refieres? —le increpó José— Ella no ha dicho nada.

—¿Entonces?

Los dos escoltas se giraron al mismo tiempo. El ruido procedía de detrás de ellos, a sus pies, del cadáver de Matías Hidalgo que había empezado a moverse. Más fuerte y rápido que los que intentaban salir del cementerio, se echó encima del matón más cercano y de una profunda dentellada se llevó su mejilla derecha consigo. El guardaespaldas se desangraba disparando salvas al cielo mientras el fraile resucitado acometía contra su compañero, que trataba de huir. Los segundos que permaneció en el suelo masticándole fueron cruciales para que Ventura pudiera moverse hacia Jaira y espalda contra espalda desatarla. La chica se quitó la mordaza y también liberó las manos del profesor. Cuando se rozaron Ventura notó que temblaba.

—No pienses en ello —le dijo él, horadando sus ojos verdes con la mirada—. Sólo corre.

Sin perder un instante se giraron para escapar del cementerio, pero ahora tenían tres cuerpos revividos cortándoles el paso. El padre Hidalgo ya no parecía tan fuerte como antes, sus músculos empezaban a perder vigor, sin embargo los dos guardaespaldas conservaban aún el empuje que tuvieran en vida.

—¡Hacia atrás! —gritó Ventura, agachándose a por uno de los rifles. Lo cogió en brazos, pesaba más de lo que esperaba, y se guardó un puñado de cartuchos en el bolsillo— ¡Corre!

Justo cuando el profesor tiraba del brazo de Jaira escucharon el estallido de la verja del cementerio arrancada de sus goznes. Al mirar hacia atrás sus ojos tropezaron con los de El Francés, con los de Zoe, y con los desencajados de Alacrán, convertido en banquete para la media docena de criaturas hambrientas que le sujetaban. El chasquido de sus miembros descoyuntados llenó el amanecer sobre la loma de San Lázaro. Una jauría de cuerpos sin vida escapó de su cárcel de mortero y tierra y se zambulló en una segunda vida. Su único impulso: el hambre.

—¿Y ahora que hacemos? —le chilló El Francés.

—¿Y a mí me lo pregunta? ¡Yo no abrí la maldita caja!

—¡Cuidado!

Jaira acertó a empujar a Zoe antes de que una de las bestias alcanzara su hombro con las garras. El rifle del profesor descerrajó un disparo contra su pecho que sólo la alejó unos metros, inexplicablemente la criatura seguía de pie y regresaba.

—¡No sé cómo se recarga esto! —gritó Ventura.

—Traiga.

El Francés le quitó el arma de las manos y accionó la palanca del percutor, disparó dos veces más sin conseguir con ello que la alimaña cayera. Le devolvió el rifle al profesor.

—No sé qué mierda son —dijo—. ¡Pero no se detienen!

—Sabe de sobra lo que son —le respondió el profesor, agotando otro disparo—. Y usted los ha despertado.

El cuarteto empezaba a quedar atrapado contra la pared del cementerio, la muchedumbre se cerraba sobre ellos a punto de rozarles con los dedos y el arma de

fuego resultaba inútil.

—¡Por aquí! —exclamó Jaira, deslizando hacia un lado el cristal de una ventana mal cerrada.

Se coló por ella en el interior de una de las capillas y los otros tres la siguieron. La luz grisácea convertía en fantasmales las siluetas de los bancos y los candelabros adosados las paredes, y sobre el altar una virgen tallada en madera observaba la procesión de muertos vivientes a través de la puerta opuesta. El cementerio los vomitaba como un reguero de carne y miembros descolgados, la pequeña capilla resultaba el peor lugar posible para esconderse de ellos.

—Debemos salir —murmuró José, agazapado junto a la entrada.

—Estás loco, profesor —gruñó El Francés—. No me suicidaré contigo.

La doctora Cabrera se asomó y oteó el interior del cementerio. Cadáveres de todas las eras huían de sus enterramientos subterráneos, las fosas quedaban abiertas entre pedazos de madera y piedra como bocas melladas, mientras los golpetazos en los nichos habían logrado quebrar muchos de ellos, cáscaras de huevo a punto de ceder y abrirse.

—José tiene razón —anunció para sorpresa de todos.

El Francés se giró hacia ella.

—¿Se te ha contagiado?

Zoe le miró con desdén y negó con la cabeza.

—Los resucitados siguen al resto hacia la loma. Son muchos, pero lentos y descuidados. Si atravesamos el cementerio deprisa en sentido contrario podremos salir por la puerta del otro lado.

Jaira miró al profesor y este asintió, sujetando con fuerza el rifle. Dupont apretaba los labios por no decir lo que pensaba.

—Hagámoslo.

La doctora tomó aliento. Clavó sus ojos negros en los de Ventura.

—A la de tres.

25 — La hora más triste

El pasillo era estrecho y sobrio, apoyado sobre baldosas grises, paredes blancas, ningún cuadro, pocas ventanas. Estaba dividido en tres secciones de butacas de plástico adosadas entre sí, cada una enfrentada a un habitáculo cuadrado tras una pared de cristal, y en el interior de estos unos tenues focos halógenos dejaban caer su luz acariciando los ramos y coronas de flores que rodeaban los ataúdes. En el primer trío de butacas una señora mayor y su hijo de mediana edad y aspecto arreglado velaban un solitario sarcófago. En el segundo espacio tres personas lloraban apoyadas contra el cristal, observando entre lágrimas dos ataúdes mellizos casi escondidos entre decenas de flores. En el tercero, un único sepulcro aguardaba el momento de ser sacado del tanatorio mientras en las butacas permanecían en silencio Jaime, su cuñada Marta y los dos hijos de esta.

La familia del habitáculo central estaba desconsolada. Una mujer joven entró en la habitación sorbiendo las lágrimas y rozó con los dedos los sarcófagos de dos niños pequeños. Sus hijos. A través de la abertura rectangular en las tapas se enmarcaban sus caras sonrosadas por el maquillaje. Ella, Silvia, él, Roberto. Parecían tan serenos, tan dormidos. Afuera esperaban su hermano mayor y una de sus tías. Su padre continuaba en una de las plantas del hospital recuperándose del accidente.

La señora del primer espacio había dejado de llorar. Su hijo, Joaquín, salía de dar el último adiós a su padre y se sentó junto a ella. Doña Adela había cerrado los párpados y visualizaba recuerdos que creía olvidados. Una lágrima solitaria resbaló por su mejilla ante la mirada quebradiza de Joaquín, la viva imagen de su esposo, lo único de él que le quedaba.

Marta observaba desde el rincón opuesto sin pronunciar palabra, apretando los labios, una mano apoyada sobre la de Jaime, que se aferraba con fuerza al mango de su bastón, decidido a no llorar más. Los mellizos pasaban las horas cada uno a su modo, balanceando los pies que no llegaban al suelo, Raúl más inquieto, Oscar lo contrario. No terminaban de entender lo que estaba sucediendo, sólo que su abuelo se había echado a dormir en una caja y no volvería a revolverles el pelo.

Llegado un momento Jaime se levantó de la butaca y se acercó al cristal tanteando el espacio con la vara. Estaba frío el vidrio que le separaba de su padre, era todo cuanto podía decir de él.

—Ven.

Escuchó la voz de Marta pero no la había oído llegar a su lado. Ella le cogió de nuevo la mano y le llevó despacio hacia su izquierda. La posó sobre un pomo metálico y le ayudó a pasar al otro lado.

Jaime suspiró. La emoción se atascaba en su pecho. Deslizó el bastón a un lado y otro, rozó las baldosas, arañó las hojas de los adornos de flores y encontró el sarcófago. Sus dedos titubearon al acariciarlo, lo recorrió hasta encontrar el fino cristal en el extremo superior de la tapa. Imaginó la cara de su padre bajo sus yemas,

esas facciones que había palpado un millón de veces, pero le sintió por fin relajado, descansando. Le recordó sereno como cuando de pequeño le abrazaba y le dejaba reconocer cada centímetro de su frente, de sus mejillas, de sus cejas y de sus ojos, imaginó el temblor de sus labios al sonreír, la firmeza de sus manos al estrechar las suyas, al ayudarle a caminar.

Entonces escuchó en el exterior el sonido característico de los pasos que tan bien conocía, recuperó el bastón y regresó al pasillo.

—¿Dónde estabas? —espetó a su hermano. Sergio miró a su alrededor, todos se habían girado hacia él, y chistó al chico para que bajara la voz.

—No he podido llegar antes —buscaba a su esposa pero ella rehusó su mirada.

—Ya sabes de dónde viene, Jaime.

El policía dedicó a Marta una mueca furiosa. Los mellizos se levantaron y abrazaron a su padre.

—Cómo que no has podido llegar antes, Sergio —exclamó Jaime, sin importarle quién o quiénes pudieran oírle—. Tienes días de permiso, ¡y no has pasado por aquí en toda la noche!

—No he podido, niño. Estaba...

—Ya imagino dónde estabas.

Marta bajó la cabeza.

—Cerdo—...

El policía tomó aliento y guardó la respuesta en sus adentros. Las uñas le hacían daño en la carne de sus puños apretados. Se fijó en la ventana, como si quisiera salir de allí, la mañana se había oscurecido empañada por una bruma grisácea.

—¿Puedo verlo? —refunfuñó.

Primero fue un golpe, pero los gritos y los gruñidos llegaron tan rápido que resultó imposible distinguir el orden. La tapa del primer ataúd saltó por los aires, la del padre de Jaime y Sergio se sacudía como si el viejo Perea quisiera abrirla desde dentro. Entonces la madre de Silvia y Roberto gritó.

—¡Están saliendo!

Los porrazos en las tapas de madera eran persistentes, rebotaban como el eco en las paredes del tanatorio. El fallecido padre de Joaquín sacó los brazos de su ataúd quebrado, se aupó y asomó la cabeza buscando a su familia, sus párpados sangraron cuando se arrancó las costuras que los mantenían cerrados. A pesar de sus años había despertado con fuerzas renovadas, salió del sarcófago y gritó desgarrando la piel de sus labios sellados. Doña Adela sólo podía llevarse la mano al pecho y tratar de respirar.

En el habitáculo a su lado los niños habían volcado las cajas y las habían tirado de sus soportes. Gateaban para escapar de ellas derramando sobre las baldosas borbotones de sangre que florecían de sus múltiples heridas. Sus cuencas vacías buscaban los ojos de su madre, que se abrazaba a su hijo mayor y a su hermana a punto de derrumbarse.

—¿Qué demonios es esto? —exclamó Sergio.

—¿Qué sucede? —rogaba Jaime con un hilo de voz, su mano izquierda tanteaba el aire mientras la derecha se sujetaba al bastón como a su propia vida. Sólo escuchaba gruñidos, chillidos, golpes, pero no sabía qué eran ni de dónde procedían.

Los niños de Marta no dejaban de gritar escondidos tras su madre.

—¡Decidme qué está pasando! —gritó el invidente.

—¡Papá! —exclamó su hermano fuera de sí. El patriarca de los Perea había resquebrado al fin la tapa de su ataúd. Sus dedos blancos escudriñaban el aire mientras alaridos de puro dolor brotaban del interior de la caja. Un nuevo golpe y la madera se astilló lo suficiente para que el anciano cadáver sacara el otro brazo. Gruñó, chilló con todas sus fuerzas, se levantó ágil como si no hubiera enfermado nunca, aunque su piel se mostraba cerúlea y vibraba con pústulas horribles. Las encías del viejo llenaban de sangre su boca deformada y rasgada por el esfuerzo de despegarla, sus ojos cerrados parecían albergar un gusano dentro que no parara de moverse. Se detuvo junto al cristal, lo llenó de babas y fluidos que escupía por sus costuras, y separó los párpados rasgándolos con un chasquido repugnante.

—No puede ser... —murmuró Marta.

A su derecha Joaquín protegía su madre del horror, la familia de los dos hermanos se acurrucaba contra la pared, todos miraban incrédulos el cuarteto de seres revividos que golpeaban los ventanales. Ninguno debió pensar que era cuestión de tiempo que encontrarán el modo de salir de las habitaciones. El señor Perea fue el primero que lo hizo.

Porque Jaime había dejado la puerta abierta. Su padre dio con ella casi sin querer, de un modo inevitable se precipitó al pasillo buscando con sus manos algo a lo que agarrarse. Era torpe a pesar de la velocidad de sus movimientos, y más fuerte de lo que había sido en vida desde hacía muchos años. Sin embargo sus ojos desmadejados le impedían orientarse, más bien al contrario, parecía guiarse por algún otro instinto. Y siguiendo ese impulso se abalanzó sobre los mellizos.

Marta apartó a sus hijos y Sergio tiró sin cuidado del brazo de su hermano. El atleta cayó trastabillado al suelo, su padre chocó contra la pared pero casi al instante recuperó la compostura como si nada hubiera sucedido. El policía y el otro joven ayudaron a Jaime a ponerse de pie, tenía un rasguño en la frente y se había herido un brazo, había perdido las gafas oscuras y su expresión demostraba un horror incomparable. Si para los demás era terrible, él ni siquiera podía ponerle nombre ni darle forma en su imaginación.

—¡Pedid ayuda! —chilló.

Joaquín se asomó al rellano del tanatorio y llamó a gritos al celador, que se presentó alarmado por los golpes y los gruñidos. Antes de que tuviera tiempo a creer que lo que veía era real, el ventanal de la primera habitación se vino abajo por los golpes del marido de Adela, que saltó sobre el enfermero como si no hubiera comido en décadas. El cuerpo del celador se sacudió en el suelo entre borbotones de sangre

mientras el muerto lo devoraba ante la mirada estupefacta del resto.

—¡Salgan de aquí! —chilló Sergio.

—¡Mis hijos!

Silvia y Roberto golpeaban acompasados el cristal que los retenía. Bum. Bum. Un macabro repicar de tambores que anunciaban la tragedia. Sus pupilas caían a los pies de los párpados, sus bocas temblaban rezumando babas oscuras.

—Mejor dentro que fuera, señora —le dijo Sergio.

La mujer chilló y pataleó desahogada, buscaba con los dedos el cristal que aislaba a los críos mientras su hijo mayor y su hermana trataban de apartarla de él. Marta pasó a su lado tirando de uno de los mellizos, el policía tenía al otro en brazos y asió la mano de Jaime.

—No puedo —murmuró el invidente. El corredor había quedado alborotado de sillas y cristales rotos en un desorden imposible para él.

—Podrás —le espetó su hermano—. No creo que quieras quedarte.

Sergio sacó al chico casi en volandas y persiguió a su mujer hacia el ascensor dejando atrás el dantesco banquete. Joaquín intentó llevarse a su madre pero el renacido Perea la sujetó con más fuerza. Lo primero que le mordió fue el brazo, obligó a su hijo a soltarla y desgarró de una dentellada su faringe sin darle tiempo a gritar. Joaquín no pudo más que huir dejándola allí, y lo hizo seguido por la familia de los pequeños. A mitad de pasillo escucharon el estallido del segundo cristal, Joaquín continuó, el chico y su tía también, pero la madre de los niños se detuvo. Se detuvo a esperar a Roberto y Silvia, que salieron corriendo a su encuentro.

—¡Mamá! —gritó su hijo mayor, zarandeado por su tía. La mujer se había arrodillado para recibirles, su sonrisa llorosa transmitía más horror que la mirada de los niños, perdida en el vacío. Sus dedos como varas de alambre rodearon los hombros de su madre y le clavaron los dientes torcidos casi al unísono. Los crujidos de los tendones estremecieron las paredes del pasillo.

—¡Ya está aquí! —anunció Marta.

Los ocho entraron en el ascensor y pulsaron los botones. Las puertas se cerraban cuando los niños recién revividos levantaban las cabezas hacia ellos.

26 — Lo normal deja de serlo cuando lo muerto respira

Al tercer timbrazo tampoco acudió nadie a abrirles, pero sin duda se escuchaban voces dentro del apartamento.

—¿Cómo quieres hacerlo? —preguntó Edgar.

—Con sutileza.

Casi al instante en que Flavio terminaba la frase estallaron tres disparos de arma de fuego al otro lado de la puerta. Su compañero dio un paso atrás y tomando impulso derribó de una patada la plancha de madera.

—¡Alto!

Un hombre delgado y de piel morena les observaba con mirada desencajada y una pistola en la mano. De su cañón brotaba un hilo de humo, había a sus pies tres cadáveres en el suelo.

—¿Pero qué demonios ha hecho, imbécil? —le preguntó Edgar sin dejar de apuntarle.

El tipo estaba asustado y confuso. Sus ojos desorbitados se perdían más allá del corpulento policía y, a su espalda, se desparramaba sobre una mesa una pareja de saquitos de polvo blanco abiertos en canal. El hombre levantó la pistola.

—Quédese quieto —murmuró Edgar. El arma del homicida señaló a su propio pecho, luego a su papada. Abrió fuego.

—¡No!

Flavio se abalanzó contra él para detener la hemorragia, pero lo que quedaba de su cabeza difícilmente iba a dejar de sangrar.

—¿Qué es esto? —preguntó Edgar guardando su arma. Flavio dejó caer hacia atrás al suicida y se incorporó con su camisa celeste manchada de sangre.

—Una fiesta —contestó.

—Pues me cago en el cabrón que nos haya invitado. ¿Cuál es Ladilla?

Los tres cuerpos yacían casi uno sobre otro por dentro y por fuera de una alfombra mullida llena de polvo y ceniza. La televisión apagada reflejaba la luz de la ventana y en el ambiente el olor de la pólvora se mezclaba con el de un fuerte café. La cocaína nevaba la mesa junto a un afilado abrecartas y un sobre marrón cargado de billetes de cien y cincuenta, una serie de cigarros chupados desbordaban los filos de un cenicero de barro recuerdo de Maspalomas.

—Necesito otra camisa —gruñó Flavio—. Vigílalos.

—Eso está hecho —contestó su compañero—. No parecen tener previsto ningún paseo. Pero, por favor, dime que no piensas robarle ropa a un muerto.

—Tengo que llevar a las niñas al aeropuerto. No puedo presentarme ensangrentado.

El detective cruzó el pasillo y tras dejar atrás una habitación decorada con papel

pintado de motivos infantiles y repleta de cajas de cartón y bolsas de plástico, entró en otra mayor presidida por una cama de matrimonio y un armario empotrado de tamaño imponente. Flavio abrió confiado una de las puertas.

—¡Mierda! —exclamó. Edgar se asomó a la boca del corredor desde la entrada.

—¿Qué pasa?

—Otro fiambre.

Un hombre de baja estatura ocupaba el espacio entre las chaquetas y los pantalones con una corbata roja anudada por un extremo a su cuello y por el otro a la barra del perchero. Tenía uno de sus ojos cerrado y el otro apenas abierto e hinchado como si fuera a salir despedido de su cuenca. La lengua le colgaba y había quedado adosada a su barbilla. Flavio no pudo evitar dar un salto hacia atrás.

—Qué asco...

—Parece que aquí se lo han pasado bien.

—Desde luego.

El policía se quitó la camisa retirando el cabestrillo, no sin dolor, y revisó el armario en busca de algo limpio que pudiera servirle. Las opciones se reducían a una sudadera gris con capucha que lucía en el pecho el discreto logotipo de alguna franquicia deportiva. Se acercó a la ventana para comprobar que no estuviera sucia.

—¿Qué narices le pasa al día? —murmuró.

Edgar también se asomó desde las ventanas del salón.

—Se está cerrando.

—Vamos tío, esa nube no es normal. Además, hace media hora amanecía despejado.

Flavio Correa se enfundó la sudadera que hedía a humedad y se dirigió de regreso al salón. Antes de que pudiera hacerlo el cadáver dentro del armario se estremeció y trató de caminar hacia él entre gruñidos guturales con la mala pata de que la corbata enganchada a la barra superior se lo impedía. La criatura forcejeaba con su atadura intentando alcanzar al policía con los dedos en una postura ridícula.

—Pero qué... —Flavio sacó su arma reglamentaria de la cartuchera y disparó dos tiros contra su pecho.

—¡Ey! ¿Qué ha sido eso? —le gritó Edgar.

La criatura recibió los impactos pero no hizo ademán de detenerse. Bien al contrario, seguía luchando por liberarse, sus fauces bullían de rabia buscando la piel del policía. De repente la corbata saltó partida en dos y el engendro salió despedido hacia delante, Flavio lo recibió con un amago y terminó de empujarlo por la ventana. Se destrozó cien articulaciones al reventar contra el suelo, sin embargo al segundo volvió a levantarse. Flavio no daba crédito a lo que estaba viendo.

—¿Qué...?

—¡Flavio! —el grito llegó ahogado desde el recibidor, histérico como nunca había tenido que oír a su compañero. Los cadáveres del salón habían empezado a convulsionarse, alguno ya se ponía en pie ignorando las heridas de bala que minutos

atrás los derribaran.

Edgar no se lo pensó esta vez y abrió fuego contra el primero, el muerto viviente volvió a caer, herido en una pierna, pero eso no le detuvo sino que siguió gateando hacia el policía. Flavio irrumpió en la habitación vaciando un cargador sobre el segundo de ellos.

—¿Qué les pasa? —gritó Edgar. Se quitó de encima al resucitado golpeándole con la pierna, le frenó lo suficiente para acribillarle el pecho a balazos y dejarlo pegado al suelo. Del mismo modo Flavio había conseguido derribar a otro. Los dos tirotearon a la vez al tercero hasta que su torso quedó agujereado como un colador.

—Ya pensaremos en ello, ¡vámonos!

Los tres cuerpos estaban heridos, los tres sangrados y con partes del cuerpo desprendidas por los disparos, sin embargo volvían a ponerse de pie y salían tras ellos. Los policías tuvieron suerte de que el ascensor seguía en su piso, pudieron alejarse de las criaturas mientras veían por la rejilla cómo estas empezaban a bajar por la escalera.

—¿Qué mierda de droga había en esa mesa?

Flavio meneó la cabeza y se acarició la mano enyesada.

—No tengo ni idea —dijo—. Joder, me he hecho daño.

Abandonaron a toda prisa el recibidor y salieron a la luz sin dejar de mirar hacia atrás. Los revividos no iban a tardar en alcanzarles, así que Edgar regresó sobre sus pasos y cerró la hoja doble del portal desatando las burlas de los sorprendidos jóvenes que charlaban en la escalera. Se reunió con su compañero y mientras este esperaba que abriera el coche se encendió un cigarrillo.

—¿Qué demonios haces? —le espetó Flavio. Edgar respiraba con dificultad, había quedado impresionado y también exhausto. Los resucitados llegaron a la puerta e incapaces de girar el picaporte se limitaron a dar golpes contra el cristal. Aún resistiría unos minutos, pero los chavales del portal salieron a escape horrorizados.

—¡Qué demonios es eso! —gritó uno mirando a los policías.

—Tío, lo necesito —contestó Edgar ignorando al chico, con un gesto les mandó a él y a sus amigos que salieran de su vista.

—Se supone que te lo han prohibido. Ábreme, quiero la radio.

—Espera, tranquilo. La puerta los retiene.

El estallido de voces llegó desde la esquina opuesta del edificio. El que iba delante era el ahorcado que antes de despeñarse había atacado a Flavio, cada pierna tiraba para un lado, ambas completamente rotas, y de su boca pendía un pedazo de carne ensangrentado que se bamboleaba como un péndulo vomitivo. Comandaba un grupo de criaturas cuyos cuerpos decrepitos parecían recién pasados por la picadora. Estaban hambrientos y cayeron sobre los jóvenes de la escalera como depredadores implacables. Los gruñidos de las dentelladas se mezclaron con los alaridos de terror de los muchachos.

—¿Y a estos qué los retiene? —chilló Flavio.

Los dos detectives levantaron sus pistolas y dispararon contra los engendros, los hicieron caer pero en menos de lo que tarda en contarse habían recuperado la postura y volvían al ataque.

—¿Qué coño hacemos? —preguntó Edgar buscando en sus bolsillos más munición. Los cadáveres andantes estaban a punto de llegar al coche.

—Salir de aquí y pedir refuerzos —replicó Flavio—. ¡Corre!

Poco después el SEAT León chirriaba derrapando para dar la vuelta, llevándose por delante varias de esas criaturas. El policía emprendió la carrera cuesta abajo de regreso a la ciudad mientras Flavio no sabía que diantre explicarle a la voz al otro lado de la radio. Chi cerca mal, mal trova, solía decir su madre.

27 — Vientos de cambio

Una hora después la conexión fue bien distinta. En un principio el marco no estaba encuadrado del todo y la reportera había olvidado retocar su maquillaje. Ni siquiera se había quitado el abrigo. El sol empezaba a elevarse pero un nubarrón grisáceo oscurecía la playa de Las Canteras. A la señal de Lucho, Rebeca empezó a hablar.

—Sí, buenos días de nuevo. La situación junto al hotel AC se ha convertido en preocupante. Gran parte de los jefes de estado asistentes a la convención se encuentran ya dentro del edificio, pero lo más aterrador está teniendo lugar afuera. Un grupo de manifestantes equipados con pancartas y banderas ha tomado posiciones frente a las puertas del hotel lanzando proclamas contra las medidas financieras y el papel de los mercados. A estos se han ido uniendo progresivamente varias decenas de ciudadanos y ahora mismo podemos decir que los alrededores del AC están literalmente tomados por los manifestantes.

La cámara de Lucho hizo un barrido hacia la izquierda dejando a un lado a la periodista, mostrando las riadas de gente que se acercaban al hotel desde el puerto y desde La Isleta, inundando el paseo marítimo y las calles anexas a la playa.

—Nunca se había visto una cosa así en nuestra ciudad, semejante manifestación espontánea sin autorización y sin dispositivo policial organizado. Resulta espeluznante calcular lo que puede llegar a suponer esta acumulación de personas en un espacio tan reducido y sin las medidas de seguridad necesarias.

El locutor al otro lado del noticiario despidió la conexión y Rebeca se alejó de la multitud para refugiarse junto a Lucho. El técnico no recogió la cámara sino que decidió seguir grabando. Lo que estaba ocurriendo era demasiado grave para escatimar en espacio de memoria.

—¡Mira! —exclamó.

Un grupo de exaltados estaba intentando atravesar las puertas del hotel, los miembros de seguridad no eran capaces de contener su empuje y hubieran cedido de no haber llegado a tiempo la policía. Uno de los agentes disparó un tiro al aire, otro impelió a la muchedumbre a que se retirara empleando un megáfono, las lecheras de los antidisturbios aparecieron a trompicones abriéndose paso entre el gentío y un puñado de agentes armados descendieron de ellas disparando pelotas de goma. Lejos de dispersar a los manifestantes sólo consiguieron enojarlos más.

—¡Vuelve a conectar! —gritó Rebeca por encima del tumulto.

—Lo intentaré pero nos tienen que dar paso.

El técnico regresó a la caravana y utilizó el comunicador para explicar a la redacción lo que estaba viviendo, sin embargo cuando volvió junto a Rebeca no tenía buena cara.

—¿No les parece lo suficientemente importante?

—Dicen que esperemos.

La reportera frunció los labios y dio un pisotón al suelo. Sabía que si perdía ese

directo se le estaría escapando una oportunidad de destacarse.

—Estarán dando las noticias de fútbol.

Una mujer que cargaba con un niño pequeño le dio un tirón en el abrigo. Rebeca se giró sobresaltada.

—Dicen que ha muerto una señora —le contó en susurros—. Aplastada. Denúncienlo.

La mujer desapareció entre la multitud tan fugazmente como había llegado. La reportera la perdió de vista pero alcanzó la escalerilla metálica que llevaba a la antena sobre el techo de la unidad móvil y subió por ella.

—¿Quién era? —le preguntó Lucho—. ¿Qué te ha dicho?

Desde allí arriba la magnitud de la congregación podía verse mejor. La marea de descontentos abarrotaba la plaza triangular al pie del edificio y colapsaba las calles a su alrededor. Las pancartas y las proclamas se multiplicaban en la misma proporción en la que las fuerzas de seguridad dejaban de ser efectivas. Sin embargo, un grupo de unas cincuenta personas parecía más agitado que el resto, se arremolinaban en torno a alguien que se retorció en el suelo.

—¡Coge la cámara! —gritó Rebeca bajando del techo—. ¡Y llama a la central, que nos pinchen ya!

Lucho apenas tuvo tiempo de obedecer a la periodista, desmontó la cámara del trípode tan rápido como pudo y la siguió entre el maremágnum de brazos y piernas hacia la aglomeración. Cuando llegaron, ella le dio la orden de empezar a grabar.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Rebeca. Uno de los manifestantes se dio la vuelta iracundo y al ver la cámara con el logotipo de la autonómica se tornó mucho más hablador. Cuando el círculo de personas se abrió un punto la reportera pudo ver cómo la anciana señora se retorció en el suelo entre convulsiones. Sangraba por una profunda herida en la frente.

—Hubo una avalancha —respondió el hombre— cuando la carga. Ella quedó atrapada bajo nuestros pies... ¡Hace un segundo estaba muerta!

Rebeca le miró con los ojos como platos.

—¿Qué quiere decir con que estaba...?

Lucho llamó su atención y le hizo una señal, llevaba la cámara al hombro y le pasó el micrófono espumado.

—¡Ahora! ¡Entras en tres, dos...!

—Buenos días de nuevo, esta vez mucho más inquietos de lo que cabía esperar. Porque mientras la convención por el medio ambiente sigue su curso en el interior del AC, aquí fuera los antidisturbios han puesto cerco al hotel y las cargas policiales ya se han cobrado una víctima —Rebeca hizo un gesto a su técnico para que enfocara a la anciana en el suelo. Un segundo después volvió a ella—. Estamos seguros de que este no es el único percance terrible en esta manifestación descontrolada, nos tememos que con tal cantidad de gente...

Un estremecedor alarido causó una ola de sobresaltos alrededor de la mujer, los

curiosos que se habían acercado comenzaron a empujarse con el anhelo ferviente de alejarse de ella, mientras un estallido de sangre regurgitaba hacia el cielo salpicando a su alrededor. La anciana acababa de levantarse, vomitando todo lo que tenía dentro, se había puesto de pie tambaleante y buscaba con sus manos asir a los que la rodeaban. La piel de su rostro caía como un pellejo hueco sobre su pecho dejando a la vista la carne viva que recubría su cráneo, sus pupilas se balanceaban de un lado a otro de sus globos oculares.

—¿Estás grabando esto? —chilló Rebeca. Lucho asintió y al hacerlo no pudo evitar mover la cámara de arriba abajo— Señoras y señores, no podrán creer lo que está sucediendo...

Un nuevo rugido llamó su atención desde lado contrario de la plaza, un hombre se abría paso golpeando a todos y lanzando manifestantes por los aires. Minutos atrás había sufrido un infarto provocado por las apreturas y la falta de oxígeno pero ahora se mantenía de pie furioso y babeando a través de unas fauces desencajadas en un rictus imposible. Lucho dirigió su objetivo hacia allí.

—¿Lo tienes? —exclamó Rebeca— ¡Dime que sí!

Antes de que el técnico pudiera confirmarlo el revivido agarró los hombros de un joven y le clavó los dientes en la espalda. La sangre salió despedida como un géiser y detonó el pánico en la plaza. La cámara tembló en los hombros del técnico.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Rebeca incrédula— ¿Le ha mordido?

A modo de respuesta la anciana agarró por las solapas al hombre más cercano y lo tiró contra el suelo. Se arrodilló sobre él y empezó a roer la carne de su abdomen hasta destriparlo sin que nadie fuera capaz de quitársela de encima.

—¡Sigue grabando! —gritaba Rebeca fuera de sí— ¿Estamos en directo?

Les llegaron gritos desde una de las calles que desembocaban en la playa. No hacía un minuto se había dado por muerto a un hombre aquejado de graves problemas respiratorios y de repente se había incorporado con el pecho hinchado y la piel desteñida en un azul lívido que no le impidió aferrarse a la pierna de una joven para mordisquearla con ansia.

—¡Olvídate de eso! —le respondió Lucho— ¡Corre!

El horror se extendió como la brisa entre la inmensa congregación reunida en los alrededores del hotel AC. Los estallidos de pánico proliferaron y con ellos los empujones, las acometidas, la locura por escapar de allí. Gente mayor caía y era pisoteada, niños morían debido a la asfixia resultante del tumulto de cuerpos que los apretaba, el número de víctimas se multiplicaba y cada uno que fallecía tardaba sólo segundos en incorporarse y atacar con virulencia al resto. Ataques cargados de ira, de rabia, de arañazos y dentelladas.

En cuestión de minutos la playa y sus alrededores se llenaron de gruñidos espeluznantes y del hedor de la carne muerta. La manifestación se transformó en un caos sangriento en el que unos intentaban huir y los demás comerse a los que no lo conseguían. Las fuerzas de seguridad recibieron la orden de dejar de jugar con

pelotas de goma y abrir fuego real si lo veían necesario.

Lucho tiró del brazo de Rebeca y entraron en la caravana, el técnico dejó la cámara sobre la mesa y arrancó el motor de la furgoneta pero no tenía la menor idea de cómo iba a sacarla de allí con todas las calles y recovecos inundados de personas histéricas. La apabullante multitud les rodeaba y bloqueaba cada vía de escape.

—¿Lo grabaste todo? —preguntó la reportera incapaz de ocultar un temblor en su voz. Se sentía aterrada y no podía dejar de mirar hacia atrás a través del cristal de la unidad móvil. Un chico acababa de recibir un disparo pero seguía arrastrándose con las piernas destrozadas por la metralla, había logrado agarrar el muslo de un policía y lo devoraba con ansia entre salpicones de sangre y los alaridos de su legítimo dueño.

—¡No mires! —le gritó el técnico— Ya nos vamos.

—¿Has hablado con la redacción?

—No contestan.

Lucho pisó el acelerador pero la furgoneta no se movió un ápice. Los obstáculos eran demasiados. Primero dos o tres, después media docena, por último una jauría desquiciada de esas criaturas la alcanzó y empezó a zarandearla. Antes de que el técnico pudiera maniobrar para ningún lado la unidad móvil estaba rodeada y Rebeca gritaba histérica en su interior. Las cabezas deformes y purulentas se pegaban a los cristales buscándola con ojos vacíos, los gruñidos hambrientos estremecían a una reportera que sabía que ni esas ventanas ni la propia puerta iban a aguantar demasiado. Entonces Lucho dejó los mandos y abrió la claraboya cenital que conectaba con el techo.

—¡Sube! —le gritó, Rebeca estaba paralizaba de miedo.

—¿Por ahí?

El técnico aupó a su reportera y la sacó de la unidad móvil por el techo. Si sólo unos minutos antes Rebeca había oteado desde allí la magnitud de la concentración, ahora observaba un caos de hombres y mujeres mordiéndose unos a otros, desangrándose y compartiendo vísceras arrancadas de cadáveres andantes. Los manifestantes y los policías intentaban huir pero tal era la aglomeración y el atropello que avanzar resultaba imposible. Las calles estaban tan saturadas que la gente echó a correr hacia la playa, con lo que los distraídos bañistas recibieron una horda macabra e inesperada de vivos y muertos sin sentido. Alguno se vio sorprendido por las dentelladas mientras tomaba el sol sobre la arena.

El cámara mejicano no cabía por la abertura de la claraboya. Rebeca le miró horrorizada, sostenerse ahí arriba no resultaba nada sencillo.

—¿Qué hago ahora? —gritó.

—¡Sujétate a la antena!

—¿Y si nos vuelcan?

Lucho apartó la mirada para que Rebeca no intuyera su preocupación y regresó al volante. Metió la primera marcha y besó el crucifijo que siempre pendía de su cuello. Intentó desplazar el vehículo, aunque con los zarandeos de las criaturas la unidad

móvil en raras ocasiones tocaba el suelo con más de dos ruedas a la vez. Tendría que ser suficiente.

—Diosito —murmuró, mirando por última vez hacia arriba—. Haz que esté bien agarrada.

El técnico azteca dejó caer la cruz dorada sobre su pecho y pisó el acelerador a fondo.

28 — Un huerto de cruces y carne muerta

Desde la penumbra de la pequeña capilla el profesor Ventura irrumpió en el pasillo principal y empujó con el rifle a dos de las criaturas. Cuánto hubiera deseado tener a su hermano en esos momentos a su lado. Los cuerpos reblandecidos chocaron entre sí y cayeron contra la pared de la oficina parroquial, estremeciéndose con un crujido de huesos y una nube de polvo que permaneció en el aire unos segundos. Jaira y los demás aprovecharon el desconcierto para seguir a José al interior del recinto y se detuvieron junto a él en la intersección de tres caminos de tierra que se internaban en el cementerio. Había empezado a lloviznar, la bruma verdosa se había espesado en el cielo configurando la nube de color gris insano que lentamente descargaba sobre la ciudad una lluvia sucia que olía a óxido y putrefacción.

—¿Y ahora por dónde, genio? —le preguntó al profesor El Francés.

El ala sur del camposanto permanecía en obras desde hacía tiempo y hacia allí se dirigía el sendero de su derecha. De tomar ese camino su huida podía quedar cortada en cualquier momento. El de la izquierda serpenteaba entre antiguos panteones y bloques de nichos verticales, y desde allí les llegaban los golpes de las losas de piedra y mármol siendo golpeadas desde dentro. Hacia el frente la calle principal atravesaba el corazón del cementerio partiendo en dos el terreno abonado de cruces torcidas y lápidas centenarias, la tierra crepitaba y se abría aquí y allá dejando escapar su colección de cadáveres putrefactos. Era el camino más corto pero les obligaría a esquivar dedos y dentaduras de engendros ansiosos por alcanzarles. El tridente de posibilidades confluía en un único sendero al otro lado de una plaza circular, una fuente central de roca que imitaba ser montaña y qué incluía una cascada artificial y coloridas jardineras de flores, a pocos metros de la salida.

—No creo que tengan fuerza suficiente para escapar de esos nichos —vaticinó José señalando hacia su izquierda—. El rodeo nos hará tardar más pero...

Las mujeres asintieron. Jaira, desde luego, no pensaba separarse del profesor.

—Te has vuelto tonto, Ventura —bramó Dupont—. No pienso permanecer un minuto más aquí dentro y la manera más rápida de largarme de esta locura es correr en línea recta. Estos bichos son torpes y lentos, no me alcanzarán. Quien quiera que me siga.

El Francés se acercó a un rincón junto a la escalinata del edificio principal y se hizo con una de las palas de los enterradores. Empezó a avanzar por el camino central golpeando con ella a los engendros lechosos que se le acercaban, no le costó derribarlos como muñecos de paja atolondrados y consiguió despejar su escapatoria hasta que pudo echar a correr. Había tenido razón, el esfuerzo de excavar la tierra y de trepar desde el fondo de la fosa dejaba a las criaturas temporalmente exhaustas, y para cuando se lanzaban a por él les resultaba muy difícil detenerle.

—¡Son débiles! —chilló. Había logrado avanzar un tercio del camino hacia la salida, sin embargo los cadáveres que abatía sólo tardaban un instante en volver a levantarse y cada vez eran más los que escarbaban la tierra y asomaban a la superficie — Sus huesos están podridos... Sus músculos... ¡Consumidos! ¡Venid!

Lejos del alcance de esos demonios, Zoe y Jaira observaban la carrera de Dupont paralizadas junto a José Ventura, un profesor timorato armado con un rifle que no sabía utilizar. La lluvia ácida escocía en sus ojos y el temblor de la tierra estremecía sus pies. De repente la hierba a su alrededor empezó a removerse y un brazo oscuro y descarnado surgió de las profundidades seguido al momento por un segundo, sus garras acariciaban el aire con dedos famélicos y entumecidos. Una de esas manos se aferró a la pierna de la historiadora y empezó a tirar de ella hacia abajo buscando impulso para auparse y terminar de salir de su enterramiento, hasta que un cráneo lívido abrigado por apenas tres parches de piel y de cuero cabelludo roñoso se abrió paso entre las briznas de hierba y amenazó con morderla.

Jaira alertó a tiempo a Ventura y, con patadas, consiguieron separarlo de la doctora antes de que la alcanzara, sin pensarlo el profesor pegó su cañón a la cuenca herrumbrosa de la criatura y con un estallido de pólvora la cabeza salió disparada contra la piedra de su propia lápida.

—¡Vámonos! —gritó José echando a andar por el sendero a su izquierda, sus dedos se peleaban con el tirador de la recámara en un intento por recargar el arma.

—¿Y él? —exclamó Zoe, señalando hacia el coleccionista.

—Él eligió el suicidio —sentenció el profesor.

El Francés desapareció de su vista en su atropellada carrera entre cuerpos revividos, la doctora Cabrera no pudo más que seguir a Jaira y José por el sendero pedregoso que bordeaba las fosas desparramadas y tras doblar un recodo llegaron al área de los nichos verticales.

La lluvia golpeaba sobre las construcciones paralelas que no levantaban menos de diez metros de alto. Moles grises de enterramientos apilados, como una enorme colmena de mortero y mármol, custodiaban pasillos estrechos en los que la tierra empezaba a tornarse en fango. Sobre algunos nichos se sostenían ramos de flores en soportes de latón adosados a las losas, carísimas planchas de mármol decoradas con frases mortuorias en letras doradas. Sin embargo en la mayoría apenas unas iniciales y una fecha cincelada en el cemento identificaban sin más a los ocupantes de los osarios. Muchas de esas flores caían ahora sobre los charcos, empujadas por golpes sobrenaturales provenientes de manos muertas.

Pom.

Los puñetazos resonaban en el cementerio como aldabonazos perversos.

Pom.

Jaira, José y Zoe comenzaron a avanzar por el pasillo. Los enterramientos parecían mirarles como ventanas tapiadas, algunas a punto de caer al suelo, otras agrietadas como pintura reseca. En más de una boquetes en el cemento dejaba asomar

los brazos y las cabezas que querían salir de ellos. Los golpes eran terribles y estremecedores.

Pom. Pom.

Los lamentos de quienes intentaban escapar, espantosos.

—No entiendo cómo pueden romper los nichos —murmuró Zoe. Se frotaba los hombros para combatir el frío pero no había modo de liberarla del miedo. La lluvia empañaba sus gafas y calaba su fina blusa blanca, le impedía caminar sin tropezar con sus botas de tacón, sin embargo ella no apartaba la vista de las sacudidas en las compuertas, como si la siguiente fuera a ser la que liberase de golpe al torrente de resucitados—. Ataúdes, cemento, mármol. No deberían poder salir.

Jaira pegó un respingo a punto de ser alcanzada por una mano que se abrió paso entre las grietas de una lápida rota a puñetazos. Los dedos rozaron su pelo, sintió el tirón y casi cayó al suelo. Apretó el brazo de José en espera de una respuesta.

—El problema no es la fuerza —dijo él, y esa no era la respuesta que ellas deseaban—. Sino la paciencia.

Los golpes no decaían, continuaban. Cada vez más fuerte, cada vez más cercanos. Como si poco a poco fueran despertando el resto de criaturas, el estruendo en el interior de los bloques de cemento se convirtió en un redoble espeluznante y ensordecedor. Estaban llegando. Para los tres intrusos el camino de tierra giró noventa grados y tras otro recodo encontraron una pequeña fuente instalada para que los visitantes pudieran rellenar los cubos con los que regar las flores. Continuaron alejándose de la entrada del cementerio, un nuevo pasillo entre bloques de nichos desembocaba en la explanada de los panteones y mausoleos.

—No todas las sepulturas resistirán mucho tiempo con golpes como estos —añadió el profesor.

La puerta de uno de los mausoleos, uno de mármol negro y mayor altura que el resto, había sido destrozada a empujones y de su interior brotaba titubeante una familia de fallecidos a medio pudrir. El historiador y las mujeres dieron un salto y aceleraron el paso, las criaturas estaban aún demasiado lejos para suponer una amenaza, pero no pensaban quedarse a darles la bienvenida. En las losas sobre los nichos los golpes se reproducían como un martilleo incansable y atronador.

Pom. Pom. Pom.

La primera en estallar por completo y caer al suelo quedaba a su espalda, y, cuando se dieron la vuelta, una mano blanquecina se asomaba al exterior recibiendo la lluvia. Los dedos acariciaron el borde y se aferraron a él para sacar la cabeza pelona y podrida de una mujer que les miró sin pupilas mientras su boca chorreaba una bilis grumosa y negruzca. Dos nichos por debajo de ella apareció primero una pierna, había lanzado de una patada la losa contra la pared de enfrente, y la siguió el resto de un hombre encogido que comenzó a caminar trastabillado hacia ellos. Más acá un cadáver robusto expulsó medio cuerpo fuera del enterramiento como si el nicho pariera un anciano mutilado. Le faltaban las piernas pero gateó ansioso por el

fango. A su lado un jirón de ser humano se deslizaba despacio por la abertura hasta caer como un muñeco roto al suelo entre los restos de cemento destrozado.

El estruendo de gritos y gruñidos les alertó de que en lo alto de la loma dos mausoleos más acaban de perder sus portones. Una comitiva de muertos vivientes salió expulsada de la oscuridad inundando el cementerio, el jardín de sepulturas albergó la reunión de difuntos devueltos a la vida.

Ventura levantó la escopeta.

—¡Corred!

Disparó y arrancó un pedazo de piedra pero el retroceso le empujó contra una de las paredes de nichos, unas manos calludas atravesaron el cemento y se aferraron a su cuello.

—¡Ayuda!

Zoe Cabrera perdió pie y casi cayó al suelo, pero Jaira saltó sobre esos músculos podridos y utilizó las uñas para separarlos de la piel de José. El profesor resbaló y se dejó rodar por el barro casi sin aliento, Jaira intentó ponerle de pie buscando con la mirada la de la doctora.

—¿Piensa quedarse ahí mucho tiempo?

La historiadora zozobró, estaba aterrada. Cuando acertó a recuperar la compostura ayudó a la joven a levantar a Ventura.

—Sigamos —balbuceó él entre medias de ansiosas bocanadas de aire, las criaturas empezaban a caer de los nichos abiertos como lombrices recién nacidas—. La salida esta cerca.

Los cadáveres más recientes se movían deprisa pero los renacidos del suelo o de los nichos antiguos no lo hacían tanto. Jaira utilizaba el rifle como ariete para golpear a los que se acercaban mientras Zoe tiraba de un José dolorido en dirección a la puerta enrejada que empezaba a dibujarse entre la llovizna. Un grito estremeció el corredor principal y se apresuraron para llegar a la intersección de los tres caminos, un grupo de resucitados deambulaba como perdido por el sector contrario pero desde el huerto de cruces les llegaron los lamentos agónicos de Gérard Dupont.

La historiadora estranguló un alarido antes de llegar a soltarlo. Las criaturas rodeaban al coleccionista, había conseguido esquivarlos durante un tiempo y apartarse de sus garras hasta casi alcanzar la fuente central, pero las tumbas resultaban ser más de las que había calculado y las alimañas renacidas muchas más de las que imaginara. El camposanto había quedado infestado de cadáveres revividos, andrajos titubeantes y a medio pudrir que no habían dudado en cubrir su necesidad imperiosa de alimentarse utilizando el cuerpo de El Francés. Se disputaban sus pedazos entre quejidos codiciosos.

—¡Ventura! —balbuceó lo que una vez había sido Dupont.

El profesor alzó la escopeta y apretó el gatillo pero sólo un ruido sordo surgió de su cañón cromado.

—No sé poner más balas —masculló José, las mujeres se le quedaron mirando

con horror—. ¡Nunca lo he hecho!

—¡Inténtalo! —le gritó Zoe— ¡Sácalo de ahí!

El profesor la miró enojado, tendiéndole el arma.

—¿Sabes tú?

Una anciana vestida con un largo harapo negro, y cuya mitad inferior del cráneo había desaparecido, agarró uno de los brazos de El Francés. Un niño con llagas en la espalda aferró su pierna, dos seres más le sujetaron y otro rasgó su abdomen con una sucesión de arañazos hasta atravesarlo con sus propias manos y estirar de sus entrañas para llevárselas a la boca. Hubo cierta discusión por el reparto. El coleccionista aulló de dolor y miedo, Ventura quiso correr hacia él pero sus compañeras se lo impidieron, hubiera terminado del mismo modo. De pronto los miembros del galo se descoyuntaron con un crujido espantoso y sus tendones saltaron partidos como cuerdas de guitarra. Lo que Ventura pudo tener claro era que ese muñón de carne sanguinolenta mordisqueado por semejantes monstruos no iba a volver a despertarse como uno de ellos.

Jaira desvió la mirada, Zoe lanzó un chillido que alertó a toda la congregación de muertos vivientes con el mismo efecto que un anuncio radiado de carne en oferta.

—¡Doctora, venga aquí! —le gritó la chica, la tomó del brazo justo cuando un espantajo con un solo ojo se lanzaba sobre ella.

No había tiempo para aprender a recargar. Los cartuchos tamborileaban en el bolsillo de su gabardina pero Ventura utilizó el rifle como bate y derribó a un anciano reseco que a duras penas se mantenía en pie. Corrieron los tres hacia la salida que daba al polígono industrial de Las Torres, Jaira trepó la verja en primer lugar y José ayudó a Zoe a auparse al metal para seguirla. Después él mismo se encaramó con torpeza y cayó del otro lado con un crujir de huesos. No tenía edad para juegos de aventuras. La pared de hierro aisló a los renacidos dentro del cementerio pero sus gruñidos horribles seguían comiéndose el ánimo de los supervivientes, que sabían que esa separación iba a ser solamente temporal. El profesor se puso al frente del grupo y emprendieron la marcha descendiendo la avenida entre naves industriales y garajes cerrados, y mientras Jaira recuperaba el aliento Zoe recomponía en su mente analítica las imágenes de las últimas horas. Increíble, imposible, eran las palabras que le venían a la cabeza. Sólo tenía que mirar hacia atrás para darse cuenta de que la realidad resultaba mucho más aterradora que cualquier pesadilla.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—Lejos, por favor —le contestó Jaira—. Lejos de ellos.

El profesor buscó munición en su gabardina y probó mil maneras de insertarla en el rifle vacío. Cuando lo consiguió murmuró una palabrota y señaló hacia más arriba, hacia donde la lluvia castigaba la carretera que bordeaba el polígono industrial y descendía al barrio marineró.

—Busquemos ayuda, debemos alertar a los demás. A todo el mundo.

29 — Ratas en una ratonera

Joaquín se dio la vuelta apoyado contra las puertas del ascensor que acababan de cerrarse. La sangre manchaba su camisa celeste y el azul marino de su traje, y el sudor perlaba su cuero cabelludo casi desnudo. El poco pelo que le quedaba ya sólo rodeaba las orejas y el cogote. Se le notaba especialmente fatigado. Aunque alto y fornido, ya no se mantenía en la forma física que había ostentado de joven, cuando solía competir como luchador en los terreros de Moya.

—¿Qué carajo ha pasado? —gruñó con acento cerrado.

Detrás de él Sergio sostenía a su hermano Jaime, atenazado por un horror que no podía imaginar. El atleta había tropezado varias veces en la huida y sólo el empuje del policía había evitado que cayera y quedara atrás. Ahora a los dos les costaba recuperar el aliento.

El ascensor empezó a subir.

—Se han... levantado —murmuró la mujer joven al borde de un ataque de ansiedad, su sobrino la abrazaba intentando calmarla. Podía resultar atractiva, quizá. Ahora su cara mostraba una expresión de terror difícil de valorar.

—Eso es imposible —replicó Joaquín.

—Usted lo ha visto igual que todos —añadió Marta desde el fondo del ascensor—. No puedo creerlo.

Los mellizos habían dejado de llorar, se acurrucaban contra su madre con los ojos muy abiertos y el aliento entorpecido por el miedo. Cuando la campanilla de parada sonó los ocho salieron a una planta que a juzgar por el silencio parecía vacía.

—¿Dónde estamos? —preguntó Sergio— ¿Qué piso marcó?

Joaquín se giró pero las puertas del ascensor ya habían vuelto a cerrarse. Miró el indicador luminoso sobre el dintel.

—No tenía ni idea. El octavo, parece.

No se oía más ruido en toda la planta que un pitido intermitente procedente de alguna habitación. No había enfermeros en el puesto de celadores ni nadie en la salita de espera. Marta se dirigió con los niños a una hilera de sillas de plástico de las que formaban en el recibidor delante del ascensor y compró una botella de agua en una máquina expendedora.

—Tomad, ya está. Ya pasó.

Los mellizos bebieron por turnos. Sus mejillas sonrosadas y sus ojos hinchados empezaron a calmarse, y la mujer y su sobrino se acercaron a ellos. Ella era aún joven, quizá algo mayor que Jaime pero no alcanzaba la treintena, y una vez más tranquila no quedaba duda de que era una mujer bonita. De hecho Marta ya había notado cómo su marido la recorría de arriba a abajo desde que entrara en el tanatorio. El chico, en cambio, era todavía adolescente. A pesar de que su altura y corpulencia pudiera hacerle aparentar más, debía rondar los diecisiete.

—¿Qué más vende la máquina? —le preguntó. Marta echó un vistazo.

—Café.

—¿No hay comida?

Ella le señaló hacia un lado con la cabeza.

—La de comida es aquella.

El chico se dirigió hacia la segunda máquina tanteando el interior de sus bolsillos.

Joaquín se había sentado sólo en otra de las filas de butacas, cruzaba y descruzaba los dedos de las manos mientras sus zapatos parecían bailar sobre sus puntas. Miraba la sucesión de números del ascensor pasar de un piso al otro y murmuraba para sí maldiciones ininteligibles. Jaime se levantó del suelo para sentarse junto a su cuñada y los niños. Sergio le guio sin apenas levantar la vista, y cuando lo hizo y su mirada se encontró con la de su mujer los sentimientos fueron confusos.

—Dame un poco de agua, Marta —murmuró el invidente, ella le ayudó a tomar asiento al lado de los mellizos.

El agudo pitido parecía marcar sus latidos.

—¿Hay algo de comer allí, chaval? —preguntó Sergio.

—Me llamo Hugo —respondió el chico, su voz todavía sonaba acuosa y triste—. Y no, no hay nada. Un par de chokolatinas y caramelos, poco más.

—Servirá.

El policía sacó unas monedas de su cartera y compró chokolatinas para su hermano y para sus hijos. Le ofreció otra a Marta pero ella ni siquiera se la negó con la cabeza. Antes de regresar a las sillas Hugo miró a su tía y esta le indicó que le llevara una.

—Muy bien, coman —saltó Joaquín de repente—. Pero alguien debería pensar en qué vamos a hacer ahora.

—Daba por hecho que eso lo estaba haciendo usted, caballero.

El hombre se levantó airado y se enfrentó a Sergio. El policía le sostuvo la mirada con media sonrisa.

—No estoy para bromas, hijo. Acabo de ver a mi propio padre matar a mi madre a mordiscos.

—Yo he visto al mío intentar atrapar a mis hijos. Tampoco ha sido divertido.

La tía de Hugo se levantó para tirar el papel de la chokolatina. No era capaz de quedarse sentada y quieta esperando.

—Basta ya, los dos. Mis sobrinos han roto los ataúdes en los que íbamos a enterrarlos, han asesinado a su madre, mi hermana. No quiero saber ahora por qué, sólo salir de aquí. Díganme cómo vamos a hacerlo.

Todos callaron.

—Se han levantado... —murmuró Jaime entonces, como si formara parte de un segundo plano de conversación. No era capaz de entenderlo. Marta le pasó el brazo por los hombros y lo estrechó contra sí. Estaba aterrado.

—Salir de aquí es sencillo —añadió Sergio—. Ya estaríamos fuera si en vez de pulsar la planta ocho hubiéramos pulsado la planta baja.

Joaquín le lanzó una mirada helada.

—Váyase a mierda, estúpido —escupió—. No le vi a usted hacerse cargo de pulsar ningún botón.

—Desde luego, estaba ayudando a los demás a llegar al ascensor.

—¿Qué insinúa?

Joaquín empujó al policía, Sergio mostraba esa expresión decidida que Marta conocía demasiado bien, cuyos resortes ya había probado.

—No se le ocurra volver a tocarme.

—¡Paren! —la tía de Hugo se interpuso entre los dos y recibió la acometida que Sergio pretendía dedicar a Joaquín. Salió despedida contra la pared y se golpeó la cabeza en la caída. Su sobrino corrió a socorrerla.

—Lo lamento mucho —masculló Sergio.

—Qué hijo de puta eres —gruñó Marta. Él hizo el ademán de ir a golpearla también pero su bofetón se quedó en el camino. Los mellizos le observaban con miedo en sus ojos.

—No vuelvas a insultarme delante de los niños.

Jaime se levantó y tanteó el aire hasta sujetar los brazos de su hermano.

—Siéntate, Sergio —el otro le hizo caso sin dejar de clavar la mirada en la de su esposa—. He perdido el bastón, quédate conmigo, por favor.

Marta también se acercó a la joven, le llevó agua y comprobó el estado de su cabeza. Por fortuna el choque se había quedado en un mero golpetazo. Joaquín había vuelto a la silla, se miraba las manos y se las llevó a los labios intentando contener el llanto.

—Levántate —dijo Marta. Hugo y ella ayudaron a la chica a sentarse en una butaca cercana a la puerta de una de las habitaciones, lejos de la tensión que se estaba acumulando en el recibidor—. ¿Cómo te llamas?

—Carmen.

Marta sonrió.

—Qué bonito. Mi madre también se llamaba Carmen. ¿A qué te dedicas?

—Soy fotógrafa. Expongo.

—Estupendo, cuando salgamos de aquí anótame dónde puedo ir a ver tus obras. ¿Las vendes? —la joven asintió— Genial. ¿Y tú qué estudias, Hugo?

—Estudio poco —contestó él con media sonrisa. De repente la escondió, realmente no tenía ganas reírse, como si cual quier broma hubiera perdido para siempre todo su sentido—. Soy futbolista, bueno, de base. Seré profesional si tengo suerte.

—¿Ah, sí? ¿Has oído, Jaime? Mi cuñado también es deportista. Atleta.

El chico se relajó, de algún modo la casualidad le hacía sentirse menos solo. Fue una sensación agradable que, sin embargo, le llevó de nuevo a pensar en su madre. Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas, todo había sucedido demasiado rápido como para poder asimilarlo.

—Eh, tranquilo —le dijo Marta—. Ya tendremos tiempo de ponernos tristes cuando salgamos de aquí, ¿verdad, Carmen?

La mujer asintió, aunque no estaba muy segura de ninguna de las dos cosas.

Los mellizos reclamaron a su madre. Cuando Marta regresó junto a ellos al recibidor un enfermero surgió de una de las habitaciones al otro lado del pasillo.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó. Sergio se giró hacia él y Joaquín levantó las manos como si hubiera llegado el Séptimo de Caballería. Los dos se levantaron—. Esta planta está cerrada. Estos enfermos no reciben visitas.

—Escúchenos —empezó Sergio—. Algo ha sucedido ahí abajo.

El enfermero le cortó.

—Abajo, dónde. Da igual, aquí no pueden estar.

—En el tanatorio —añadió Joaquín—. Los muertos se han levantado.

El policía le dedicó una mirada elocuente, el enfermero frunció el ceño.

—Llame y pida ayuda —añadió Marta.

—Miren, tienen que irse. No sé de qué me hablan pero aquí...

—¡Pida ayuda!

El pitido intermitente cobró velocidad y de pronto se volvió urgente.

—Oigan, no tengo tiempo para discutir con ustedes. Ese paciente no puede quedarse solo —pulsó el botón del ascensor—. Vayan a recepción y llamen a quien quieran.

Antes de que terminara la frase el pitido dejó de ser intermitente y se convirtió en un agudo sostenido. El enfermero salió corriendo de regreso a la habitación. Sergio y Marta se miraron, Hugo ayudó a levantarse a su tía y los dos se unieron al resto, Jaime tenía cogidas las manos de sus sobrinos entre las suyas mientras Joaquín miraba aterrado la puerta del ascensor que subía.

Un piso más cada segundo.

Los golpes en la habitación les sobresaltaron, el choque metálico de cubiertos contra el suelo y el estruendo de la mesa de plástico rebotada contra la puerta les puso en alerta. De súbito uno de esos percheros que sostienen las bolsas de suero salió despedido y se estrelló contra la pared del pasillo, quedó asomado mirándoles como si pidiera auxilio. Carmen se llevó la mano a la boca. Una salva de sangre voló vomitada desde la habitación y ensució el blanco impoluto de las baldosas.

—¿Qué pasa ahí dentro? —llamó Sergio, buscando la respuesta del enfermero.

Entonces un hombre de unos dos mil años salió tambaleante por la puerta del cuarto. Viejo y arrugado, estaba consumido hasta el pellejo y cargaba como un péndulo una bolsa de orina arraigada a su cuerpo por un tubo gris que desaparecía bajo su bata celeste. Su mandíbula inferior caía sobre su pecho como un dispensador de caramelos PEZ y de su garganta manaba una baba malva mezcla de sangre y líquidos gástricos. Arrastraba los pies hacia ellos sosteniendo en la mano uno de los brazos del enfermero.

—¡Corramos! —gritó el policía.

Marta le ayudó a incorporar a Jaime mientras Carmen y Hugo se hicieron cargo de los mellizos. Joaquín le zarandeó por los hombros.

—¡Hacia dónde!

Estaban atrapados entre el anciano y el ascensor, sin más manera de alcanzar el otro extremo del pasillo que enfrentándose al viejo. En ese instante sonó el pitido de las puertas abriéndose y el ascensor vomitó media docena de enfermos y enfermeros muertos y recién resucitados. Todos ellos saltaron sobre Joaquín.

—¡Socorro!

El antiguo luchador consiguió empujar a uno, pudo sujetar los brazos de otro que buscaba atrapar su cuello, se apartó a un tercero de una patada y evitó una dentellada en la cara interponiendo su codo. No les iba a resultar tan sencillo mover su tremendo cuerpo. Soltó una mano para golpear a la enfermera ensangrentada que pretendía morder su pierna y con un cabezazo quebró los dientes de un paciente hambriento que había perdido su bata. Podría aguantar algo más pero necesitaba otros brazos y piernas que le liberaran.

—¡Ayúdale! —gritó Marta a su marido.

Sergio la miró e hizo ademán de acercarse pero sintió la punzada del miedo paralizarle. En el pasillo Hugo y Carmen mantenían a los mellizos alejados del anciano que caminaba imperturbable hacia ellos, de pronto el viejo se detuvo frente a la puerta de una habitación, olisqueó el aire como un perro hambriento, miró a su interior y se abalanzó sobre la cama. El alarido de otro paciente surgió de ella y estremeció toda la planta.

—¡El pasillo está despejado! —gritó Carmen. En el lado opuesto podía ver la puerta cerrada de otro ascensor— ¡Corran!

Hugo volvió junto a Sergio mientras Jaime y Marta seguían a Carmen y a los mellizos por el corredor. Pretendían sacar de allí a Joaquín pero no sabían cómo acercarse. Escuchaban el crujido gomoso de las mandíbulas masticando la carne humana con una punzada de náusea en sus estómagos. El chico intentó asir el brazo del luchador pero Sergio le detuvo. Seis pares de manos con sus correspondientes dedos pugnaban por hacerse con un pedazo de aquel cuerpo generoso y no iban a ser ellos los que les brindasen un succulento postre. El policía jamás olvidaría los ojos suplicantes que buscaron los suyos justo antes que la cabeza de Joaquín fuera separada de su cuerpo.

—¡Vamos!

Tiró del brazo de Hugo. Corrieron a trompicones tras los pasos del resto con la urgencia de saber que los resucitados no iban a tardar en terminar con Joaquín. Cuando casi llegaban, medio enfermero saltó desde la habitación del anciano y les acorraló contra la pared del pasillo. Le faltaba una mejilla y lucía un boquete en el costado derecho, pero los dedos empapados en sangre de su único brazo buscaban entrar en los ojos del chico.

Carmen soltó a los mellizos.

—¡Hugo!

Ella y Sergio agarraron al monstruo por la espalda y lo tiraron al suelo, Carmen se llevó a su sobrino tras el mostrador de los celadores mientras Sergio, enfrenteado a la criatura, buscaba instintivamente su arma reglamentaria. Recordó demasiado tarde que no estaba de servicio. El enfermero gritó y se abalanzó contra él, le agarró por el cuello y sujetó su cabeza con intención de morderla. El policía trastabilló al interior de una de las habitaciones, con dos brazos se manejaba mejor que él con sólo una, y haciendo acopio de fuerza le estampó contra la pared contraria. Había logrado zafarse, entre toses ahogadas salió del cuarto y cerró la puerta con muy poca convicción.

—Esto no le detendrá —dijo. Buscó con la mirada a su mujer y a su hermano al otro lado del pasillo, habían conseguido llegar al ascensor. Quiso unirse a ellos pero los muertos vivientes que acababan de dar cuenta de Joaquín y que ahora corrían hacia él no opinaban lo mismo.

Carmen y Hugo tiraron de su camisa antes de que las criaturas le alcanzaran.

—¡Por aquí! —dijo ella. Le empujó al interior de una puerta que daba a las escaleras de servicio. Antes de echar a correr descendiendo por ellas observó a su familia recibir el ascensor. Estaba vacío.

30 — El tráfico de la hora punta

—Apuesto a que puedes explicarme lo que acabamos de ver —le dijo Edgar apurando un pitillo. Estaban sentados en el coche a la puerta de la casa de Flavio esperando a que sus hijas bajaran para llevarlas al aeropuerto.

—Apágalo, no quiero que lo vean las niñas —contestó él.

—No jodas, lo estoy dejando.

—Pues vamos, déjalo. Ya vienen.

El detective lanzó el cigarrillo lejos de la ventanilla.

—Explícame lo que ha pasado ahí arriba.

—Con ellas delante no. No hablemos de ello.

La puerta lateral se abrió y Martina y Sofía subieron al coche. Llevaban una maleta mediana y dos mochilas. La de Sofía tenía dibujos chillones de Hello Kitty.

—Hola, papá. Hola, Edgar —dijeron las dos casi al unísono. Los hombres les devolvieron el saludo con una sonrisa y se pusieron en marcha.

—¿Cómo vais de tiempo? —preguntó Edgar.

—Regular —contestó Martina.

—Justos —apuntó su padre.

El coche giró en la última rotonda antes de enfilarse el carril de aceleración hacia la autovía.

—Lo digo porque es más que probable que pillemos atasco.

Flavio le puso su brazo bueno sobre el hombro.

—Apuesto a que serás capaz de hacer tu magia —sonrió.

—¿Tantas ganas tienes de que nos vayamos, papá? —preguntó Sofía. Su hermana se echó a reír. Él miró hacia atrás.

—Me lo estoy pensando, hija. Me lo estoy pensando.

—Creo que lo que tú no quieres es que volvamos —añadió Martina.

—¡Quizá! —dijo él, entre risas. Edgar le miró de reojo.

—No le hagáis caso —dijo—. Se pasaría el día llorando sin vosotras.

Flavio dejó escapar el aire.

—La verdad es que sí.

El tráfico no era fluido, desde luego, pero tampoco se podía considerar parado. Edgar maniobró con maestría entre los vehículos más lentos y consiguió serpentear hacia el sur a tiempo para dejar a las chicas en el aeropuerto.

—Espérame aquí —le dijo Flavio descendiendo del coche detenido en el arcén de descarga de pasajeros—. Las voy a acompañar al embarque.

—Padrazo —respondió su compañero, encendiéndose ya un nuevo pitillo. Flavio meneó la cabeza.

—Dejarlo, dice.

La cola de embarque acumulaba varias decenas de pasajeros ante el mostrador de

la compañía aérea. Muchos de ellos eran turistas que volvían a casa, otros sólo viajeros que aguardaban con ilusión a conocer la bella Italia.

—¿Has avisado a la abuela? —le preguntó Martina. Dejó la maleta de ruedas en el suelo tras el último de la fila y ayudó a su hermana a quitarse la mochila. Flavio acarició con cariño el cabello de su hija pequeña, ante lo que ella protestó ofendida.

—Claro que sí —repuso—. No se le olvidará.

Martina frunció en ceño.

—¿Seguro? Conociéndola...

Su padre sonrió.

—Confía en mí. La abuela y Vittorio estarán allí cuando lleguéis.

Sofía bajó la mirada y permaneció pensativa un segundo.

—¿Crees que ella estará también?

Martina miró a su padre con expresión cansada. Siempre lo mismo. Él tomó la mano de la niña.

—Hoy no creo, cielo —dijo—. Pero sabe que vais. Quizá llame a la abuela para veros un rato.

—Me gustaría conocer al hermanito.

Flavio sonrió.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó.

—David, creo —contestó la niña.

—Davide —corrigió su hermana.

—Eso.

Llegaba su turno en la fila así que Martina sacó de un estuche en el bolso los documentos de identificación de las dos. Sofía no soltaba la mano de su padre.

—Bueno —dijo él—. Cuando hable con la abuela le recordaré que si llama mamá le diga que cuando os vaya a ver lleve al bebé. ¿De acuerdo?

La niña asintió. La mayor recogió las tarjetas de embarque y se giró hacia su padre.

—Listo, viejito —le dio dos besos, el segundo más largo que el primero—. Cuídate ese brazo.

—Sí, viejito, cuídate —repitió Sofía.

Flavio no pudo más que sonreír.

—Cuidaos también. A ver si cuando volváis ya me han quitado el yeso.

La despedida fue rápida, no quedaba demasiado tiempo. El detective vio a sus hijas pasar el control de embarque de camino a una tierra que le había visto crecer pero que hacía años que no pisaba. De regreso al coche casi tropezó con un hombre encogido que se dirigía apresurado al mostrador de facturación. No podía dejar de toser con violencia, Flavio pensó que una costilla se le iba a escapar en una de esas sacudidas.

—¿Libre? —le preguntó Edgar al abrirle la puerta.

—No seas tonto. Estoy triste.

Su compañero arrancó y regresó a la carretera.

—Tristán, guapo y tullido —dijo—. Voy a salir a ligar contigo, seguro que pilló algo.

La autovía de regreso a la ciudad no parecía tan despejada como a la ida. El tráfico se había espesado y, aunque aún no habían tenido que detenerse, avanzar sí que resultaba un suplicio.

—Te dije que íbamos a pillar atasco —comentó Edgar.

—¿Qué coño le pasa al cielo?

—¿Qué?

—Mira. Es la nube de antes, empieza a darme miedo.

El detective Ramírez se retiró las gafas de sol y se fijó en el nubarrón que oscurecía la ciudad como un sudario que fuera a envolver la isla, una sombra grisácea que engullía los edificios al final de la autopista. Empezó a chispear.

—Es la mierda de las fábricas, chico —resolvió—. Un día nos matará a todos.

Subieron las ventanillas y Flavio apagó la música pachanguera de su compañero. Tomó la radio del coche y pidió acceso a la centralita pero nadie contestó del otro lado. Sacó entonces su propio teléfono móvil y llamó directamente a un conocido de Tráfico.

—Oye, ¿qué narices hay en la GC-1? Te escucho fatal. ¿Cuántos kilómetros de retención? —esperó. Hizo una seña a su colega— Tío, la cobertura es una... Ah, bien, de acuerdo.

Edgar volvió a subir la música.

—Y bien, ¿qué te han dicho?

—Al parecer hay un accidente, no saben aún el alcance.

—Parece serio, ¿deberíamos ir?

Flavio subió los hombros.

—Si consigues moverte de aquí...

—Eso está hecho, coloca a Lucille.

El policía se echó a reír. Sacó de la guantera la pequeña sirena imantada y la adhirió al techo del SEAT León. Por más que girara y aullara, los coches que les precedían no tenían espacio para apartarse. Aún con Lucille a tope no conseguían llegar al lugar del accidente.

—Bueno, ¿y ahora vas a hablarme de lo que pasó esta mañana?

Flavio se hizo el que no oía. Edgar insistió.

—Venga, hablemos de ello. Tío, no ha sido normal.

Su compañero le miró.

—No, no fue normal. Pero no sé lo que fue. Y ahora quítame esta puta música.

Edgar apretó los labios. Pulsó con vehemencia el botón de la radio y cambió de emisora.

—Vale, vale, señor quisquilloso. Aquí tienes.

—Ya con la sirena es suficiente ruido.

La música de fiesta había dejado paso a la voz de una locutora. La tertulia giraba en torno a la convención de jefes de estado que estaba teniendo lugar en Las Canteras, pero se escuchaba demasiado mal y entrecortado como para hacerle caso. Quizá, de haberle prestado atención, los detectives Ramírez y Correa hubieran podido anticipar lo que iban a encontrarse.

—Ahí está el accidente —advirtió Flavio.

Edgar se dirigió a la hilera de coches incrustados entre sí en cadena. El humo inundaba ese tramo de autovía, la lluvia lo perforaba dispersando un olor ácido de sudor, gasolina y suciedad. Se oían gritos y lamentos, pero también un extraño gruñido, como de animal salvaje, un rumor ronco y agónico imposible de identificar.

—¿Qué ha pasado aquí? —murmuró Edgar.

—Para.

El detective obedeció y Flavio descendió del coche. Se internó en la humareda escuchando el crujir de metales y el rumor de cuerpos arrastrándose para salir de entre ellos. La lluvia le escocía en los ojos.

—¿Puedes ver algo? —le preguntó Edgar bajando detrás de él.

—¡Ven, ayúdame!

Una llama surgía del capó de un Mercedes empotrado contra la parte trasera de un autobús turístico delante del que se amontonaban siete coches más con sus chasis fruncidos como pliegues de un acordeón. El accidente había sido terrible, muchos de los que habían logrado evitar el choque habían salido rebotados, tropezando entre ellos de lado al lado de los carriles hasta quedar atravesados en mitad de la carretera, algunos volcados panza arriba como tortugas perezosas. La colisión había causado un desastre atroz.

El policía se acercó al Mercedes y abrió la puerta del copiloto para ayudar a salir a un hombre mayor herido en la cabeza. Edgar hizo lo propio con un todoterreno varado en el que había quedado atrapada una pareja joven. Su perro aullaba en la parte trasera.

—Llama a los bomberos, a Tráfico, pide ayuda —le gritó el italiano.

Edgar le señaló al cielo. Un helicóptero policial observaba desde arriba sorteando la espesura de la neblina.

—Ya lo saben. Saquémoslos de aquí.

Un nuevo incendio se originó en otro de los coches pero no fue el único, los petardos se reproducían entre los siniestrados como estallidos de palomitas de maíz. En cuestión de segundos el calor se hizo insoportable y el olor a combustible cada vez más intenso. Prácticamente pisaban asfalto encharcado. De repente sonó un pitido y las puertas del autobús turístico se abrieron vomitando una horda de excursionistas decrepitos.

—¿Qué es eso? —gritó Edgar.

Flavio se apresuró a sacar su arma y disparó contra uno de ellos. Era un tipo alemán, o lo había sido, la rodilla se le quebró hacia atrás y cayó al suelo, pero siguió

avanzando hacia él en una postura grotesca.

Edgar lo apartó de una patada y se giró a su compañero.

—¿No hueles la gasolina? Como vuelvas a disparar te meto yo a ti otro tiro.

—¿Y qué hago?

Una veintena de resucitados descendían del bus con bermudas chillones y calcetines dentro de las sandalias. La mayoría eran de edad avanzada y sus pieles rojizas caían descolgadas como pergaminos marchitos. Mostraban mordiscos infectados y pústulas febriles en las mejillas, sus manos tentaban los hilos de lluvia al tiempo que sus ojos perdidos parecían buscar qué llevarse a la boca.

—No tengo ni idea, primero saca a los vivos.

Los policías esquivaron las acometidas de las criaturas y se acercaron al siguiente vehículo, un turismo de color azul incrustado contra el lateral de una furgoneta. Abrieron las puertas, y, cuando tendieron la mano a los ocupantes, por poco la pierden arrancada de una dentellada. El conductor tenía un pedazo de cristal alojado en el cráneo a través de una cuenca estallada, su acompañante el cuello ladeado en una posición inhumana, pero los dos se afanaban por alcanzarles con los dientes como si llevaran semanas sin probar bocado. De no ser por los cinturones de seguridad que los retenían, hubieran almorzado carne de detective.

Edgar y Flavio dieron un salto hacia atrás y se reunieron en el centro de la vía. Los incendios se propagaban hacia ambos lados mientras las criaturas corrían como dementes entre los vehículos atacando a los pasajeros. Muchos subían las ventanas y accionaban los seguros de las puertas como si eso fuera a servirles de algo, otros abandonaban sus coches y emprendían la huida por el asfalto, pero antes o después eran alcanzados y convertidos en aperitivo sanguinolento antes de volver a levantarse. El tramo de autopista pronto se convirtió en un grotesco desfile de monstruos hambrientos y el helicóptero policial empezó a abrir fuego contra ellos.

—¡Protégete! —gritó Flavio. Echaron a correr hacia su coche evitando dedos y manos y esquivando las balas.

—¿Están locos? ¿No ven la gasolina? —preguntó Edgar.

—Llegado a este punto no creo que les importe.

Entraron en el SEAT León y un segundo después una sacudida brutal estremeció la autopista. La explosión levantó el autobús turístico por los aires y desplazó los coches cercanos, las balas del helicóptero habían encontrado la gasolina. Las criaturas ardieron en llamas pero aún así consiguieron dar unos pasos antes de desplomarse. Como si sólo pensarán en engullir, siguieron cabeceando ajenas al calor y a la nube de humo negro que consumía el aire.

—Cierra las ventanas —ordenó Edgar—. Nos vamos.

El León hizo honor a su nombre y rugió en primera marcha llevándose por delante los cuerpos desmembrados y a medio corromper de un puñado de resucitados. Resonaron contra los bajos como monigotes de escayola hueca. Edgar consiguió colarse a trompicones entre los vehículos atascados que la explosión había

desperdigado y salió a espacio abierto muchos metros después del accidente. El italiano se atropellaba al narrar por teléfono a la Central lo que había sucedido.

—Mandarán refuerzos —explicó a su compañero, colgando.

—¿Refuerzos? Al puto ejército es al que tienen que mandar.

Flavio miró hacia atrás, donde la humareda, lejos de disiparse, parecía adueñarse de las siluetas titubeantes que deambulaban por la autovía en llamas. Pensaba en sus hijas, en la suerte de haberlas enviado lejos antes de que aquel infierno se desatara en su tierra.

—¿Qué están diciendo en la radio? —Edgar llamó su atención subiendo el volumen. Apenas se escuchaba con claridad la voz de una reportera que explicaba el caos que estaba teniendo lugar frente al hotel AC de Las Canteras. Se la oía tan lejos que podría estar hablando desde otra galaxia.

—¿La convención? Debe haber miles de personas.

—Escucha.

«Desde hace unos minutos el terror ha tomado forma en las inmediaciones del hotel AC. Aunque parezca increíble la gente está fuera de sí, los manifestantes se atacan unos a otros con intención de morderse como, no sé, ¡caníbales! Hay cientos de heridos e incluso muertos en la calle y en la playa, ¡las fuerzas de seguridad se ven sobrepasadas! Hemos podido ver cómo algunos de los fallecidos se levantaban de nuevo y corrían tras los demás, ¡es cierto!».

Los policías se miraron horrorizados.

—¿No te parece que la chica exagera?

Flavio asintió.

—Muchísimo.

Edgar se llevó la mano al bolsillo.

—¿Un cigarro?

—Compañero...

—Ni de coña.

El detective tiró el tabaco por la ventana.

—Pues ya sabes.

Flavio Correa sacó su brazo sano por la ventanilla y conectó a Lucille.

31 — La marea inhumana

Las manos rugosas se aferraban a sus tobillos. Los dedos, como palos de hueso, estaban consiguiendo quitarle un zapato. Rebeca lo dejó ir, sin duda descalza le sería menos difícil sostenerse sobre la furgoneta. Estaba acorralada. Lucho le gritaba desde abajo que se mantuviera agarrada al mástil de la antena, pero el vehículo rodeado de manifestantes circulaba demasiado despacio como para que los revividos no la alcanzaran.

—¡Eso intento!

La reportera definitivamente perdió los dos zapatos, las uñas de los engendros se clavaban en sus gemelos y le rasgaban la piel en esos saltos desesperados por hacerse con una de sus piernas. La nube de color gris tostado había ocultado el sol y ahora una ola de frío estremecía la playa, su abrigo corto era insuficiente para protegerla y la lluvia arruinaba el peinado que tanto le había costado conseguir.

—¡Lucho, cuidado!

La unidad móvil pasó por encima de un cadáver sin brazos derribado en el suelo y Rebeca estuvo a muy poco de caerse por su culpa. Consiguió sostenerse, a duras penas, y cuando miró hacia atrás vio cómo aquel cuerpo aplastado se levantaba despacio y se unía a los demás tambaleándose como un muñeco roto. Sintió las lágrimas inundar sus ojos temblorosos, no era capaz de entender lo que sucedía pero se esforzaba por tomar notas mentales de todo lo que tendría que explicar cuando consiguieran ponerse a salvo para una nueva conexión.

La estampida de manifestantes se desperdigó por el puerto y la playa. La gente desesperada corría en cualquier dirección que significase un espacio abierto para huir de los revividos, y así algunos consiguieron guarecerse tras las puertas del centro comercial o subir a sus coches para abandonar La Isleta. Desde todas partes surgían seres repugnantes que convirtieron Las Canteras en una ratonera suicida entre ellos y el océano, una marea de cadáveres incansables que se extendió por el paseo y la arena aniquilando a los sorprendidos bañistas y ganando efectivos con cada nuevo asesinato.

Sobre el techo de la furgoneta Rebeca se abrazaba a la antena mientras intentaba evitar las manos temblorosas que buscaban sus piernas. Contemplaba horrorizada la horda de muertos vivientes que se estaba desplegando sobre la playa como un alud de termitas hambrientas, se obligaba a creer lo que veían sus ojos. Los todavía vivos tropezaban entre sí por el paseo abarrotado o intentaban correr por la arena que les entorpecía y les hacía tropezar. Si caían, los voraces resucitados no les dejaban la oportunidad de volver a intentarlo. El fino polvo dorado se tiñó de sangre como manchas de vino que crecieran en un mantel reluciente, y el océano devolvió olas tiznadas que arrastraban cuerpos sin vida a los que a menudo faltaban pedazos de carne. Muchos de ellos, inexplicablemente, al llegar a la arena se pusieron de pie.

—¡No veo nada! —chilló Lucho.

La multitud que envolvía la unidad móvil sólo era capaz de gritar y correr. Hombres, mujeres y niños, Las Canteras a rebosar, cada vez menos vivos, cada vez más muertos. Dirigir la furgoneta entre ellos resultaba imposible, así que, más que evitarlos, Lucho tuvo que empezar a empujarlos, a pasarles por encima. Tampoco tenían sitio para apartarse. El técnico subió la unidad móvil al bordillo y continuó por la zona peatonal, los que seguían con vida acertaban a duras penas a quitarse de en medio pero los engendros quedaban atrapados bajo sus ruedas y estallaban como sacos de pus antes de ser conscientes de lo que se les había venido encima. Poco más adelante el paseo marítimo se estrechaba, unos y otros quedaron arrinconados en un cuello de botella por el que la unidad móvil no fue capaz de pasar. Brazos histéricos golpearon la furgoneta, la zarandearon y se auparon al techo para alcanzar a la reportera. Rebeca escuchó el chasquido de un cristal y el grito de Lucho, el furgón quedó retenido en el centro de la horda hambrienta de cadáveres andantes.

—¡Huye! —le chilló el técnico mientras las manos ansiosas le sacaban por la ventanilla. Rebeca sintió flojear sus rodillas, la mirada del mejicano le rompió el corazón pero de repente ya no estaba ahí, se había desvanecido tras un barullo de cabezas peladas y ennegrecidas.

Escuchó los desgarros de la carne arrancada de su esqueleto.

—¡Lucho!

La atención de los revividos se volvió hacia ella.

Rebeca Ruano siempre había querido atención, ¿no se trataba de eso?, sin embargo en ese momento sintió el escalofrío del pánico cuando todos aquellos ojos enrojecidos y de pupilas diminutas se fijaron en los suyos. Trató de saltar para esquivar los zarpazos pero su equilibrio sobre la furgoneta era precario. Los más espabilados se apoyaron en los neumáticos para ampliar su alcance y algunos lograron rozar su falda con las manos. Pronto encontrarían el modo de subir a por ella si no escapaba de allí. La reportera gritó fuera de sí, presa del llanto, resbaló por el parabrisas y rebotó en el capó de la furgoneta, de pronto se vio acorralada en mitad de un círculo de alimañas cuyas caras se deformaban furiosas anhelando su carne.

Lucho era ahora uno de ellos. Parecía querer cobrarse tras la muerte lo que sólo había podido soñar en vida.

La mujer esquivó la acometida y echó a correr a ojos cerrados intentando alejarse de la turba que desataba el caos en los alrededores del hotel. El auditorio Alfredo Kraus se dibujaba al oeste contra los perfiles de las lomas de Los Giles y Arucas, demasiado lejos como para soñar con alcanzarlo sin ser mordida. Los desesperados que huían con ella parecían haber tenido la misma idea, el paseo y la playa se llenaron de gritos y llantos en una ceremonia del asesinato nunca antes vista. Rebeca consiguió evitar las primeras dentelladas, menuda y escurridiza como era, pudo colarse entre los cuerpos que tropezaban y facilitaban la caza a las bestias, y a su paso dejaba atrás tragedias terribles en las que no podía permitirse pensar.

Un hombre tiró de ella pidiéndole auxilio, su pierna había quedado destrozada por

un mordisco y no conseguía volver a ponerse de pie. Su mirada de pánico la hizo estremecer. Junto a la barandilla se desangraba el cadáver de un niño, hubiera jurado verlo moverse de nuevo antes de hacer oídos sordos y seguir corriendo. Manos de gente más rápida la empujaban, querían quitarla de en medio, la despedían rebotada de un lado a otro y sólo el instinto de superviviente la mantenía de pie. Tras la curva de Playa Chica sintió una fuerza que la lanzó hacia delante y a continuación un peso enorme que la aplastó contra el suelo, cuando se dio la vuelta tenía a Lucho encima, o mejor dicho un ser asqueroso que se parecía a él, que buscaba lamer su cara con una lengua negruzca y purulenta. El muñón de un brazo extirpado a mordiscos vomitó la sangre que dejó arruinado el vestido de la reportera.

—¡Socorro!

Igual que ella antes, nadie se detuvo a auxiliarla. El técnico mejicano abrió la boca de una manera tan desmesurada que Rebeca creyó escuchar el chasquido de su quijada descoyuntándose, y cuando se precipitaba sobre su cara fue la cabeza del monstruo la que reventó como una piñata de seso y hueso. Otras dos criaturas agarraron las piernas de Rebeca.

—¡Señorita, apártese! —le gritó un hombre desde la bocacalle.

Tres disparos más batieron el aire y las alimañas cayeron de espaldas. Pronto volverían a levantarse.

—¡Venga aquí!

Igual que la aberración en que se había convertido Lucho, el hombre que la llamaba sólo tenía un brazo útil, lo llevaba inmovilizado en un cabestrillo aparatoso y sucio. Le vio cambiarse la pistola de mano y con la sana tiró de ella hacia sí. Hablaba con un acento curioso que a pesar de los años no había logrado disimular.

—Me llamo Flavio Correa y soy policía. Bajo ningún concepto se separe de mí.

La periodista asintió y Correa la condujo por la maraña de calles apestadas de cadáveres, apartándoselos a ritmo de balazo y patada sin miramientos. Si consiguió derribar a alguno debió ser sólo por un momento. Los revividos eran muchos y perseverantes, pero sólo rápidos al principio, su ferocidad descendía a medida que sus órganos muertos perdían vigor. Llegando a Santa Catalina el SEAT León de Edgar Ramírez se detuvo ante ellos derrapando.

—¿Dónde narices estabas? —espetó el detective. Flavio dejó caer a la reportera en el asiento de atrás y él se sentó a su lado. Sacó de su bolsillo un pañuelo blanco y lo apretó contra su muslo desnudo y ensangrentado.

—La han herido, señorita —le dijo. Rebeca estaba desconcertada, viviendo un sueño dentro de una pesadilla. El detective puso la mano de ella encima del improvisado apósito y se estiró para coger de la guantera una botella de agua. Se manejaba con dificultad pero sabía apañarse con una mano. Después de beber un trago se dirigió a su compañero—. No me pareció buena idea esperarte allí.

Edgar protestó con un bufido y arrancó el coche, necesitaba otro cigarro. Observó por el espejo retrovisor y alzó las cejas. Apreció la belleza de la mujer antes de

reconocerla.

—¡Carajo, Rebeca Ruano! ¿Cierto?

Ella asintió como si despertara.

—¿La conoces? —preguntó Flavio.

—Joder, espagueti, en qué país vives... Es Rebeca Ruano, de la autonómica. Está como un... En fin, es una de las reporteras más conocidas.

La periodista hizo amago de sonreír, sin embargo sintió más próximo el momento de desmayarse.

—¿A dónde la llevo? —solicitó el policía.

Flavio levantó un ápice el pañuelo del muslo en carne viva. No tenía buen aspecto.

—Vamos al hospital. Ya sabes lo que pasará si pierde demasiada sangre y...

—Entiendo.

Los detectives cruzaron sus miradas a través del espejo. No, ninguno quería que Rebeca Ruano, por conocida que fuese, se transformara en una de esas criaturas dentro del coche. Edgar, en todo caso, aceleró.

32 — El maestro de las flores

El mayor problema del hibisco es que, aún siendo una planta tropical, soporta tan mal los excesos de calor como los de frío. Está acostumbrado a beber a gusto en verano, cuando las temperaturas suelen rondar en Canarias los treinta grados, pero, por el contrario, demasiado riego en invierno puede suponerle la aparición de gomosis, podredumbre, lo que termina por matarlo. También es importante mantenerlo libre de pulgones y polillas, sí, no es tan sencillo ver crecer hibiscos con salud y vívidos colores en las macetas que adornan nuestras calles. Sin embargo, afortunadamente para el Ayuntamiento de Las Palmas, Eugene DaSilva había demostrado una mano especial con estas plantas en los jardines que rodeaban el Mercado Central.

El brasileño llevaba doce años viviendo en la capital grancanaria, alejado del ruido y del olor a queroseno entre los que había transcurrido su primer medio siglo de vida. Había aprendido a convivir con la cojera que le retirara de la carrera militar activa y en la tierra que le había acogido en su vejez había encontrado dos nuevas pasiones que le devolvían las ganas de vivir: la jardinería y Cecilia.

El Mercado Central bullía de animación esa mañana que había amanecido fresca aunque despejada pero que de pronto se había cubierto con una nube aguada que ahora rompía en incómoda llovizna. Eugene ya había regado las parcelas de hibiscos, por lo que sabía que tanta agua no iba a sentarles nada bien. Por no hablar de que el olor de aquella lluvia le resultaba realmente molesto, una mezcla opresiva entre fertilizante va cuno y pis. La humedad siempre hacía volver el dolor de su antigua herida y su ligera cojera se volvía más visible, como tantos otros paseantes se refugió en el interior del recinto comercial.

En apenas unos minutos habían quedado empapados su uniforme verde y amarillo de Parques y Jardines y su mata de pelo cana, más descuidada de lo normal, y ahogó una risita al verse reflejado en el cristal de la puerta. Desde allí oteó por encima de las cabezas, como siempre lo hacía, para distinguir en su puesto de fruta y verdura a Cecilia, y decidió aprovechar el parón forzado para saludarla. En el cuarto de baño se adecentó con torpe vanidad, consciente de que sus gruesas arrugas y su piel reseca y tostada por el sol tenían ya poquito arreglo, se lavó las manos y atusó el cabello, y se dirigió a la caseta donde trabajaba la mujer que le tenía sorbido el seso.

La lluvia había abarrotado el Mercado todavía más que de costumbre pero Eugene consiguió abrirse paso hacia ella. Probablemente tuviera la mitad de su edad, pero eso para él no era un problema. Le tenían embrujado sus ojos negros como piel de ciruela, sus labios rojos y esa melena oscura que ese día, qué pena, llevaba recogida en una discreta cola de caballo. Se le acercó y le regaló una sonrisa, probablemente lo único que podría ofrecerle.

—¿Cómo está pasando el día? —le preguntó, su acento carioca casi enmascarado a fuerza de años entre españoles—. Se afeó la mañana, una pena.

Cecilia no le contestó, pero sonreía. Terminó de atender a una mujer que

demandaba sus bolsas de fruta y se limpió las manos en el delantal. Tomó de debajo del mostrador una botella de agua mineral y bebió un breve sorbito.

—Dígame, Cecilia. ¿Cómo es que le permiten venir a trabajar tan bella?

La mujer se echó a reír.

—¿Sabe, Eugene —le dijo—, que en todo el tiempo que lleva trabajando aquí, nunca le he visto hablando con otro tendero?

Le brillaban los ojos y el brasileño amplió su sonrisa, lejos de la vergüenza.

—Bueno, señorita Cecilia, eso no hace más que alabar mi buen gusto. ¿No cree?

La vendedora se inclinó sobre una de las bandejas del mostrador y se dio maña en recolocar los melocotones.

—Es usted incorregible, Eugene.

—Sólo pretendo un paseo, Cecilia —sonrió él—. Un paseo por mi playa.

—¿Su playa?

Él asintió. La lluvia arreciaban afuera y la gente continuaba entrando en el Mercado para refugiarse. Algunos empezaban a mostrarse inquietos.

—Hay un rincón de Las Canteras, junto a la Cícer, que es mío. Cecilia, no me negará un paseo.

Ella no podía ocultar su sonrisa franca, le abrumaba el modo sincero en que el brasileño la miraba. La vida da muchas vueltas, había llegado a admitir, y Cecilia llevaba muchos años sin sentirse y sin querer sentirse pretendida.

—Conozco bien la playa —le contestó.

—No conmigo.

Cecilia sonrió de nuevo, boba. No sabía qué hacer con ese hombre. Sin que se hubiera dado cuenta una cola de compradores esperaba paciente ante su puesto.

—Ay, Eugene, es posible...

—¿Es posible? —repitió él, dejando paso.

—Es posible.

—¡Con eso me basta! —exclamó el brasileño mientras se alejaba con la sonrisa de un niño— ¡Volveré más tarde para concretar nuestra cita!

Eugene DaSilva dejó que la tendera prestara atención a sus nuevos clientes y paseó entre el barullo de personas que abarrotaban el Mercado Central colapsando los pasillos frente a los puestos de fruta fresca, verduras del día y las mejores carnes y pescados recién capturados. Iba feliz como un colegial, no sabía cuánto había avanzado en su cortejo a Cecilia pero se sentía hinchado sólo por el hecho de haber vuelto a hablar con ella. Hacía tantísimo tiempo que no se enamoraba de una mujer, tanto, que el doloroso recuerdo anterior casi carecía de sentido.

De vuelta al exterior para comprobar los estragos de la lluvia en las macetas escuchó el alarido proveniente de una de las carnicerías, un grito aterrador al que siguieron otros que picaron su curiosidad y le hicieron acercarse. Fue pavor lo que sintió al ver lo que sucedía, una mezcla de incredulidad y espanto que, cuando consiguió reaccionar, le arrancó una plegaria de manera inconsciente.

La carnicería, como tantas otras, tenía en su expositor una serie de animales de granja desollados y colgados de ganchos de metal. Pues bien, por más que pareciera una pesadilla los conejos y corderos lechales habían empezado a moverse, chillaban estridentes y se sacudían sin control cabeceando con sus cráneos huesudos y tratando de zafarse de sus ataduras. Sus ojos de retinas desprendidas buscaban la luz entre el tumulto de paseantes acorralados por la lluvia mientras intentaban alcanzarles con sus dientes finos y afilados como palillos de madera.

El horror cundió por el Mercado cuando en el resto de puestos de carne y pescado comenzó a ocurrir lo mismo. Eugene atendió a los chillidos que escuchara por su espalda y cuando devolvió la mirada al frente encontró la angustia de una mujer a la que la mandíbula de una liebre había atrapado el brazo. La señora gritaba y el tendero también, él intentó apartarle el animal de encima pero entonces un ternero despellejado alzó la cabeza y le arrancó la tráquea de un bocado. Los horribles chillidos animales se mezclaron con el gorgoteo del mascar carne viva, la gente atrapada intentó correr pero sólo logró aumentar el caos en el interior del Mercado.

Los mostradores tapizados en hielo de las pescaderías habían cobrado vida a través de las piezas frescas que empezaron a sacudirse sobre las piedrillas con un chapoteo gangoso que resultaba aterrador. Sus cuerpos flácidos e imponentes cabeceaban de un modo grotesco boqueando en busca de carne humana que llevarse a sus dientes picudos. En otra carnicería medio cerdo comenzó a gruñir desesperado berreando con estruendo infernal y en el puesto que ocupaba la parcela central los gallos de corral se pusieron en pie desplumados y la emprendieron a picotazos contra todos a su alrededor. Los clientes atónitos se empujaron y tropezaron entre ellos sin saber hacia dónde huir, y entonces las verdaderas criaturas irrumpieron por todas las entradas. Eran hombres y mujeres, o al menos lo habían sido no hacía demasiado. Sus cuerpos mostraban algún tipo de laceración, habían sido atacados y mordidos, a muchos les faltaban pedazos de piel y partes de su cuerpo. Las heridas burbujaban infectadas con pompas de pus negra y palpitaban como lengüetazos de carne muerta. Como si el hambre fuera lo único capaz de paliar su dolor lo que hicieron fue atacar los cuellos y extremidades de aquellos cuya sangre todavía seguía caliente.

En cuestión de segundos el recinto del Mercado Central se convirtió en un grotesco coto de caza en el que clientes y comerciantes no eran capaces de comprender lo que estaba sucediendo. Dientes ennegrecidos arrancaban tiras de carne humana, hilos rojizos salpicaban los toldos y escurrían por ellos hasta el suelo enfangado de fluidos y vísceras. Los guardias de seguridad se atrevieron a abrir fuego pero todo aquel que abatían se incorporaba al instante como si las balas no sirvieran de nada. Por arte de maldición los que fallecían regresaban con un hambre atroz a la vida.

Todo estaba pasando demasiado deprisa para que Eugene lo pudiera asimilar. Había logrado apartarse de los animales empalados y había esquivado la embestida de uno de los engendros más rápidos, no comprendía nada pero tenía claro que debía

correr si quería sobrevivir. Era experto en supervivencia, no hacía tanto que lo había sido, y ese pensamiento le llevó inevitablemente a Cecilia. Buscó por encima de las cabezas y la descubrió volcada sobre el mostrador de verduras oprimiendo con la mano un espacio vacío donde poco antes debía haber estado una porción de su cuello. La sangre escapaba a borbotones de la herida.

—¡Cecilia, no!

El jardinero corrió hacia ella empujando por igual seres humanos y seres revividos y la tomó en brazos con mayor facilidad de la que esperaba. Salir del mercado no iba a ser tan sencillo pero aún así se dirigió con ímpetu a la puerta más cercana. Esas aberraciones trotaban hacia ellos, eran torpes y descoordinados pero no por eso desfallecían, el ansia les guiaba y movía con una determinación inquebrantable. Eugene pudo apartar a dos de ellos con un golpe en el plexo solar del primero que dio con los dos contra un grupo de cubos de basura y se abrió paso hasta el exterior propinando una sucesión de empujones y puñetazos como un corredor de fútbol americano. Tenía que llegar a su coche, y lo había estacionado dos calles más abajo. La furgoneta blanca de Parques y Jardines había pasado de ser un vehículo feo y destartado a significar la salvación para su dueño. Durante años había combatido en mil y una misiones bajo órdenes que no siempre compartía, ahora mismo su única misión era meter a Cecilia en ese coche y su única orden la supervivencia.

Los gruñidos de los muertos vivientes llegaban de todas partes, cientos de ellos recorrían las calles del barrio comercial balanceando sus brazos cansinos y ladeando sus cabezas como perrillos hambrientos, sólo el olor a carne humana parecía hacerles reaccionar. Aquí y allá hombres y mujeres a medio pudrir se inclinaban sobre cadáveres de amigos y vecinos, los masticaban con dentelladas voraces royéndolos hasta el hueso hasta que, sin ninguna lógica, esos cuerpos empezaban a convulsionarse y se ponían de pie convertidos en abominaciones inhumanas.

Eugene a duras penas lograba conservar el aliento. Se sentía aterrorizado pero debía continuar, sus fuerzas decaían y cojeaba más que nunca pero tenía que sacar a Cecilia de allí por más que el número de criaturas aumentara a cada instante. Algunos, y resultaban los más peligrosos, eran capaces incluso de correr, al menos durante un tiempo. Otros sólo arrastraban los pies en un agónico deambular como si de un momento a otro fueran a desplomarse. Sus heridas supuraban una espuma blanquecina mientras sus cuerpos parecían deteriorarse lentamente.

DaSilva pasó junto a dos que devoraban un perro y sacudió un puntapié al que levantó la cabeza hacia él. Al otro lado de la calle una pareja de supervivientes intentaba huir. Ella gritaba aferrada al brazo de su marido, que pretendía contener con su paraguas el empuje de un cadáver enfermo. Cuando el perro muerto se incorporó y salió corriendo hacia ellos resultó ser ese brazo lo último que la mujer conservaría de su esposo.

—Aguanta, chiquilla —murmuró el brasileño doblando un recodo mientras el matrimonio se convertía sin quererlo en el centro de atención de las criaturas—.

Estamos cerca.

Una maraña de dedos descarnados les asaltó a la carrera llegando desde la avenida principal. Eugene se agachó y golpeó con el hombro a los revividos para hacerlos caer, tropezaron sin equilibrio contra la verja verde de un colegio y quedaron amontonados en el suelo como un amasijo repulsivo de brazos y piernas pataleantes. El jardinero recuperó la compostura y cambió de acera antes de que otro grupo de espantajos notara su presencia.

Apenas tenía tiempo para comprobar el estado de Cecilia. La mujer perdía demasiada sangre, se le escapaba a borbotones de su garganta abierta y rodaba por el uniforme del jardinero. El coche ya estaba a la vista y sólo les separaban de él unos pasos. Una plegaria escapaba como un aliento de los labios de Eugene mientras la calle empezaba a llenarse de engendros, demasiado lentos para alcanzarles antes de que el brasileño lograra abrir la puerta de su furgoneta.

—¡Aguanta! —gritó mientras le colocaba el cinturón de seguridad. Cecilia seguía con él pero respiraba con dificultad—. ¡Aguanta!

DaSilva arrancó y se llevó por delante tres de esas criaturas al irrumpir en el tráfico. Dio media vuelta ignorando el sentido de la circulación y enfiló la Avenida Mesa y López aspirando los kilómetros hacia el Hospital.

33— Correr, vivir

—Esta lluvia sabe raro —se quejó Jaira.

Aceleraban el paso entre las naves del polígono industrial, las dos mujeres delante, José detrás con el rifle recién cargado. El cementerio vomitaba un ejército de criaturas deformes que se desperdigaban por las calles circundantes como pollos sin cabeza. Algunos perseguían al trío de supervivientes, todavía demasiado lejos para suponer un problema pero acercándose de manera insistente.

—No es lluvia normal —confirmó José paladeando las gotas que mojaban sus dedos—. Procede de la nube que salió de la caja.

—Dios sabrá qué era eso —añadió la chica. El profesor miró a Zoe Cabrera.

—Dios no.

Podían escuchar los gruñidos a su espalda. La carretera descendía dejando a un lado amplios locales de industrias mecánicas y de suministros de albañilería. Aunque la lluvia se intensificaba no les impedía huir por el asfalto pero sí dificultaba la marcha de sus torpes perseguidores. Se detuvieron al final de la pendiente, donde una rotonda desnuda servía de intersección de dos carreteras más amplias y otra menor que rodeaba el polígono. Delante de ellos el edificio de la ITV recibía impasible la tormenta.

—¿Y ahora? —preguntó la doctora.

Ventura miró hacia ambos lados, una de las opciones era sumergirse en un barrio empobrecido de casas bajas, demasiado poblado como para atreverse a llevar hacia allí a los espectros, la otra ascender la loma y tomar el camino que llevaba a la playa. El profesor resopló, lo suyo no era decidir, no era tomar la iniciativa.

—Vayamos hacia arriba —dijo—. La carretera de Las Torres debería estar despejada.

Las mujeres le hicieron caso sin aportar otra idea, ninguna tenía formada una opinión diferente, sólo querían alejarse del cementerio sin perder más tiempo porque la horda de seres desfigurados se les acercaba. Subieron una rampa empinada hacia la entrada del polígono industrial y desembocaron en la vieja comarcal que separa Las Palmas de Tamaraceite. Desde allí hubieran podido ver el mar si el cielo no hubiera estado secuestrado por el nubarrón que lo engullía. De todos modos Ventura los dirigió hacia el norte.

La propia pendiente les sirvió para ampliar su ventaja sobre los resucitados, demasiado lentos y débiles para seguir su ritmo. Muchos dejaron de perseguirles y echaron a correr calle abajo hacia el barrio de Las Torres.

—Parece que pierden fuerza —apuntó Jaira.

La carretera descendía en escurridiza espiral hasta el barrio de Guanarteme, bordeando un barranco que ofrecía una panorámica sublime de la playa de Las Canteras. Hacia el otro lado podían ver la desbandada de criaturas que abandonaban el polígono industrial.

—¿Por qué crees que les pasa? —preguntó Zoe.

—Míralos —señaló Ventura—. Quizá hayan tenido fuerza para romper sus tumbas y puede que no desfallezcan, pero esas bazofias no dejan de ser cadáveres. Están muertos, llevan años muertos, sus procesos de descomposición están en marcha y por más que quieran correr sus músculos y sus huesos están a medio pudrir, son inútiles.

La doctora asintió.

—Supongo que lo lógico es que poco a poco vaya abandonándoles esa vitalidad.

—Yo no encuentro nada lógico en todo esto —replicó el profesor.

Vieron cómo los cuerpos mohosos corrían hacia los edificios y se colaban por los portales abiertos. Los gritos de los vecinos les llegaron desde allí. La gente empezó a huir de sus casas, algunos heridos, otros incapaces de dominar sus nervios. El miedo y la histeria estremecieron las calles mientras se llenaban de hombres y mujeres atolondrados que quedaban irremediamente a merced de los revividos en una orgía macabra de sangre y vísceras.

Los muertos vivientes se estaban sirviendo un festín.

—Es horrible —murmuró Jaira.

De repente aquellos que habían caído empezaron a levantarse en mitad de unas convulsiones terribles y los asesinados en sus casas salieron vomitados de ellas en un desfile demencial. Los recién devueltos a la vida olfatearon el aire con el gesto desencajado y emprendieron una estampida en busca de carne fresca.

—¿Y estos? —preguntó Zoe.

Sintieron un nudo de pánico descender por su garganta, la nueva riada de cadáveres andarines empezaba a subir a por ellos. El profesor dio un paso hacia atrás.

—Estos no serán tan lentos —exclamó—. ¡Corred!

Los muertos estaban causando una verdadera masacre en Las Torres y subían por Felo Monzón hacia Siete Palmas. José celebró que los locales estuvieran cerrados y confió en que no hubiera partido de fútbol a esa hora en el flamante estadio de Gran Canaria. Cualquier aglomeración en su camino multiplicaría el número de alimañas por cien en un abrir y cerrar de ojos.

De momento estaban consiguiendo colapsar las avenidas. Los vehículos que subían por Las Ramblas se encontraban con la sorpresa de tener que esquivarlos y uno de ellos erró el volantazo con la mala suerte de ir a estrellarse contra uno de los surtidores de la gasolinera al pie del barrio de La Feria del Atlántico. La explosión hizo zozobrar el suelo de varias manzanas extendiendo una nube negra que rezumaba el olor del gasoil.

El profesor Ventura, que guiaba a las mujeres por la vieja carretera que desembocaba en el extremo occidental de Guanarteme y El Rincón, no pudo evitar darse la vuelta.

—Qué hemos hecho... —murmuró. Jaira le puso una mano en el hombro mientras él buscaba la mirada huidiza de Zoe.

—Vámonos.

Por delante la carretera estaba despejada, como había predicho el profesor, pero pronto dejaría de estarlo. Todavía a suficientes metros a su espalda la comitiva de seres caducos les perseguía despacio pero incansable. Borearon el barranco dejando a su izquierda el mirador de Bellavista, acercándose al edificio blanco del tanatorio de San Miguel.

—Ustedes dos se conocen —dijo Jaira entonces—. Es cierto.

José Ventura no contestó, la observó de reojo y después frunció el ceño ante la mirada de Zoe.

—Es una larga historia —contestó ella.

—No me vengan con eso de larga historia. Las historias que decimos ser largas para no tener que explicarlas rara vez lo son realmente.

El profesor volvió a abrir el rifle para comprobar que la munición estaba bien colocada. Quería estar seguro de que sabría recargarlo cuando llegara el momento.

—No, en realidad no lo es —dijo con un gruñido. El arma se doblaba por la mitad y dejaba al descubierto el espacio para los cartuchos. Seguían allí.

Zoe le clavó una mirada elocuente pero no le costó ignorarla.

—¿Qué sucedió? —preguntó Jaira.

—Trabajamos juntos en la Universidad de Granada. Fue hace muchos años —contestó la historiadora.

—Granada, La Habana, Sevilla, Madrid, varios museos e instituciones —corrigió Ventura—. Sí, buen resumen.

—Has sido tú el que ha dicho que no fue larga.

El profesor se colgó el arma al hombro por la correa. La marea de cuerpos pútridos se disgregaba muchos metros más arriba.

—Nuestra colaboración fue larga —replicó él—. Nuestra historia no.

Zoe le miró con desgana y Jaira apretó los labios en una mueca. Estaban llegando a las inmediaciones del tanatorio, una construcción rectangular y sobria pintada de un blanco immaculado. Desde allí les llegaban los golpes de un número incierto de criaturas que golpeaban los cristales desde dentro. Les miraban con ojos vidriosos y fauces desencajadas.

—¿Ellos también? —murmuró la doctora— Pensé que sólo habíamos resucitado a los muertos del cementerio.

—No lo entiendo —añadió Jaira.

Los puñetazos eran veloces y junto a las sacudidas de las ventanas empezaba a escucharse el crujido de las grietas.

—Hay muchas cosas que yo tampoco entiendo —apuntó el profesor—, pero intuyo que cuando consigan liberarse saldrán a por nosotros.

—No deberíamos acercarnos —sentenció Jaira, la lluvia calaba su melena negra y hacía brillar sus ojos verdes.

—No lo haremos.

Continuaron alejándose hacia la playa, dejando los golpes atrás, y escucharon el estallido de la puerta y los gritos de las bestias cuando estaban varias curvas más abajo, junto a la entrada del campo de golf.

—¿Adónde piensas ir, José? —preguntó Zoe.

Al otro lado del acantilado se dibujaba la línea del océano que lamía la arena de Las Canteras. El auditorio se erguía como un faro de referencia a pocos metros de ellos y desde sus pies se extendía, como una lengua tramposa, el emblemático paseo marítimo ahora rebosante de gente y criaturas que corrían hacia todos lados. Zoe, Ventura y Jaira perdieron la voz al ver el horror que habían desatado.

La matanza en la playa estaba siendo horrible pero si no se daban prisa los escapados del tanatorio también les alcanzarían a ellos.

—Es mucho peor de lo que pensaba —murmuró el profesor.

Jaira se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué está pasando...

José miró al cielo y maldijo la llovizna que derramaba la nube verde sucio que ellos y sólo ellos habían dejado escapar. Se giró hacia su antigua colega.

—¿Qué diablos había en esa caja? —le espetó. Zoe bajó la cabeza. Los gruñidos les llegaban ahora tanto desde lo alto de la loma como desde la playa.

—No tengo ni la más remota idea, José. Ahora sácanos de aquí.

¿Yo? Pensó Ventura. Difícilmente podré sacarme a mí mismo. A su derecha la carretera de Las Torres recibía a la que conectaba con el hospital, un enorme edificio gris que ocupaba una depresión del terreno junto a la rotonda de Las Ramblas. El profesor volvió sobre sus pasos y señaló con un gesto hacia allí.

—Se me ocurre pedir ayuda en el hospital.

Jaira le miró frunciendo el ceño.

—¿Qué ayuda vas a pedir? ¿Hola, hemos abierto una puta caja que ha llenado la ciudad de mierda y de muertos vivientes?

—Al menos tendrán puertas —apuntó José.

—Y comida —añadió Zoe.

La joven aventurera arrancó el rifle del brazo de Ventura y apuntó a la sien de la doctora.

—Usted será mejor que se calle, maldita...

Pero Zoe no sólo no se apartó sino que apenas la miró de soslayo.

—¿Maldita qué, niña? José, quítale el juguete a esta cría que ya hace algún tiempo debería estar muerta.

El profesor se acercó a Jaira y la sujetó antes de que golpeará a Zoe con la culata del arma.

—Basta ya. Necesitamos escondernos, descansar y comer algo, y seguro que esas tres cosas el hospital nos las dará.

—¿Crees que estaremos a salvo? —le preguntó la joven recuperando la compostura. Se estiró la camiseta sobre los tejanos y sacudió su melena empapada.

—Sé que aquí no lo estamos.

34 — Separados

La escalera descendía estrecha por un pasillo gris amparado sólo por luces halógenas de emergencia. Sergio iba delante, apresurado, y Hugo y Carmen detrás intentando no buscar explicaciones a lo que acaban de vivir, esforzándose por mantener a raya el pánico. Perder los nervios ahora no les iba a ayudar en absoluto. La motivación del policía se centraba exclusivamente en llegar a la planta inferior, cruzar el pasillo y reencontrarse con su familia al otro lado, y era un objetivo al que Sergio iba a dedicar cada uno de sus pensamientos, le importaba poco quién pudiera acompañarle.

No dudaba de que Marta cuidaría bien de los críos, esa puta algo sabía hacer bien, pero su hermano, su Jaime, atrapado en su mundo de sombras... Por él sí que se preocupaba. En el rellano inferior, sin embargo, la puerta metálica estaba cerrada por fuera.

—Maldita sea —gruñó—. Bajemos a la siguiente y por Dios espero que esté abierta.

Hugo le puso la mano en el hombro.

—Tranquilo, estarán bien, seguro.

El policía le miró con desprecio.

—No vuelvas a tocarme, chaval —Hugo se apartó con miedo—. No eres mi amigo, no te conozco. Tengo que encontrar a mi hermano y a mis hijos y me la suda lo que tú me digas. Si me pongo nervioso o no, es mi problema, no el tuyo.

—Oiga, no hable así al chico —le reprendió Carmen, unos escalones más arriba—. Sólo pretende ser amable.

—Cállense los dos.

Siguieron bajando hasta el siguiente rellano, los tramos de escalera se retorcían en ángulos rectos de cemento desnudo acompañados por una franja amarilla que recorría la pared, y llegaron a una segunda compuerta. Sergio prácticamente saltó sobre ella.

—Ayúdenme a empujar esto.

El policía apretaba la barra roja pulsadora pero la plancha metálica no cedía un ápice, ni siquiera con la suma del esfuerzo de los tres consiguieron moverla. Sergio soltó una maldición y descargó una patada sobre la puerta, tendrían que seguir descendiendo.

En la garganta del Hospital hacía frío. Sergio sacó de su bolsillo el teléfono móvil pero allí dentro no tenía cobertura. Estaba preocupado por Jaime, no podía negarlo, y también por los niños. No saber lo que pudiera estarles pasando le sacaba de quicio. La siguiente puerta tampoco cedió, la empujaron los tres a la vez pero con el mismo resultado: un quejido ahogado de polvo y bisagras entumecidas. Empezaban a agobiarse, y por encima de la necesidad de encontrar al resto roían sus nervios la claustrofobia y el miedo a no poder salir de allí. Dos pisos más abajo los móviles seguían sin señal.

—Chaval, no pienso bajar más, ayúdame con esta.

Se acercó con Hugo a una puerta más con intención de derribarla si fuera necesario, sin embargo esta vez con sólo pulsar el tirador pudieron empujarla hasta abrirla con un chirrido pastoso. Les recibió un pasillo inundado de luz, una claridad deslumbrante que les escoció en los ojos. Sergio lanzó sin pensarlo la mirada al móvil. Todavía nada.

—¡Mierda de teléfono! —exclamó realizando el gesto de estamparlo contra la pared. Hugo y Carmen se apartaron, por un momento habían pensado realmente que iba a estrellárselo en la cabeza.

—Cálmese, por favor —dijo ella—. Nos asusta, y estamos juntos en esto.

La planta había sido abandonada, al menos parecía estar vacía. No se escuchaba un alma, viva, muerta o resucitada, ni encontraron a nadie paseando por el pasillo. Las puertas de las habitaciones se asomaban a él como terroríficas bocas abiertas.

—Me importa una mierda si les asusto —masculló Sergio—. Y yo no estoy en esto con nadie.

Oteó el corredor y se acercó a una máquina expendedora de bebidas, reventó su cristal a patadas y sacó de entre los ciscos una botella de agua. Carmen y Hugo le observaban horrorizados. El policía abrió la bebida fría y casi la terminó de un trago, después se secó los labios con el dorso de la mano y exhaló un largo suspiro.

—En realidad me da lo mismo si vienen conmigo o no.

Volvió a mirar el teléfono y paseó unos metros por el recibidor esperando que las rayitas de la cobertura regresaran a la pantalla. No parecía obtener resultado.

Hugo miró a su tía y se dirigió al expendedor destrozado a por otra botella para él. De algún modo se sintió incómodo profanando la máquina, estaba mal, pensó, tenía que estarlo.

—Entendemos que se preocupe por su mujer —intervino Carmen—, pero le necesitamos para salir de aquí.

El policía se giró hacia ella y sonrió de medio lado.

—¿Mi mujer? —contestó. Apretó los labios como si de pronto le hubiera llegado una idea y la madurara un segundo—. Sinceramente espero que muera. Pero tengo que poner a salvo a mis hijos y a mi hermano.

Hugo y su tía le miraron horrorizados. Sergio guardó el teléfono con fastidio.

—Vamos.

La puerta del ascensor estaba al otro lado del corredor y el policía se puso en marcha hacia allí. Cuanto más se acercaban a esa ala empezaban a oír los gruñidos lejanos y solapados de un millar de gargantas distantes.

—No sé si queremos bajar por ahí —murmuró Hugo.

Sergio le miró inquieto, su familia había tomado precisamente el ascensor de ese lado.

—Claro que queremos.

El policía aceleró el paso. El murmullo discordante se escuchaba desde todas

partes como una corriente eléctrica que recorriera los conductos internos del maldito hospital, perpetuándose por las paredes. Sergio estaba preocupado por su hermano, claro que sí, era todo cuanto tenía, todo lo que había tenido desde siempre en el mundo. Tras la pérdida prematura de su madre y la distancia con su padre, el joven Perea se había visto obligado a volcarse en el cuidado y protección del niño que estaba creciendo en la oscuridad. Durante un tiempo había amado a Marta y desde luego quería a sus hijos, pero en ambos casos era distinto. Jaime era distinto. Con ninguno había llegado a sentir aún la responsabilidad y entrega que le vinculaban a su hermano. Él había sido su niño, su mejor triunfo, y probablemente el último.

—No creo que desee realmente la muerte a su esposa —apuntó Carmen, no le importaba que Sergio pudiera oírla. Él no se dio la vuelta, continuaba avanzando sin dejar de mirar el interior de cada puerta antes de pasar ante ella.

—Hace tiempo que Marta ya no es mi esposa —le contestó, realizando un esfuerzo titánico por controlar su tono. Empezaba a sorprenderse de sí mismo. Volvió a examinar su móvil en busca de cobertura y chasqueó la lengua con rabia—. Al menos no en la práctica. Ella no se lo confesará, pero no fui yo quien empezó esta guerra.

Hugo caminaba detrás de él abrazado a su tía.

—No sabíamos que estuvieran en guerra —comentó.

—No tenían por qué saberlo.

—¿Cómo se empieza una guerra? —añadió ella.

El policía esta vez sí se giró y le dedicó la misma sonrisa que hubiera podido ofrecerle una hiena.

—Follándose a la persona menos indicada mientras tu esposo te calienta la cama tras acostar a los niños.

Carmen sintió un puñetazo sin mano en el estómago.

—Vaya.

—¿Y a quién se folló? —preguntó Hugo, y recibió el codazo disimulado de su tía.

Sergio no contestó. El recuerdo era demasiado doloroso. Tomó una larga inspiración y dejó que la bocanada arrancase de su cuerpo la ira. El silencio le trajo amplificados los gruñidos de las criaturas.

—Están muy cerca —exclamó.

La puerta por la que habían entrado saltó de sus goznes rebotada contra la pared y una legión de muertos vivientes irrumpió en la planta atropellándose por el estrecho pasillo al correr hacia ellos. En el extremo contrario la boca de la escalera principal vomitó a su vez otra docena de criaturas que husmearon el aire en busca de carne. En un segundo los supervivientes habían quedado atrapados en una de las secciones del pasillo sin ninguna posibilidad de alcanzar el ascensor.

—¡Cierren las puertas! —gritó Carmen.

Estaban acorralados junto a un mostrador de celadores, un rellano rectangular de los que fragmentaban el corredor entre las habitaciones. Hugo y Sergio clausuraron

con un portazo las entradas que mantendrían a los resucitados fuera mientras ellos quedaban encerrados para siempre tras ellas. El policía se dejó caer exhausto contra una de las paredes. Sacó el móvil y volvió a marcar el número de Marta.

35 — Descenso al infierno

—¡Rápido, aprieta el botón y cierra la puerta!

Marta chilló desde la entrada del ascensor manteniendo a sus hijos detrás de ella. Las criaturas se les acercaban voraces, mientras Jaime tanteaba el aluminio de la pared en busca del panel de botones.

—¿Cuál aprieto? —gritaba, acariciándolos con la yema de los dedos. Los puntos en relieve se confundían bajo su piel sudorosa.

—¡Cualquiera!

Todos los dedos de Jaime tocaron botones. Las puertas de metal empezaron a cerrarse agónicas como a cámara lenta, y antes de que lo hicieran del todo Marta pudo encontrar la mirada de su marido al otro lado del corredor. Con una leve sacudida el ascensor se puso en marcha y empezó a bajar.

—Dios... —murmuró Marta, se secó la frente y se retiró el cabello rizado de la cara, después se agachó para calmar a sus pequeños.

—¿Qué está pasando, Marta? —preguntó Jaime con un hilo de voz—. Explícame.

—Los muertos —dijo—. Se han despertado, de algún modo.

—¿Despertado como en las películas?

—Como en las películas.

La mujer limpiaba las salpicaduras de sangre de la piel de los mellizos. Habían dejado de llorar pero seguían aterrados, se les cortaba el aliento mientras miraban a su madre con ojos desencajados.

—Pero eso es imposible...

—Ya.

El elevador se detuvo de pronto tras el pitido de un timbre y las puertas comenzaron a abrirse. Jaime se apretó instintivamente contra la pared más alejada de ellas. Una vez abiertas Marta divisó un pasillo a media luz ocupado por una docena de criaturas silentes. Parecían maniqués esperando tras un escaparate. Un enfermero que había perdido un ojo le dirigió la mirada, le enseñó una fila de encías desnudas y empezó a caminar hacia ella. Marta apretó a toda prisa el botón de cierre de puertas.

—Por ahí no podemos salir —dijo. El ascensor se puso en marcha de nuevo, el siguiente piso pulsado era la planta baja—. Cuando os lo diga dadme las manos y por nada del mundo me soltéis, tenemos que llegar hasta la salida.

Jaime asintió y los niños hicieron lo mismo. El elevador se detuvo tras el pitido y en cuanto empezaron a desplazarse las planchas metálicas se desató una tormenta de golpes contra la puerta. Los gruñidos y jadeos desde el otro lado desataron el pánico en el interior de la cabina.

—¡Dale al botón! —chilló Marta cubriendo a los niños con su cuerpo.

—¡Cómo quieres que sepa cuál es!

Un brazo en carne viva ya había conseguido colarse por el hueco, el cráneo roído de un hombre despellejado se asomó a la abertura y buscó a la mujer con su

dentadura ensangrentada. Las puertas seguían abriéndose, Jaime apretó un botón pero sólo hizo sonar la alarma.

—¡El último! —chilló su cuñada.

El invidente apretó hasta el fondo la tecla y las puertas comenzaron a recorrer el camino contrario, atrapando a la bestia con medio cuerpo entre ellas. Marta soltó a los niños y ayudó a Jaime a empujarlo hacia fuera, pero el miedo a sus mordiscos les hizo soltarlo. El ascensor arrancó y comenzó a bajar, forcejeó apenas con él antes de partirlo en dos mitades y la superior cayó entre las piernas de los aterrados supervivientes. Ante sus ojos el revivido se sacudía apoyado en su propio estómago y estiraba los brazos hacia ellos.

—Acercaos a mí... —murmuró Marta con tiento. El hombre intentaba alcanzarles en una postura irrisoria mientras los niños lloraban abrazados a su madre.

—¡Qué sucede! —gritó Jaime.

—Está aquí.

El hombre muerto lanzó un alarido y se dejó caer hacia ellos, Marta atinó a sujetarle por los brazos antes de que pudiera morder a alguno de los niños pero sus cabeceos eran terribles y desesperados, les buscaba con los dientes igual que una serpiente venenosa les lanzaría su ataque. Los niños empezaron a gritar, la fuerza del renacido era muy superior a la que la mujer podría soportar durante demasiado tiempo.

—¡Apartaos!

Marta giró soltando los brazos y el cuerpo partido se fue a estrellar contra la puerta del ascensor, ella se reunió con los suyos en la pared contraria. El tipo quedó aturdido, incapaz de darse la vuelta con facilidad. Los números descendían de un piso a otro en el contador luminoso pero no se detenían en ninguna planta. Menos dos, menos tres. El cadáver se giró y se les quedó mirando, tenía la cara ensangrentada y una brecha horrorosa abierta en su cráneo abollado, era imposible que pudiera ver con claridad pero aún así se arrastró como un desquiciado y cruzó el ascensor en una fracción de segundo. Sus incisivos perforaron la pierna de Marta desatando sus alaridos de dolor, Jaime lo agarró a tientas por los hombros y lo apartó de ella, lo hizo estamparse contra la pared de metal pero él no pareció notarlo. Jamás desfallecía, y cuando repitió la acometida, con dentelladas vacías que entrechocaban produciendo un chasquido estremecedor, le sujetaron entre los dos y golpearon su cabeza una y mil veces contra la puerta hasta dejarlo caer inmóvil al suelo.

El pitido volvió a sonar, el ascensor se detuvo y las láminas de metal se abrieron.

—¡Corred! ¡Salid! —gritó Marta.

Empujó a Jaime al interior de un pasillo en penumbra sólo alumbrado por luces blancas colgadas de la pared cada pocos metros y el chico cayó tropezado contra un suelo recio de baldosa fría. Después tomó las manos de los mellizos y empezó a salir tras él pero antes de terminar de hacerlo otras manos más fuertes agarraron los tobillos de los niños y se los arrebataron al tiempo que las puertas del ascensor

volvían a cerrarse. Marta salió trastabillada hacia delante tras el forcejeo, y cuando se dio la vuelta vio aquel cuerpo mutilado incorporarse con uno de sus hijos en cada mano. La criatura los levantó en vilo y desencajó tanto las mandíbulas que el crujido del hueso restalló por todo el pasillo. Los niños gritaban cuando las puertas metálicas terminaron de unirse.

—¡Mis hijos!

Jaime tuvo que sujetar a su cuñada. El ascensor se puso en marcha mientras en su interior, dentro del bolso caído en el suelo, sonaba el tono de llamada del móvil de Marta.

36 — Espere su turno

La furgoneta de Parques y Jardines se detuvo ante la puerta de Urgencias con un rechinar de neumáticos. Eugene manejaba el volante con la mano izquierda mientras con la derecha intentaba sostener a Cecilia, incapaz de mantenerse erguida por sí misma. La mujer perdía sangre a velocidad alarmante y no iba a poder aguantar mucho más si el brasileño no conseguía poner freno a su hemorragia. La dejó apoyada contra la ventanilla y descendió del vehículo, ya se preocuparía por aparcarlo bien luego, rodeó el capó y oteó los ojos de Cecilia a través de la mancha rojiza que había vomitado al cristal. Ya no le miraban a él, veían más allá.

La bajó de la furgoneta y la cargó hacia la puerta de Urgencias, ella a duras penas podía mover los pies para ayudarle, así que los arrastraba dejando un reguero de sangre brillante sobre los adoquines. Un zapato se desprendió de su pie sin que fuera capaz de hacer nada por evitarlo. Las puertas dobles se abrieron de forma automática y Eugene sentó a Cecilia en una butaca azul para acercarse al mostrador de recepción. Estaba vacío, sólo un libro de notas abierto y el teclado inalámbrico acompañaban a un monitor en perpetuo protector de pantalla: Espere su turno.

Mientras esperaba el brasileño no podía dejar de mirar a Cecilia. La mujer dejaba caer la cabeza sobre su propio hombro, en una posición que por fuerza tenía que resultarle incómoda, y un cordón de saliva rojiza pendulaba lentamente hacia sus zapatos. Eugene golpeó el mostrador como si hubiera un timbre que en realidad no estaba pero nadie apareció al otro lado.

—¡Oigan!

Se asomó al interior del despacho. Vio archivadores, carpetas de cartón y una bandeja con diminutos pasteles sobre una mesa blanca. Un reloj barato de pared marcaba la hora con un tictac constante.

—¿Hay alguien?

Por toda respuesta unos pasos comenzaron a escucharse desde el otro lado de la sala de espera, un andar cansado y enfermo, como de zapatos de gamuza arrastrándose, a los que acompañaba un siseo metálico interminable. Segundos después apareció una anciana tras una columna. Su pelo blanco, encrespado, rodeaba una frente despellejada en la que palpitaban verrugas de pus como pompas de detergente. La mujer intentaba acercarse a ellos apoyada en su andador, mientras desde sus retinas aguadas goteaba un líquido blancuzco que resbalaba por sus mejillas. Por alguna razón ignoró a Cecilia pero cuando llegó a pocos metros de Eugene se deshizo del andador y trastabilló torpe buscando la cara del hombre con sus manos.

El jardinero se apartó y la mujer tropezó contra el escritorio, su mandíbula cayó desprendida sobre el libro de registro humedeciéndolo con una saliva densa y pringosa. Eugene se hizo a un lado, la anciana le miró con la expresión de un

cachorro que no comprendiera nada, la misma que acababa de descubrir en las criaturas que atacaran el Mercado. La segunda acometida no le pilló desprevenido, agarró la cabeza de la mujer con ambas manos y realizó el giro que tantas veces había practicado en aquella otra vida que quería olvidar. La anciana cayó al suelo agitando las piernas hasta que se quedó inmóvil.

—Me temo que aquí no hallaremos ayuda —musitó el brasileño sin dejar de observar si la mujer volvía a levantarse.

Tomó a Cecilia en brazos y recorrió con ella la sala principal. A su izquierda quedaba una sucesión de butacones adosados de espaldas a los ventanales y a su derecha nacían varios corredores que se internaban en las entrañas del hospital. De la oscuridad de uno de ellos brotaba el rumor de los gruñidos que Eugene tan bien conocía, así que decidió dejarlo atrás. El siguiente era muy corto y conducía a los ascensores que subían a las plantas, y sobre el dintel del último encontró un amplio letrero en el que se representaban los símbolos de las diferentes especialidades. Se adentró por él.

Cecilia había dejado de moverse pero aún así no suponía demasiada carga para él. Objetos mayores y más pesados había tenido que acarrear en sus años de esquivar balas y evitar explosiones. El recuerdo le hizo pensar en cuánto tiempo había pasado sin volver a reparar en lo efímero de la vida ni en el olor de la sangre, cuánto había visto, desde luego, sin encontrarse jamás con criaturas difuntas que volvieran a levantarse. Utilizando su mano libre se dibujó la señal de la cruz sobre la cara y el pecho. Nunca había conocido nada muerto con tantas ganas de regresar para dedicarse a matar.

La primera habitación que encontraron era una sala de curas anexa a una amplia consulta decorada con pósters de huesos y atlas anatómicos. Las dos estaban vacías. Eugene entró y tumbó a Cecilia sobre una camilla, su brazo derecho quedó colgando por fuera como un péndulo blanco surcado por líneas rojas, y con los pocos conocimientos de enfermería que podía haber atesorado reparando sus propias heridas y las de sus compañeros, aplicó desinfectante y un apósito de gasa sobre el mordisco que se había llevado gran parte del lado derecho del cuello de la mujer. Intentó vendarlo con torpeza, sus ojos nadaban más en la excitación de encontrar en cualquier momento a alguna de esas criaturas acechándoles desde la puerta que en prestar toda su atención a lo que tenía entre manos. Los gruñidos se les acercaban.

La venda quedó teñida enseguida de un rojo oscuro que se expandía por la tela como el calor del mechero sobre el papel. Eugene retiró el segundo zapato a Cecilia, la puso de pie y trató de que ella misma caminara a su lado pero resultó imposible. Tuvo que abrazarla de nuevo antes de que cayera. Él mismo empezaba a sentir el cansancio, la pierna le ardía agudizando su cojera y la tensión desataba el ritmo de sus pulsaciones. Le costaba respirar. Con ella apoyada en su hombro se asomó al pasillo y encontró al otro lado la manada lenta y desorganizada que deambulaba por la sala de espera. Aún estaban lo suficientemente lejos para atreverse a salir.

—Ya está curada, señorita —murmuró aupándola—. Salgamos de aquí.

Saltó al pasillo con todo el cuidado de no hacer ruido, sus pisadas quedaban ahogadas por el murmullo de los revividos a veinte metros de él. Tenía cerca la puerta doble que daba al siguiente sector del pasillo cuando Cecilia emitió un alarido que alertó a las criaturas. Un hombre pequeño con bata blanca y un jirón de brazo se le quedó mirando durante un segundo antes de emitir un aullido ronco y empezar a correr hacia ellos seguido por el resto.

Eugene no se amedrentó, cruzó la puerta y la cerró de golpe destrozando con ella el cráneo reblandecido de su atacante. Pudo escuchar el topetazo al otro lado, pero desde luego no iba a ser tan sencillo frenar del mismo modo a la manada perturbada que venía detrás. DaSilva se arrodilló junto a la chica.

—¡Cecilia! —exclamó, zarandeándola con dulzura. La cabeza de ella rebotaba sobre su pecho como la de una muñeca de trapo— Ceci, Cecilia. Necesito su ayuda. No me haga esto más.

Se pasó el brazo de la mujer por encima y la sujetó por la cadera. Ella respiraba con dificultad, apenas podía apoyar la punta de los pies en el suelo.

—Ceci, mi amor —le dijo él—. Esas malditas quieren cazarnos. Hágame, por Dios, el favor de caminar conmigo.

Con ella a su lado trató de alejarse por el pasillo. Probó las primeras puertas pero estaban todas cerradas, y pronto comprendió que haciéndolo solamente perdía tiempo. Las criaturas no se iban a detener a probar nada, dejó de intentar abrir puertas y se concentró en acumular metros entre ellos y los cadáveres andantes.

—Escuche —continuó hablándole—. Si usted me ayuda, si no se pone malita y salimos de aquí, la llevaré a ver mi tierra —una puerta de madera con un rectángulo de cristal en el centro cerraba el corredor y Eugene vio la turba que se le acercaba a través de su reflejo. Dio gracias a Dios porque el picaporte cediera con facilidad, pasó al otro lado y trató de acelerar el paso todo cuanto pudiera. Que la dejara cerrada sólo iba a frenar unos segundos a las alimañas—. Sí, sé que aunque no diga nada le gusta la idea. Ya verá, Río le va a encantar.

Mientras avanzaba iba derribando cuanto objeto sirviera para obstruir el pasillo: un estante con vendas y cajas de algodón, un mueble con ruedas y cajones cargados de jeringuillas y paquetes de suministros, percheros huérfanos de bolsas de suero. Se sentía agotado y a punto de desfallecer. Los resucitados se le acercaban.

—¿Le gusta la playa? —le preguntó a Cecilia— Bueno, estaba menos pálida esta mañana, pero apuesto a que disfruta tomando sus baños de sol. Yo en realidad no soy de Río, se lo confieso, pero iremos a Copacabana igualmente, si es lo que le apetece.

El brasileño abrió una puerta más y tras un recodo entraron en el área de especialidades. Esas salitas eran más grandes que las consultas y cada una mostraba en su puerta el símbolo del área que trataba en su interior.

—Tengo familia en Río, eso es cierto. Vaya, debe hacer mil años que no ando por allá...

La puerta que acababan de dejar detrás estalló rebotada contra la pared del pasillo y no menos de seis criaturas se plantaron en la última sección del corredor. Eugene y Cecilia estaban atrapados contra una compuerta corredera eléctrica que no mostraba intención de abrirse. Seguramente había que accionarla con un pulsador cuyo responsable a esas alturas debía encontrarse cuando menos indispuerto.

—Estos amigos son insistentes —jadeó el jardinero, mientras evaluaba las opciones. La respiración de Cecilia se entrecortaba, a menudo amagaba con desaparecer pero al poco volvía con un tosido—. Por favor, no se me convierta en uno de ellos. Cálmese.

Los engendros se les echaban encima sorteando los torpes obstáculos dispuestos por Eugene. No estaban sirviendo de nada. El brasileño abrió con el pie la puerta de la sala más cercana, resultó ser la de rayos, y la aseguró por dentro con un simple pestillo. Sonrió a medias con amargura. Acto seguido dejó a Cecilia apoyada en el suelo y volcó contra la entrada todo el equipo de radiología que fue capaz de desplazar. Camilla, proyector, brazo y lámpara formaron parte de la barricada que le regalaría unos segundos, minutos quizá, de vida junto a la mujer que amaba.

Se acurrucó en la penumbra junto a ella, se echó su cabeza contra el pecho y acarició su cabello. Olía igual que esa lluvia agria con la que la mañana se había tornado en pesadilla. Eugene había soñado mil veces con aquella proximidad, ahora podía sentir el temblor de su piel, cómo se estremecía con cada inspiración. Pensó en cuánto había que no abrazaba a una mujer y sonrió ante la idea de que Cecilia fuera a ser la última.

En el pasillo las criaturas se multiplicaban. Empezaron a golpear la puerta una y otra vez despacio, sin prisa, como si supieran que, sólo por insistencia, antes o después, iban a tirarla abajo. El brasileño rezó porque aguantara lo suficiente, si alguien tenía que matarlo y convertirlo en un alma condenada a la muerte en vida, quería que fuera ella.

37 — Fuera de control

Esta vez el teléfono móvil sí que estalló contra la pared sobre el mostrador de celadores y desperdigó diminutas piezas electrónicas por el suelo. Sergio se acercó a una de las habitaciones y le arreó un puñetazo a la puerta.

—Eh, tío, tranquilízate —le gritó Hugo. Estaba arrastrando una de las hileras de butacas para apoyarla contra la doble puerta que retenía a los revividos.

—Me tranquilizaré cuando quiera, chaval —replicó el policía—. No puedo contactar con mi mujer y nos hemos quedado aquí encerrados con esos monstruos del demonio. Dime dónde está la parte tranquilizante.

—Pues ahora sí que no podrá hablar con ella, bruto —apuntó Carmen señalando al móvil reducido a pedazos. Ayudaba a Hugo a empujar las sillas y al levantar la cabeza descubrió la mirada de Sergio buceando en el hueco que la camiseta formaba sobre su escote en esa postura. No era la primera vez que cazaba al policía radiografiándola así desde que se conocieran—. ¿Qué narices está mirando?

—Son bonitas —le dijo él, con media sonrisa—. No te sulfures.

Carmen se llevó rápido las manos al pecho.

—Será cerdo...

Hugo terminó de apilar los cuatro tríos de asientos. La barricada era un verdadero desastre que no aguantaría lo más mínimo.

—Oye, no hables así a mi tía.

Sergio forzó una mueca entre el asco y el desprecio.

—Bah, dejadme en paz.

Los golpes de los muertos vivientes eran terribles contra la puerta del pasillo. La zarandeaban como si fueran a partirla y lo único que detenía su empuje era ese puñado de hierros y plástico que Hugo había colocado contra ella. No transmitía demasiada confianza. En la salida contraria el número de engendros que pretendía entrar era menor, pero un simple pestillo tampoco iba a retenerlos. Los supervivientes estaban atrapados, pero no sería por mucho tiempo.

—Maldita sea...

Sergio refunfuñaba golpeándolo la pared con rabia contenida, se mordía el labio y de cuando en cuando se apretaba con la mano la entrepierna. Entró en una de las habitaciones y se asomó a la ventana, apenas era mediodía pero la bruma oscurecía el cielo como si fuera noche cerrada. La lluvia había aumentado de intensidad.

—Tenemos que salir de aquí —murmuró Hugo en el rellano. Su tía asintió.

—Este hombre está fuera de sí. Es violento.

El policía regresaba al pasillo.

—¡Mierda! —exclamó— La ventana está demasiado alta.

Hugo le miró con el ceño fruncido.

—¿Pensaba salir por la ventana?

—Pensé en intentarlo, niño. Al menos yo pienso en algo.

—Yo me he encargado de sellar las puertas.

Sergio se echó a reír. Se dejó caer en el suelo frente a ellos.

—¿Eso? Menuda basura. No aguantarán un segundo más.

Carmen juntó las rodillas y cruzó los brazos sobre el pecho, la forma de mirarla de aquel tipo le incomodaba. Sergio sonrió de medio lado e hizo la cabeza hacia atrás, apoyándola contra la pared.

—¿Y qué propone que hagamos? —le preguntó ella. El policía suspiró, le clavó una vez más esa mirada que sólo buscaba desnudarla.

—¿Tú y yo? Cielo, no queremos escandalizar al chiquillo.

La carcajada de Sergio resonó por todo el pasillo compitiendo con los puñetazos de los cadáveres en las puertas. Se le había ido completamente la cabeza.

—Usted está loco...

—Sí, eso dice mi psiquiatra. El otro día también me lo llamó mi esposa, esa furcia. Y hasta mi hermano. ¿Sabéis? Si tantos lo dicen supongo que debe ser verdad —el policía se levantó y se acercó a ella. Le señaló hacia el interior de la habitación—. ¿Por qué no vienes conmigo allí dentro y te demuestro lo loco que estoy?

Hugo se interpuso y le apartó la mano, él le sacudió un bofetón que acabó con el chico en el suelo.

—¿Qué está haciendo, monstruo? —chilló la mujer. Sergio la cogió por los brazos y la puso de pie apretándola contra la pared.

—Vamos a morir —gruñó mientras olfateaba la piel de su cuello—, divirtámonos primero.

El muchacho se levantó y corrió a separarle, él empujó a Carmen contra el suelo y frenó la acometida de Hugo, le golpeó con tal fuerza el abdomen que le cortó la respiración. Antes de que la mujer pudiera recomponerse Sergio había vuelto a abrazarla por la espalda, ella podía sentir su erección, una mano buscó su pecho y lo estrujó sin ningún pudor.

—Sí... Verás cómo nos divertimos.

Hugo se arrastró hacia ellos pero aún no había recuperado el aliento.

—No puedo creer que haga esto —masculló desde el suelo—. Su mujer... ¡sus hijos!

—A mi mujer puedes quedártela si la quieres, chico. No me importa una mierda —replicó el policía lamiendo la oreja de Carmen, incapaz de repelerlo—. Ella se folló a mi hermano, no le debo ningún respeto. Mis hijos... Ya deben estar muertos. ¡Como nosotros! ¡Escúchalos!

Los puñetazos en las puertas eran cada vez más contundentes y los hierros que unían las sillas chirriaban arañando las baldosas. Marta y Jaime. Así había comenzado todo. Nunca había sacado el tema con su hermano, para qué. De algún modo no podía culparle de haber sido engatusado por esa enferma viciosa. Qué fácil era ir de madre sensata de cara a los demás, pero Marta no lo era y Sergio lo sabía, claro que sí. El día en que ella le había confesado su traición con su propio hermano

fue el primero en que él le puso la mano encima. El primero de una larga lista escrita con la tinta del odio y de la vergüenza.

Mientras la mente del policía volaba hacia el pasado no tan lejano Carmen consiguió girarse y escupirle en la cara. Sergio le contestó con un rotundo cabezazo que le rompió la nariz.

—Perfecto —dijo él, cegado por la adrenalina—. Pónmelo difícil, así me gusta más. No serías la primera.

La levantó en brazos y la llevó hacia la habitación, ella sangraba abundantemente y apenas podía ver, Hugo ahogó un chillido y se incorporó a trompicones para detenerle pero el policía le paró en seco con un puñetazo tan duro y certero que le mandó rebotado contra las sillas.

—Ahora verás —masculló Sergio.

El policía tumbó a la mujer sobre una de las camillas, le rompió la camiseta de un tirón y la dejó caer como un trapo roto.

—Preciosos...

Las manos de Sergio se hundieron en los pechos de Carmen sacándoselos del sujetador. Los golpetazos de las criaturas aumentaban de intensidad y sus brazos y sus cabezas empezaban a asomar entre las hojas de la puerta.

—Tendremos que darnos prisa antes de que estos amigos interrumpen nuestro romance.

Abrió la cremallera de su pantalón, cuando la mujer sintió el suyo deslizarse por su cadera empezó a sacudir las piernas.

—¡Quieta! —gritó Sergio propinándole otra bofetada. La sangre resbalaba por la cara de Carmen y empapaba la cama. El hombre tiró de ella y le dio la vuelta, la colocó boca abajo contra el colchón, la sujetó del pelo y la penetró brutalmente desde detrás— ¡Sí!

Ella luchaba por patalear, por alcanzarle con las manos, pero la fuerza de Sergio era mucho mayor y mantenía su cara empotrada contra la almohada. Le resultaba demasiado difícil respirar.

—¡Muévete, zorra! —le gritaba él— ¡No me lo pongas fácil!

Hugo alzó la cabeza del suelo y vio entre lágrimas lo que ese monstruo estaba haciendo a su tía. Intentó levantarse, pero apenas era capaz de despegar medio cuerpo del suelo. Las acometidas del policía eran tan potentes que desplazaba la cama a pesar de los seguros en las ruedas. Carmen quería zafarse, cada vez con más dolor pero al mismo tiempo con menos fuerzas. El hombre gritaba fuera de sí apretando su cadera contra la de ella, oprimiéndole la cabeza contra la almohada. Como una vela que se consume, Carmen dejó de moverse.

—¿Ya te rindes? —masculló Sergio entre dientes sin detenerse—. Está bien... Me gusta de todos modos. Sí, ¡me gusta!

Las lágrimas difuminaron la violación en los ojos de Hugo. Consiguió ponerse de pie y trastabilló hasta la puerta de la habitación, la rabia apretaba sus mandíbulas,

estaba dispuesto a entrar y jugársela con el policía cuando de pronto el cadáver de su tía volvió a moverse.

Carmen, lo que había sido ella, se dio la vuelta y esta vez la sorpresa derribó la superioridad física de Sergio. La mujer había perdido dientes, empotrados contra el colchón, sus ojos caían acuosos sobre párpados dados de sí y se le había desprendido parte del pelo atrapado entre los dedos del policía. Bajó de la cama a medio desvestir, con la torpeza de la resurrección añadida a los vaqueros por las pantorrillas, y lanzó los brazos contra el cuello de su asesino.

—¡Socorro! —gritó él, esquivándola aturullado de camino a la puerta. Escuchó el clic del metal antes de recuperar el control sobre sus piernas.

—No saldrás de ahí, hijo de puta —le anunció Hugo mordiendo las sílabas.

Un olor terrible invadió la habitación chorreando por los muslos del policía, su mirada desencajada buscó a través del rectángulo de cristal la del chico que sujetaba desde fuera el picaporte con todas sus fuerzas.

—¡Abre...!

No terminó la frase. La mujer revivida tiró de él y lo separó de la puerta. Los gritos llenaron la habitación mientras las vísceras arrancadas ensuciaban sus paredes.

38 — Tierra de muertos

Las puertas del ascensor se habían cerrado con un metálico clic, apagando los gritos de los niños en su interior. Marta lloraba de rodillas abrazada a Jaime, era incapaz de abrir los ojos, se negaba a volver a mirar y descubrir que sus hijos se habían marchado. El pasillo permanecía en silencio a excepción del chasquido ocasional de algún fluorescente mal ajustado, recordaba a la boca insondable del túnel de una atracción macabra.

—Ya está —murmuró Jaime media vida después, no sabía qué decir para hacerla sentir menos desgraciada. Cuando Marta se incorporó necesitó la pared para no caer otra vez al suelo.

—Mis...

—Lo sé.

En ese momento Jaime pensó en su hermano. Imaginó cómo iba a decirle lo sucedido, si alguna vez volvía a tener ocasión de decirle nada.

—¿Qué está pasando, Jaime? —gorgojeó ella. Le abrazó para sostenerse, él sintió su cuerpo caliente contra el suyo, sus formas a través de la ropa humedecida por el sudor. Su olor. Le sacudieron imágenes y sensaciones perdidas en el tiempo, en aquellas noches diluidas en la pena por la pérdida de Amelia, cuando esas formas y ese olor intentaron curarle. Amelia.

—No tengo ni idea —respondió—. Parece una pesadilla.

—Es una pesadilla.

Las manos de ella buscaron su cara, su pelo, sintió el roce de su boca abierta contra sus labios. Sergio. Amelia. La apartó. Ella era incapaz de dejar de llorar, estaba nerviosa, confundida, desolada.

—Debemos ponernos en marcha —dijo él, pasando página—. ¿Dónde estamos?

—No lo sé, hemos bajado demasiadas plantas.

—¿Ves alguna salida?

Escuchó un sorbido de mocos y el frotar de tela contra los ojos. Marta le cogió el brazo y le ayudó a dar media vuelta.

—Está oscuro. El pasillo es demasiado largo para ver el otro lado.

—¿No tiene luz?

—Poca.

—¿Puertas?

—Veo una. Es muy grande.

Se dirigieron hacia ella afianzando cada paso como si pudiera ser el último. La doble compuerta metálica estaba diseñada para dejar pasar grandes camillas y tenía una célula de color verde brillando sobre ella. De un panel rectangular a su lado brotaba un curioso zumbido eléctrico.

—Aquí es —dijo Marta. Entre la junta de las dos hojas escapaba una ligera brisa fresca.

—Ponme la mano sobre la puerta.

La mujer obedeció. Jaime palpó la lisa superficie de metal frío y la empujó.

Entraron y se activó una luz automática con el parpadeo característico de una cocina. Con el último clic brilló con rabiosa claridad una estancia rectangular en la que hacía un frío terrible. En tres de sus paredes y en un islote central se apilaban taquillas metálicas como nichos de cementerio, y ocupaban los espacios libres mesas de operaciones de aluminio desnudo. A través de las puertas abiertas asomaban camillas vacías como cajones de archivador, pero en el interior de las cerradas tronaban unos golpetazos aterradores.

—¿Qué es esto? —preguntó el invidente.

—¡La morgue!

Como si pudieran oírles, los golpes contra las puertas de metal se volvieron frenéticos. Marta tiró del brazo de su cuñado y regresó al pasillo mirando a ambos lados. Demasiado lejos del ascensor hacia su izquierda, todavía más metros de penumbra hacia una salida improbable en sentido contrario. La luz se apagó cuando abandonaron la habitación, pero de pronto las puertas de metal estallaron, la oscuridad se llenó de gemidos gangosos y los fluorescentes volvieron a parpadear hasta encenderse, ahora con la morgue llena de cadáveres regresados de la muerte.

Las criaturas olieron el aire, aguzaron el oído y se giraron hacia la puerta.

—¡Corre! —gritó Marta. Empujó al chico hacia la penumbra del corredor y se interpuso entre él y los resucitados. Decenas de bocas hambrientas se abalanzaron sobre ella.

En su oscuridad Jaime se dejó caer al suelo y gateó con la cabeza gacha alejándose de los ruidos que oía a su espalda. Le estremeció el chasquido de los músculos al romperse, el crujido de los huesos partidos y arrancados por esas bestias. El alarido de Marta se ahogó en un chapoteo y cuando terminaron con ella los pasos se dirigieron al chico que huía por el pasillo.

Jaime escuchó con horror cómo se acercaban. Se puso de pie y trató de acelerar el paso. Era mucho más rápido que las criaturas, tenía que serlo, sin embargo por más que hubiera entrenado mil veces no era lo mismo correr en un entorno desconocido en el que no tenía manera maldita de orientarse. Cayó una y otra vez al suelo, probó el sabor de la pared, se atrevió incluso a trotar sin separar la mano del muro, sentía su corazón desbocarse y sus piernas flaquear, los gruñidos ya no eran murmullos eran gritos en su nuca. El pánico le obstruía y de repente tropezó con algo que jamás iba a identificar y cayó rodando por el suelo. Las lágrimas brotaron a sus ojos. Pensó en su padre, pensó en Amelia. Amelia. Pensó en Sergio, dónde estás, se dio la vuelta, se cubrió la cabeza con las manos y en lugar de arañazos y dentelladas lo que recibió fue el silencio. Los muertos vivientes se habían detenido.

Jaime gateó de espaldas y se pegó a la pared. Los revividos estaban allí, le observaban, podía sentir sus movimientos. Sus jadeos resonaban entre los muros como un susurro anhelante y sus alientos nauseabundos acariciaban su nariz como

brisas infectas. Los tenía muy cerca, terriblemente cerca, oía sus babas pastosas caer sobre las baldosas. El invidente se puso de pie sin despegar las yemas de la pared y enfrentó la oscuridad que le envolvía, que le rodeaba infectada de cadáveres esperando el ataque. Sentía su cuerpo temblar, se preguntó si alguno de ellos sería el de Marta pero no tenía modo de saberlo.

El ciego estiró la mano y palpó el vacío con sus dedos. Dónde estáis, dónde. Por qué me miráis, fuera. Apartaos de mí. Por Dios, dejadme.

Se atrevió a recular tentando el muro con las manos, escuchar era aún peor que saber. Oyó un graznido y encogió el brazo, por un momento le pareció que... Se quedó quieto de nuevo y empezó a caer, a arrodillarse, a encogerse. Su llanto llenaba el pasillo con hipidos nerviosos y horrorizados. Escuchó un paso, después otro, pies fríos y rígidos que se arrastraban hacia él. Primero despacio, ahora deprisa. Uno, dos, las criaturas corrieron, gritaron, las escuchó abrir las fauces y entonces un viento fresco agitó su pelo al mismo tiempo que un estallido llenaba de olor a pólvora el pasillo.

—¡Chico, al suelo! —escuchó, y hubiera obedecido de cualquier modo.

Una segunda sacudida apartó a las criaturas y otras manos más delicadas le sacaron del pasillo. Volvió a respirar aire limpio por primera vez en muchas horas, le sentaron en el suelo y escuchó un portón de metal cerrarse. Un hombre y una mujer se dictaban órdenes para mantener esa puerta atrancada pero fue otra la voz la que con dulzura y un suave acento secó sus lágrimas.

—Tranquilo, chico, te encontramos a tiempo.

—¿Quién eres?

—Me llamo Jaira.

39 — Por encima de sus cadáveres

Las sillas amontonadas por Hugo y que pretendían bloquear la puerta salieron despedidas contra la pared y las criaturas irrumpieron en el pasillo. Segundos después la entrada contraria también fue derribada por media docena de muertos vivientes, que tras unos segundos de zozobra buscaron con sus pupilas aguadas la procedencia del olor que anhelaban. El chico apenas acertó a encerrarse en una habitación antes de que los resucitados alcanzaran su espalda. Se había quedado atrapado.

—Mierda... —murmuró, todavía se resentía del dolor de los puñetazos de Sergio.

En la habitación bramaba un pitido constante y estridente. Los golpetazos asaltaron el exterior de la puerta, un torrente de manotazos contra la madera que le hicieron estremecer. Hugo se apartó de ella de un modo instintivo y buscó con qué bloquearla, rodó la cama más cercana hasta colocarla contra ella pero no le pareció suficiente. Cuando fue a mover la segunda un enfermo amarrado con correas intentó levantarse y abrazarle. Sus dedos tentaron el aire mientras de su boca manaba un puré verde que empapaba las sábanas. El susto hizo que Hugo cayera hacia atrás. La enclenque puerta de madera empezaba a combarse. Tenía que salir de allí cuanto antes y buscó desesperado el modo de hacerlo.

—Cómo coño...

Gateó hasta la ventana manteniendo a raya con la mirada al tipo en la camilla y comprobó, como antes había hecho Sergio, que la sola idea de salir por allí era una locura. Buscó a su alrededor, intentó encontrar algo con lo que atacar a los revividos pensando en dejar que la puerta se abriera y salir a la carrera por ella. Esa solución le pareció aún más estúpida, por muchos empujones y puñetazos que pudiera repartir antes de acabar convertido en un bistec de carne humana. La plancha de madera estaba a punto de ceder, escuchó su crujido, y entonces miró hacia arriba.

—Joder —se dijo, examinando el falso techo de escayola—. No aguantaré mi peso ni de...

El entrenamiento le mantenía en buena forma, el ejercicio no le permitía engordar y tampoco podía quejarse de la utilidad de su musculatura. Sí, podía intentarlo, podía intentar alcanzar esas placas y subir al techo, seguramente lo conseguiría. Pero sobre la capacidad del entramado de escayola de soportar su peso y no dejarle caer en mitad de una congregación de monstruos hambrientos tenía muchísimas dudas.

—El problema está en auparme —analizó, escuchar su propia voz ocultaba los gruñidos y parecía infundirle ánimo. Subió a la cama y alcanzó el falso techo con la mano, desplazó uno de los paneles y palpó los soportes que lo sostenían—. Si me apoyo... se va a venir abajo.

Los golpes empezaban a destrozar el conglomerado en torno al picaporte, sacudían la camilla como en un concurso de habilidad, le costaba demasiado sostenerse de pie sobre ella. Hugo afianzó las manos e intentó auparse pero enseguida comprobó que las barras de metal eran demasiado débiles para soportar tantos kilos.

No iban a aguantar. Las criaturas estaban a punto de entrar, tenía que tomar una decisión urgente.

—La puerta...

Justo encima de donde esos seres aporreaban la madera, el dintel de la puerta sostenía parte de las láminas de escayola. Decidió intentarlo.

Le horrorizó acercarse a las alimañas, podía sentir sus alientos fangosos a través de la abertura, así que se dio prisa. Levantó sin esfuerzo la plancha más cercana al dintel y se impulsó con las manos sobre él para auparse hasta dejar medio cuerpo colgado del falso techo. Trepó rápidamente sintiendo cómo la puerta cedía bajo sus pies.

—Dios... —suspiró.

Las criaturas invadieron atropelladas la habitación sacudiendo las camas y los soportes del suero. Hugo se tumbó boca abajo sobre el falso techo y se estiró tan largo como pudo, igual que una pegatina que se adhiriera a la escayola. Podía sentir cada centímetro de material estremecerse bajo su peso. Sólo cuando se sintió seguro se atrevió a mover las manos, los soportes metálicos de la instalación parecían resistir y se animó a comenzar a arrastrarse lejos de allí sin perder el contacto con la superficie.

Acababa de descubrir todo un mundo oculto de cables y escayola, un erial de polvo y suciedad que no entendía de tabiques ni de puertas, sin embargo, sin poder ver lo que tenía debajo resultaba demasiado difícil orientarse. Siguió los gritos de las criaturas en sentido contrario, gateó hacia delante y después giró a la izquierda, aceleró, los gruñidos parecían alejarse, se arrastró por lo que creía un pasillo, cada vez más confiado y deprisa, y de repente las planchas cedieron dejándole caer de bruces contra el suelo a tres metros de altura. El golpe le aturdió y tardó un segundo en girarse, el tiempo justo para que un trío de criaturas corriera a por él. Se levantó tan veloz como pudo pero una le alcanzó la pantorrilla.

—¡Mi pierna!

El mordisco crujió al arrancar un pedazo de músculo como el de un crío masticando regaliz y Hugo rugió de dolor. Se sacudió al moribundo con una patada y le hizo caer contra sus compañeros, que no acertaron a esquivarle en la estrechez del pasillo. El chico se levantó sobre un solo pie y aún perdiendo mucha sangre cojeó hasta la puerta más cercana, se precipitó por unas escaleras iguales a las que un siglo antes había recorrido con Sergio y Carmen y trastabilló por los escalones hasta chocar contra el suelo de un rellano.

Se tomó unos segundos antes de levantarse, estaba herido pero sobre todo agotado. Le dolían los dedos de las manos, los brazos, y esa pierna herida que no conseguía apoyar sin ver las estrellas. Sangraba mucho y no era un experto en primeros auxilios, así que se obligó a improvisar. Encontró un clínex casi sin uso el bolsillo, se quitó un calcetín y lo sujetó con él contra la herida. Pensó que era una cerdada enorme y que no conseguiría mucho con ella, sus manos acabaron teñidas de

rojo, necesitaba conseguir una cura cuanto antes.

La puerta del rellano estaba a su lado, agarró el picaporte para ayudarse a ponerse de pie y la abrió despacio, oteando a su interior antes de hacerlo del todo. Descubrió un pasillo enmoquetado, muy luminoso, en el que gobernaba un silencio expectante. Al intentar caminar sintió un horrible pinchazo en la pierna herida pero cojeó hasta la pared y avanzó apoyado en ella para no tener que forzar el músculo. La primera puerta que vio estaba abierta y resultó ser un cuarto adaptado como improvisado comedor. Tenía un par de lavabos, agua corriente y una pequeña nevera vacía. Hugo bebió y se limpió la herida, cambió el clínex insano por unas servilletas de papel no mucho más higiénicas, y el calcetín por una patética venda de papel higiénico.

Continuó, dejó atrás una sala de reuniones y abrió una puerta cerrada que contenía objetos de ortopedia. Había muletas, andadores, férulas de plástico y una silla de ruedas. El chico sonrió por primera vez en muchas horas y cojeó hasta ella. Ahora tenía que encontrar la salida.

La moqueta no era de las más modernas pero tampoco estaba demasiado gastada. Tenía vivos colores rojos y naranjas en un diseño geométrico curioso, como una red de pentágonos unidos entre sí. A Hugo le recordó el esquema del sistema nervioso, con sus neuronas y axones, que la señorita Beiro, a quien solían llamar Tiburón por su gruesa ortodoncia, había explicado en clase. La planta estaba vacía, y mientras la recorría aprendiendo a manejar las ruedas de la silla pasaba delante de puertas cerradas y oficinas vacías. Parecía un laberinto que no llegara a ninguna salida. En las esquinas había grandes macetas con plantas de plástico, y algunas papeleras de metal con bolsas azules asomando por bocas abiertas, las luces brillaban como recién puestas y un hilo musical de un pésimo gusto reproducía melodías más propias de un cóctel que de un hospital.

La silla deslizaba con dificultad sobre la alfombra, y a pesar de que Hugo había conseguido adquirir cierta maña tras los torpes primeros intentos, sus brazos empezaban a cansarse. Secciones gemelas del corredor y vestíbulos vacíos se sucedían haciéndole girar hacia un lado y otro, parecían no tener ningún sentido, al cabo del rato llegó un pasillo corto que desembocaba en un ascensor. El corazón se le detuvo como oprimido por un puño.

Frente a él había dos figuras que le observaban. Dos niños pequeños, mellizos, tan inmóviles como estatuas de cera frente a la puerta del ascensor. El terror le hizo estremecer. Eran los hijos de Sergio, destrozados, su ropa manchada de sangre y su piel lacerada por terribles mordiscos mostraban el cambio que se había producido en ellos. Un pastoso líquido oscuro empapaba sus barbillas y enfangaba sus dientes cuando sonrieron. De repente sonó la campanilla del ascensor y sus puertas empezaron a abrirse vomitando un río de sangre sucia que recorrió el pasillo y caló la moqueta. La forma deshecha de una criatura partida en dos palpitaba en el suelo de la cabina, la mancha granate llegó hasta las ruedas de Hugo justo cuando los niños empezaban a correr hacia él.

El chico retrocedió la silla atolondrado, a duras penas consiguió darle la vuelta, no era una maniobra sencilla en absoluto, y accionar las ruedas hacia delante lo suficientemente rápido para enfilarse el pasillo antes de ser alcanzado.

Cada recodo era un desafío y cada tramo en línea recta un tormento para sus brazos. Los críos le ganaban terreno, la moqueta resultaba un obstáculo terrible que le hacía ir cada vez más lento. Se coló por un pasillo tras una puerta doble, se detuvo para cerrarla con el pestillo por dentro pero el empuje de los mellizos le hizo tropezar y caer de la silla. Se arrastró, se apartó de ellos apenas, los críos pugnaban por ver quién se quedaba con sus piernas mirándole con ojos hambrientos inyectados en sangre. Hugo veía el final del corredor tan lejano como si no fuera a llegar nunca, estaba en un ala ocupada por muebles de suministros y material de limpieza y empezó a lanzar a los niños todo cuanto podía alcanzar con sus manos. Se sintió desfallecer de agotamiento y miedo. Nada los detenía.

Encontró la abertura casi disimulada en mitad del corredor y no le cupo ninguna duda, se aupó a una repisa y sin pensarlo dos veces se precipitó por el conducto de vertido de toallas y sábanas sucias. Escuchaba los gruñidos de los mellizos mientras caía.

40 — Caminarán sobre la tierra

La puerta de urgencias batió contra los topes de plástico adheridos al suelo, empujada por la manaza impaciente de Edgar. El policía dirigió la mirada al mostrador de recepción, vacío y desbaratado como si un animal salvaje la hubiera emprendido a golpes con él.

—¿Aquí también? —preguntó Flavio, entrando detrás de su compañero con Rebeca Ruano apoyada sobre su hombro.

—Me temo que sí —le contestó Edgar—. Te buscaré una camilla.

—Una camilla... ¿Y si no hay médicos qué hacemos con ella?

Flavio sentó a la chica en una de las butacas y se acuclilló a su lado para examinar la herida. La reportera había perdido mucha sangre, el borde de su minifalda se había adherido a la carne viva y se quejó cuando el policía intentó separarlo.

—La curaremos nosotros.

Flavio miró a su colega desde abajo.

—Claro, doctor. Opere.

Edgar protestó.

—No jodas, espagueti. Levántala y vamos a buscar un cuarto de curas.

El detective señaló a su alrededor, media docena de pasillos desembocaban en aquella sala de espera.

—Esto puede estar lleno de cadáveres, valiente.

Su compañero le miró enfadado.

—Y tú vas a tener uno encima de ti enseguida como esta monada siga desangrándose. Levántala.

Los agentes se pusieron en marcha, Flavio sostenía a Rebeca y Edgar su pistola reglamentaria. La sala de espera zumbaba con el chirrido metálico de los fluorescentes, amplificado por ese silencio incómodo y antinatural que llena los espacios grandes cuando están vacíos. Sus pasos rebotaban en las paredes desperdigándose por esos pasillos que les miraban como gargantas oscuras. Tras dejar atrás dos puertas dobles Edgar los detuvo.

—Gruñidos —dijo.

Retrocedieron sin dejar de mirar la oscuridad al frente. Las puertas abiertas de las consultas se asomaban al corredor dejando caer sus rectángulos de luz sobre las baldosas, pero todo lo demás era penumbra. Procedentes del extremo opuesto escuchaban los siseos de pies arrastrados por el suelo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Flavio. Habían regresado a la sala principal. Edgar le señaló el pasillo contiguo.

—Por aquí.

Antes de abandonar la luz se detuvieron a escuchar. Nada. Edgar cerró la puerta con pestillo y buscó el interruptor en la pared, y tras una sucesión de chasquidos el nuevo corredor se iluminó con una potente claridad. Encontraron varias puertas

cerradas, todas marcadas sobre el dintel con el símbolo de la especialidad médica que albergaban, y al fondo otro portón doble que debía dar a la siguiente sección del pasillo. Unas marcas de sangre brillante en el suelo serpenteaban hacia la sala más próxima a él.

—No pienso acercarme allí —murmuró Flavio.

—Mira.

Junto a la salida había un armario pequeño con puertas de cristal y una selección muy básica de suministros médicos. Edgar se dirigió a él y buscó gasas, antiséptico y esparadrapo. No era un botiquín demasiado completo, sin duda el mínimo para cubrir alguna necesidad, y supusieron que la sala de curas principal debía estar en otro pasillo. También cogió aguja e hilo de sutura. Echó un vistazo la herida de Rebeca y después miró a su compañero.

—¿Quién?

—Tío, yo no he cosido a nadie nunca.

—Pero tienes dos hijas, algo más que yo sabrás.

Flavio torció el gesto.

—¿Qué coño tiene que ver? ¿Y qué voy a coser con una sola mano?

—No jodas, la mano puedes moverla.

La periodista se estremeció de dolor, estaba muy débil y sin darse cuenta abrazó el cuello de Flavio para sujetarse.

—¿Ves? —aprovechó Edgar— Te ha cogido cariño. Coses tú.

La llevaron a una habitación que mostraba sobre la puerta el letrero SALA 2 y que contenía equipo de radiología, la tumbaron sobre la camilla y encendieron la luz de la lámpara para iluminar la herida. Flavio intentó separar la minifalda de la mordedura pero ella volvió a gemir.

—Tío, le voy a hacer daño.

Edgar miró a su alrededor.

—Toma esto.

Le entregó una botella empezada de agua mineral que había sobre la mesa de control de imagen, él vertió un poco sobre la herida mientras Edgar inmovilizaba con una mano los brazos de Rebeca y con la otra su cabeza.

—Amigo, será mejor que no se te muera o no me libraré ni Dios de la dentellada.

Flavio le miró destapando el bote de agua oxigenada.

—Sujétala.

Con la tela húmeda fue más sencillo liberar la herida, aunque no menos doloroso, y cuando el policía aplicó el desinfectante sobre la carne viva Edgar necesitó toda su fuerza para que la mujer no se le escapara. Flavio se apuró en secarla con una gasa y le pidió por favor que intentara no moverse. La periodista había espabilado a fuerza de sobresaltos, sentía el palpitar de su músculo mutilado con un dolor insoportable.

—Te voy a coser —le dijo él.

—¿Sabes hacerlo? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Claro que sabe —intervino Edgar a su espalda—. ¿Verdad, chaval? Venga, hazlo.

El policía enhebró la aguja, no podía mover el codo pero los dedos de la mano todavía conservaban su pulso, después la acercó a la mordedura y buscó una tira de piel donde clavarla. Era imposible, clavó donde pudo y Rebeca casi le atizó una patada.

—¡Qué haces, hombre! —exclamó Edgar intentando volver a sujetarla.

—¡Qué quieres! En mi puta vida he cosido nada. ¡No sé cómo hacerlo!

—Yo sí sé —dijo una voz desde el otro lado del pasillo—. Pero tendrán que ayudarme a salir de aquí.

Los dos policías se miraron. Dejaron a Rebeca sobre la camilla sosteniéndose una gasa contra la herida y se acercaron a la habitación de donde llegaba la voz. La SALA 3 de rayos estaba a oscuras y con todo el equipo técnico apilado contra la puerta. Al fondo, junto a la esquina inferior, dos cuerpos se acurrucaban uno contra otro. El que estaba debajo era un hombre mayor vestido con un mono verde y amarillo manchado de sangre, les miraba con preocupación y miedo. Sobre él tenía el cadáver de una mujer más joven a la que debía sujetar para que no le mordiera la cara.

—Ayúdenme y coseré a quien ustedes me digan.

Los detectives se apartaron de la puerta.

—Dios mío —murmuró Edgar. ¿Qué hacemos?

Flavio fue el primero en intentar girar el picaporte, atascado desde dentro, pero la puerta no se abrió. Mostraba unas marcas terribles como si hubiera sido golpeada por manos manchadas de sangre. Edgar apuntó al cerrojo con la pistola.

—¿Estás loco? ¿Quieres que vengan cien más? —le susurró su compañero.

—¿Entonces?

El policía levantó las manos y guardó el arma. Flavio se alejó un segundo y regresó con una radiografía extraída de la sala de control.

—Es una consulta, no la Casa Blanca —dijo.

Dobló una de las esquinas de la radiografía y la introdujo por el quicio de la puerta. En unos instantes sonó el clic característico.

—¿A qué te dedicabas los veranos en Italia? —le preguntó Edgar.

—¿Por qué crees que me hice policía?

Ahora la puerta estaba abierta pero no iba a ser fácil moverla con la camilla y todos los aparatos bloqueándola. Cuando empezaron a empujar y agrandaron la abertura escucharon los gruñidos en su interior y el esfuerzo de Eugene por sujetar más fuerte.

—¿Cómo está, amigo? —preguntó Flavio.

—Confuso —respondió el brasileño—. Agradecería que se dieran prisa.

—Lo intentamos.

Con los siguientes empujones la barricada cedió unos centímetros más y la pareja de detectives pudo colarse en la habitación. Flavio se acercó al jardinero mientras

Edgar retiraba del todo los muebles de la puerta.

—¿Son policías? —preguntó Eugene al ver las armas. Flavio asintió, incapaz de hablar. La mujer le miraba con sus ojos vidriosos y un ansia voraz por levantarse y saltar sobre su cuello. Los brazos de Eugene temblaban por la tensión y el esfuerzo de sujetarla.

—Nos presentaremos luego —intervino Edgar—. Díganos, ¿qué hacemos?

Eugene bajó la mirada hacia Cecilia.

—La verdad es que no he tenido ocasión de pensar en ello. Murió hace unos minutos y al poco se despertó así. Me he concentrado en que no me mordiera y, lo siento, no se me ocurre cómo levantarme.

Los policías observaron la escena.

—Sabe que tendremos que...

Eugene asintió con un nudo en la garganta.

—Lo sé.

—Verá, intentaremos cogerla por los brazos. ¿Podrá sujetarle la cabeza?

—Preferiría que se la sujetaran ustedes —replicó el jardinero con media sonrisa temblorosa—, pero está bien, lo veo.

Los detectives acercaron sus manos a las de Cecilia y las agarraron con fuerza.

—Lo haremos a la de tres —dijo Flavio. Eugene por fin liberó sus brazos y apretó entre sus manos las sienes de Cecilia—. Una, dos...

Edgar y su compañero tiraron a la vez y pusieron de pie a la mujer revivida mientras Eugene sostenía su cabeza desde detrás. Durante unos segundos Cecilia quedó atrapada entre ellos pero al instante se revolvió con un rugido y trató de alcanzar con sus dientes las manos que la retenían. El jardinero no tenía ya fuerzas suficientes para mantenerla quieta, se le escapó, y su voracidad fue tan incontenible que los policías acabaron lanzándola contra la puerta. Apenas recibió el golpe se revolvió y se encaró con ellos. Estaban atrapados.

—¡Caray con su amiguita! —exclamó Edgar, una dentellada había rozado su dedo y por poco lo pierde. Sacó su pistola un segundo después que Flavio.

—¡Si disparan atraerán a los demás! —advirtió Eugene. La criatura rugía como si decidiera a cuál atacar primero. Edgar miró al brasileño, no había sentido tanto miedo en su vida.

—¿Y qué quiere, que la escupamos?

El cadáver de Cecilia saltó sobre él y cerró sus manos en torno a su cráneo, sólo la fuerza del policía sujetándola por los hombros impedía que esos dientes a medio desprender se incrustaran en sus mejillas. Flavio corrió hacia la camilla, regresó con una de las almohadas y colocándola entre la sien de la mujer y el cañón de su arma le reventó los sesos contra la pared.

El cuerpo de Cecilia cayó como un saco de huesos sobre el suelo.

—Espero que no se oyera demasiado —sentenció el italiano ayudando a su compañero a recuperar el aliento. Dejó el cojín caer sobre la camilla y se llevó la

mano derecha al yeso en el otro brazo—. Me he destrozado el codo por intentar levantarlo.

—Lo has hecho bien, chaval —suspiró Edgar exhausto—. Lo has hecho de lujo.

Llevaron a Eugene a la sala donde esperaba Rebeca y le ofrecieron el instrumental de sutura. El brasileño calmó a la mujer con una sonrisa, ella le vio fatigado y triste, pero algo en su mirada ayudó a tranquilizarla.

—Me llamo Eugene DaSilva —le dijo mientras acariciaba su frente y la ayudaba a tumbarse—. Vine hace muchos años desde Brasil. ¿Conoce usted Río?

Ella asintió y él sonrió de nuevo.

—Nunca estuve —murmuró Rebeca.

—En realidad yo no soy de Río, pero es un lugar precioso.

Las manos del brasileño se deslizaban expertas sobre la piel de la chica, una técnica que no había olvidado, que nunca podría olvidar por más que lo intentara. Miles de heridas como esa, si no peores, había tenido que coser en condiciones terribles en los cráneos y estómagos de sus compañeros.

—¿A qué te dedicas, Eugene? —preguntó Flavio.

—Soy jardinero, para el Ayuntamiento.

—Un jardinero que sutura como un médico —añadió Edgar—. ¿Qué hacías antes de cuidar plantas, amigo?

El hombre sonrió. Al hacerlo su piel quemada dibujo profundos surcos en torno a sus ojos que hicieron sonreír también a Rebeca.

—Era militar. Fuerzas Aéreas de Brasil. Me hirieron y tuve que abandonar. Acabé rebotado en esta preciosa isla.

—Vaya —comentó Flavio—. ¿Dónde te hirieron?

El jardinero se golpeó apenas con los nudillos en el muslo izquierdo como si llamara a una puerta. Sonó seco y duro.

—En la pierna —respondió—. Como a esta linda *senhorita*.

—Eso lo sé, te vi cojear. No me refería al lugar de tu cuerpo sino dónde, en qué conflicto luchaste.

—Oh, luché en muchos, como piloto, ya sabe. Pero me hirieron en Afganistán.

—Afganistán —repitió Edgar.

Eugene asintió.

—Esta pierna ya está cosida —sonrió—. Todavía no podrá bailar, pero sí caminar.

—Todo lo que necesito es andar para volver a casa —contestó Rebeca incorporándose—. Gracias. A los tres.

—La parte de caminar no será la más difícil —añadió Flavio—. Sino la de encontrar una salida que no esté tomada por esas cosas.

Edgar alzó las cejas.

—Sí, lo de volver a casa ha sonado muy bien como idea, pero...

—¿Qué creen que está sucediendo? —inquirió ella.

Flavio negó con la cabeza.

—No tenemos ni idea. Por mi parte sólo sé que lo que está muerto resucita.
—Caminarán sobre la tierra —murmuró Eugene.
—¿Qué? —le preguntó Edgar. Los demás también le miraron.
—Cuando los muertos no quepan en el infierno...
El jardinero les miró a los ojos. Se persignó.

41 — La reunión

El profesor guiaba el grupo con el rifle recién cargado entre los brazos, Zoe Cabrera iba detrás de él, tan deprisa como le permitían su pantalón ceñido y sus botas con más tacón del que ahora querría, y les seguían Jaira y Jaime, ella intentando tranquilizar al chico que tiritaba en sus brazos. Ventura salió del callejón que desembocaba en la morgue y empezó a subir rodeando el edificio hacia la entrada principal. Había una furgoneta blanca aparcada delante del acceso a urgencias. El historiador se asomó con el arma preparada y regresó justo al instante con una expresión de terror en la cara.

—¿Están ahí? —le preguntó Zoe.

—Muchos.

La doctora inclinó medio cuerpo y buscó con la mirada la puerta. Una comitiva de muertos vivientes deambulaba bajo la pérgola de entrada con los ojos perdidos en un cielo oscurecido que no dejaba de derramar su lluvia pútrida sobre la ciudad. Cuando volvió junto a José, Jaira llegaba con Jaime a su lado.

—¿Qué hacemos? —preguntó la chica.

—Por aquí no se puede pasar —negó Zoe menando la cabeza con vehemencia.

—Lo que hay ahí dentro es un infierno —añadió Jaime—. No debéis entrar por nada del mundo.

Las mujeres esperaron la reacción de Ventura.

—Necesitamos pedir ayuda, chico. Afuera las cosas no están mucho mejor.

Los revividos dominaban la carretera y casi rodeaban el hospital. La rotonda que conectaba con los barrios de Escaleritas y La Minilla empezaba a llenarse de cadáveres andantes y la bajada a Guanarteme era ya territorio de ultratumba gracias a la invasión de reanimados procedentes de la playa.

—Dentro no la encontrará, señor.

—Llámame José —le contestó el profesor, bajando la mirada hacia el rifle—. Me temo que lo de señor me queda grande.

Las mujeres callaron, un instante incómodo en el que sus ojos buscaron el suelo.

—¿Qué sucede? —preguntó Jaime—. ¿Ustedes saben lo que está pasando?

Los ojos del chico buscaban algo invisible en el aire. Ventura miró a Zoe Cabrera.

—Vamos, hijo, será mejor que busquemos un lugar donde escondernos hasta que encontremos una solución.

—¿Una solución? ¿Cómo?

Empezaron a descender alejándose de la puerta principal hacia la zona de garajes y entradas de suministros en la parte trasera del hospital. Tres ambulancias aparcadas soportaban la lluvia que se deslizaba vercosa sobre sus carrocerías blancas.

—Hacia dónde —preguntó Zoe.

—No tenemos dónde ir —intervino Jaime—. ¿No me entienden?

El profesor se detuvo y puso su mano sobre el hombro del chico. Buscaba palabras de aliento que no le sonasen a vacías pero tampoco quería darle esperanzas

de segunda mano. Iba a empezar a hablar cuando la voz de otro joven les llamó desde algún lugar entre los soportales.

—¡Por aquí! —les dijo, a medio camino entre el grito y el susurro, como si no se decidiera a calibrar cuánto riesgo estaba asumiendo al salir de su escondite. Cojeaba, tenía un pedazo de sábana amarrado debajo de la rodilla que ya empezaba a empaparse de sangre—. Entren conmigo.

El invidente se giró hacia él.

—¿Hugo?

—¿Jaime? ¡Conseguiste salir! Venid, venid, aquí estaremos a salvo.

Le siguieron hacia uno de los garajes y tras rodear una ambulancia subieron unas escuetas escaleras de metal. A través de una puerta de seguridad que Hugo había abierto desde dentro accedieron a una amplia sala en la que olía a suavizante y a productos de limpieza. En los estantes se ordenaban cientos de sábanas y toallas recién lavadas y en un enorme cajón colocado debajo de una abertura en la pared se amontonaban sin ningún cuidado las que todavía estaban sucias según iban cayendo.

—Me deslicé por ahí —explicó Hugo señalando el orificio—, y caí sobre la montaña de ropa para lavar. No os lo recomiendo.

—¿Cómo está la cosa dentro? —le preguntó Ventura. Cerró la puerta tras ellos y se sentó en el suelo junto a las mujeres y Jaime. Jaira aplicaba sobre la frente y los ojos del chico una toalla plegada que había humedecido con uno de los grifos junto a las enormes lavadoras.

—Fea —respondió Hugo, llevándose la mano a la pierna. La improvisada venda iba necesitando un relevo—. Hay cosas de esas por todas partes.

—¿Te han mordido? —le señaló Zoe.

—No es nada —contestó él—. Un estúpido rasguño, duele y no deja de sangrar, pero viviré.

—Eso espero —replicó ella, y sólo Ventura percibió la intención en sus palabras. Hugo asintió.

—Lo que yo espero es salir de aquí para contarlo.

—¿Dónde está tu tía? —preguntó de improviso Jaime— ¿Y mi hermano?

Hugo se estremeció, pensó en cuánto querría saber el muchacho exactamente.

—No lo consiguieron —dijo—. Yo me escabullí por el falso techo cuando las criaturas nos atraparon en un rincón del pasillo.

—¿Les dejaste morir? —añadió Jaira. Hugo la miró con ira. Tuvo que morderse la lengua para no decir la verdad y hacer daño a Jaime. El atleta se había reclinado contra la pared atragantado en dolor. No quería creerlo, Sergio, Marta, los niños, todos caídos en esa locura.

—No pude hacer nada por ellos.

José Ventura intervino. Se colocó las gafas y se acercó a la puerta del lado contrario.

—Bueno, ya está bien. No solucionaremos nada peleando.

—Yo que tú no abriría esa puerta —le dijo Hugo—. Conecta con la planta baja.

El profesor le escuchó pero ya había empezado el movimiento. Un alargado pasillo de paredes grises iba a parar a una puerta azul, triste plancha de metal que desde la distancia parecía temblar. El ruido al otro lado crecía, les llegaban gritos, golpes, y de repente un disparo. La puerta se abrió con una sacudida y una mujer con el muslo teñido de sangre echó a correr cojeando hacia ellos. A su espalda dos hombres abrían fuego contra una multitud de cadáveres andantes mientras otro se afanaba en que la puerta volviera a cerrarse.

—¡Socorro! —chilló la mujer—. ¡Ábrame!

Ventura obedeció y sus compañeros se pusieron de pie horrorizados. Los disparos se repetían como estallidos de eco entre las paredes, ensordeciendo el pasillo y llenándolo de olor a pólvora. La chica se precipitó al interior de la lavandería y rodó por el suelo entre las sábanas sucias. Casi al mismo tiempo los hombres lograron cerrar la compuerta metálica y afianzaron su pasador sin demasiada esperanza de pudiera resistir el empuje de las criaturas. El profesor vio que uno de los tipos armados llevaba un brazo en cabestrillo y que otro era casi un anciano y había quedado exhausto. El tercero, alto y robusto, debía soportar el peso de la puerta por sí sólo. Entonces Ventura llamó a Hugo.

—Ayúdame con esto —le dijo. Entregó al chico una caja con productos de limpieza altamente inflamables y él cogió otra, corrió adonde estaban los recién llegados y les pidió que se apartaran.

—Está usted loco —exclamó el más fuerte. Otro detuvo su mano.

—Quizá funcione.

El profesor observó al hombre del brazo escayolado que le apremiaba con la mirada, indicó a Hugo lo que tenía que hacer y empezaron a verter los líquidos corrosivos por debajo de la puerta. El olor se extendió por el pasillo, los golpes sobre el metal resultaban impresionantes pero Ventura no se detuvo hasta que estuvo seguro de haber encharcado, si no todo el pasillo, al menos todo cuanto fuera posible a los pies de las criaturas. Entonces se incorporó con un aerosol en la mano y una mirada de decisión impropia del viejo ratón de biblioteca que solía ser.

—Un encendedor —dijo.

Edgar le tendió el suyo.

—Yo le abriré la puerta.

A la señal el policía tiró del pasador y las criaturas recibieron de primera mano un fognazo de fuego con olor a insecticida. Sus caras retorcidas empezaron a arder.

—¡Cierre!

El grito del profesor quedó sepultado primero por el portazo de Edgar y segundo por la explosión que se llevó consigo todo lo que todavía se moviera.

TERCERA PARTE

42 — La historiadora

—Lo que has hecho me ha parecido impresionante —murmuró Zoe.

—Algo de mi hermano debió haberseme pegado. Pero no me pidas que vuelva a hacerlo.

Estaban sentados en el suelo del almacén de suministros, el calor del otro lado del pasillo aliviaba en cierto punto el fresco del atardecer ensuciado por la llovizna infecta que de algún modo parecía empezar a ceder. Flavio y Edgar se habían asomado al área de los aparcamientos para comprobar que los revividos no habían dado aún con su escondite, y se preguntaron cuántos minutos más duraría esa suerte. En el interior Jaira sostenía la mano de Jaime, que había escuchado con atención el relato de Hugo y después se había sumido en el silencio. Eugene terminaba de cambiar el vendaje de Rebeca mientras Ventura y Zoe parecían discutir en un rincón, ajenos al resto.

—Cómo va esa pierna —preguntó Flavio a la periodista sentándose a su lado. Ella sonrió. A pesar de su gesto de cansancio al policía le pareció especialmente hermosa.

—Va —contestó ella. Con alguna de las sábanas y la ayuda de los grifos habían limpiado la herida y mejorado su vendaje. No tenía muy buen aspecto pero mucho mejor que cuando la encontraron—. Duele menos. Gracias.

—No hay de qué.

Había sido un pensamiento fugaz, el detective se maldijo por fijarse en semejante trivialidad mientras vivían una situación como esa. Ella le miró y la sensación regresó de nuevo.

—¿Y usted?

Flavio carraspeó.

—Uy, usted —rieron apenas—. No sé si alguna vez alguien me ha llamado de usted. Este mastuerzo desde luego no —señaló a Edgar, él sólo le miró de reajo mientras oteaba el aparcamiento a través de un ventanuco rectangular sobre las lavadoras.

—Bien, ¿cómo estás? —corrigió ella.

—Contento —respondió él.

—¿Contento?

—Sí, mucho. Contento por haber metido a mis hijas en un avión esta mañana.

Sentado sobre un grupo de sábanas limpias y cubierto por una manta que olía a lavanda, Jaime intentaba reordenar su vida con la cara enterrada entre los brazos. Una vida que había cambiado entre dos puestas de sol de un modo arrebatador.

—¿Te sientes bien? —le preguntó Jaira. Él sonrió con amargura.

—Es evidente que no.

La joven pasó un brazo por los hombros del muchacho, un gesto espontáneo del que no fue consciente hasta que sintió el peso del chico arropándose contra su

hombro. Se encontró sin más acariciándole el pelo.

—Me duelen los ojos.

Jaira arqueó las cejas, no había pensado siquiera en que eso fuera posible.

—Debes estar agotado.

—Y triste.

Ella besó la frente del chico.

—Hace poco perdí al único hombre del que estuve enamorada —se le escapó una mirada hacia Zoe—. Le mataron. Me sentí vacía y desnuda, como si toda mi vida hasta ese momento hubiera sido una mentira. Me vi perdida intentando aprender a vivir desde cero.

Jaime se incorporó apenas, apoyó su cabeza contra la pared y apretó la mano de Jaira entre las suyas.

—Yo estuve a punto de casarme —dijo—. Qué joven, ¿verdad? —sonrió— Pero la quería. Y ella a mí, nunca tuve dudas.

—¿Qué pasó?

—Un día no volvió a casa. Hasta que mi familia no vino a consolarme no supe que sobre la mesa del salón había una nota de despedida.

—Oh, vaya.

—Fue la primera vez que morí. Hoy ha sido la segunda —besó las manos morenas—. Tú me salvaste de la tercera, la última.

Jaira, conteniendo las lágrimas, sonrió.

—Aún te quedan muchas vidas, chaval.

Él la acompañó en el gesto, la risa amarga del chico sonó cristalina.

Edgar se había acercado al centro de la habitación y llamó la atención del grupo.

—Atiéndanme —les pidió—. Me gustaría saber quiénes son, con quiénes contamos para salir de aquí.

Nadie contestó, en un principio, todos se miraron.

—¿Se refiere a que nos presentemos? —preguntó Eugene con una sonrisa— ¿Podemos considerarle al mando?

El policía le dedicó una mirada que hubiera podido matarle si el jardinero no hubiera tenido espaldas suficientes para soportarla. Flavio seguía sentado junto a Rebeca y mientras echaba un vistazo al nuevo vendaje de la reportera intervino.

—No nos pongamos más tensos de lo que estamos. Aquí mi amigo se refiere a que si vamos a trabajar juntos estaría bien saber quiénes somos.

—No sabía que fuésemos a trabajar juntos —replicó el brasileño. Edgar se acercó a él.

—¿No piensa salir de aquí?

—No por ahora. Y apuesto a que parte de estos buenos amigos tampoco.

La tensión podía cortarse en el aire. Lo cierto era que los gruñidos en el exterior habían conseguido que muchos pensarán como el jardinero.

—Yo me llamo Jaime —dijo el chico de repente, apartando con cuidado las gasas

húmedas que Jaira le había aplicado en la frente—. Soy atleta, al menos lo era. He perdido a toda mi familia en este hospital en menos de doce horas y sí, quiero salir de aquí, aunque no mientras esas cosas esperen fuera.

—Yo opino como él —añadió Hugo—. Ya he pasado demasiado ahí dentro como para volver a enfrentarme a ellos.

—¿Tu nombre? —le preguntó Edgar.

—Me llamo Hugo, estudio en el instituto. Iba para futbolista pero me temo que este mordisco ha destrozado mi pierna.

—Tampoco creo que te quede nadie con quien jugar, hijo.

—Yo soy Rebeca Ruano —dijo la mujer con voz cansada—, periodista. Algunos me conocerán, supongo... espero —sonrió—. Ya no llegaré a dar las noticias de la noche.

—Mi nombre es Flavio Correa —continuó el hombre a su lado—, y él es mi compañero Edgar. Somos policías.

—Eso lo imaginaba —interrumpió el jardinero con su perpetua sonrisa, ahora teñida de sarcasmo—. Me hubiera asustado de lo contrario.

—Eugene, el jardinero soldado —añadió Edgar.

—Sí, señor. Brasileiro, pero no de Río.

—Cierto —el detective se giró hacia la pareja del fondo—. Faltan ustedes.

Ventura y Zoe habían permanecido ajenos a la charla, cada uno absorto en sus propios pensamientos, trazando el rastro de lo sucedido esa noche, de los pasos que habían ido dando hasta desembocar ahí.

—Yo soy José Ventura. Profesor de historia.

—Zoe Cabrera. Lo mismo.

—Parece que tienen mucho que contarse ahí atrás, sin embargo no quieren hablar con nosotros.

—¿Por qué habríamos de hacerlo?

—No pretendo molestarla, señora, pero creo que si colaboramos entre todos podremos dar con la forma de salvar el pellejo.

—No lo harán.

La chica sentada entre Jaime y Hugo había hablado con tono fúnebre. Sus ojos verdes esquivaron los del policía.

—¿Y tú quién eres?

—Yo no soy nadie.

Edgar miró a Flavio y este encogió los hombros.

—Da la impresión de que nuestros nuevos amigos saben más que nosotros, aunque no lo quieran compartir.

—De nada sirve compartir lo que podemos saber, no nos creerían.

El grupo guardó silencio en el almacén asediado por los monstruos. José y Zoe podían sentir las miradas de los demás taladrándoles. Jaime volvió a levantar la voz.

—Si hay una explicación para todo esto me gustaría saber por qué ha fallecido mi

hermano.

Rebeca también tomó la palabra.

—He visto gente muerta resucitar en la playa de Las Canteras y comerse al resto. Dudo mucho que puedan explicarme por qué, pero también necesito escucharles.

—Mis primos han asesinado a su madre —intervino Hugo—. Mi tía...

El profesor se puso de pie y paseó con las manos en la cabeza hasta la pared contraria, desde allí se giró hacia Zoe.

—Si alguien tiene algo que explicarles es la doctora Cabrera. Ella buscó, encontró y pagó con sangre la caja que nos ha traído hasta esto.

Las pupilas de la historiadora ardieron con cólera. Los demás fijaron sus ojos en ella.

—¿A qué caja se refiere? —preguntó Edgar.

La mujer resopló.

—Encontramos unas reliquias... —dijo—. Sacamos un cofre de un barco hundido. Al abrirlo esta mañana...

—Díselo, Zoe, cuéntales cómo despertaste a los muertos.

Las miradas cambiaron de rumbo y se posaron en Ventura. El profesor se frotaba nervioso las manos embutidas en la gabardina, sucia y gastada como si tuviera la edad de las propias reliquias.

—¿De qué carajo habla? —exclamó el otro policía— Cajas que resucitan muertos.

—Magia negra —murmuró el brasileño. El profesor le buscó con la mirada—. ¿Las reliquias estaban intactas?

Ventura negó con la cabeza.

—Qué va, estaban pringosas, bañadas en... cómo saberlo.

—La bruma... —añadió Zoe como si hablara sola. Un escalofrío la recorría y se abrazó los hombros.

El jardinero dio un respingo.

—¿Había plumas, sangre, líquidos olorosos?

Jaira se llevó las manos a la cara.

—Al abrir la puta caja toda esta nube asquerosa escapó y llenó el cielo de mierda.

—¡Brujería! —chilló Eugene y se puso de pie.

Los policías trataron de calmarle.

—¿De dónde sacaron la caja? —preguntó Flavio.

—Ya le he dicho que de un barco —replicó la doctora.

—Sí, han dicho un barco hundido —añadió Jaime—. Resulta una historia increíble.

Eugene detuvo sus gestos y se acercó al centro de la estancia. Se enfrentó al profesor.

—Ese barco, de dónde venía.

José Ventura bajó la cabeza. Había asimilado las palabras del brasileño como

piezas de un puzzle que fueran encajando hasta bosquejar un esbozo de imagen, el principio de una explicación.

—Creemos que de República Dominicana.

El jardinero se tapó la boca abierta con las manos, cerró los ojos y dejó escapar el aire.

—Lo que ustedes han encontrado es el objeto de un rito vudú. Un ritual destinado a traer de regreso a alguien fallecido. Ustedes sabrán a quién y por qué, supongo, a mí sólo me importa cómo revertirlo.

—Es imposible que el poder de tal rito permanezca hasta hoy día —sentenció Zoe.

—Yo no soy experto en vudú, señora —dijo Edgar indignado—. Pero asómese ahí fuera si quiere comprobar esa tesis.

Flavio levantó la mano sana para que el brasileño le diera la palabra.

—¿Ha dicho que el rito se puede revertir?

—Cómo saberlo. Sólo quienes lo pusieran en marcha sabrían cómo pararlo.

—Nos movemos en un terreno muy difícil —dijo Ventura—. Sólo tenemos pinceladas y suposiciones de lo que pudo suceder hace quinientos años. Retales sobre quién pudo ser el responsable, de cuándo se llevó a cabo. Indicios, nada más.

—¿Qué crees que pasó, José? —le preguntó Zoe. El profesor negó con la cabeza.

—Qué más da lo que yo crea. Pensemos en salir de esta pesadilla.

Edgar levantó las manos.

—Es la primera cosa sensata que les oigo decir, empollones —se giró hacia Eugene—. ¿Crees que hay manera de pararlo?

—Votaría mejor por salir echando leches —contestó el carioca atropellándose con su acento.

—Salir hacia dónde —preguntó Flavio—. ¿Esto pasará? ¿Podemos alejarnos?

El jardinero se asomó al ventanuco que daba al exterior.

—Hay ambulancias ahí fuera donde cabemos todos. Podemos probarlo.

—La ciudad esta invadida por esas cosas —interrumpió Edgar—. No llegaremos a ningún sitio por carretera.

—El hospital tiene helipuerto. Lo he visto —intervino Hugo. El policía se giró hacia él.

—¿Y quién va a sacarnos volando, chico?

—Yo mismo —contestó por él Eugene.

—Vaya, un jardinero que sutura, sabe de vudú y de pilotar helicópteros. La selección de personal del Ayuntamiento resulta excelente.

Eugene sonrió. Descubrió que su paciencia parecía infinita.

—La santería no es tema desconocido en Brasil, diría que en toda Sudamérica. Usted debería saberlo.

—¿A qué se refiere?

—No me diga que Edgar es nombre español. Disimula su acento pero por su

aspecto yo diría que usted tampoco lo es. Dígame... ¿colombiano, tal vez?

—Te han pescado, hermano —murmuró Flavio.

—No tengo acento, brasilero. Mis padres son colombianos, es cierto, aunque yo nací aquí. Canarión de pura cepa. Ya basta, ¿sabrás pilotar un helicóptero?

Eugene, como siempre, sonreía.

—Catorce años en las Fuerzas Aéreas de Brasil, ¿recuerda? Salvo que los helicópteros médicos sean ahora naves espaciales, no creo que difieran mucho de los que manejé en el Ejército.

—Recuerdo —dijo Edgar—. Herido en Afganistán.

El brasileño y el policía midieron sus miradas.

—Así es.

Flavio se levantó y se asomó a la puerta que daba al aparcamiento. Con el arma en su única mano útil se agazapó tras una de las ambulancias y se asomó a la parte alta de la loma del hospital. Regresó con los demás enseguida.

—El helicóptero no está, así que dejad de haceros los duros. Con las llamadas de emergencia que se habrán precipitado hoy debe haber salido.

—Quizá vuelva —dijo Rebeca. La miraron sin dar demasiado crédito a su esperanza.

Eugene regresó al suelo junto a ella.

—Bien, sin helicóptero acaba mi participación en la huida.

—¿No crees que podemos detener esto? —le preguntó Hugo. El jardinero tendió las manos hacia los profesores.

—Pregúntales a ellos —dijo—. Pero si quieren mi opinión, tal y como están las cosas no creo que podamos invocar a ningún chamán y que todos esos cuerpos revividos se desplomen sin vida como sacos de paja.

—Tiene razón —continuó Ventura—. No tenemos suficientes datos. No sé cómo empezó, no sé cómo pararlo.

—Pues si no lo sabemos parar lo mejor será largarnos de una vez —protestó Jaime.

Zoe Cabrera había pasado los últimos minutos en un silencio rígido, helado. Ventura se acercó a ella y pudo descubrir el brillo de las lágrimas en la comisura de sus párpados.

—Ey, qué pasa...

Ella se hizo hacia él y le rodeó el cuello con los brazos, si quería decir lo siento no pudo pronunciarlo. La mirada de José tropezó con la de Jaira, un sablazo directo a la sien. No te dejes engañar por ella, decía. El profesor sabía que tenía razón, pero también que conocía a Zoe desde hacía más de veinte años y nunca la había visto tan destruida.

—Señora, nos preocuparemos de culpas y de llorar cuando estemos muy lejos de está basura —gruñó Edgar—. Si tiene algo que decir dígallo.

La historiadora tragó saliva y miró directamente a José con temblor en las

pupilas.

—Sé dónde encontrar esos datos y sé dónde hay otro helicóptero —dijo.

—Explíquese.

—José, en la tumba del cura no sólo estaba la caja, había también un códice, un legajo muy deteriorado que le entregué a Dupont en la loma del cementerio.

—¿Lo leíste?

—No, y no creo que él tampoco lo hiciera. Estaba demasiado ansioso por abrir el cofre.

—Y tú qué crees que contenía.

La doctora negó despacio con la cabeza.

—No lo sé, pero sin duda pertenecía al cura.

—¿Y qué? —gruñó Jaira, pero Zoe no le hizo caso, seguía hablando directamente a las pupilas del profesor.

—Quizá sea un diario, una crónica de lo que vio.

José meneó la cabeza.

—O quizá cualquier narración de su llegada a costas de Agaete que no nos ayudaría en nada.

—Debemos ir a buscarlo.

—Te has vuelto loca.

Edgar interrumpió la conversación que todos escuchaban pero sólo Jaira entendía.

—¿Dónde dice que está ese helicóptero, señora?

—En la azotea del coleccionista Gérard Dupont.

43 — El legado de El Francés

Había dejado de llover, pero la noche encapotada devoraba cada ápice de luz.

La rotonda del hospital, aupada sobre el puente de La Minilla, estaba infestada de muertos vivientes que deambulaban entre los vehículos detenidos. Fue imposible para la ambulancia mantener la velocidad al esquivarlos pero Eugene mostró la pericia suficiente al volante para evitar cualquier tropiezo que pusiera fin a la huida. Las criaturas se giraban hacia ellos al escuchar su motor y trataban de alcanzarles, la mayoría acababan despedidas contra el asfalto, sin embargo tres consiguieron asirse de las ventanillas y del techo. Tras interminables segundos de forcejeo Edgar se encargó de hacerlas descender con certeros puñetazos. Las balas de Flavio no las detenían pero ayudaron a mantenerlas a raya mientras el vehículo se alejaba por la circunvalación.

—No puedo creer que volvamos al cementerio —murmuró Jaira.

—Podría ser importante —le contestó José.

—Por lo que yo sé podría ser el maldito menú de la fragata.

—Es cierto —intervino Zoe—, no podemos saberlo. Pero podría contener información sobre el ritual. Además, tampoco se me ocurre otra manera de entrar en el ático de Dupont sin coger primero sus llaves, te aseguro que con todo lo que tiene dentro no es una puerta sencilla de forzar.

Flavio estaba sentado junto a Rebeca, la sostenía contra él mientras, pistola en mano, vigilaba que ninguna de esas bestias atacara su ventana. Los tres carriles de la autovía parecían el escenario de una carrera que hubiera quedado súbitamente abortada. La diferencia era que los participantes, en lugar de recoger y marcharse, se habían quedado a pasear por el asfalto desangrándose lentamente.

—Un momento —intervino el policía—, usted no dijo nada de que tuviéramos que buscar al coleccionista para pedirle sus llaves.

La historiadora negó con vehemencia.

—No, no. Las llaves estarán junto al legajo, en el maletín de El Francés.

—¿Y ese maletín?

Zoe tragó saliva.

—Espero que siga en su coche, y su coche en el cementerio.

Edgar se giró desde el asiento del copiloto y señaló por la ventanilla.

—Y yo espero que no se equivoque, señora, porque no va a ser fácil llegar hasta él.

Eugene desvió la ambulancia hacia el barrio de Siete Palmas y arrolló a media docena de revividos antes de enfrentar la primera glorieta. Ante la magnitud de la muchedumbre que le observaba tuvo que detenerse, las calles entre los centros comerciales estaban invadidas por cientos de esas criaturas, vomitadas de todas partes con sus cuerpos rotos y andares sincopados. Muchos habían perdido alguno de sus

miembros, arrancados o mordidos, era la cabalgata más grotesca jamás vista la que recorría la avenida llenando el aire de un aroma apestoso y un gorgojeo gutural como el canto de un buque lejano. Ambulancia y tripulantes estaban atrapados.

—Por aquí no puedo seguir —anunció el jardinero—. Acepto sugerencias.

—Me temo que tampoco darás la vuelta —añadió Hugo, observando por la ventanilla de la puerta trasera.

Los desvíos estaban cerrados, las calzadas y la rambla invadidas, la única manera de avanzar, como Edgar propuso, era pisando a fondo.

—El aparcamiento del cementerio está pocos metros más arriba, Eugene. Llévanos cuando te diga —se giró hacia el profesor, Ventura sostenía todavía en sus manos el rifle del esbirro de El Francés—. ¿Sabe usar eso, cerebritito?

José le miró conteniendo una respuesta que no iba a llevarle a ningún sitio.

—He aprendido.

—Me basta. Flavio, espagueti, suelta un momento a nuestra preciosa celebridad y acompáñame en esto.

El policía se levantó colocando con mimo la cabeza de Rebeca contra la puerta trasera, con un tirón del percutor que le causó un pinchazo en los músculos doloridos del brazo roto preparó su pistola.

—Hoy te estás pasando, amigo —dijo.

Edgar le sonrió por encima del hombro y asomó medio cuerpo por su ventanilla.

—En general hoy todo está un poco raro.

El policía abrió fuego y una de las criaturas cayó de rodillas con una pierna reventada por un balazo. Flavio se asomó a duras penas a la ventana de su lado y Ventura a la contraria. Esperaban la señal.

—¡Písale, Eugene!

El motor de la ambulancia rugió con estruendo y el vehículo salió disparado contra la masa informe de cuerpos decadentes. El olor a pólvora se unió al de la carne podrida a medida que las dos pistolas y el rifle disparaban contra los resucitados, errando más que acertando, pero abriendo el espacio suficiente para que el brasileño no tuviera demasiados cadáveres que atropellar de camino al cementerio. Así dejaron atrás los centros comerciales y enfilaron la última glorieta antes de la estrecha carretera que desembocaba en San Lázaro. El número de criaturas se multiplicaba por diez en ese tramo.

—¡No me quedan balas! —gritó el profesor.

Los dos policías seguían disparando y recargando cuando era necesario, pero su munición tampoco era infinita, como sí parecía serlo la resistencia de los seres que se cerraban sobre ellos.

—¡Por qué no se mueren! —gritó Flavio.

—Porque ya están muertos, Callahan —le contestó Jaira—. ¿Cómo anda de puntería?

El policía miró hacia atrás, la joven clavaba sus ojos verdes en los suyos.

—¿A qué te refieres?

Jaira soltó la mano de Jaime y trastabilló hacia la parte trasera de la ambulancia. De su lateral derecho arrancó del soporte una de las dos alargadas botellas de oxígeno.

—Quizá sea hora de probarla.

Flavio resopló y torció el gesto.

—Me parece una idea estúpida —contestó.

—¿Se le ocurre otra mejor?

El policía arqueó las cejas.

—En fin, probaremos. ¡Edgar!

El compañero del detective seguía malgastando sus balas contra la horda demencial que no desfallecía y cuando se giró hacia él pensó que había perdido la cabeza.

—Esto no funcionará, espagueti, es la idea más absurda que jamás hayas tenido.

—Celébralo porque no es mía.

—Entonces puede que igual funcione. ¡Apártense!

Siguiendo sus instrucciones Eugene ladeó la ambulancia hasta que la puerta lateral quedó de frente a la masa de criaturas que bloqueaba la carretera. Ventura y Flavio la abrieron con un tirón seco y Edgar lanzó la botella de oxígeno tan lejos como pudo. A continuación tiró una segunda y de postre el extintor situado en el lado contrario del portón trasero. Los objetos cayeron entre las piernas de los revividos, más cerca de la ambulancia de lo que hubieran deseado pero desde luego no tanto como para abortar la intentona. Los policías levantaron sus armas.

—¡Dispara!

Las balas volaron desde la ambulancia contra el asfalto y las piernas de los muertos andantes, reventaron pies y ciscos de pavimento pero algunas también golpearon como un torrente las carcasas de metal de las bombonas. Una de ellas, a saber cuál fue primero, estalló con un estruendo brutal y una sacudida a la que acompañaron sin pausa las otras dos. La llamarada se extendió por la comitiva decrepita arrugando brazos e incendiando cabezas, haciéndoles explotar entre burbujas de gases corruptos que manaban de esas incongruencias biológicas. Eugene no perdió comba y aceleró, pasó entre los muertos y atravesó las llamas como un cuchillo rasgando un pudín de fresas flambeadas, y treinta segundos después se detuvo en lo alto de la loma del cementerio.

—¡Aquí estamos! —gritó— Y supongo que eso es lo que buscan.

Sólo uno de los hombres de Dupont seguía tirado en la loma. Uno al que habían arrancado los brazos y parte de la cabeza a dentelladas. Los coches de Alacrán y de El Francés continuaban allí, pero no quedaba ningún otro signo de vida. Las alimañas huidas del cementerio hacía rato que se habían desperdigado por la ciudad.

—Dense prisa —rogó Flavio—. Hemos llegado hasta aquí pero si nos rodean no podremos salir.

—Iré con ustedes —anunció Edgar. Tomó el rifle del profesor—. Y me llevo esto.

José asintió, qué remedio, y encabezó el descenso de la ambulancia y posterior carrera hacia el coche del coleccionista seguido por Zoe y el policía. Eugene mantuvo el motor en funcionamiento para acelerar la huida, y mientras tanto, junto a la puerta trasera, Jaime buscó con sus manos el hombro de Jaira.

—Sigues aquí —dijo, con voz temblorosa—. No sé dónde estamos.

Jaira le apartó el flequillo de la frente y acercó los dedos de él a su cara.

—Frente al cementerio de San Lázaro. Aquí comenzó todo.

—¿Cómo?

La muchacha dejó escapar el aire. Buscó con la mirada el cofre azul entre los restos de tierra remojada y pisoteada.

—Abrimos una maldita caja —dijo—. Y al hacerlo despertamos algo que no debimos.

—Como la caja de Pandora —añadió el chico. Ella sonrió, aunque él no lo viera, y se volvió a fijar en la ventana.

—Sí. Puta Pandora.

Edgar cerraba la carrera y cuando llegó junto al cadáver abandonado el profesor y la historiadora ya revisaban la guantera del coche del coleccionista. El cuerpo yacía convertido en un puzzle grotesco sobre el charco de plumas y moco acuoso que había desencadenado la pesadilla, y soportando las náuseas el policía se arrodilló para recoger el segundo rifle y cuanta munición pudo cargar en sus bolsillos. Se dirigía al vehículo cuando Zoe salía de él con un llavero plateado en las manos. De una corta cadena pendía la pezuña de una pata de conejo.

—Tengo las llaves del apartamento —dijo. El profesor la observaba.

—¿Y el maletín?

—No está aquí, mira en los asientos de atrás.

Ventura se asomó a la ventanilla.

—Tampoco.

—Necesitamos el libro.

Edgar terminó de recargar uno de los rifles y empezó con el segundo.

—Amigos, admiro su interés por la lectura pero si esas llaves llevan a un helicóptero, por favor, las necesito.

—Un segundo —pidió la historiadora. Dejó de lado el coche de Dupont y corrió al vehículo azul de Alacrán. Su maletero seguía abierto—. Le dimos el legajo a Gérard pero él no le hizo ningún caso, quizá volviera a dejarlo...

—¿Está ahí? —preguntó Ventura.

La doctora regresó a la luz con un maletín de cuero negro entre las manos. De su interior extrajo un fardo de papeles manuscritos mal encuadernados con un simple cordón que en su día debió ser rojo. Zoe Cabrera no podía ocultar una sonrisa.

—Lo tengo.

El detective tendió uno de los rifles a José.

—Me alegro, señora, y no dudo que debe tener un tremendo valor sentimental para usted, pero vámonos de aquí porque me temo que tendremos que abrirnos paso otra vez a balazos.

Los tres regresaron a la ambulancia a la carrera, los resucitados que se arremolinaban en la avenida todavía no habían conseguido atravesar el tramo de carretera convertida en crematorio, pero no iban a tardar demasiado en hacerlo y acorralarles en la loma. Edgar ocupó su lugar delante junto a Hugo y Eugene mientras Flavio franqueaba el paso a los profesores hacia la parte de atrás del vehículo.

—¡Arranca! —gritó el policía.

—¿Por dónde volvemos ahora? —preguntó Hugo.

La ambulancia bramó con un rugido, el brasileño fruncía el ceño y apretaba los labios, pero en lugar de enfilarse el camino por el que habían venido se lanzó contra el extremo contrario del montículo.

—¿A dónde vas? —gritó Edgar— ¡Por ahí no hay carretera!

—¡He tomado una decisión! —exclamó Eugene.

Sus pasajeros sufrían para agarrarse. Edgar asió el apoyabrazos de su puerta como si fuera a arrancarlo.

—¡Espero que sea buena!

La ambulancia atravesó el descampado zozobrando entre zanjas, piedras y malas hierbas, Jaira abrazó a Jaime para protegerlo de los golpetazos y Rebeca buscó refugio entre los brazos de Flavio. De repente se precipitaron por la ladera inclinada contra la carretera de Las Torres, muchos metros más abajo.

—¡Está chalado!

El pesado vehículo golpeó el asfalto con el morro y rebotó de lado a lado antes de posar las cuatro ruedas con la delicadeza de un rinoceronte mareado, sin embargo el brasileño consiguió recuperar el control de algún modo y enfilarse la carretera vacía y sin peligro en dirección a la autovía del norte.

—No tan chalado, ¿eh? —sonrió. El policía le clavaba una mirada de las que podían hacer sangrar.

El interior de la ambulancia, con todo su equipamiento, tardó en asentarse de nuevo, los pasajeros dudaban entre respirar con alivio o encomendarse a las alturas. Más de uno hubiera sacudido un par de sopapos a Eugene de no ser porque probablemente acababa de salvarles la vida. La autovía no llegó mucho más tarde y el jardinero buscó a la doctora por el espejo retrovisor.

—¿Hacia dónde, señora?

Zoe no era capaz de levantar la mirada del código. Viejo, reseco, le aterraba intentar abrirlo y que las páginas se deshicieran entre sus dedos.

—Al teatro —anunció—. El apartamento de El Francés está junto al teatro.

El brasileño le guiñó un ojo a través del espejo y viró el volante del todo hacia el sur. La ambulancia saltó a los cuatro carriles de la autovía y sorteó los vehículos abandonados apartándose a las criaturas con el morro abollado, el parabrisas se

salpicaba de sangre y el cielo se oscurecía en un presagio funesto de tormenta.

—¿Lo vas a abrir? —preguntó Ventura. Zoe sonreía.

—Me da miedo —contestó—. Y un cierto respeto.

—¿Respeto?

—Es la vida de un hombre, de muchos, la que podría estar aquí dentro.

Ventura le sonrió. Un bache al pasar por encima de un muerto les hizo perder la compostura.

—Ya oíste a Jaira, podría ser el menú de la fragata.

Zoe apretó los labios escondiendo una sonrisa.

—No creo que lo sea. Es sólo que... No sé, siempre es solemne destapar algo así, quitarle el sello que el tiempo le ha puesto.

—Entrar en la vida de alguien fallecido —añadió él.

—Sí, supongo.

—Se me hace extraño escucharte así.

El profesor acarició la barbilla de su competidora. Por primera vez en mucho tiempo veía en sus ojos la sombra de la ambiciosa estudiante empujada por sueños de conocimiento que había sido un día. Aquella de la que se había enamorado.

Ella asintió.

—Ayúdame.

Ventura sostuvo los extremos apergaminados de las hojas marchitas mientras Zoe deshacía el lazo ajado que los sostenía unidos. El profesor desplegó las páginas sobre el regazo de la mujer y les asaltó entonces la primera de las sorpresas que aquel descubrimiento les iba a suponer. El texto estaba escrito en inglés.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

La tinta era débil, corrompida por los siglos y la humedad del sarcófago aruquense, pero aún así en su mayor parte legible. Ventura empezó a leer la primera página, arrancada como las demás de un libro mucho mayor.

—Diario de a bordo del Esperanza, capitán John Henry al mando. Agosto de 1655.

44 — Asfalto carmesí

Empezaba a llover en la noche infatigable. El cielo tupido como un velo de tizón ocultaba la luna y las tenues estrellas mientras un calor tórrido, consecuencia de los muchos incendios declarados por la ciudad, recorría las calles prendiendo el aire. Ventura pensó que los artistas y escritores universales no habían fallado en su interpretación de la última noche del ser humano sobre la Tierra. Los motivos se le escapaban, los mecanismos físicos y biológicos también, pero los muertos habían abandonado sus tumbas tal cual fuera predicho y el cansado historiador dudaba mucho de que en el legajo que atesoraba en sus manos, ni en ningún otro procedimiento lógico, fueran a encontrar la manera de devolver la realidad a su estado normal.

En la cabina de la ambulancia zozobraban Edgar y Hugo sentados junto a Eugene, el brasileño vadeaba de un carril a otro serpenteando entre los coches varados, dejados a su suerte con las puertas abiertas y los motores en marcha por sus ocupantes asesinados y devueltos a la vida. La serpiente desordenada de vehículos estancados vibraba entre alaridos espeluznantes, los últimos gritos humanos de aquellos que al huir eran asaltados por las criaturas deformes que buscaban morder su carne.

La entrada a la ciudad desde el barranco de Guiniguada estaba colapsada por la masa confusa de automóviles accidentados y cadáveres andantes que deambulaban entre ellos como tontos desorientados. La ambulancia encontró a su derecha el barrio de Vegueta, donde sólo horas antes José Ventura y Jaira habían investigado el pasado jesuita, y que ahora ardía en llamas con toda su historia de monumentos y piezas artísticas reducida a un conjunto indefinido de teas crepitantes. A su izquierda el barrio de San Antonio y la calle Triana inundados por ese tumulto lento pero incansable de muertos vivientes a la caza de carne viva. Calor, lluvia y gritos, estruendo de cristales rotos y sirenas de policía, el fin del mundo tenía que ser muy parecido a aquello. Con la autovía completamente impracticable, Eugene tuvo que detener la ambulancia.

—No podemos seguir en coche —anunció.

Edgar acaba de recargar su rifle, lo asomó por la ventanilla y voló la mitad de la cadera a uno de los resucitados. Sin embargo este continuó acercándose a gatas, aunque mucho más despacio.

—¿Cómo que no? —señaló a los coches detenidos de cualquier manera entre los dos quitamiedos—. ¡Empújalos!

—Está loco, podré empujar dos o tres, ni siquiera eso. Luego nos atascaremos.

El ruido del motor y más aún el del disparo habían alertado a las criaturas, un grupo de ellas empezó a cojear hacia la ambulancia.

—¡Acelere, demonio! —gritó el policía.

Edgar pasó la pierna por encima de la separación entre asientos y apretó el pedal

sobre el pie del brasileño. La ambulancia salió disparada hacia delante como un león enfurecido, arrolló a los primeros cadáveres pero quedó empotrada contra el lateral de un turismo, rodeada de muchos más. Hugo se había golpeado en la cabeza contra el salpicadero, los pasajeros de la parte trasera entrechocaron unos con otros y contra el mobiliario de la unidad médica, costó unos segundos recomponer el grupo y cuando lo hicieron las alimañas se les echaban encima.

—¡En qué está pensando, payaso! —protestó el jardinero. Arrancó al policía el rifle de entre las manos y disparó por su ventanilla a una mujer retorcida que estaba a punto de alcanzar la puerta con su única mano completa. El balazo le agujereó el abdomen sin causarle mayor efecto, por lo que Eugene tuvo que abrir su puerta de golpe para empujarla hacia atrás y apartársela.

—A mí no me hable así, viejo —gruñó Edgar recuperando su arma. La martilleó y apuntó con ella a la cara del brasileño—. O se unirá a ellos.

Eugene le devolvió una mirada furiosa y descendió de la ambulancia cerrando la puerta tras él y dejando al policía apuntando al vacío. Rodeó el vehículo hasta abrir el portón trasero y encontró media docena de caras recibiendo aterradas.

—Bajen —les dijo—. Debemos seguir a pie.

—¿A pie? —preguntó Rebeca.

—Estará de broma —masculló Jaira.

Algunas criaturas eran más rápidas que otras, en su caminar ansioso hacia la ambulancia tropezaban entre ellas y contra los coches atascados pero aún así nunca desfallecían. Los supervivientes no tendrían demasiado tiempo para decidir su siguiente paso.

El brasileño se mostró intratable.

—Tendremos que apartarlos como podamos.

Mientras los pasajeros bajaban Eugene rebuscó en el equipamiento de la ambulancia objetos con los que defenderse hasta llegar al portal de El Francés. Todo antiséptico, todo empaquetado en fundas de plástico inútiles para causar daño. Encontró un centenar de artilugios demasiado pequeños, demasiado pesados o demasiado débiles como para enfrentarse a nadie, menos aún a esos muertos vivientes a los que el dolor les resultaba indiferente. Entregó a Jaira un bisturí, a Zoe unas tijeras y él arrancó del techó la percha metálica de donde colgaban las bolsas de suero.

—Esto es ridículo —protestó la aventurera. La doctora Cabrera miraba sus tijeras de cortar vendas y las comparaba con la manada de criaturas deformes que la amenazaban rabiosas.

—Debe haberse vuelto loco.

El jardinero se puso al frente del grupo sin hacer caso a las protestas. Se dirigió a los hombres equipados con armas de fuego.

—Intentaré mantenerlos alejados con esto —dijo, mostrándoles la vara de dos metros que pensaba utilizar como ariete—. Pero si se acercan demasiado apunten a la

cabeza.

Empezaron a andar, Edgar pasó junto a Flavio y este tuvo que sujetarle por un brazo.

—¿A dónde demonios vas? ¿Por qué no te tranquilizas?

Las miradas del policía y el brasileño se cruzaron.

—No me fío de él —gruñó Edgar.

—No seas idiota —le reprendió Flavio—. No tienes que fiarte de nadie, solamente no cagarla y ayudarnos a salir de aquí. No apuntar a ninguno de nosotros a la...

Edgar se llevó a su compañero a un aparte. Por detrás de ellos Hugo cerraba el grupo cojeando más de lo que le hubiera gustado.

—Nos la jugará, estoy seguro —susurró el detective señalando con la cabeza al jardinero.

Flavio arqueó las cejas desconcertado.

—¿Jugárnosla? ¿Qué te pasa?

—Nos ha mentido, te juro que desde que lleguemos a casa del coleccionista pienso quitármelo de en medio.

—¿Cómo que nos ha mentido? No, no quiero saberlo. ¿Si le matas quién levantará el helicóptero, estúpido? ¿Olvidas por qué hemos venido?

Edgar guardó silencio un segundo.

—No sé si quiero subirme a un helicóptero con ese tío.

—¿Pero a qué viene esto, Edgar? Mira, mejor fúmate un pitillo...

—Escucha, ha dicho que le hirieron en Afganistán, que por eso tuvo que retirarse —el policía clavó sus ojos en los de su compañero, Flavio asintió.

—¿Y qué?

—Brasil nunca ha intervenido en Afganistán, ¡es mentira! Flavio Correa miró a su colega como si nada de lo que estaba diciendo tuviera ningún sentido. Se golpeó la frente con la pistola y le agarró por el cuello de la camisa con su única mano sana.

—Escúchame, amigo. Tenemos dos rifles, dos pistolas a punto de quedarse sin munición, un bisturí y unas tijeras, y me importa una puta mierda dónde hirieran a Eugene en la maldita guerra. Ponte al frente de este grupo y empieza a cargarte criaturas hasta que podamos meternos debajo de un techo. Y déjate de paranoias estúpidas o mi próxima bala irá dentro de tu culo, ¿entendido?

Edgar miró a su compañero y por un segundo no supo si echarse a reír.

—Vale, chico. Pero el jardinero y yo tendremos una charla ahí arriba.

—Como quieras. Ahora camina.

La comitiva aceleró el paso con Eugene, Edgar y Ventura a la cabeza. El brasileño empujaba con la vara de hierro a las criaturas que se acercaban mientras los rifles del policía y del profesor frenaban, al menos durante un momento, a los que lo hacían demasiado. Flavio cerraba la retaguardia, vigilando a los rezagados con su pistola y con la de Edgar guardada en la pistolera para tomar el relevo. Cuánto hubiera dado

por poder usar las dos manos. Jaira y Zoe protegían a los dos heridos y a Jaime, a sabiendas que sus armas blancas sólo servirían para aplazar una muerte segura en caso de llegar a tener que usarlas.

Las bestias se aproximaban incansables entre el laberinto de coches y llamas. Por alguna razón parecían limitarse a mirar.

—¿Por qué no atacan? —preguntó Hugo.

—A mi me parece excelente que sigan así —comentó Flavio.

Jaime apretó un poco más el brazo de Jaira.

—¿Por dónde vamos?

—La biblioteca —respondió ella—. La bifurcación de la autovía está cerrada por los coches accidentados. Hay muertos por todas partes.

—Les oigo. Hace calor.

—Vegueta se quema. Los muertos salen huyendo de ella humeantes y con restos de carne ennegrecida. Es repugnante.

—¿Dónde vive el coleccionista ese?

—Zoe ha dicho que cerca del viejo teatro. Al otro lado del centro comercial. Si pudiéramos atravesar Triana...

—¿Podremos?

La joven se mordió el labio. Al parecer Jaime lo notó. Con la mano libre empezó a quitarse el cinturón.

—Ten —le dijo. Se rodeó la muñeca con la tira de cuero y le entregó el otro extremo a ella—. Si hay que correr, no lo sueltes.

Los cadáveres les observaban cerrándose lentamente sobre ellos en una parsimonia aterradora a la que sólo faltaba el repicar de un réquiem. Les dejaban avanzar, les permitían adentrarse en su seno. El grupo aceleró aún más la marcha. Los restallidos de los rifles rompían los murmullos hambrientos pero cada hombre o mujer que Edgar y José derribaban recuperaba la postura al instante. No era tan sencillo apuntar a las cabezas. El viento traía el olor de la carne corrompida, la lluvia arreciaba conteniendo las llamas pero también convirtiendo en quimera el avance de los supervivientes. Los brazos de Eugene empezaban a cansarse y la vara a duplicar su peso, los golpes ya no eran certeros o no tan eficaces, por lo que Edgar y el profesor tenían que hacer frente a más enemigos cada vez. Las balas no siempre acertaban los blancos y su munición descendía.

—Gente, voy a ir necesitando ayuda aquí —exclamó Flavio, encarado con medio centenar de revividos que le clavaban sus ojos descoordinados. Tendió la segunda pistola a Rebeca.

—¡No he disparado en mi vida!

—No te preocupes, falles o aciertes el resultado será parecido —contestó él—. Sólo asegúrate de no darnos a nosotros.

El primer balazo de la periodista reventó la sien de uno de los resucitados. El tipo cayó al suelo como un tronco tieso y no volvió a levantarse.

—No puedo creerlo —murmuró el policía.

—¡Cómo en el cine! —chilló ella.

—Perfecto —añadió él—. Hazlo quince veces más y te daré el Oscar. ¡Edgar! ¡Se están acercando!

Acababan de atravesar la calzada contraria y buscaban su hueco en la plaza Hurtado de Mendoza, la famosa plaza de Las Ranas. El levantamiento resultaba tan numeroso que ni siquiera podían ver en qué dirección dirigirse. Los mandobles del brasileño buscaban abrir paso hacia la zona comercial mientras los disparos de los rifles causaban mayor daño al tener que producirse a bocajarro. Pronto se hizo evidente que la única vía de escape iba a ser cruzar por delante de la Biblioteca, y el momento oportuno llegó cuando uno de los cuerpos se abalanzó sobre Hugo y Edgar tuvo que apartárselo de un culatazo en la coronilla. Las criaturas tropezaron con el cadáver derribado y abrieron un pequeño hueco de no más de tres metros de diámetro en dirección a Triana.

—¡Corred! —gritó el policía.

Las manos de los muertos se multiplicaron por mil. Los dedos rígidos como palos rozaban sus cabellos, sus uñas rotas arañaban sus mejillas. Eugene apartó a golpes a cuanta criatura intentó atacarles y logró despejar un sendero improbable que Edgar agrandó utilizando su rifle como mandoble. Ventura se acercó a Jaira y a Zoe, evitó que las bestias agarraran a la doctora descerrajando un cañonazo contra el pecho de una de ellas que lanzó a más de dos contra el suelo con sus entrañas esparcidas por el pavimento. Antes de que pudieran celebrarlo habían vuelto a levantarse.

—¡A la cabeza, profesor! —le explicó Flavio desde detrás de ellos. Tanto él como Rebeca habían conseguido hacer caer a unas cuantas afinando la puntería. Sin embargo, el policía era consciente que el retroceso de sus pistolas no era el mismo que el del rifle de Ventura—. ¡Inténtelo al menos!

El profesor empezó a apuntar más alto pero sus cartuchos pasaban de largo acariciando apenas los cráneos de las alimañas. A una le reventó la oreja, eso fue todo cuanto consiguió y mucho más el tiempo que se le escapaba en cada disparo.

—Me importa más vivir que ganar un concurso, amigo —exclamó abriendo el pecho de una mujer medio desnuda, su piel cerúlea estalló en pedazos descubriendo el filo de su esternón.

En ese momento la pistola de Flavio dejó de disparar proyectiles y empezó a sonar como una triste pieza metálica sin función.

—¡En ese caso corra, profesor! ¡Edgar, sin balas!

El compañero del policía descendió a su altura y abatió con un disparo de su rifle a tres de las criaturas. Observó el brazo herido de Flavio, agarrotado en un espasmo de dolor que él nunca confesaría. La pierna de Rebeca también había vuelto a sangrar.

—Yo tampoco ando fino de munición —masculló el detective—. Es hora de correr para contarlo.

—¡Sígueme, qué hacen! —les chilló Eugene desde el frente. El inicio de la calle

Triana se vislumbraba ya entre las piernas torcidas y los cuerpos desgarrados—
¡Rápido!

Zoe tiró de Jaira y esta del cinturón atado a la mano de Jaime, José corría a su lado disparando a discreción contra cada bicho que se acercara, obviando ya el resultado de sus salvas. Flavio hubiera querido pedir el arma a Rebeca pero no hubo tiempo, tuvo que refugiarse tras ella mientras la periodista derrochaba sus pocas balas horadando el aire. Golpeaba sin miramientos a cuanta criatura se le acercaba, intentaba correr mientras una tras otra tiraban de su jersey y arañaban su cuero cabelludo. Miró hacia atrás buscando a su compañero, pero no le encontró entre la maraña de dedos y bocas abiertas.

—¿Dónde está? —chilló, pero ni Zoe ni Jaira supieron contestarle.

Más atrás la mole de músculo que era Edgar se debatía al borde del agotamiento contra los cadáveres que le trepaban por encima. Había intentado apartarlos a golpes con el talón de su rifle, había finiquitado sus balas en el destrozo inútil del pecho de un joven que no había tardado un segundo en volver al ataque. Había intentado correr pero una vez rodeado los resucitados habían aferrado sus piernas y le obligaban a arrodillarse. Gritó el nombre de su compañero, chilló en busca de ayuda pero la marabunta ocultó sus lamentos. Los ojos desencajados y el olor a muerte de esas fauces acuchillaban su cordura. De repente sintió liberado el peso a su espalda.

—¡Ahora! ¡Su mano!

El joven Hugo le había arrancado dos de esas cosas de encima y le tendía el brazo para sacarlo de la masa de cuerpos que le rodeaba. El detective la asió y corrió como nunca mientras las criaturas se desprendían de su carne arañada y mordida. Estaba herido y exhausto, pero la intervención de Hugo le había supuesto un volver a nacer.

El portal quedaba cerca de Eugene y el trío formado por la doctora, el atleta y Jaira. Una criatura saltó sobre la chica pero ella abrió su garganta de lado a lado con un movimiento fugaz de su afiladísimo bisturí. Recordó los años de escaramuzas y luchar por su pellejo mientras el cráneo del revivido caía descolgado sobre su pecho como un péndulo repugnante. Las tijeras de Zoe quedaron hundidas en el ojo de un hombre de mejillas purulentas y nariz rota, y más atrás la gabardina de Ventura se tiñó de púrpura al reventar de un disparo el cráneo de una niña que buscaba morder su cintura. De pronto escucharon un tronar de cristales rotos, y justo a continuación los gritos ansiosos de Eugene.

—¡Por aquí, está abierto!

Jaira empujó a Jaime hacia el jardinero y Zoe y Ventura entraron en el portal detrás de ellos. Flavio y Rebeca se apostaron tras la puerta, la periodista gastó su última bala derribando a una mujer que corría decidida hacia ella. Cuando se vio libre plantó un sonoro beso en la boca del policía. Sólo unos segundos después Edgar saltó por el hueco de la puerta de cristal. Estaba agotado pero no se dejó vencer por el cansancio, se giró hacia sus compañeros e hizo recuento. Estaban todos. El ciego sentado en las escaleras, el profesor junto a él, el jardinero, la chica salvaje de ojos

verdes. Zoe Cabrera y sus botas de tacón, la doctora pulsaba histérica los botones del ascensor. En la entrada su compañero abrazaba a la periodista.

—Dónde está Hugo —dijo. Las caras de todos se giraron hacia él y después hacia la puerta rota. La masa de criaturas se acercaba despacio, sus llagas dejaban ver los huesos rancios entre los que jugueteaban insectos espabilados—. Dónde está Hugo.

La respiración entrecortada de los supervivientes rebotaba entre las paredes de madera del portal. Afuera la lluvia repicaba sobre los coches y chapoteaba en los charcos ponzoñosos formados en el asfalto. Edgar miró a sus compañeros, de pronto no era capaz de hablar. Un nudo nunca antes experimentado oprimía su garganta.

—Dónde está Hugo.

45 — Cien metros sobre el nivel de la sangre

El apartamento de El Francés se convirtió en cuestión de minutos en un hospital de campaña. No hubo tiempo para admirar la colección de arte precolombino, ni los cuadros genuinos ni las maquetas tan detalladas como verdaderos libros de historia. La panorámica de la ciudad que días atrás Ventura contemplara estaba ahora oscurecida por el vacío absoluto de la noche infecta. Los aullidos y las sirenas del caos llegaban desde cien metros por debajo de esas ventanas.

Zoe y el profesor se sentaron en el sofá del salón y desplegaron las hojas del manuscrito del Esperanza como un puzzle arrugado sobre el cristal de la mesa, leerlo iba a resultar muy difícil. Jaime se dejó caer sobre una butaca mullida y hundió la cara entre las manos, incapaz de resistir el llanto mucho más, y Rebeca buscó sitio en el suelo junto a la ventana. Edgar se había quedado petrificado frente a la cristalera, escudriñando en aquellos ventanales castigados por la tormenta la mano del chico que había rozado su espalda minutos atrás para salvarle la vida.

Eugene DaSilva escogió la soledad de una silla de madera junto a la mesa comedor, Flavio y Jaira regresaron de la cocina con una serie de botellas de agua mineral y una bolsa con pan y embutido empaquetado.

—Tendrán hambre —dijo el policía.

El brasileño alzó una ceja y reclamó una botella. Flavio entregó otra a los profesores, no muy seguro de que ellos se dieran cuenta, y abrió una más para Rebeca. Ella le devolvió a cambio una sonrisa. Jaira se sentó junto a Jaime, le retiró las manos de la cara y secó con un beso sus párpados húmedos. Él sorbió lágrimas y agradeció su caricia.

—Come algo —le susurró ella.

—Tengo hambre, es cierto —respondió él—. ¿Qué hay?

Jaira sonrió.

—Te haré un bocadillo.

—Gracias.

En el centro del salón Edgar clavaba sus ojos con rabia en las nubes mientras oprimía con su manaza una herida abierta en el bíceps izquierdo. Tenía magulladuras en el pecho, en la espalda y en la frente, y no podía dejar de pensar que sólo la intervención de Hugo le había evitado ser ahora una más de esas criaturas. Quizá como él.

—Colega —le dijo Flavio. Edgar no se había dado cuenta de que estaba parado a su lado y que le tendía una botella de agua. La aceptó y sintió el aguijonazo del dolor al abrirla—. ¿Tienes hambre?

El policía soltó un bufido.

—Aunque tuviera no podría comer —dijo. Se dirigió a los historiadores—. Lo

que quiero es que me digan qué demonios está sucediendo.

Zoe Cabrera no se dio por aludida, estaba abstraída ordenando los pergaminos, tenía ante sí un manuscrito original del XVII y nada parecía capaz de hacerle apartar sus ojos de él. Ventura, en cambio, sí levantó la mirada.

—Ojalá lo supiera —dijo—. Ojalá supiera explicarlo. Intento encontrar las palabras en este libro.

—¿Y qué es eso?

—Es el diario de navegación de la fragata que robó las reliquias de Santo Domingo. Está redactado de puño y letra por el capitán John Henry, quizá podamos descifrar de él lo que sucedió entonces y cómo solucionar lo de ahora.

—¿Cree que estamos viviendo la repetición de algo pasado? —le preguntó Flavio.

—Creo que es el eco de algo pasado —respondió él—. Quiero decir, su consecuencia.

—Explíquese.

El profesor se puso de pie.

—Al abrir el cofre esta mañana no realizamos ningún ritual sobre él, la magia negra que pudiera afectarle no fue cosa nuestra sino que la traía... consigo.

Edgar se enfrentó con él y le señaló a la ventana.

—¿Ese dichoso cofre contenía la causa de esto?

—Creo que las reliquias fueron utilizadas hace trescientos cincuenta años en un ritual, sí. ¿Su fin? Aún no lo sé, es lo que pretendo averiguar con estos documentos. Pero sea lo que sea lo que les hicieron ha perdurado hasta nuestros días.

La doctora Cabrera llamó la atención de Ventura tirando apenas de su camisa. Había terminado de ordenar las hojas sobre la mesa, parecía el tapete de un burdo juego de magia, y algo en ellas había llamado su atención.

—Las últimas páginas no están escritas en inglés, José, sino en castellano. En dos tipos de escritura diferente, dos tintas distintas, por dos manos, una temblorosa y débil, la otra más firme.

El profesor volvió a sentarse junto a ella y se asomó al manuscrito.

—Deberíamos leerlo.

La historiadora asintió, Flavio se sentó junto a Rebeca y la abrigó con una de las mantas que adornaban los brazos del sillón. Edgar ocupó otra silla junto a la mesa, con la vista baja perdida entre las manchas de sangre de sus manos, Jaira volvió de la cocina y entregó a Jaime un sándwich frío, y Eugene le pidió los materiales para prepararse uno. Sin que ninguno lo anunciara, todos prestaban atención a la lectura de Ventura.

—Diario de a bordo de la fragata Esperanza, al mando Capitán John Henry, agosto de 1655 —leyó—. Según el texto la fragata salió del puerto de Plymouth, al suroeste de Inglaterra, armada con 40 cañones y rumbo sur en la mañana del 15 de agosto. No es fácil leer todos los apuntes, señala el nombre de oficiales y suboficiales

y de un joven pupilo del capitán, el aprendiz Aaron Tate.

—No me suena ninguno de estos nombres —intervino Zoe.

—John Henry fue un importante capitán —explicó José—. Oficial condecorado de la marina inglesa, se dio a la piratería y el pillaje cuando comprendió que la prosperidad en el Caribe radicaba más en saquear navíos que en defenderlos. Obtuvo la patente de corso de manos del gobierno inglés poco antes de que su pista en la historia desapareciera.

—Hasta el Esperanza —apuntó Zoe.

—Sorpresa.

Edgar abrió las manos.

—¿Qué tiene que ver esto con lo que nos pasa ahora?

Ventura hojeó algunas páginas, buscando las partes que el tiempo no hubiera borrado y tratando de traducirlas lo mejor posible. Después de leer para sí pedazos de anotaciones y fragmentos aislados, se detuvo cuando encontró una página donde la información era más accesible.

—Es curioso —dijo—. No nombra puerto de destino pero habla de Santo Domingo como final de su viaje.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Zoe.

—Fíjate.

La doctora leyó donde José le indicaba.

—«Avistamos la ciudad Primada después de cuarenta días de viaje sacudidos por las inclemencias de un océano hostil y de no poder hacer puerto en archipiélago alguno para no desvelar nuestra misión. Echamos ancla, plegamos velas, esperando el encuentro anunciado por el Escocés».

Zoe dejó de leer y miró a Ventura.

—¿Quién será el Escocés? —preguntó— Crees que...

Edgar se puso de pie.

—Vamos, esto es ridículo. Averigüen cómo parar este infierno, cómo salir de aquí... Qué Escocés ni...

El profesor revisó algunas páginas más. En algunas áreas el manuscrito mostraba haberse mojado y el agua de mar se había comido parte de la tinta.

—Sólo puede ser el Rey —sentenció.

—¿El rey? —repitió Zoe— Querrás decir el Lord Protector, Cromwell. Era quien gobernaba Inglaterra en esos años.

Ventura negó con la cabeza.

—No se dirigiría a Cromwell como el Escocés —explicó. Por una vez, obviando el caos afuera, el viejo historiador se sentía en su elemento—. El Escocés es Carlos II . Exiliado por orden de su padre en 1648 para protegerlo de los rebeldes durante la Guerra Civil, fue nombrado rey de Escocia en 1649 y desterrado bajo pena de muerte dos años después tras un fracaso estrepitoso en un intento por derrocar el gobierno de Cromwell. Trató por todos los medios de reunir un ejército con el que recuperar su

trono, pero sólo lo hizo a la muerte del Lord Protector y tras la abdicación del hijo de este en 1660.

—¿Crees que él envió el Esperanza? —preguntó la doctora.

—Estoy completamente seguro. Carlos II necesitaba dinero, mucho, a decir verdad —el profesor Ventura miró a Jaira—. Todo encaja con los documentos que mi hermano encontró y que muestran la relación de Colón con el Temple.

Edgar se llevó las manos a la cabeza. La doctora Cabrera resopló.

—Esa es una vieja teoría, tan antigua como enclenque.

—No te creas que tanto, Zoe. Y si es cierta resulta perfectamente admisible que Carlos II enviara a buscarle, como reconocido francmasón iniciado en la orden durante su exilio en Holanda.

—Un momento, basta ya —rugió Edgar—. ¿De qué mierda están hablando? Masones, templarios, Colón. ¿Tú entiendes algo, colega?

Flavio levantó la mano.

—Esto parece un jodido capítulo de El Código DaVinci.

—No se trata de conspiraciones ni de literatura —se defendió Ventura—. Si no de datos históricos contrastados.

—Pero estás hablando del siglo XVII, José —intervino Zoe—. Con Colón más que muerto y la orden templaria disuelta.

—Disuelta pero no acabada. Muchos huyeron al Nuevo Mundo, como sabes.

—¿Y qué prueba eso?

—El tesoro templario —murmuró Jaira.

Los supervivientes giraron la cabeza hacia ella y Zoe Cabrera se llevó la mano a la boca.

—Oh, eso.

—El tesoro nunca se dio por encontrado —añadió la joven.

—La investigación de mi hermano apunta a que fue trasladado y escondido gracias a los viajes de Colón.

Esta vez Edgar se echó a reír.

—¿Oyes eso, colega? Ahora tenemos tesoros en este potaje. ¡La cuestión se pone cada vez más divertida!

Flavio carraspeó.

—En serio, amigos, no es por interrumpir pero me parece que a todos nos importa una mierda este baile de conspiraciones, deberíamos ir pensando en...

Zoe hizo que no le escuchaba.

—¿Crees que Carlos II mandó a Henry por el tesoro?

—Si quería un ejército, sí.

La doctora miró las hojas arrugadas dispuestas ante ella.

—No lo consiguió.

—La muerte de Cromwell hizo que tampoco lo necesitara. Pero la cuestión es qué pretendía que Henry encontrara ciento cincuenta años después de enterrado Colón en

Santo Domingo.

—Sigue leyendo.

Edgar resopló, pero José retomó la lectura. Su traducción del inglés resultaba torpe a veces.

—«El enviado del Escocés ha traído a los frailes a la hora convenida. Uno de ellos dice ser custodio de la Catedral Primada, si quiere vivir nos guiará».

—¿Guzmán Placeres? —intervino Zoe.

—«Fondeados sin luz ni bandera, me dispongo a ordenar desembarco y pillaje. Por Inglaterra, y por el Rey». Es la última línea manuscrita en inglés.

—¿Qué opinas?

—John Henry fue enviado a la República Dominicana para robar las reliquias de Colón. No me cabe duda.

—¿Pero qué iba a hacer con ellas? ¿Acaso pensaba encontrar un mapa enterrado con ellas? Es absurdo. ¿Y cómo han podido terminar en ese estado?

Eugene levantó la voz, había permanecido callado todo ese tiempo, como ajeno a la conversación.

—Magia negra.

La doctora y los policías le miraron. Edgar dejó escapar un chistido y acto seguido abrió la puerta de la terraza. Seguía lloviendo en la noche calurosa, quería observar si el gentío a sus pies aumentaba o se iba debilitando. Al regresar dentro su expresión dejó claro que más bien lo primero.

—Eugene tiene razón —anunció el profesor—. Leo ahora el primero de los tres pasajes anotados por el padre Guzmán a continuación de lo escrito por Henry. Su letra es apretada y confusa, apresurada, a menudo las palabras se superponen y las líneas se tuercen, como si hubiera escrito con poca luz y de manera descuidada. Dice: «Abandonamos la isla sólo tres de los que desembarcamos. El padre Felipe hállase muy malherido, creo que morirá pronto. El joven Tate ya lo ha hecho. Lo vivido en la jungla escapa a mi capacidad de imaginación. Que Quien Todo Lo Ve perdone lo que estos hombres han hecho y proteja lo que he subido a este barco» —Ventura carraspeó al terminar—. Creo que no buscaban un mapa entre los restos de Colón, creo que querían resucitarlo.

Las miradas se centraron en el pergamino arrugado que sostenía Ventura.

—Suenan a mala novela de aventuras —refunfuñó Edgar.

—Entonces Guzmán fue quien sacó el cofre de Santo Domingo —explicó Zoe.

Jaira resopló.

—El hijo de puta que trajo la maldición.

Ventura la miró con el ceño fruncido.

—Los hombres de Henry realizaron el ritual que comenta Eugene, si sólo dos regresaron al Esperanza debió salirles peor de lo que esperaban.

Edgar se llevó las manos a la cara y se sentó al borde de la butaca. Su brazo no había dejado de sangrar pero lo hacía mucho menos abundantemente.

—Me parece estupenda toda esta lección de historia pero quiero seguir con vida mañana. ¿Podemos empezar a pensar en ello?

—¿No dice nada de cómo resolvieron lo sucedido tras el ritual? —preguntó Flavio. Su compañero le observó sintiéndose traicionado. Ventura negó con la cabeza.

—Eso es lo que pretendía encontrar pero no lo explica.

Zoe se giró hacia el profesor.

—De alguna manera tuvieron que hacerlo, de lo contrario tendríamos constancia en las crónicas de ataques tan extraños como estos en Santo Domingo, y no es así.

José se encogió de hombros y se colocó las gafas.

—Sigo: «lo que oigo en cubierta me aterra y pone a prueba mi Fe. Si el único capaz de volver de entre los muertos es Cristo Salvador, lo que estoy viendo ahora es el mismo Infierno y soy yo quien ha fallecido. He tenido que atar a Felipe para que no me ataque, arriba no queda alma viva o, mejor dicho, no quedan almas pero los cuerpos bullen de vida».

—La maldición subió con él al barco —murmuró Eugene.

—Su última anotación parece más serena. La letra es débil, más, si cabe, pero menos apresurada: «El ataque de la mujer roja me brindó el ánimo para escapar. Acogido por los hermanos de Canaria, pido ser enterrado a solas con mi carga y olvidado, ajeno como sé que soy al perdón de Dios». Aquí acaba su testamento.

—Queda una última página —añadió Zoe.

—Sí, el apunte es breve y la firma el párroco Lorenzo Finollo, de Arucas. Dice: «en sepulcro sellado y callado se da entierro al padre Guzmán Placeres de ultramar junto a aquello que es suyo, y rogando no sea jamás devuelto, en Arucas, mes de marzo de 1656».

—Esto es una locura —masculló Zoe.

—El padre Finollo sabía lo que hacía.

—¿Por qué no destruyeron la caja?

—Imagina un cura del XVII intentando enterrar a otro que se niega a morir. Bastante tendría con evitar que le mordiera y con sellar su tumba a cal y canto. Supongo que no querría ni acercarse a esa caja.

El silencio invadió el salón, Eugene y Ventura cruzaron miradas, el brasileño negaba apesadumbrado y se santiguó tres veces antes de besar la cruz que pendía de su pecho. Edgar se recostó en la silla.

—Pues ese manojo de papeles no nos sacará de aquí.

Ventura abrió las manos y buscó más anotaciones entre las hojas.

—Pensé que explicaría cómo detener el efecto del ritual.

—Pues se equivocaba.

—¿Y cómo crees que acabó la maldición entonces? —le preguntó Zoe. El profesor se levantó y se dirigió a la terraza. Dejó caer la gabardina en el sofá junto a la puerta y se mesó los cabellos mientras observaba el modo en que la muchedumbre hambrienta trastabillaba de un lado a otro.

—Hemos visto que los que resucitan al poco de morir resultan más rápidos y fuertes que los que salieron del cementerio, de la morgue o de los tanatorios, pero que también ellos pierden vigor con el tiempo.

—Tiene sentido —añadió Flavio—. Sus músculos y articulaciones no dejan de estar muertos, poco a poco tienen que deteriorarse y caer.

Edgar también se incorporó.

—¡Estupendo! ¡Esperemos entonces a que varios cientos de miles de cadáveres revividos se pudran y ya no nos puedan morder! —fingió una carcajada— ¿Cuánto puede tardar eso?

—Sólo he dado mi opinión sobre lo que pudo pasar en 1655 —replicó Ventura—. Aislados y sin sustento seguramente fueron desfalleciendo. Quizá los españoles los encontraran así y los decapitaran, o los quemaran o lo que sea.

—¿Y ahora?

El historiador se enfrentó al policía.

—No tengo ni idea de qué carajo hacer ahora.

El silencio se asentó como una losa en la abarrotada habitación, hasta que fue Eugene quien se atrevió a romperlo.

—Yo, sin que sirva de precedente, estoy con el colombiano —dijo—. Prefiero salir de aquí que esperar a comprobar una hipótesis.

El detective le miró de reojo. Jaime, por primera vez, alzó la voz.

—Yo también —añadió—. Alejémonos de esta pesadilla, vamos adonde no haya... Esto.

Durante unos segundos las miradas hablaron por las voces.

—¿Dónde está ese helicóptero, señora? —preguntó Edgar.

—En la azotea —contestó Zoe—. Las llaves están en este cajón.

La doctora se levantó y se dirigió al mueble frente al sillón, abrió un compartimento que contenía un estuche acolchado y una caja plateada de buen tamaño. Del primero sacó un llavero negro y se lo ofreció al policía. Al tiempo que lo recibía Edgar le cogió la mano.

—¿Estará preparado? ¿Tiene combustible?

La mujer forzó una sonrisa y se zafó de los dedos del detective.

—Cómo voy a saberlo.

Eugene pidió las llaves y Edgar, a regañadientes, tuvo que entregárselas.

—Iré a comprobarlo —anunció el brasileño al tiempo que se dirigía al ascensor. Edgar miró a su compañero, que arrojaba en el suelo a la periodista, y este le devolvió el gesto con un asentimiento. Después subió a la azotea detrás de Eugene.

Mientras, en el sillón, Zoe escrutaba la mirada de José, perdida aún entre los papeles.

—¿Qué es lo que no te gusta? Nos vamos, nos alejaremos de aquí.

Ventura la miró a los ojos.

—Eso debieron pensar Guzmán, Tate y los demás —dijo—. Y la maldición se

alejó con ellos.

46 — Todo da vueltas, como en un carrusel

En la azotea, las palas de un helicóptero modelo Eurocopter se asentaban sobre una gran hache pintada de amarillo en el suelo blanco. Eugene se asomó al panel de mandos y revisó la configuración mientras Edgar se acercaba desde la puerta y le observaba bajo la lluvia.

—¿Sabrás conducir esto? —le preguntó. El brasileño se asomó como si no supiera que estaba allí.

—No es tan moderno como parece, así que creo que sabré interpretarlo.

El policía sacó un paquete de tabaco arrugado del bolsillo interior de su cazadora y se encendió un cigarrillo.

—¿Interpretarlo? —masculló expulsando el humo.

—Claro, adivinar para qué sirve cada cosa.

—Transmite mucha confianza usted.

El jardinero sonrió.

—No voy a mentirle.

Edgar dejó escapar un hilo de aire teñido de gris y emitió una risilla.

—¿Hasta dónde llegaremos? —preguntó— ¿Tiene combustible?

—El indicador anuncia medio tanque, ¿se fía usted? —el detective encogió los hombros— Yo votaría por no intentar ir demasiado lejos.

—Ya —el policía dejó caer el cigarrillo al suelo—. Esto apesta.

Flavio Correa había utilizado el baño y regresaba al salón con nuevas gasas, esparadrapo y un gel antiséptico para la herida de Rebeca. Había mejorado bastante pero aún así cuando le hizo la cura la chica no pudo evitar una mueca de dolor. Jaime estaba sentado al lado de Jaira, se frotaba los ojos con dos dedos y trataba de relajarse pero las sensaciones de las últimas horas regresaban a él como dardos candentes.

—¿Estás bien? —le preguntó ella. Él asintió— Deberías dormir un poco.

—Pero cómo voy a dormir —contestó—. Intento poner la mente en blanco pero los gritos siempre vuelven.

—Te entiendo —dijo ella—. Ven, déjame.

Jaime acercó su cuerpo al de ella y posó la cabeza sobre su hombro. Se estremeció al sentir el contacto de una mujer después de tanto tiempo. Se dio cuenta de que no había nada malo, no sentía el mismo malestar que cuando años atrás Marta había calmado su angustia. Siempre había sospechado que Sergio lo sabía y ese recuerdo le hizo sentirse extraño y casi culpable. Vieron cómo Zoe se acercaba de nuevo al cajón del mueble y tras coger algo de su interior, abandonaba la habitación y se internaba por uno de los pasillos.

José Ventura salió detrás de ella.

—¿A dónde vas?

La encontró paseando entre las vitrinas de cristal que albergaban monedas y tallas antiguas. Ella se dio la vuelta y le miró desde la mesa donde reposaba una maqueta de un galeón inglés del siglo xv, no demasiado distante en el tiempo de la fragata que les había llevado hasta allí. La camisa blanca de Zoe estaba manchada de sangre y polvo a la altura de su escote mal abotonado y tras sus gafas de pasta negra le miraba con esos ojos oscuros que siempre le habían desarmado.

—Estaba pensando —dijo ella—, que no tenemos por qué subir a ese helicóptero. Ventura dio un paso atrás y frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—¿No lo ves? ¿Por qué huir hacia algún lugar incierto, quizá peor que este, pudiendo esperar?

Ella le cogió las manos y lo acercó hacia sí.

—Esperar a qué, Zoe.

—Esas criaturas caerán, tú lo has dicho.

—Es sólo una tonta teoría, quizá me equivoque y, aunque no sea así, ¿cuánto tardarán en caer? No tendremos comida suficiente, ni agua.

La historiadora paseó por la habitación.

—Observa todo esto, José. Tenemos más de lo que nunca soñamos. Nos sobrá el dinero, podemos crecer, investigar, acabas de dar con una veta de oro que explorar en esos documentos de tu hermano.

—¿Y a quién piensas venderle estas maravillas, doctora? Dudo que a los muertos vivientes de ahí fuera les sirva de mucho un original de Dürero o un collar de oro atribuido a Cleopatra.

—Pasará, y cuando podamos salir de aquí los expertos de toda Europa, ¡del mundo!, se volverán locos con lo que podemos ofrecerles.

—Me hablas de saquear el patrimonio de El Francés para vivir a costa suya.

Zoe Cabrera volvió a acercarse a él, José percibió ese cálido aliento estremecer la piel de su garganta, de su barbilla, de sus labios.

—Y qué. Está muerto.

El beso no le sorprendió tanto como esperaba. Probablemente lo deseaba. A su memoria acudió el último, entregado con anhelo más de quince años atrás, en Granada, durante un trabajo de colaboración entre esa universidad andaluza y la de Las Palmas. Su pasión intermitente había claudicado allí tras temporadas de escauceos investigando en Sevilla, en Madrid, en La Habana, mucho tiempo antes de conocer siquiera a Daniela. Ahora José sabía que ese sentimiento no había muerto sino que sólo lo habían pospuesto. Las manos de la mujer obligaron a las suyas a recorrer su cintura y su pecho, ella lo arrastró hacia atrás, salió con él de la habitación y se dejaron caer en el colchón mullido de un cuarto en penumbra. El dormitorio de Dupont, sin duda.

Los cuatro labios se buscaban y escondían, los dedos se entrelazaron sobre la piel, arrancaron botones y desabrocharon un cinturón.

—Apuesto a que conoces bien esta cama —murmuró el profesor.

—¿A qué viene esto ahora? —jadeó la respuesta Zoe. Él empezó a apartarse pero ella le retuvo.

—No estoy dispuesto a que me utilices, doctora. Voy a marcharme de aquí, voy a sacar a esta gente. Quédate tú si quieres con tus tesoros y esos sueños de grandeza. Yo prefiero vivir.

—Quién te oyera, José Ventura, vieja llorona. ¿Ahora quieres vivir? No es lo que El Francés me contaba de ti.

El profesor se separó de la cama. Ella le observaba medio desnuda, con la melena oscura revuelta y el sujetador de encaje negro torcido sobre los pechos.

—Eres malvada.

—Y tú un iluso. Quédate conmigo José, quédate aquí, follando, leyendo códices que ni siquiera imaginas. Podrás estudiar, conocer, quédate y tendrás cuanto siempre deseaste. ¿No ves lo que hay a tu alrededor? Tendrás saber, tendrás historia, tendrás riqueza. Me tendrás a mí.

—Estás loca —replicó él colocándose la ropa—. Me marcho. El brasileño tendrá ya listo el helicóptero.

—Idiota. Vayas donde vayas te encontrará la muerte. Esas cosas, ya las has visto, están por todas partes.

—Quizá no.

—¿Quizá? —la doctora se echó a reír— No me dejes sola, José, te arrepentirás.

—Lo siento. Quiero ayudar a estas personas a salir de esta pesadilla, nosotros las metimos en ella. El edificio debe estar llenándose de alimañas mientras hablamos, la ciudad entera lo está. Si quieres te conseguiré una pistola con una única bala para que la utilices cuando te encuentren.

—La pistola ya la tengo.

La doctora sacó de la cinturilla de su pantalón el arma que había robado del estuche plateado de El Francés y se la apoyó en la sien. Antes de que Ventura pudiera decir nada apretó el gatillo y su cabeza reventó como una bolsa de sesos.

—¡Qué ha sucedido! —exclamó Flavio corriendo desde el salón. Encontró al profesor paralizado, observando la silueta perfecta de la mujer bañada en sangre sobre la cama. El policía recogió la pistola caliente del suelo—. Será mejor que nos marchemos, amigo.

Tuvo que obligar al historiador a salir del dormitorio. Entonces empezaron a escuchar los gritos desde la azotea.

La lluvia golpeaba las aspas del helicóptero mientras el brasileño ajustaba los controles en el panel de mando. Edgar apuraba un segundo cigarrillo recibiendo el agua al borde de la plataforma y lo dejó caer con un golpe de los dedos. El punto de luz anaranjada serpenteó entre las gotas de lluvia hasta perderse en la confusión del mar de cadáveres andantes muchos metros más abajo. El policía se dio la vuelta.

—¿Por qué dijiste Afganistán? —preguntó. El jardinero le dedicó una mirada por

encima de su hombro pero no dejó de atender sus asuntos.

—Es allí donde me hirieron.

Edgar se acercó a él, se apoyó con una mano en la portezuela del piloto y con la otra acarició la culata de su pistola, devuelta a su cartuchera. Había colocado el único cargador que le quedaba después de que Rebeca agotara el penúltimo durante la huida.

—Eso es mentira.

El anciano sonrió.

—¿Eso cree?

—Estoy seguro.

Eugene no se giró hacia él. Comprobaba que los pilotos de encendido y arranque se mantuvieran funcionales.

—Me está llamando mentiroso, detective, eso no es muy educado.

—Es posible. Pero como bien adivinó mi familia es colombiana y tengo primos y hermanos en el ejército. Supongo que conoce bien el Plan Colombia, y también el Plan Cobra.

—Por supuesto —replicó Eugene.

—Sus fuerzas armadas y las nuestras han trabajado muchos años en común preocupadas por el terrorismo, la guerrilla, el tráfico de drogas. A través de mis hermanos estoy familiarizado con la vida militar desde muy pequeño.

—Y sabe que Brasil no ha participado nunca en Afganistán.

El policía asintió.

—¿Por qué nos mintió? ¿Qué oculta? La FAB no ha salido del Atlántico desde la Segunda Guerra Mundial.

El brasileño se colocó de lado en el asiento y miró directamente a los ojos del detective, que se calaba bajo la tormenta sin que aparentemente le importara.

—La razón por la que no les dije la verdad es por la vergüenza.

—Explíquemelo ahora.

Eugene tomó aire y bajó la cabeza. Los gruñidos bajo sus pies recorrían las entrañas de la ciudad desafiando a la lluvia.

—Qué más da ya —murmuró—. No fui herido en combate, es cierto, ni fue una herida la que me retiró.

—¿Y su cojera?

El brasileño sonrió.

—Han pasado ya muchos años, cerca de dos décadas, ahora que lo pienso. Estuve fuera de casa durante varias semanas por una misión de vigilancia en la frontera boliviana, recuerdo que todo iba bien, telefoneaba a mi esposa a diario, se acercaba el día del regreso a casa cuando sufrí un accidente absurdo de esos que nunca te esperas.

—Continúe.

—Mi helicóptero se averió, algo hice mal en el aire, nunca tuve tiempo ni ganas de averiguarlo. El caso es que resulté herido, aunque no de gravedad, y me mandaron

de vuelta antes de lo previsto.

—¿Por qué ocultar algo así?

Eugene torció el gesto, parecía súbitamente más viejo y cansado que de costumbre.

—Nunca se debe volver a casa antes de lo previsto, ¿verdad? Lo habré visto en cientos de telefilmes. Yo regresé y descubrí a mi mujer con otro hombre en mi cama. Estallé en cólera, le golpeé, y también la golpeé a ella. El tipo se revolvió y sacó una pistola, su disparo me destrozó el fémur pero antes de caer inconsciente saqué la mía y vacié un cargador sobre ellos, sobre los dos.

—Santo Cielo.

—Sí —el brasileño sonrió con amargura—. Me inhabilitaron, me obligaron a renunciar y la vergüenza me hizo abandonar mi ciudad y mi país para empezar de cero en esta isla.

Edgar encendió otro cigarro y le tendió uno a Eugene. El brasileño lo recogió y el policía encendió los dos con su mechero.

—Bueno, no es mal lugar para empezar de nuevo —suspiró, dejando escapar el humo.

Eugene suspiró.

—No, no lo es.

—Ni siquiera para un asesino como usted.

El jardinero le miró desencajado.

—¿Qué quiere decir?

Edgar sonreía, estaba disfrutando.

—Matar es sencillo, ¿verdad? Y especial. Causa una sensación... ¿cómo la definiría, abuelo?

Eugene miró al suelo.

—Extraña.

—¡Sí! —Edgar tomó un largo sorbo de su cigarrillo, sin embargo el brasileño lo tiró al suelo casi entero, había perdido las ganas de fumar. Lo observó ahogarse en un charco hasta apagarse del todo— Una sensación extraña. Qué voy a decirle, amigo, todos tenemos monstruos en el armario que queremos ocultar.

Le guiñó un ojo. Acariciaba el borde de su pistola como si fuera la cintura de una mujer.

—Supongo —contestó, mirando el arma.

—Sí. Apuesto a que ha vuelto a hacerlo —dijo el policía. El brasileño frunció el ceño—. Apretar el gatillo, quitar una vida. Quizá incluso le están buscando, por eso se oculta tras un uniforme de jardinero.

—Este juego deja de gustarme, detective.

—¿Sí? No me lo niegue, matar resulta adictivo. Una vez se empieza... —terminó su cigarro con una larga calada y dejó caer la colilla al suelo mojado—. Sí, asesinar es sencillo.

—No lo sabe usted bien.

Eugene descendió del sillón de un salto y sacó la pistola de la funda del policía. El disparo quebró las costillas de Edgar y dejó abierto el boquete por el que se le escapó la sangre y el aire de sus pulmones, cayó de rodillas mirando a su asesino con expresión confundida. El brasileño se le acercó y le quitó el paquete de tabaco del bolsillo al tiempo que el hombre caía hacia atrás sobre un charco especialmente profundo.

—Y no puedo dejar que un cabrón como usted me aceche noche y día.

El brasileño se giró hacia el helicóptero y se encendió un cigarrillo mientras pensaba cómo les iba a explicar a los demás lo sucedido. Escuchaba el barullo en el piso inferior cuando el hombre que acababa de abatir empezó a levantarse. El pecho de Edgar mostraba la noche a través de él, uno de sus ojos buscaba el cielo y el otro un espacio inconcreto entre los charcos de la azotea, su boca se abría en una postura que de no haber estado muerto tendría por fuerza que resultarle dolorosa, y sus dedos buscaban a Eugene con la decisión de una pala excavadora. Se le echó encima y el anciano apenas pudo repelerlo empujándolo con los brazos. En el forcejeo tenía todas las de ganar el resucitado.

—¡Qué ocurre! —gritó Flavio apareciendo por el ascensor. Tras él llegaba el profesor y justo después Jaira.

¡Ayuda!

Los hombres se abalanzaron contra el corpachón deslavazado de Edgar y consiguieron apartarlo de Eugene. El muerto viviente quedó trastabillado ante ellos, buscándoles con expresión confundida, lanzando manotazos al aire entre gruñidos incomprensibles. A Flavio se le partió el corazón, llevaba en la mano todavía la pistola de El Francés y disparó. Disparó. Disparó. El cadáver de Edgar retrocedió con cada impacto hasta que perdió pie en el filo de la azotea. Se precipitó al vacío en una caída de la que probablemente no volvería a levantarse.

El policía miró al brasileño. La lluvia calaba su yeso sucio y le molestaba en la cara.

—Dígame qué coño ha pasado.

47 — Lejos, llévanos lejos

—Tenemos que subir a ese helicóptero cuanto antes —exclamó José Ventura dando un golpe sobre la mesilla. Parte de las hojas del manuscrito de John Henry habían acabado esparcidas por el suelo con el ajetreo de las últimas horas.

Habían vaciado la caja plateada de El Francés y conseguido munición para su pistola. Sumando la pistola de Edgar y algunas balas que quedaban para el rifle de Ventura, era todo cuanto tenían.

—No deja de llover, y no debería volar de noche —explicó Eugene desde una de las sillas de la mesa comedor. Flavio le observaba sentado en un rincón en el suelo, tenía a Rebeca echada sobre su pecho, asustada, aterida de frío a pesar del calor dentro del apartamento—. No es una noche normal, es demasiado... oscura.

—Y a dónde vamos —intervino Jaime, apretaba entre las suyas la mano helada de Jaira, todavía impresionada por lo que había vivido en la azotea—. Cómo saber dónde estaremos a salvo.

Eugene dirigió su mirada hacia Flavio en busca de una opinión, sin embargo aquel solamente le observaba, se negaba a decir nada. Buscaba en sus ojos algo que el viejo jardinero no le podía confesar.

—La isla entera estará infestada a esta hora —continuó el profesor, en cambio—. Las criaturas son lentas pero se extienden de un modo implacable de una muerte a otra. Cualquiera que haya fallecido en las últimas horas en este pedazo de tierra puede haberse levantado de nuevo igual que ellas.

—Y habrá extendido su maldición asesinando a otros —añadió el brasileño.

—Pongamos agua de por medio —apuntó Rebeca con voz queda—. Hasta donde sabemos los muertos vivientes no son capaces de nadar, yo misma lo vi en la playa.

Eugene y José cruzaron las miradas, podría tener sentido.

—¿Hasta dónde podríamos llegar —preguntó Jaime—, fuera de esta isla?

El brasileño se giró hacia él. La mirada de Flavio le estaba incomodando.

—Con la cantidad de combustible que marca el indicador, con suerte ciento cincuenta kilómetros. Probablemente pudiéramos llegar a Tenerife.

Se hizo el silencio y los supervivientes se miraron entre ellos.

—¿Y si Tenerife está igual? —interrumpió Flavio. Era la primera vez que hablaba desde que volviera de la azotea. La explicación de Eugene le había resultado tan falsa como todo lo que había contado sobre su pasado. El anciano negó con la cabeza.

—¿Y qué opina usted, detective?

Flavio no se inmutó. Rebeca le observaba desde abajo y él sin darse cuenta tomó su mano.

—Opino que no confío en usted.

—Le repito que fue un accidente, su amigo me atacó, iba a agredirme y me defendí.

—«Iba a agredirle» no es lo mismo que «me agredió», y usted le pegó un tiro.

El brasileño tragó aire y orgullo, las miradas de todos se fijaban en él. Tampoco esperaba otra cosa.

—Usted sabe, como todos, que yo no le gustaba —añadió—. Decida creerme o no, pero decida rápido. Tengo que pilotar un helicóptero.

—Tiene razón, debo decidir. Y decido que no quiero subirme a un helicóptero tripulado por usted.

El policía se acercó a los labios los dedos de Rebeca, la encontró temblorosa. Eugene le observó un instante y después encogió los hombros.

—Eso ya depende de usted —dijo—. No creo que otro de nosotros pueda llevarlo.

El policía acarició el cabello de la periodista y después fijó la mirada más allá de la ventana. Tronaba, algún relámpago iluminó los tejados de la ciudad y le hizo pensar en sus hijas, con ayuda de Dios ya aterrizadas en Italia. Se preguntó cuán lejos habría llegado la bruma infecta que abriera las entrañas de este mundo.

—Tiene razón, Eugene, es el único que puede pilotar ese helicóptero. Iré con usted, todos lo haremos, y pilote con precaución, con pasión y disfrute el viaje, porque en cuanto aterrice en Tenerife le meteré una bala entre las pestañas.

El brasileño empezó a accionar los mandos oportunos y la hélice del helicóptero se puso en marcha una vez sus cuatro pasajeros tomaron asiento en la parte trasera. No tardaría en amanecer, sin embargo el cielo bajo las grandes nubes apenas había cambiado de color en toda la noche. Eugene confiaba en poderlas sobrevolar y dejarlas atrás de camino a Tenerife.

Mientras el vehículo despegaba Jaime apretó la mano de Jaira, no la había soltado prácticamente desde que la chica le sacara del callejón de la morgue.

—Oye, gracias —le dijo, ella se giró y puso los dedos de él en su cara para que percibiera su sonrisa. Le encantaba sentir el tacto tímido y a la vez entregado del chico.

—¿Gracias por qué? —le preguntó.

—Por salvarme —él sonrió también, avergonzado. Notaba el rubor subir a sus mejillas. Para empeorarlo ella se echó a reír.

—Vamos, hombre. No te salvé de nada. Ventura fue el que pegó los tiros y espantó a los zombis.

—No hablo de los zombis.

Jaira se quedó con la boca entre abierta descifrando sus palabras. Él amplió su sonrisa, por fin. Sin duda el alivio de alejarse de la pesadilla había obrado el milagro. Jaime deslizó su mano por la mejilla de ella, acarició su oreja y caracoleó con su pelo entre los dedos. El helicóptero alcanzó altura y la chica cedió al impulso de acercarse y juntar sus labios. Si ella le había salvado, de una manera que no comprendía él la había rescatado a ella también.

Frente a ellos Rebeca soltó una risilla y miró de reojo a Flavio Correa. El policía

oteaba las nubes, buscaba el resquicio por el que el helicóptero pudiera penetrarlas y salir al otro lado, salir a un día radiante y bello, a un amanecer sin bruma, sin tormenta ácida, y sin seres regresados de sus tumbas. Pero ese resquicio no llegaba.

—¿Podremos volar por encima de las nubes? —preguntó a su improvisado piloto. Eugene no miró hacia atrás pero le escuchaba.

—Lo cierto es que lo dudo mucho. Sigo el rumbo casi a ciegas, guiado por la brújula. No tendrán algún lugar predilecto de la isla de Tenerife al que quieran dirigirse, porque me temo que llegaremos a cualquier parte.

—¿Las nubes son demasiado altas?

—No, si fuera así el viento las disolvería antes o después y, sin embargo, vean que ni las mueve. El problema no es que sean altas, sino que no termina la maldita nube.

—¿Cómo puede ser eso? —le preguntó Rebeca.

—No es una nube normal, es, digamos, compacta y densa como una esponja de lana.

En el asiento del copiloto, José Ventura apretaba la culata del rifle entre sus manos como si su contacto le tranquilizara. Palpó la munición que le quedaba en el bolsillo de su gabardina y sintió el sudor humedeciendo su palma.

—¿Y cómo sabe que vamos en la dirección correcta? —preguntó.

—Orientación norte-oeste. Eso es todo cuanto puedo decirles.

En todas direcciones la negrura más espesa envolvía la aeronave. De cuando en cuando un relámpago iluminaba un cielo de algodón gris como una cicatriz de luz en un tapiz de tinta china, uno de ellos hizo zozobrar el pulso de Eugene y Rebeca apretó el brazo de Flavio. Se asomó a la ventana. Ni arriba ni abajo veía más que noche pasada por agua.

—No nos pasaremos de largo... —murmuró.

—Espero que no, señorita —respondió el anciano—. Confío en que más pronto que tarde saldremos de la tormenta.

Seguían subiendo, y cuanto más se elevaban más sacudía el viento el enclenque aparato. Los pasajeros necesitaban asirse de los soportes anclados en las puertas y el techo, mientras Eugene luchaba por controlar el timón que quería escapársele de las manos.

—¿Puede elevarse más? —chilló Flavio por encima del fragor de lluvia y truenos.

—¡Lo intento!

La fuerza de la tormenta les empujaba hacia atrás como si de un segundo al siguiente fuera a doblar por la mitad sus aspas igual que tiras de aluminio. El helicóptero era un juguete ridículo en manos de la tempestad, el brasileño tiraba a ciegas de la palanca hacia arriba, ¡más arriba!, soportando el temblor que le hacía doler los músculos.

—¡Agárrense!

El ágil Eurocopter trazó un giro extraño e impulsado por el viento salió despedido

hacia delante, escupido más allá de la maraña de nubes hacia un cielo celeste gobernado por el sol radiante. La cabina estalló con gritos de júbilo y muestras de alegría. Flavio estrechó la mano de Jaime con un gesto de euforia, después el muchacho se abrazó a Jaira y Rebeca reclamó al policía para fundirse con él en un beso largo y deseado. José Ventura dejó escapar un suspiro de alivio, mientras a su lado Eugene apuntó con su dedo hacia delante.

—Miren ahí —dijo con una amplia sonrisa.

Por encima de la masa oscura que parecía bullir bajo ellos asomaba la cumbre puntiaguda del pico más alto posible.

—¡Es el Teide! —exclamó el profesor— ¡Estamos llegando!

El acercamiento a la isla vecina resultó mucho más sencillo por encima de las nubes, incluso hacía calor y Jaira se asomó a la ventana para recibir esos rayos de sol que tanto había extrañado. Una bruma otoñal envolvía los perfiles de Tenerife, teñía sus paisajes de un verde aceitoso como un filtro de luz fantasmal.

—Empiezo a bajar. No se suelten.

Eugene inclinó la nariz del helicóptero y acometió el descenso de la aeronave, los últimos jirones de nube quedaron atrás y la circunferencia tostada de una playa de arena negra se dibujó ante ellos recortando el marino del océano. Se acercaron. La cala, preciosa y perfecta, se enmarcaba al pie de un acantilado de roca y la custodiaba una corona de arbustos de un pálido color cetrino. Al rumor de las hélices la cima del promontorio comenzó a llenarse de curiosos, de hombres y mujeres, de niños, y los supervivientes sonrieron. Se movían de un modo extraño, no obstante. Desde más cerca comprobaron que se trataba de cadáveres revividos cuyos cuerpos decrepitos y lacerados se caían a pedazos. Los muertos vivientes elevaron sus manos hacia ellos.

—¡No puede ser! —gritó Jaira. La aeronave zozobró ante la duda de Eugene y les hizo tambalearse.

Rebeca emitió un alarido y buscó dónde agarrarse, presa de un ataque de pánico. Jaime apretaba los dientes, sus dedos se clavaban en el almohadón de su asiento.

—¡Qué hacemos! —chilló— ¿Tenemos combustible para volver? ¿Para ir a otra parte?

Eugene había perdido el habla, veía a esas deformidades correr, precipitarse por el risco para volver a levantarse una vez estrellados contra la arena. Intentaba mantener el helicóptero en el aire mientras la playa se inundaba de criaturas hambrientas como las que acaban de dejar atrás en la isla vecina.

—No, desde luego que no —contestó—. Tenemos que posarnos o caeremos igualmente.

Jaira se llevó las manos a la cara.

—No puede ser cierto —repitió.

Eugene se giró hacia el policía.

—¿Va a dispararme ahora?

Flavio Correa no se había apartado de la ventanilla. Apretaba su pistola entre los

dedos de la mano.

—Parece ser que vivirás un poco más, viejo.

El helicóptero y sus cinco ocupantes culminaron su descenso hasta la playa. Apenas se posaron en la arena fueron rodeados por medio centenar de criaturas, muchas más de las que habían calculado.

—¡Levántalo, Eugene! —chilló Flavio— ¡Levántalo de nuevo!

—¡No tenemos combustible para llegar a ningún lado!

—Eso me da igual ahora, ¡sólo sácanos de aquí!

El brasileño empezó a accionar las palancas y controles al tiempo que las alimañas se precipitaban contra el helicóptero. Las manos ansiosas y atolondradas se aferraban en torno a las palas de la aeronave haciendo inútiles los esfuerzos del jardinero por elevarse, y aumentando el terror en la cabina.

—¿Le queda munición, profesor? —preguntó el policía. Ventura asintió mostrándole el rifle.

—¡Poca!

—Pues si estaba esperando el momento oportuno para darle uso, ¡es este!

Flavio Correa descerrajó dos tiros contra sendas criaturas y el profesor Ventura hizo lo propio. Las alimañas se apartaron del helicóptero pero pronto volvieron a la carga. Los bandazos del Eurocopter no les ayudaban a afinar la puntería. Jaira expulsó de una patada a uno de los engendros que ya se colaba en el habitáculo trasero y le disparó en la cabeza con el arma que había sido de Edgar.

—¡Arriba, Eugene!

—¡No puedo!

El brasileño tiraba de la palanca pero el helicóptero apenas cabeceaba como un cachorro intentando salir del agua. Los revividos sujetaban las palas con una fuerza inusitada que lo retenía en la playa.

—¡Dispara, José!

Las armas retumbaron y el aire se llenó del olor de la pólvora. El rifle de Ventura crujió vacío y el profesor no encontró bala alguna ya en el bolsillo de su gabardina, a los demás no les quedaba tampoco demasiada munición, sin embargo habían caído las alimañas suficientes para que el Eurocopter consiguiera elevarse.

—¡Agárrense!

El helicóptero se separó una docena de metros del suelo, todavía lastrado por los monstruos deformes que se aferraban a sus palas. El peso era enorme pero la aeronave conseguía vencerlo aún con dificultades. Cuando parecía que iban a poder remontar el vuelo algunos de los engendros que trastabillaban por la playa alcanzaron a los que pendían del helicóptero y se agarraron a sus piernas, multiplicando la carga. Eugene era incapaz de estabilizarlo, en lugar de elevarse empezó a escorar hacia la izquierda demasiado deprisa. Las patadas en las manos y cabezas de los revividos resultaron estériles y los pasajeros rodaron en su interior a punto de caer por las aberturas.

—¡Eugene!

—¡No puedo controlarlo! ¡Sujétense!

El Eurocopter se alejó de la playa inclinándose de costado y acercándose peligrosamente a la pared del acantilado.

—¡Levántalo! —chilló Ventura.

—¡Imposible! ¡Pesado demasiado...!

Las aspas rozaron la pared en mitad de un estallido de chispas y un estruendo de metal roto, la aeronave se precipitó contra la roca destrozando su fuselaje y perdiendo repentinamente su capacidad de vuelo. Deslizó por el acantilado en un zozobrar aterrador hasta estrellarse contra la arena de la playa.

El detective Correa abrió los ojos despacio, le dolía incluso pestañear. Sentía en el pecho una presión que no identificaba y estaba seguro de haberse quebrado el yeso del brazo herido. Antes no podía moverlo así. Tardó un segundo en empezar a escuchar los quejidos a su espalda y entonces recuperó la orientación y recordó dónde estaba. Era la voz de Rebeca la que oía, un llanto ahogado que se intercalaba con los jadeos de Ventura, que parecía esforzarse por realizar algún trabajo. De cuando en cuando escuchaba un estallido. Al abrir del todo los párpados encontró la panorámica inclinada de la playa infestada de seres decrepitos que se les acercaban. Intentó incorporarse y descubrió que el peso que le oprimía era el de la reportera, caída sobre él, y el de José luchando por tapar una hemorragia en el estómago de la mujer que no remitía.

—Rebeca... —murmuró.

—Está herida —anunció el profesor—. Será mejor que no la mueva.

—Los muertos...

—Jaira se está encargando de ellos. Es posible que ahí sí que necesitemos su ayuda.

En la parte de atrás, la joven aventurera se afanaba por mantener a raya a los muertos vivientes con la pistola que había sido de Edgar. Sabía que le quedaban pocas balas y tenía que afinar bien los disparos. No siempre resultaba posible. Jaime se acurrucaba detrás de ella con las manos cubriéndose las orejas. En su imperturbable oscuridad, estaba aterrado.

—No puedo moverme —murmuró Flavio, intentando zafarse del cuerpo de Rebeca sin hacerla daño. Con la mano sana tanteó el suelo del habitáculo—. Mi arma...

Un gruñido rotundo sonaba más cercano que el resto. Flavio miró por encima del hombro de Ventura y encontró a Eugene rígido y babeante, sujeto por los cinturones de seguridad del asiento del piloto. Le miraba fijamente con ojos aguados y un pedazo terrible del destrozado cristal delantero le atravesaba el pecho.

—Sí —dijo Ventura—. Se me olvidaba advertirle que tuviera cuidado con ese.

Los dedos de Flavio rozaron el metal de la pistola de Dupont, caída bajo el asiento, casi a la vez que las fauces de Eugene se abrían como las de un depredador y

el brasileño se lanzaba contra él. El cinturón y el asta de cristal le retenían, el detective levantó el arma en un gesto mil veces practicado y abrió fuego sin detenerse a apuntar. El balazo ensordeció por unos segundos la oreja izquierda de Ventura, pero la cabeza de Eugene saltó en pedazos desparramando materia gris por la luna lateral del helicóptero.

—Tengo que levantarme —anunció el italiano—. Ayúdame a moverla.

El historiador sostuvo el cuerpo malherido de Rebeca mientras Correa salía de debajo de ella. El policía comprobó la cantidad de balas disponibles en el cargador y dedicó una mirada preocupada hacia Jaira. Ella se la devolvió negando con un gesto descorazonador. Flavio se acercó a Rebeca.

—Qué le ha...

Ventura levantó el faldón de la camiseta de la reportera, encharcada en sangre, y descubrió un pedazo de metal incrustado a pocos centímetros del ombligo de la joven.

—El golpe contra la pared...

Correa echó un vistazo al fuselaje destrozado en la pared junto a la que había estado sentada la reportera y frunció el ceño. Se acercó a ella y posó la mano sobre su frente, Rebeca medía cada aliento para no arder de dolor pero las lágrimas corrían por su mejilla dibujando surcos de color gris sobre la piel sucia de polvo y sangre.

—¿Debo sacarle el pedazo? —preguntó el profesor.

—Ahora mismo no tengo ni puñetera idea —respondió el policía.

—¡Agente!

El grito había sido de Jaira y le alertó de que los seres se acercaban. Flavio se dio la vuelta a tiempo para patear a un cadáver fofo que buscaba su espalda y que acabó rodando por la arena como un fardo de músculo reseco. Abrió fuego una vez, dos más, los cuerpos caían pero uno tras otro volvían a levantarse, su puntería dejaba mucho que desear a esas alturas. El detective escuchó el alarido de Rebeca y se giró lo justo para atisbar que Ventura le había arrancado el trozo de metal y cubría la herida con material encontrado en el botiquín de primeros auxilios de la aeronave.

—¿Podrá detener la hemorragia? —le preguntó por encima de la marabunta.

—¡En eso estamos!

El chasquido metálico, repetido como un tamborileo, estremeció la piel de la nuca de Correa. Jaira había terminado sus balas. La joven tiró el arma y se acercó al italiano ondeando una vara retorcida de metal que el accidente había desprendido del fuselaje del Eurocopter. Las criaturas seguían acercándose y Flavio apretaba el gatillo con la duda, cada vez más terrible, de si la siguiente bala iba a ser la última. La pared del acantilado protegía su espalda pero por delante la horda se acercaba sólo entorpecida por la dificultad de manejarse sobre la arena.

—¿Tiene algo pensado, agente? —le preguntó Jaira.

Correa masculló una maldición entre dientes.

—Si le digo rezar no va a tomarme en serio, ¿verdad, señorita? Jaira rio y sacudió

un mandoble atolondrado a una de las criaturas.

—Nunca he sido muy de rezar, lo reconozco.

Flavio derribó a una mujer especialmente rápida con un tiro que lejos de la cabeza al menos le quebró una pierna.

—Vaya —contestó—. Rezar había sido mi mejor opción.

—Recemos entonces. ¡Cuidado!

El policía apuntaba con atención, se esforzaba por acertar alguna vez en un cráneo, para variar y dejar de desperdiciar munición, cuando unas manos que le parecieron enormes agarraron sus hombros y le zarandearon a punto de ser mordido.

—¡Quítamelo!

Jaira se movió alrededor de su compañero buscando el hueco por donde incrustar el hierro en la sien del ser que intentaba morderle.

—¡No puedo!

Los incisivos de la criatura se acercaban demasiado al cuello del policía, incapaz de sujetar al impetuoso cadáver con un solo brazo, pero entonces una sucesión de balazos se lo arrancaron de cuajo. Otros cuatro muertos vivientes cayeron después, acribillados desde lo alto, y tras un crujido metálico una tercera salva aniquiló media docena más, los disparos los desmadejaban como muñecos de trapo rellenos de algodón. Flavio y Jaira miraron a la vez hacia arriba, a su espalda, donde sobre la loma del acantilado un soldado apostado junto a un *jeep* militar recargaba por segunda vez su metralleta humeante.

—Tú sí que sabes rezar —murmuró el policía propinando un codazo sutil a la chica.

—Ustedes, suban aquí. Rápido.

Flavio y Ventura tomaron en brazos a Rebeca, Jaime se apoyó en el hombro de Jaira y rodearon el helicóptero para subir por un camino enredado que se dibujaba en la arena hacia la cresta del risco. El militar contenía a los muertos vivientes con su arma de precisión y una puntería envidiable.

—Suban al Jeep.

Situaron a la reportera recostada en dos de los sillones traseros y José se sentó a su lado sujetando contra su abdomen un atillo de algodón y gasas hipodérmicas.

—¿Eso es lo mejor que se te ha ocurrido? —le preguntó Jaira, sentándose con Jaime enfrente de ellos.

—¿Desde cuando eres enfermera?

Rebeca emitió un quejido, casi cercano a un atisbo de risa, y apretó la mano del historiador.

—¿Ves? Está mejor.

Jaime también rio y se acercó a Jaira.

—¿Dónde coño estamos? —le susurró.

—Ahora mismo no tengo ni idea.

Todavía fuera del coche Flavio Correa se acercó a su salvador caído del Cielo.

Aún le costaba creerlo.

—¿Quién...?

—Mi nombre es Roger, Roger de Flor. Les hemos visto llegar. Lamento no haber podido darme más prisa.

—Cómo que nos han visto... —preguntó el italiano.

El tal Roger sonrió. Era alto, muy alto, más joven que él y de tez morena. Llevaba un uniforme militar caqui sucio y gastado, y una palestina ajedrezada en torno al cuello. Una brizna de barba crecía por debajo de su labio inferior.

—Suba al *jeep* —le dijo—. Les llevaré con los demás.

Las ruedas del coche levantaban una humareda de polvo de la tierra, parecían estar cruzando un desierto árido y reseco, pero la línea del litoral les acompañaba a la derecha despuntando destellos azules del océano. En el cielo la bruma verduzca ensuciaba las nubes y empezaba a rodear la corona del pico más alto de España.

—Empezó esta mañana —narraba Roger—. No sabemos por qué ni cómo. Los muertos comenzaron a...

—Levantarse —masculló Ventura.

—Sí, podemos hacernos una idea —añadió Flavio lanzando una mirada acusadora al profesor.

—¿Cómo? ¿Lo saben?

El *jeep* atravesaba un tramo entre dunas en el que la carretera quedaba a menudo cubierta de arena y ralentizaba su avance. Se trataba más de un camino trazado por las ruedas de muchos vehículos como ese más que una vía realmente preparada para circular por ella. Serpenteaba hacia el norte sorteando badenes y arbustos mustios.

—¿A dónde nos lleva? —preguntó el detective.

Roger no dejaba de mirar los espejos retrovisores, Flavio se dio cuenta, como si esperase que de un momento a otro la masa de cuerpos deformes apareciera siguiéndoles desde la playa.

—Les llevo al Refugio.

—¿Al Refugio? ¿Qué es esto?

Roger dibujó lo más parecido a una sonrisa de lo que en esa situación era capaz.

—Tranquilos. El Refugio es como llamamos ahora al cuartel sur. Llevamos ahí a los supervivientes, bueno, a todos los que encontramos.

Flavio y Ventura intercambiaron una mirada.

—¿Tienen heridos allí? —preguntó el profesor. De Flor asintió.

—Claro, y médicos también. Pueden estar tranquilos por su compañera.

Jaira y el historiador miraron la herida de Rebeca, los ojos de Correa encontraron los de la reportera.

De pronto el *jeep* zozobró al abordar un hoyo de la carretera. Poco a poco empezó a tomar forma en el horizonte la silueta de una construcción de piedra, más similar a un fuerte que a un edificio militar moderno. Tenía una puerta doble en el centro de su fachada y alambre de hierro enredado sobre las murallas, que debían medir al menos

diez metros de altura.

—Es el lugar más seguro de la isla. Confíen en mí.

Flavio sintió en su garganta un nudo que no supo identificar, pero que por un segundo le impidió respirar. Pensó en sus hijas, tan lejos, tan...

—Hay también heridos graves ahí dentro —preguntó, aunque su voz sonó más como si lo afirmara.

—Por desgracia —respondió Roger—. Los ataques de esas cosas han sido implacables.

Jaira y Ventura cerraron los ojos y Jaime se llevó las manos a la cara. De repente a Flavio le temblaba la voz.

—¿Qué hacen con esos enfermos si... bueno con los que mueren?

El cuartel sur, el fuerte, ahora llamado Refugio terminó de dibujarse al contraluz. La bruma verdosa parecía posarse sobre sus almenas.

—Pues enterrarlos, por supuesto —sonrió Roger.

—¿Ahí dentro?

—Sí, claro. Tenemos un área habilitada como cementerio. ¿Por qué no?

Habían llegado. Roger saludó al vigilante apostado en la entrada y las puertas de acero empezaron a abrirse. Flavio Correa miró al profesor Ventura y después a Jaira. Sonrió con tristeza a Rebeca y con un clic comprobó la cantidad de balas almacenadas aún en el cargador de la pistola de Dupont. Roger no entendía por qué lo había hecho, todavía no. Sus últimas palabras resonaban en la mente del policía.

¿Por qué no?

EPÍLOGO

48 — En el aire

—Bien, ahora papá ya no está así que tienes que hacerme caso —anunció Martina.

—Como siempre —rezongó Sofía encogiendo los hombros.

La cola de acceso al avión era lenta como una procesión lastimera. Por cada pasajero que se aproximaba al mostrador dos operarios de la compañía aérea debían revisar su identificación y su tarjeta de embarque y medir el tamaño de su maleta. Si no cabe así, cabe así, déjeme darle la vuelta. Mientras Martina y Sofía esperaban, el hombre encorvado se colocó detrás de ellas.

—Vaya —murmuró Sofía, y se ganó la reprobación de su hermana. Se había quedado mirando al enfermo directamente y eso era algo que no se debía hacer. Sin embargo estaba harta de que Martina siempre la regañara. No era su madre, al fin y al cabo— ¿Qué quieres?

Lo cierto era que la tos de ese hombre no resultaba normal, no era ni seca ni rota, más espasmódica que controlada, parecía quererse morir cada vez que un acceso le obligaba a doblarse por la mitad.

—Pues que te calles —murmuró la mayor—. Dame tu carné.

Sofía entregó a su hermana el DNI que sacó de la billetera adornada con imágenes de su película favorita. Las maletas de mano pasaron sin problema el control y las hermanas Correa atravesaron ese pasillo que conducía al avión y que a la pequeña le recordó a una lengua de plástico. Tuvieron que esperar otra vez justo ante la puerta de la aeronave y minutos después Martina señaló los asientos que les correspondían.

—No fue para tanto —dijo—. Dame tu maleta.

—Me pido ventanilla —contestó la niña.

—No lo dudaba.

Martina subió el equipaje de mano al compartimiento superior y se sentó junto a su hermana. Mientras sacaba del bolso una revista juvenil para Sofía y se dejaba sobre el regazo una novela empezada y que le costaba terminar, vio que el señor de la tos se sentaba tan sólo unas filas por delante de ellas. A pesar del calor en la isla, el tipo, de confusa mediana edad, llevaba un jersey grueso y un ajado pañuelo a modo de bufanda, su piel amarilleaba y lucía marcadas ojeras bajo unos párpados que, entrecerrados, parecían estar librando una batalla interior. Respiraba con dificultad y cada tos sonaba como si su pecho fuera a partirse en varios pedazos.

—¿Qué crees que le pasará? —le preguntó su hermana.

—Ay, Sofía calla. Al final harás que te oiga.

La niña bajó la voz.

—Vale, pero ¿qué le pasa?

Martina respondió con un quejido. El capitán anunció por megafonía que cerraban las puertas y procedían al despegue.

—Déjalo. Intenta dormirte.

La joven observó cómo el enfermo se administraba un puñado de pastillas blancas y la tos remitía, al menos en parte. Siguió tosiendo, cada vez más bajo, hasta que pareció dormirse apoyado contra la ventanilla. La mujer que tenía a su lado respiró tranquila y Martina abrió su novela justo cuando el avión se separaba de la pista.

—¿Tú no vas a intentar dormirte? —le preguntó en cierto momento Sofía. Ella la miró de reojo y por no protestar cerró la novela.

—Qué va. Nunca consigo dormir en el avión.

—¿Y por qué?

Martina se inclinó hacia su hermana y le ajustó el cinturón de seguridad en torno a la cintura.

—Eh, la luz de cinturones está apagada.

—Da igual.

Los dispositivos del aire acondicionado estaban abiertos y graduados a suficiente potencia para que la niña tuviera frío. Martina los cerró pero aún así le colocó por encima la chaquetilla para protegerla.

—Dime, ¿por qué nunca duermes en el avión?

Martina sonrió.

—A ver, no es que nunca duerma, a veces sí, pero es un sueño raro —Sofía la miró demandando más información. Ella puso los ojos en blanco antes de continuar—. En los sueños de avión nunca sabes si duermes o sueñas despierto. Te obligas a dormir en una postura incómoda con diferentes piezas de metal incrustándose en tu cadera o tu rodilla, así que, más que dormir, desconectas un rato.

Sofía sonrió.

Un ataque de tos más parecido a la desintegración de un esternón, como si lo rompieran a hachazos desde dentro, las sacó de su charla. Un bebé en alguna de las filas traseras empezó a llorar.

—Ahora será más difícil —apuntó la niña.

Martina insistió.

—Inténtalo.

Al cabo de un rato Sofía se había dormido. La revista colgaba de sus piernas embutidas en leotardos blancos y su cabeza rebotaba con la vibración de la ventanilla. Martina comprobó su cinturón y decidió levantarse para ir al baño, enfiló el pasillo hacia la cola del avión pero antes de alejarse de su asiento pudo observar la postura del hombre enfermo. Tenía el labio caído, sus dientes pajizos parecían manchados de sangre. A veces se convulsionaba como atacado por violentos temblores y sostenía en la mano un barullo de clínex sucios y arrugados. Sus babas rojizas salían expelidas contra la mesita plegada del asiento delantero con cada ataque de tos. Martina no soportó más la visión y continuó hacia el aseo.

Dentro de aquel minúsculo espacio los zumbidos del avión se amplificaban. La chica pensó que parecía orinar escondida en un armario. No recordaba haberlo hecho nunca antes dentro de un avión y, desde luego, no le gustaba la experiencia. Si podía

evitarlo preferiría no volver a hacerlo. La succionadora de la cisterna hizo su trabajo y cuando Martina abrió la portezuela descubrió que toda la realidad tal cual la conocía había cambiado.

Encontró un caos de gente corriendo desesperada hacia ella, los pasajeros de cola se habían levantado de sus asientos y buscaban, en un sinsentido inexplicable, ocupar la parte trasera del avión. Huían de algo, de qué. Martina se asomó al corredor, los gritos lo convertían en una jaula de grillos, las personas tropezaban unas con otras, se empujaban sin miramientos, se amontonaban y sólo las más ágiles conseguían trepar por encima del resto para alejarse de algo que ella aún no comprendía. Buscó a su hermana entre las cabezas pero no podía verla.

Algunos pasajeros parecían tener intención de abrir la puerta trasera pero no sabían cómo hacerlo, una de las azafatas los observaba horrorizada, intentaba calmarlos, poner orden, pero acabó estrujada contra la pared al final de la aeronave. Lo único que podía mover eran sus ojos histéricos, empañados en lágrimas y suplicantes, y siguiéndolos Martina encontró todas las respuestas, respuestas que abrían preguntas aún más horribles.

El hombre enfermo se había levantado.

La mujer a su lado colgaba ahora de su mano, con un mordisco tan poderoso que los huesos asomaban por el agujero en la carne. Los dedos del hombre sujetaban la traquea de ella, arrancada del resto de la mujer como un filete sanguinolento. Su cabeza a medio caer daba tumbos de un lado a otro entre las butacas cuando el tipo comenzó a andar.

La dejó caer y se abrió paso entre la multitud, se abalanzó sobre cuanta persona encontró en su camino, sembrando el pasillo de cuerpos a medio masticar, llenándolo de pedazos rotos. Izó a un hombre con un solo brazo y sus mandíbulas se ensañaron con su bíceps hasta arrancárselo. Después atrapó por la melena a una niña que pretendía alejarse y la asesinó de un mordisco brutal en la garganta. Los pasajeros de la parte delantera se apelotonaron contra la cabina del piloto. El avión se debatía en bandazos a miles de pies de altura.

El enfermo continuaba avanzando, su cuello torcido en una postura imposible. Sus pupilas parecían buscar el interior de su propio cerebro y sus oídos sangraban una sustancia oscura y densa como puré de arándanos. Sus manos torpes arrancaron un pedazo de carne de la cara de un pasajero, a la azafata que intentó detenerle le reventó el cráneo contra el portaequipajes.

En cuestión de segundos había sembrado el caos en la aeronave, había mordido y mutilado a una docena de pasajeros que antes de que los supervivientes pudieran volver a gritar estaban de nuevo de pie atacándoles. Martina sintió el tirón en la falda como una llamada que la sacara de su pesadilla, se abrazó a su hermana con el mayor alivio que hubiera sentido jamás y se acurrucó con ella en el suelo entre dos filas de butacas.

Las luces de cabina fallaron mientras en el exterior una neblina pastosa oscurecía

las ventanillas. Entre los gritos y el pánico el avión de las hijas de Flavio Correa se llenó de gruñidos y empezó a caer.

FIN

Playa Blanca, 8 de febrero de 2013.

NOTA DEL AUTOR

Escribir una novela no es un capricho ni un desahogo, debe ser un proyecto a largo plazo en el que la historia, la trama y los personajes se enriquezcan poco a poco con retoques del propio autor y de muchas otras personas e influencias que le añaden capas de barniz y pintura hasta dejarlo terminado.

Esta novela que tienes entre manos se llamó durante mucho tiempo simplemente así, proyecto —Proyecto Z, era el nombre concreto—, sin que yo mismo tuviera nunca claro qué pretendía de ella ni a dónde la iba a llevar. Me apetecía bucear en mi propio imaginario y disfrutar de la figura del zombi desde mi particular punto de vista, quizá demasiado alejado de la corriente aceptada de las infecciones y el virus inexplicable. Puesto a inexplicar, prefería volver al origen, rasgar las tumbas y abrir la tierra como me enseñó Romero y como me aterró Landis de niño con el Thriller de Michael Jackson. Esos eran mis zombis, los que guardaba dentro, y quizá no me encontraba a gusto llamando muertos vivientes a seres simplemente enfermos que a menudo ni han muerto ni han resucitado.

De modo que tras abordar fantasmas, vampiros, sectas y asesinos en serie, el gusanillo chinchoso de la curiosidad me empujó sin remedio a resucitar —nunca mejor dicho— aquel borrador y darle un repaso dispuesto a pintar una horda con todas las de la ley. No quería novelas de zombis sin zombis, ni tratados de sociología donde los monstruos sean excusa ni escenario, quería armar una bien gorda, despertar a los difuntos sin contemplaciones y poner patas arriba mi adorada isla, porque nada puede encontrar más estimulante un escritor de terror que desatar el caos absoluto en las calles que mejor conoce. Es un desahogo, haced la prueba.

Ha sido mucha gente la que me ha animado desde el principio y la que me ha empujado hasta este aterrizaje en Dolmen que es, para mí, un logro personal y un motivo de orgullo. Y aún a riesgo de dejarme a muchos y de no ser justo con todos, intentaré dedicar cuatro párrafos a agradecerse con palabras.

Debo empezar por el principio y nombrar a Juande Garduño, quien hace muchos años encontró mi nombre en algún lado, cuando yo apenas era un lechón que defendía mi primera novela, y su generosidad me acercó a Noche y puso las letras de mi nombre en el tablero junto a los demás. Puedo decir que por él empecé a sentirme escritor. Y si el primer empujón es de Juande, el segundo fue de Darío Vilas, que siempre ha confiado en mí y en mi trabajo —mucho más que yo mismo, desde luego—, y uno de los mejores regalos que me ha hecho esto de la literatura, un gran amigo. Esta terna la completa indudablemente Mónica Plasencia, porque me sostuvo y me puso de pie cuando más lejos estaba de volver a publicar. Ella ha tirado de mí hasta aquí y nunca podré olvidarlo.

El camino de un escritor se hace con más tropezones y baches que alfombras de

flores, y son los amigos los que sostienen tu mano para evitar el resbalón y te empujan hacia delante. Carlos Sisí y Rayco Cruz son dos de ellos, como Ángel Sucasas, Pedro Escudero, Daniel P. Espinosa y Nacho Cid, compañeros de rubias y sidras.

También quiero agradecer su apoyo y cariño a Víctor Blázquez —sí, pedros y pablos también pueden coger escopetas y nuestros edificios arden tan bien como los de Maine—, a Castroguer, Cosnava y a todos los locos de la servilleta. A colegas y amigos como Sergi y Susana, Javi Quevedo y Javi Pellicer, Iván y Cristina, Virginia, la buena gente de Bibliofórum Sevilla, Josué Ramos, Alberto, Laura Muñoz y tantos Ilusionarios. A la gran Macu Marrero, a Leandro Pinto y a mis mentores Correa y Ravelo. A los que más saben, Jasso, Bueso, Laguna, Joe y toda la gente de Noche. A los que nunca me dejan caer, Athman, Mónica Mateo —best librerian of the world—, Jorge Herrero, Juanma Pastor y los Davides. A mis queridos Tiramisureros, Esmaterianos, Cinecutreros y amigos de la Zombiewalk de Barcelona. Al aliento constante y sincero de Mamen de Zulueta y Elena Martínez, de Javier Herce y de Cristina Macía. A las editoriales que han apostado por mí y con las que he tenido la suerte de trabajar y por supuesto a Jorge Iván Argiz y su entusiasmo des de el principio de esta aventura. A los amigos que me siguen y que me leen, representados por Javier Caídas, José Javier, Santiago, Oscar y Cecilia —os debo una firma—, Amilcar, David Gómez, a mi gente de Playa Blanca y de Las Palmas. A Zoe, a quién amablemente robé el nombre, y en especial a Lorena: te dije que podía haber zombis en casa.

Y no puedo olvidar a la Santísima Trinidad: Matheson, King y Barker, por alumbrar mi camino.

Por último, pero más importante, a mi familia, grancanaria, madrileña y conejera, empezando por mi madre, que no creo que jamás lea este libro —no, Mamá, no te va a gustar—, mis hermanos, que pululan por estas páginas, y a Eli, porque si hay alguien capaz de convertir en luz la oscuridad, es ella.

A todos, y a muchos que sin querer pueda olvidarme, gracias.

PD: Este libro se ha escrito con un brazo roto así que a los médicos y fisios que me lo han repuesto les toca también un pedacito.



MIGUEL AGUERRALDE, residente en Lanzarote, es maestro de Primaria y escritor de novelas de suspense y terror. Es miembro de Noche, colaborador en varias publicaciones literarias y articulista en la revista local *Yaiza te informa*. Ha participado en no pocas antologías de relatos, como *Taberna Espectral* (23 Escalones, 2010), *Errores de Percepción* (DH Ediciones, 2011), *Monstruos Clásicos* (Cultura H, 2011), *Calabazas en el Trastero Especial Clive Barker* (Saco de Huesos, 2012), *Postales desde el fin del mundo* (Editorial Universo, 2012), *Fantasmagoria* (Tombooktu, 2013) y *Ácronos* (Tyrannosaurus Books, 2013), y hasta la fecha ha publicado cinco novelas de terror policiaco: *Claro de Luna* y *Noctámbulo* con Ediciones Idea, *Los Ojos de Dios* y *Última parada: la casa de muñecas* con 23 Escalones, y la reciente *Despiértame para verte morir* con Ediciones Tagus.

Caminarán sobre la Tierra es su primera incursión en el género zombi.